

Cosmópolis



Madrid, Octubre 1929

Precio: 1,75 pesetas

Ayuntamiento de Madrid



TABLEAU
d'ALFRED de DREUX
COLLECTION HERMÈS

DRAEGER

HERMÈS

SILLERO
24, FAUBOURG SAINT-HONORÉ
PARIS

CHANTILLY, ST-CYR
SAUMUR, BIARRITZ
CANNES, PAU



RENAULT

Firme y potente, a través del tiempo
como una fortaleza

VEAN LOS NUEVOS MODELOS GRAN LUJO

REINASTELLA 32 P. V. 8 CILINDROS - VIVASTELLA 15 P. V. 6 CILINDROS - MONASTELLA 8 P. V. 6 CILINDROS

//////
PIDAN PRECIOS, PRUEBAS Y DETALLES
EN LA S.A.E. DE AUTOMÓVILES RENAULT
//////
VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS

MADRID: DIRECCIÓN, OFICINAS Y DEPOSITO: AVDA. DE LA PLAZA DE TOROS, 7 y 9
SALON-EXPOSICIÓN: AVDA. PI Y MARGALL, 16

SUCURSALES: SEVILLA: MARTÍN VILLA, 8 (EN LA CAMPANA)
GRANADA: GRAN VÍA DE COLÓN, 38 y 40 :: VIGO: ARENAL, 24
Y EN SUS AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS

Ayuntamiento de Madrid



MARCA DE FÁBRICA REGISTRADA QUE GARANTIZA
DESDE 1840 LOS FAMOSOS PRODUCTOS NACIONALES

PLATA MENESES

VIUDA É HIJOS DE EMILIO MENESES. S EN C.

FÁBRICA, CALLES DE DON RAMON DE LA CRUZ
Y NUÑEZ DE BALBOA.

DESPACHO CENTRAL

PLAZA DE CANALEJAS. Nº4

TELEGRAMAS Y TELEFONEMAS

MENESES • MADRID

CORREO, APARTADO 186

SUCURSALES

BARCELONA • FERNANDO VII, 19.

SEVILLA • SIERPES, 8.

BILBAO • BIDEBARRIETA, 12.

VALENCIA • PAZ, 5.



A NUESTROS LECTORES

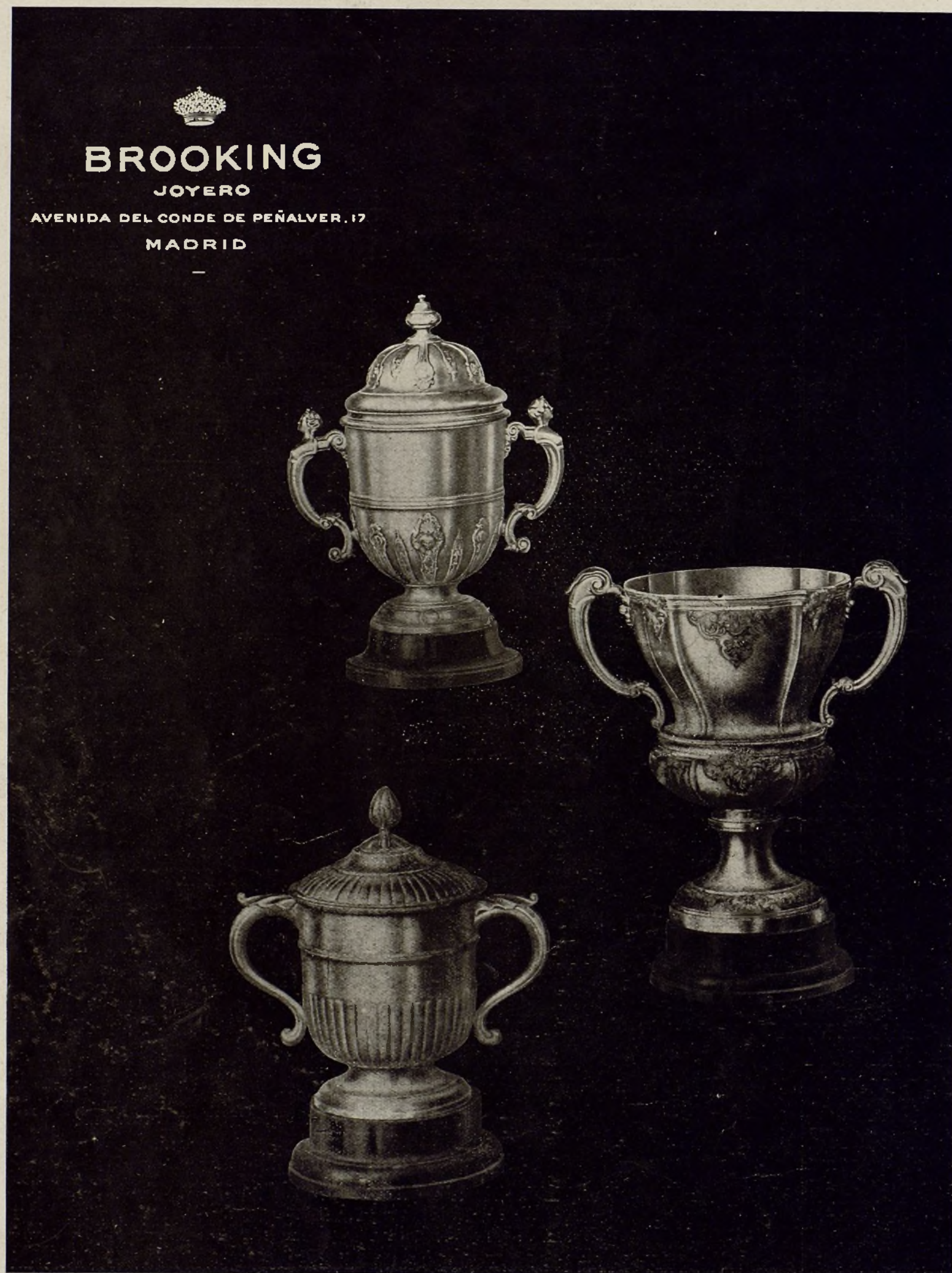
El éxito alcanzado por nuestro último número, el extraordinario dedicado a la República de Cuba, nos mueve a recoger en nuestras mismas páginas el eco que las innumerables pruebas de adhesión lanzaron al aire desde las columnas de la Prensa queridos colegas y testimoniaron a esta revista infinidad de lectores en cartas y telegramas. No acostumbra COSMÓPOLIS a recoger, ni reseñar ni recordar siquiera, sus éxitos o aciertos; pero es en este caso obligado deber de cortesía y gratitud hacer llegar a todos —público y Prensa— la expresión sincera de nuestro reconocimiento, que es la más grata compensación del generoso alarde realizado.



ENVÍO ESPECIAL

A la República de Cuba; al general Machado, su presidente; a los Centros y elementos oficiales; a la Prensa cubana; a los escritores y artistas que han contribuido a este éxito, y que tan hidalgamente acogieron a nuestro enviado especial, D. Florencio Ceruti, barón de Peramola, a todos, nuestro leal agradecimiento.





Cosmópolis

Redacción y Administración

Alcalá, 44 y 46 (Entrada Marqués de Cubas, 1) MADRID.

Teléfono: 13546 - Apartado de Correos: 490

Dirección telegráfica y telefónica: Cosmópolis

Precio de suscripción:

España y América: un año 19 pesetas

un semestre 10 pesetas

Extranjero: un año 25 pesetas

S U M A R I O

LITERATURA

«El caballero del verde gabán», novela corta original de FÉLIX URABAYEN, ilustrada por VARELA DE SEIJAS.

«Santiago Rusiñol o la alegría que no pasa», crónica original de MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO, con una fotografía.

«Arte: Vida retrospectiva», crónica original de BENJAMÍN JARNÉS, con ilustraciones.

«El triunfo del mal», cuento fantástico original de ANTONIO GUARDIOLA, ilustraciones de SAN MARTÍN.

«Tópicos de la raza. La leyenda de Colón», crónica original de JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS, ilustrada con fotografías.

«Una aventura en Lyon», novela corta original de ARTEMIO PRECIOSO, ilustraciones de MANCHÓN.

«El elemento», cuento cubano original de JOAQUÍN DE ARISTIGUETA, ilustrado por EMILIO.

«Segundo descubrimiento de España, o nuestra moda», crónica original de MARGARITA NELKEN, con fotografías.

«Estampa para las memorias de un soñador», prosas originales de JOAQUÍN ROMERO MARCHENT, con ilustraciones de SALMERÓN PELLÓN.

«Yazmina, flor del aduar. Estampas islamitas», crónica original de RENÉE DE HERNÁNDEZ, con fotografías.

«Una cara conocida», prosa humorística de MANUEL LAZARO, ilustrada por PERALS.

«La huída», versos originales del conde de RUIZ DE CASTILLA, ilustrados por CLIMENT.

«Un hombre recuerda su pasado», continuación de la novela original de M. CONSTANTIN WEYER, Premio Goncourt 1928.

«Escaparate de libros», sección bibliográfica, con fotografías.

ARTE

«Los fantasmas del arte. Nuevas salas en el Museo de Reproducciones Artísticas», crónica original de RAFAEL LÁINEZ ALCALÁ, ilustrada con fotografías.

«Las nuevas obras del pintor Alcalá Galiano», crónica, con fotografías, original de R. SANDOVALES DE PEAL.

«Los precedentes del cinema», crónica original de RAFAEL MARQUINA, ilustrada con fotografías.

«Teatro extranjero. El espíritu renovacionario alemán», crónica original de A. ESTÉVEZ ORTEGA, con fotografías.

FÉMINA

«Crónica de París», con dibujos y fotografías, original de CLAUDE FRANCE, sección dirigida por la condesa de Gramont, redactora jefe de «Fémina».

GRAN MUNDO

Retrato de la señorita Mariana Tacón, hija de los duques de la Unión de Cuba.

Retrato de la baronesa de Terradas.

Retrato de la condesa de Ibangrande.

Boda de la señorita de Pérez Caballero con el marqués de Encinares.

CINEMATOGRAFÍA

«Sistema y teoría del cine parlante», crónica por FERNANDO J. MANTILLA, con fotografías.

«El filmófono de Ricardo Urquía y otras noticias cinematográficas de Europa y América, por F. J. M.

DEPORTES

«Las competencias femeninas de «tennis» en Norteamérica», crónica de A. ARROYO RUIZ, con fotografías.

MARINA ESPAÑOLA

«Maniobras navales», reportaje con fotografías, por JUAN DEL MAR.

TURISMO

«Sitios Reales de España. El Escorial», texto y fotografías facilitados por el P. N. T.

FINANCIERA

«Hacia unas finanzas del reclamo», crónica original de ANTONIO DE MIGUEL.

AGRICULTURA

«El dulce «trajino» del otoño. La vendimia», crónica original de A. GARCÍA ROMERO, ilustrada con fotografías.

ESCRITORES NUEVOS

«Hemos recibido su trabajo y...» (Correspondencia de la sección).

«El único éxito!», cuento original de SEBASTIÁN BAUTISTA DE LA TORRE, ilustrado por COBOS.

«Danza campesina», versos originales de VICENTE D. ROMERO, ilustrados por SERNY.

«Siempre más», poesía original de JOSÉ MÉNDEZ HERRERA, ilustrada por J. CABALLERO.

INFANTIL

«Caracol, rosa y estrella», cuento original de JOSÉ MARÍA DÍAZ LÓPEZ, ilustraciones de SERNY.

Sección recreativa y Muñecos de tijera, por SERNY.

PASATIEMPOS

Sección criptográfica, original de FRAMARCÓN.

Extracto del contenido del presente número en tres idiomas

Très jolie dans le fond et d'une forme char- mante, la nouvelle de Félix Urabayen ti- trée «Le monsieur au pardessus vert» con- solide le prestige atteint par son auteur qui est un des plus «castizos» (qui a le style pur) conservateur de notre glorieuse tra- dition littéraire. Varela de Seijas a illus- tré convenablement cette intéressante nou- velle avec des jolis dessins. Page	10
Comme d'habitude, la plume vigoureuse de M. Fernández Almagro nous offre les dé- lices de son essai intitulé «Santiago Rusiñol ou la gaieté qui ne passe pas». Page	67
La grâce toujours fraîche des juveniles pro- ses de Benjamín Jarnés, orne avec ses clai- res teintes les pages de COSMÓPOLIS avec sa belle chronique. Page	29
Un distingué journaliste, grand écrivain, nous offre un bel conte intitulé «Le triomphe du mal». Page	78
La prose de style pur de José Sánchez Rojas nous parle gaillardement de «La légende de Colón». Page	62
L'amusante intrigue d'une nouvelle intitulée «Une aventure à Lyon» est habilement exposée par notre collaborateur Artemio Precioso. Page	83
Dans «L'élément», narration originale de Luis Aristigueta est exprimée l'ingénuité hu- moristique des coutumes populaires de Cu- ba. Bels dessins de Emilio. Page	72
Margarita Nelken continue l'ardue besogne de faire connaître les charmes les plus bels de la femme espagnole dans sa jolie chro- nique intitulée «Deuxième découverte de l'Es- pagne ou notre modes. Page	97
Une profonde philosophie toujours nouvelle est celle du répandre les proses de Joaquín Ro- mero Merchant dans la belle «Estampe pour les mémoires de un rêveur». Page	107
Le noble parfum des races primitives est ex- halé du récit qui nous offre la plume élé- gante de Renée de Hernández dans sa «Yazmi- na, fleur de l'adua». Page	92
Un humour très moderne triomphe dans le ré- cit «Un visage connu» dû à la plume de Manuel Lázaro. Page	88
Les jolis versets du conte de Ruiz de Castilla intitulés «La fuite» font bonne preuve des excellentes dons littéraires de leur aristo- cratique auteur. Page	71
Nous continuons le délicieux récit d'«Un homme qui rappelle son passé» originale de M. Constantin Weyer, Prix Goncourt, 1928. Page	100
Rafael Láinez Alcalá nous parle des nobles fantômes de l'art qui se sont logés dans le très madrilène Musée de Reproductions artistiques. Page	94
Álvaro Alcalá Galiano, excellent peintre, dé- tache dans les pages de COSMÓPOLIS la beauté de ses nouveaux travaux qui sont accompagnés de brefs commentaires origi- nels de R. Sandoval de Peal. Page	89
Rafael Marquina nous parle dans ce numéro sur «Les précédents du cinéma». Page	75
La comtesse de Gramont nous fait connaître les tendances de la mode depuis la section qu'elle dirige. Page	15
La chronique de Rienzi nous offre les nouvea- tés sportives, les plus saillantes. Page	46
Le Patronat National du Tourisme nous offre dans sa chronique «Lieux royaux d'Es- pagne les beautés de El Escorial. Page	81
La chronique financière de Antonio de Miguel dont le titre est «Vers la finance de la ré- clames. Page	55
Le doux «trajino» (travail) de l'automne c'est le titre de la chronique agricole de l'écrivain prestigieux Antonio García Romero. Page	57
Nous publions d'intéressantes travaux dans la section «Les écrivains nouveaux». Page	105
Dans ce numéro est publié le très bel conte pour les enfants «L'escargot, la rose et l'étoile», original de José María Díez López, illustré par Serny. Page	111
Le système et la théorie du cinéma parlant, c'est le titre de l'intéressante chronique de Fernando G. Mantilla. Page	31
Framarcón continue d'amuser nos lecteurs avec ses ingénieux passe-temps. Page	113
Very nice in the essence as well as in the form, the short story by Félix Urabayen, titled «The gentleman with the green over- coat», affirms the fame won by its author, who is one of the most «castizos» (of pure styl) maintainers of our glorious literary tradition. Varela de Seijas has convenien- tly illustrated so nice a narration with beau- tiful drawings. Page	10
As usual, M. Fernández Almagro's vigorous pen offers to us the delights of his essay ti- tled «Santiago Rusiñol or the gaiety wich never passes away. Page	67
The grace, always new, of Benjamin Jarnés' juvenile prose, adorns with its clear tints the pages of COSMÓPOLIS with his nice chronicle. Page	29
A distinguished journalist and bright writer, delights us with his nice tale titled «The triumph of evil». Page	78
The pure prose of José Sánchez Rojas speaks gallantly about «Colón's legends. Page	62
The gracious intrigue contained in the short story titled «An adventure in Lyon» is skillfully exposed by our contributor Ar- temio Precioso. Page	83
All the warmly humorous ingenuousness of the popular customs in Cuba is contained in «The elements, narration by Luis Aristi- gueta. Nice drawings by Emilio. Page	72
Margarita Nelken continues the arduous task of letting know the spanish woman's most beautiful charms in the fine chroni- cle titled «Second discovery of our fa- shion. Page	97
A deep philosophy, always new, is that of spreading Joaquín Romero Merchant's prose in his nice «Stamp for the memories of a dreamer. Page	107
The noble perfume of the primitive races is exhaled from the narrative which Renée de Hernández offers to us in her «Yazmina, the adua flower. Page	92
A very modern humour triumphs in the narra- tive «A known face» due to the Manuel Lá- zaro's pen. Page	88
Count Ruiz de Castilla's nice verses, titled «The flight» are a good proof of the excellent li- terary talents of his aristocratic author. Page	71
We continue the pleasant narrative of «A man who remembers his past» by M. Constantin Weyer, Goncourt Prize 1928. Page	100
Rafael Láinez Alcalá speaks about the noble ghosts who have taken lodging in the ve- ry madrilénian Museum of artistic Repro- ductions. Page	94
The excellent painter Álvaro Alcalá Galiano shows in these pages the beauty of his new works which are followed by some short commentaries by R. Sandoval de Peal. Page	89
The countess of Gramont shows to us the fa- shion tendencies from the section managed by herself. Page	15
The chronicle by Riensi offers to us the sport- ings novelties. Page	46
The Turism National Patronate offers in his chronicle «Spanish royal spots» the Esco- rial's beauties. Page	81
The financial chronicle by Antonio de Miguel is titled «Towards the finance of adverti- sements». Page	55
The sweet autumn «trajinos» (work) is the title of the agricultural chronicle by the distin- guished writer Antonio García Romero. Page	57
In our accustomed section are published in- teresting works by «new writers». Page	105
We publish in this number a nice children tale titled «The snail, the rose and the star» by José María Díez López, beautifully illus- trated by Serny. Page	111
An interesting «cinema» chronicle titled «Sys- tem and theory of the talking pictures» by Fernando G. Mantilla. Page	31
Framarcón continues to amuse our readers with his ingenious pastimes. Page	113
Eine kurze Novelle von Félix Urabayen mit Bildern von Varela de Seijas betitelt «El caballero del verde gabán» veröffentlicht wir auf S.	10
«Santiago Rusiñol o la alegría que no pasa» betitelt sich eine neue Arbeit unseres Mit- arbeiters Fernández Almagro auf S.	67
Ein Beitrag von Benjamín Jarnés schmückt diesesmal die COSMOPOLIS auf S.	29
«El triunfo del mal» von einem bekannten Schriftsteller auf S.	78
«La leyenda de Colón» ist die Ueberschrift einer Arbeit von José Sánchez Rojas auf S.	62
Artemio Precioso bringt heute unter dem Ti- tel «Una aventura en Lyon» eine reizende kurze Novelle auf S.	83
Ein mit hiebischen Zeichnungen von Emilio versehener Artikel ueber kubanische Volks- braeuche bringt Luis Aristigueta auf S.	72
Margarita Nelken kommt heute in ihrem zweiten Artikel in unseren Spalten zu Wort auf S.	97
Joaquín Romero Merchant ist der Autor der Arbeit «Estampa para las memorias de un soñador» auf S.	107
Renée de Hernández veröffentlicht heute einen Artikel der sich «Yazmina, flor del adua» benennt. S.	92
Ein moderner Humor entstroemt der Abhand- lung «Una cara conocida» aus der Feder Manuel Lázaro's auf S.	88
Ein Gedicht, «La Huída», von dem Grafen de Ruiz de Castilla bringen wir diesesmal auf S.	71
Die Fortsetzung unserer Erzählung «Un hombre recuerda su pasado» von Constantin Weyer finden unsere Leser auf S.	100
Einen Kunstbericht von R. Láinez Alcalá bringen wir auf S.	94
R. Sandoval de Peal bespricht in seinem Artikel den bekannten Maler Álvaro Al- calá Galiano mit Illustrationen von Wer- ken des Meisters. S.	89
Die Urspruenge des Kinos behandelt ein Ar- tikel von Rafael Marquina. S.	75
Modebericht der Graefin von Gramont auf S.	15
Sportbericht von Rienzi auf S.	46
Der Artikel ueber koenigliche Staetten Spa- niens des Patronato Nacional de Turismo behandelt «El Escorial» auf S.	81
Unsere Finanzbesprechung von Antonio de Miguel finden Sie auf S.	55
Unsere Landwirtschaftsberichterstattung von Antonio García Romero veröffentlicht wir auf S.	57
Eine Kindererzählung «Caracol, rosa, estrellas» finden unsere kleinsten Leser auf S.	111
Einen interessanten Artikel ueber den Tonfilm schrieb fuer uns Fernando G. Mantilla. S.	31
Raetselecke von Framarcón. S.	113

Revista mensual ilustrada

Cosmópolis
Fundador y Director: Enrique Meneses

AÑO 3 OCTUBRE 1929 NÚM. 23



Retrato de Cristóbal Colón que se conserva en el ministerio de Marina. La celebración de la Fiesta de la Raza en todos los pueblos de habla española pone de actualidad la gigantesca figura del insigne navegante, cuya personalidad, tan discutida por unos y otros historiadores, vive lozana en la memoria del pueblo español

(Foto Moreno.)

Ayuntamiento de Madrid



EL CABALLERO DEL VERDE GABÁN

ILUSTRACIONES DE
VARELA DE SELJAS

NOVELA CORTA

POR

FÉLIX URABAYEN

I

SUELO Y RAZA



UNA leyenda bastante generalizada es la de que en tierras toledanas no existen ya conquistadores. Los que tal afirman, sin duda no se han dado una vuelta por la Jara; sólo se han asomado a Lagartera y Oropesa, que son los hitos llamativos, pero no el riñón geográfico de esta región ignorada. La Jara, verdadera Cenicienta en cuanto inspiradora de nuestros insignes comediógrafos, que han disparado, en cambio, sobre los escenarios centenares de lagarteranas a pie, en burro, bailando y comiendo embutidos, es una faja estrecha, de alegres chichones montuosos, que enlaza el abolengo semita de Talavera con el cristiano fervor de Guadalupe. Históricamente, además, es el cordón umbilical que ata y refrena la malquerencia de las dos villas rivales, la toledana y la extremeña; ya que, según refieren muy verídicos y ancianos códices, Talavera y Guadalupe fueron recias émulas durante aquellas galanas horas heroicas en que nuestras tizonas se dedicaban a escribir capítulos ejemplares para

la historia universal. Ambas enemigas enviaban a porfía, camino de las tierras recién descubiertas de América, lo más lucido de su cosecha. Talavera, frailes y letrados; soldados y capitanes, Guadalupe...

Hoy subsiste la propia rivalidad épica de antaño, si bien adaptada a la vida prosaica de nuestro positivista siglo XX. Talavera, resguardada por su manteo toledano, y Guadalupe, escondida entre la pañosa cacereña, siguen peleando por la supremacía financiera de las villas y poblados comarcanos. Al fallarle a Guadalupe las levadas guerreras de exportación, agarróse al milagro de su Virgen y se ha convertido en una hospedería religiosa. Talavera, más práctica, arrinconó la cruz y la espada, entregándose al comercio vulgar; no buscó el arrimo de reyes ni de santos, sino que se conformó con la cerámica y los paños de Tarrasa. Resultado: Talavera es infinitamente más rica que Guadalupe. La España devota sigue acudiendo al santuario; pero sabido es cuán problemático resulta el ochavo del peregrino.

¿Por qué triunfó Talavera, habiendo sido Guadalupe la eterna protegida por copiosas mandas, desde Pizarro y Cortés hasta los

toreros mejicanos del día? ¿Por qué triunfó Talavera, lugar de descamisados, sobre Guadalupe, solar de la Virgen de los conquistadores y guarida de los mejores cuadros de Zurbarán? En siglos pretéritos se explica la preferencia: Talavera había dado alcaldes como Fernando de Rojas, arzobispos como Tenorio, jesuitas de la talla de un Mariana; mas hoy sólo tiene batanes, ferrocarriles, cerámica, paños y otras industrias de prosaica cuantía; lastre materialista que no debiera bastarle para derrotar a una villa del abolengo espiritual de Guadalupe.

Apegados a este riñón extremeño, a modo de prolongaciones talaveranas, los pueblecillos de la Jara descansan sobre la ruta guadalupeña, recostados en cómodas posturas. Alcaudete, en un hoyo, con su chilaba árabe, sus albos reflejos calcáreos y sus magníficos frutales; Belvís, el burgo democrático de la zona, antigua corte jareña, rasgada por la carretera; Mohedas y Sevilleja, envejecidas por las canas de sus viejos parrales; Buenasbudas, alegre tienda de campaña apelonada en una colina, capaz de hacer pecar a Judá, y el Puerto de San Vicente, que, entre otras curiosidades, posee unas cuevas en las rocas y un pintoresco Cristo con montera, muy venerado, en la iglesia.

La transparencia del aire en todos los pueblos jareños evoca la sequedad agresiva de un auténtico conquistador. La luz funde los perfiles montuosos, de piel áspera, habituados a la calvicie arbórea, que sólo tolera a ratos el sagrado mechón del olivo. Sin que jamás logre llegar a bosque, tampoco se puede diagnosticar de llanura a la Jara; tiene altozanos y peñas sin arbolado, pero con jaras en flor; flor blanca como los azahares de lejos, amarillenta de cerca, igual que la tez biliosa y palúdica de sus moradores.

Los conquistadores de la Jara son parientes algo lejanos de Pizarro; Trujillo pillá un poco lejos para que su influencia sea notoria. Se supondrá que no usan ropilla de veludillo, gorguera ni espadín; visten con cierta elegancia, a la última moda... de Talavera. Suelen ser buenos mozos de la cabeza a los pies; con dinero abundante y una apostura audaz que para sí la hubiese querido el zaran-deado raptor de doña Inés de Ulloa.

Lo original de esta especie típica de tenorio rural estriba en los procedimientos. No gusta de la violencia de sus antepasados, ni se ayuda con tercerías peligrosas; como a los domadores de multitudes, le bastan el ingenio y la audacia. A fin de darnos una leve idea de la estrategia que suelen emplear en sus batallas, observemos a este sujeto que avanza carretera adelante, bajo la dureza de un sol que estrangula el paisaje en vez de acariciarle con tibieza femenil.

EL CABALLERO DEL VERDE GABÁN

Es D. Diego Hinojar de Falero—o Falereo, pues hay una *e* raspada en el segundo apellido de su partida bautismal—, último griego de la Jara, y que, como buen heleno, tiene una concepción harto pagana de la vida...

La característica de D. Diego es no respetar refajo ni halda larga que se le ponga a tiro, por modesto que fuere el contenido; mas exige que las damas estén previamente selladas con el timbre legal del séptimo sacramento. A él que no le traigan quebraderos de cabeza, pues no se siente rayo de sol sobre vidrio virginal, sino amor fervido de lo ya sancionado por el juzgado y la vicaría.

Y puesto que en el pueblo se ha agotado el rendimiento erótico, marcha a cazar fuera de su feudo. Tiene echado el ojo a cierta aldehuela en la que los hombres pasan la semana carboneando en el monte. La táctica del sitiador es ingenua y primitiva; envía por delante a un bien provisto buhonero, hechura suya, el cual recorre el pueblo casa por casa, soliviantando a las mozas, y aun a las que no lo son, con el fulgor de los broches, zarcillos, collares y abalorios de la más varia catadura. Pero todo tan caro, que pronto se ven obligadas a renunciar, entre apesadumbrados suspiros.

El buhonero desaparece del pueblo, dejándose el cajón en la posada, y entonces entra en escena el demonio, esto es, D. Diego Hinojar. Pronto corre la noticia—esparcida por la posadera—de que el señor forastero ha comprado toda la mercancía y la tiene a disposición de cuantas mujeres la deseen. Y al poco rato empiezan a desfilar las buenas jareñas, extasiadas ante el cajón de quin-calla, mientras el seductor, con sus ojos de carnívoro experto, tasa rápidamente sus encantos.

Y así, cuando en el casino se enreda la discusión sobre la importancia de tal o cual aldea del contorno, nuestro caballero echa mano de su geografía experimental y decide:

—¡Magnífico pueblo! Un cajón íntegro, menos tres botonaduras... O bien:

—Malas aguas y peores dentaduras. ¡¡Apenas si coloqué tres zarcillos!!!...

II

EL CLIMA MORAL

Ha pasado algún tiempo. Don Diego Hinojar es ahora secretario en Belvís. Letrado sagaz, su fama legislativa rebasa en popularidad la de los expertos secretarios de Talavera y Guadalupe; aplica las leyes con la entereza de un Licurgo y la habilidad de un Solón rural, y, como siempre, las únicas raspaduras de su biografía corren a cargo del capítulo de faldas. En este terreno no escarmienta. Y aunque ya no sale de caza con reclamo, desde que una cuadrilla de carboneros destacada de los montes de Robledo propinó una descomunada paliza a su buhonero, destrozando de paso las pecadoras baratijas, todavía dentro del pueblo no desperdicia lance, y su olfato es certero en descubrir casadas peserosas, o viudas inconsolables, necesitadas de un prudente arrimo sentimental.

A pesar de que en este momento histórico escasean las aventuras, D. Diego se siente casi feliz. Como tresillista, es el único capaz de dar codillo al farmacéutico; sus chistes—donaires de señorito rural—hacen más gracia en el pueblo que los del médico, quien está considerado como el primer ingenio de Belvís; a caballo, ninguno le gana en

V. de S. =



EL CABALLERO DEL VERDE GABÁN

gallardía, y en cuanto a orador, se hace lenguas de su verbo castelano todo el concejo, desde el alcalde al alguacil. Y por si no bastase tal cúmulo de felices cualidades a diferenciarle de sus convecinos, D. Diego utiliza por añadidura un admirable ardid. Usa en invierno capa parda de tonalidades rojizas inconfundibles, y en verano ternos blancos geométricamente planchados, con los cuales se le divisa a tres leguas de andadura. Pero cualquiera que sea la estación, para sus aventuras misteriosas se envuelve en un gabán verde, adquirido en uno de sus viajes a la corte y procedente a todas luces de los almacenes del Águila; cuya prenda le da la apariencia borrosa de un forastero trashumante. Es imposible distinguir si se trata de un seminarista devoto de Guadalupe o de un mercader talaverano que se encamina a la feria.

También en el pueblo, a pesar de sus mil y pico vecinos, empieza a escasear la fruta prohibida, y D. Diego va resbalando por ese sendero crótico-cerebral de las confidencias casiniles, fruto más cercano a la fantasía que a la realidad. El conquistador impenitente anda seriamente preocupado con esta huelga general de vello-cinos ajenos. Su mejor *celestina*—su galga, como él la llama—lleva semanas enteras sin levantar la pieza más liviana. En la tertulia, las pullas de misteriosa trayectoria hieren su vanidad como envenenado estilete.

—No me va a quedar otro recurso que ponerme a leer—reflexiona D. Diego entre suspiros, mientras reparte las cartas—. Ya empecé ayer con el tomo de la *Ilustración Española y Americana*...

Cuando he aquí que, como llovía del cielo, surgió la aventura más sabrosa de su vida. Y sin intervención de galgas ni dar un cuarto al pregonero, o lo que es igual, al buhonero...

Pues, señor, érase que se era una criada rica en gracias y hechuras, que servía en casa del alcalde. Casta, que así se llamaba esta Aldonza de Belvís, habíase mostrado siempre tierna en miradas hacia el magnífico D. Diego; pero ya sabemos también el santo respeto que éste sentía por todas las vírgenes, aun cuando no fueran prudentes. Las primicias le aterraban; en tal sentido no era un verdadero Don Juan. Como cazador y como secretario, no pasó nunca de corruptor legal, lo mismo con las leyes que con los sacramentos. Ninguna doncella podía achacarle verosíblemente la pérdida de sus tesoros; nadie le pudo tachar de percibir un sueldo que no viniese consignado en nómina. Eran dos principios fundamentales en la moral burguesa del excelso don Diego.

De ahí su gozo al escuchar cierto día en que había ido a la firma y encontró sola a la moza:

—¿No sabe usted que me caso, don Diego?

—¿Que te casas, muchacha! ¿Con quién?

—Con Isidoro, el herrero; ya me habla desde la función...

—Caramba, ¡cuánto me alegro! Es buen mozo. ¿Y cuándo es eso?

—Todavía falta, don Diego; hay que ahorrar para el ajuar. Él tiene algo, pero una, como gana poco...

—¿Cuánto necesitarás? Ya sabes que yo te aprecio de veras...

—Sí, señor, ya lo sé, y se le corresponde, aunque, como una es moza, está feo decirlo. Pues sí, señorito, con mil reales y lo que tengo... pues a la cuenta, el domingo nos podíamos publicar...

—Nada, nada, cuenta con ellos; luego se los llevaré a tu madre, que tengo que verla este

anochecido. Y tú me avisarás cuándo quieres que charlemos un rato...

He aquí por qué, dos meses más tarde, cierta fría noche invernal llegó D. Diego al casino con el rostro rebosante de beatífica satisfacción. Se le olvidó darle codillo al cura; cruzó silencioso ante el corro de señoritos y ocupó su sitio, sin dignarse reanudar el habitual pugilato de chistes con el veterinario. El caso lo merecía. Llevaba en la cartera el aviso de Castita, aderezado con prolijidad de útiles advertencias conducentes a la perfecta impunidad de la aventura.

Sobre las doce, D. Diego abandonó el casino, dirigiéndose a su casa. Requirió el verde gabán, terror de maridos, consuelo de viudas y envidia de donjuanes, y aun cuando tenía por norma no fumar cuando salía a caza de reses mayores, por si el fuego atraía la atención de los fisgones, aquella vez dió un par de chupadas golosas al habano y se persignó devotamente. Este detalle parecerá algo absurdo en tan críticos momentos; mas si lo hizo, ¿por qué lo hemos de ocultar? Un instante después, su silueta se fundía en la negrura de la noche cerrada de Belvís, que en aquella época aun no disfrutaba de luz eléctrica en sus calles.

Detúvose en las afueras del pueblo ante una casita chata, de menguado tejadillo y empotradas rejas. En el ventanuco, bajo una piedra, estaba la llave; chirrió suavemente la puerta. Era diestro el galán en el franqueo de esta suerte de obstáculos, y pronto encontró la recoleta alcoba. ¡Bien se presentaba la empresa! Isidoro, el ciclope herrero de formidables puños, se hallaba herrando unas caballerías en el quinto de Mohernando, a cinco leguas largas de Belvís; como no viniera en avión, no aportaría por su casa antes de las diez de la mañana. Nada de prisas, por consiguiente, reflexionó D. Diego mientras se despojaba de la camiseta.

¡Pum!!! ¡Pum!!! Dos golpes secos y formidables hicieron retemblar el ventanillo, tras el cual un vozarrón rugió, indignado:

—¡Casta! ¡Casta...a...a...!!! ¿Dónde está la llave, Cristo...?

Don Diego, todavía con los calcetines en la mano y sin una hilacha sobre su cuerpo pecador, empezó a dar diente con diente. Por suerte, Casta, mejor estratega, acudió en su auxilio.

—Ya voy, Isidoro—respondió tranquilamente—. Como no te esperaba dejé la llave dentro. ¿Te pasó algo?

—No; encontré las bestias por el camino y despaché en seguida. Date prisa, que está helando...

—Voy a encender, espera... No encuentro la llave...

Mientras hablaba, hizo un lío con las ropas de D. Diego y, poniéndoselas entre las manos, añadió:



—¡Aprisa! Escóndete en el pozo del patio; yo dejaré la puerta sin cerrar. En cuanto se duerma, escaparas...

En medio segundo, las zancas peludas de D. Diego saltaron el brocal; media hora después, ganaba el arroyo. En la mano llevaba el paquete de ropa; pero no se fijó siquiera; corría y corría desalado, en traje de Adán y sin hoja de parra, por supuesto. De pronto, unos perros empezaron a ladrar y a seguirle; luego otros y otros, venidos no sabía de dónde. Don Diego se aterró. Hallábase a la entrada del pueblo, y de cada encrucijada surgían nuevos perros ladrones. ¡Noche helada de enero, noche de luna llena! A cero grados y siempre en traje bíblico, el desdichado corría con la intensidad del judío errante, mientras la trailla iba engrosando con refuerzos procedentes de zaguanes y corralizas...

Don Diego creyó volverse loco. Un can furioso le husmeaba ya las pantorrillas; le arrojó la camisa a las fauces, y el animal, entretenido en desgarrar el lienzo, dejó de perseguirle. Se creyó salvado; sin dejar de correr, fué distribuyendo su equipaje entre la furiosa jauría; a cada perro que se le acercaba, le entregaba una prenda. Así atravesó el pueblo y pudo ganar la carretera en el preciso momento en que se acercaba el carro del cosario de Talavera. Se tiró a él de cabeza, cual nadador experto, no sin arrojar antes a las fieras su última prenda: el famoso gabán verde, que fué piadosamente recogido por un gañán, pues la escandalera perruna había despertado al vecindario, y cuando D. Diego pudo recobrarse vió a medio pueblo en torno, socarrones unos, amenazadores otros, que le demandaban los motivos de tan extraño suceso.

Su primer impulso fué confesar la verdad; mas en el mismo instante divisó el rostro feroz del herrero. ¡Virgen de Guadalupe!—imploró, elevando sus ojos al cielo—. ¡Sálvame!

Y la Virgen le salvó. Fué una inspiración rápida y certera.

—Lo primero, que me traigan una manta. ¡Cómo voy a salir si estoy en cueros?

—¿Y por qué está usted así?—inquirió el alguacil, alargándole el consabido gabán verde.

—¡Esperad! Todo tiene su misterio; se trata de una promesa. Había ofrecido ir una noche en penitencia a Guadalupe, y elegí la más cruda del año. El voto era hacer el viaje desnudo y entregar a la Virgen mis ropas; pero estos malditos perros me siguieron, y aquí estoy. ¡Para una vez que he querido ser bueno...!

Los ladinos aldeanos, sin tragarse la partida, murmuraban. Sin alcanzárseles el verdadero motivo, todos presentían tras aquella historia alguna fechoría faldera. Hasta que un viejecito, rugoso y temblequeante, decidió ingenuamente:

—Pues el voto hay que cumplirlo; si no, a todos nos vendrán desazones por haberlo impedido...

—¡Eso! ¡eso...!—acogieron jubilosos los mozos—; que cumpla el voto. Los cuatro gañanes del tío Quico están demás y pueden acompañarle. Y entre todos pagaremos una misa, para que don Diego no agarre una pulmonía por el camino...

Aprestáronse los mozos y empezó el calvario. Durante la noche caminaba sin tregua, bajo la inclemente helada que entu-

EL CABALLERO DEL VERDE GABÁN

meía sus peludas zancas; de día, arropado en el gabán verde, descansaba en las posadas, cobrando ánimos para proseguir la cruel jornada. Tres noches duró la odisea.

A la madrugada del cuarto día entraba en Guadalupe el valeroso D. Diego con su original escolta pisándole los talones. En la mano agitaba un envoltorio blanco que depositó a los pies de la Virgen. Jamás llegó al monasterio exvoto tan misterioso como el ofrecido por aquel extraño caballero del verde gabán...

III

LA CONSABIDA MORALEJA

Han pasado muchos años. Es D. Diego ahora el hacendado más rico del pueblo. Casó con una honesta dama extremeña que le trajo en arras, a más de su doncellez, mil fanegas de sembradura, dos orzas de peluconas con la amada efigie de Carlos III y un cofre lleno de alhajas de oro macizo y pesado, dignas de una virreina.

Harto discreto, D. Diego ha dejado la secretaría. Tiene, además de la del matrimonio, varias cruces de mérito, como la del salvamento de naufragos; es caballero del Santo Sepulcro e Infanzón de Illescas, figurando siempre en primera fila cuando se reúne el Capítulo. Jamás ha vuelto a tratar con Aldonzas de atractivo refajo. Por la velocidad adquirida, toma el mismo desayuno que antaño: chocolate para el cuerpo y la *Gaceta* para el alma. Es suscriptor de *La Nación*. Cuando va a Madrid con su esposa no frecuenta más teatros que el Reina Victoria, si trabaja la Artigas; Lara, trabaja quienquiera, y algunas veces Fontalba si no actúa la Xirgu. Sobre este punto, D. Diego tiene idéntico criterio que el extravagante ciudadano D. Ramón del Valle Inclán.

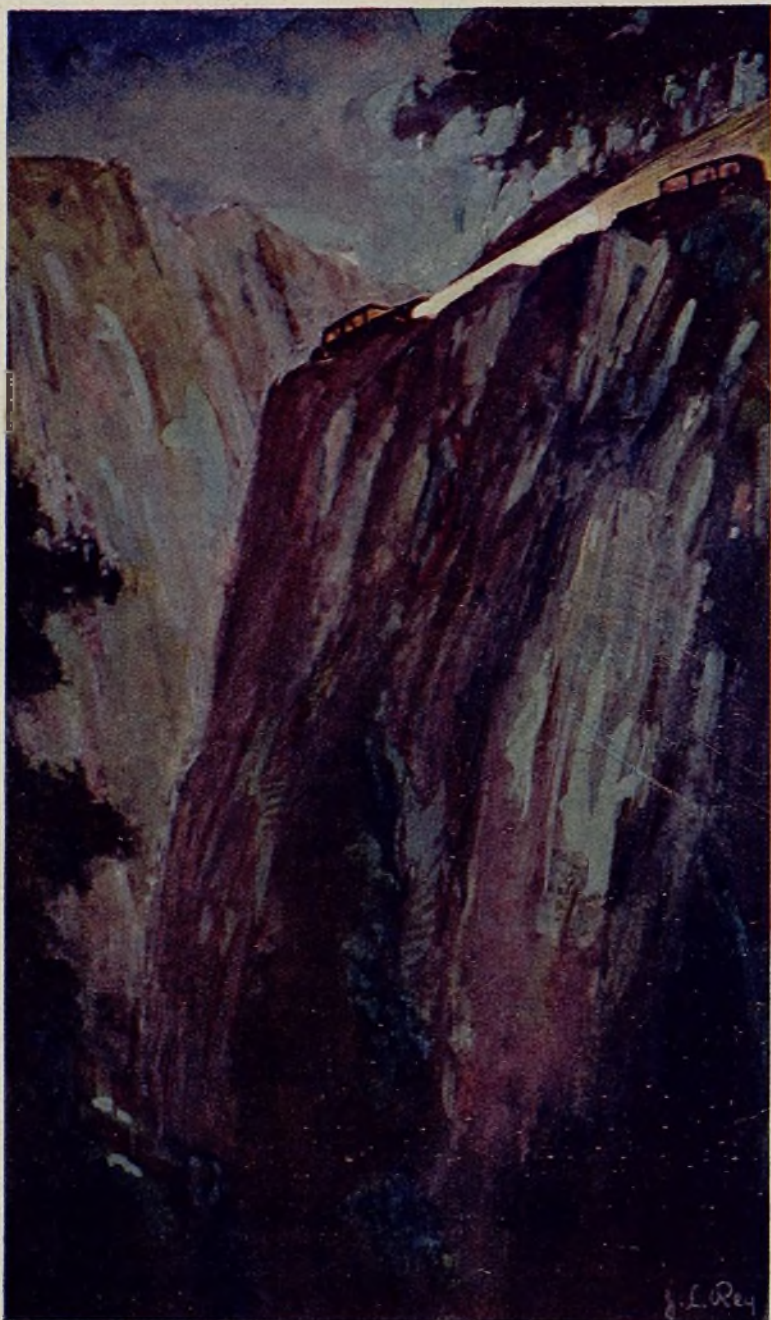
En su casa, la más rica de la Jara, hay de todo, excepto perro. Hay un portón con escudo, donde un lobo muerde ramas de laurel; hay espaciosos corrales, dilatado huerto, fresca bodega, amplias y soleadas estancias. En la escalera principal abundan las grecas y arabescos de gusto dudoso; en el comedor, los sillones frailunos con respaldares de repujado cuero; en los pasillos, viejos arcones, y en la solaneja, colgada sobre la tejavana, grandes ristas de membrillos, pimientos, melones, ajos y toda suerte de chacinería, alternando con ramitos de romero y espliego. Todo allí respira madurez, sosiego, hartura...

Pero lo que verdaderamente atrae la atención de los visitantes es una pequeña hornacina, socavada en la pared de la sala y protegida por su cristal. En ella se guarda un gabán verdoso, raído y maltrecho como hábito de peregrino. Sobre él hay una cartulina que dice: «El gato escaldado, del agua fría huye.» La letra, obra de la discreta dama extremeña, es un primor caligráfico...

FÉLIX URABAYEN

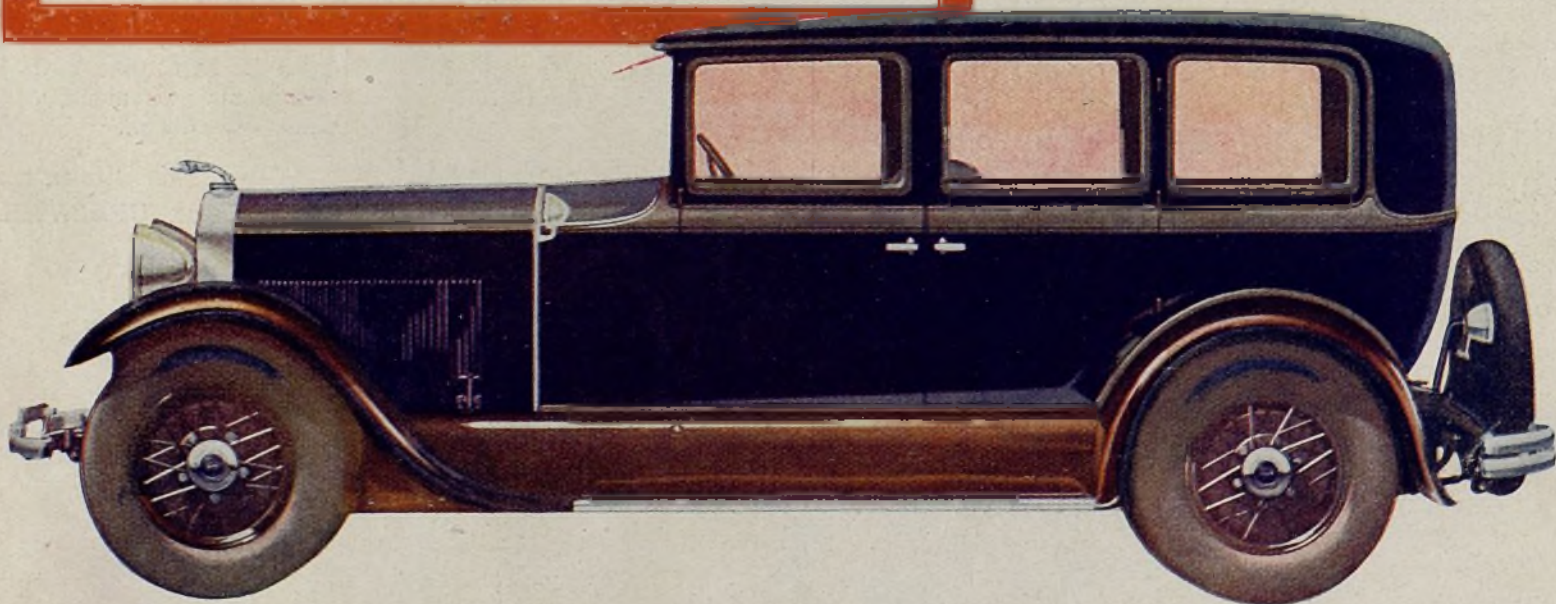


Ayuntamiento de Madrid



L Lincoln se desliza veloz por el valle, remonta infatigable las cuestas, bordea seguro los precipicios... y si de repente un peligro insospechado se presenta V puede afrontarlo sin pestañear, porque ya sabe que va en un Lincoln. Su motor y sus frenos son siempre seguros y usted les puede confiar tranquilo su vida misma, pues sabe que se pliegan dócilmente a su voluntad.

LINCOLN



Automóviles Lincoln — Sección de la FORD MOTOR IBÉRICA — Barcelona

Ayuntamiento de Madrid

Moda

Moda



Vestido de muselina de seda negra estampada con rosas rojas, rosas y grises. El cuerpo forma una punta que cae bas-

tante baja por la espalda. Un ribete de muselina de seda lisa alarga el vestido.
JEAN PATOU.

Los nuevos vestidos de noche en París

Los vestidos de noche son los vestidos sensacionales de la temporada, porque son de una forma novísima y de gran elegancia. Gozo pensando en el bello espectáculo que ofrecerán las fiestas de este invierno, espectáculo del cual nos ha dado un adelanto la gran temporada de Biarritz. Las mujeres no han estado nunca más lindas, más verdaderamente favorecidas que con estas faldas largas que llegan al suelo por delante y a veces arrastran por detrás. La cintura en su lugar aumenta la impresión de esbeltez, y el juego de las puntas o de los «panneaux» es de una impresionante diversidad. Nuestros modistos ponen a veces en sus ropas tanto arte como hay en la estatuaría antigua, y creo que la moda actual figurará en la

historia del traje. Hay un lugar común, que consiste en decir que no se ha inventado nunca nada y que la moda es una eterna renovación. Esto es falso en lo que respecta a la época actual, y nuestra línea no me parece inspirada en ninguna otra.

Los tisúes son igualmente muy solicitados y de mucho gusto. Todavía gusta el tul y he visto mucho en Biarritz, no ya empleado en volantes, como en otros tiempos, sino en largos «godets», a veces orlados por un ligero bullón. En cuanto a la muselina estampada, aun se ve, pero está con frecuencia adornada con algunos ligeros dibujos brochados en oro o plata que le dan un carácter más refinado. Nos causa dolor abandonar esos encantadores «voilés» floridos que dan impresión de juventud y de gracia. Quizás el terciopelo brochado sobre fondo de muselina lo sustituirá para el centro del invierno.



PREMET

LOUISE BOULANGER

NICOLE GRONET

A la derecha, vestido de muselina de seda mandarina, brochada con flores de terciopelo; está rayado sobre las caderas con vivos que forman puntas a los lados y por detrás. En el centro, vestido de terciopelo inglés verde oscuro drapeado según la nueva línea de Louise Boulanger; a la izquierda, vestido de tul negro bordado con cuentas de azabache.

no; pero no hay una colección de modisto que no contenga aún algunos modelos estampados. Para las grandes galas, el *clamé* vuelve a aparecer, pero dulcificado, figurando el metal con discreción. Louise Boulanger ha hecho con este material vestidos con un volan-

te doble a media falda, formando una especie de faldón bastante extendido y rígido. En alguna parte se ve drapeado por detrás, formando un *epoué* muy flexible, y me pregunto si esto no será la moda de mañana. Vamos evidentemente hacia la complicación y los



DOEUILLET DONUT

GOPY

DRECOLL BEER

A la izquierda, vestido de «crêpe» romano blanco bordado con «strass». En el centro, vestido de noche, de «crêpe» de roble negro sobre el cual una tira ancha forma una incrustación que se anuda por delante. A la derecha, abrigo de noche, de terciopelo artificial rojo rubí. Una « echarpe » grande se anuda al cuello, mientras que un «panneau» cae por un lado.

vestidos muy trabajados; ello por una inevitable reacción contra la moda demasiado sencilla, de la que estamos ya muy cansados.

Los abrigos de noche son casi siempre cortos o semilargos. Era difícil hacer otra cosa, y sólo Patou se ha atrevido a mostrarnos abri-

gos largos muy delgados que forman por detrás una trama bordada de piel y suben en redondo por delante. Esta moda está aún reservada a las mujeres muy elegantes, a quienes no importa renovar a menudo su guardarropa; las mujeres prácticas adoptarán el abrigo



LUCIEN LELONG

NICOLE GRONET

LUCIEN LELONG

Lucien Lelong parece tener predilección por el «taffetas» estampado sobre cadenas. De este material ha hecho un vestido con dibujos blancos y rosas sobre fondo gris oscuro que puede verse aquí a la izquierda. En el centro, el vestido de Nicole Gronet es de «crêpe» de china azul de Roy con tres dalias, dos amarillas y una azul, en la punta del descote. A la derecha, capa de «taffetas» brochado con terciopelo negro, con cuello de armiño.

corto, que no arruga la falda. Hay algunos, encantadores, de armiño, la parte baja del vestido. Todo esto es nuevo, hecho hábilmente y muy solicitado. Se han hecho prodigios para que estéis muy bellas este invierno.



Los vestidos de tarde



LUCIEN LELONG



JEAN PATOU

Arriba, vestido de muselina de seda azul cuervo guarnecido por detrás con un volante que cae sobre los lados. En el centro, vestido de tarde, de «lamé» de plata, muy flexible, con dibujos de plata más oscura, broche de «strass» en el cinturón. Abajo, vestido de «crêpe» de Marruecos negro, cuyo cuello está adornado con una puntilla ocre muy oscura.



WORTH

Los modistos han querido dar a nuestros vestidos de tarde una línea de mucho vestir; y me sorprende ver la facilidad con que las mujeres han aceptado el vestirse de ahora en adelante con gran refinamiento para la hora del té. Verán ustedes en esta página que el «lamé» aparecerá a las primeras luces: un «lamé» muy discreto, con dibujos pequeños, pero cuyo brillo sorprenderá, sin embargo, cuando se abra el abrigo de terciopelo oscuro orlado de piel. Para corregir el aspecto demasiado refinado de este tisú metálico se hace el vestido muy sencillo de forma, y el contraste es gracioso.

El terciopelo brochado sobre fondo de muselina será también una linda fantasía

Los días 16, 17 y 18 del corriente mes de octubre, Worth, la famosa casa de modas de París, mostrará su última colección en la casa Llibre, Cortes, 605, en Barcelona. Gustosos comunicamos esta noticia a nuestras numerosas lectoras catalanas

PARA LA MAÑANA



MAG HEKKY



CHANTAL



DOEUILLET DONCET

GOPY

Arriba, a la izquierda, conjunto de sport para la «Riviera», por Mag Hekky. La falda y la pequeña capa son de tweed marrón muy oscuro; la blusa es de crêpe de china negra, incrustada con crêpe amarillo y marrón.

Arriba, en el centro, vestido de lana beige cuadrado en negro; el tisé se emplea en varios sentidos y forma «panneaux» incrustados. Dos bolsillos abrochados a los lados. El cinturón, muy en su sitio, es de cuero amarillo.

Arriba, a la derecha, un conjunto de Goupy, de tweed beige y marrón. El abrigo está forrado completamente de cabritilla blanca que forma también el cuello. Los botones del vestido y el cinturón son de cuero blanco.

Abajo, vestido de sport, cuyo cuerpo es de jersey «grège» (crudo) mezclado con marrón y gris violeta. La falda de tweed, exactamente del mismo tono, está ceñida a las caderas por medio de pinzas. Pequeña secharpe de jersey.

de tarde. Es a menudo de tono sobre tono, y uno de los tintes favoritos será el violeta. ¿Durará mucho tiempo? No sé. Vemos ya tanto tono violeta, que nuestro capricho es muy capaz de pasar rápidamente. Hay que mostrar mucha circunspección en la elección de tintes al comienzo de una temporada, porque los hay que dan al cabo de un mes una terrible impresión

Y PARA EL "SPORT"



AUGUSTIA BERNARD

Las capas son aún bastante frecuentes en los conjuntos de «sport»; son casi siempre semilargas y están provistas de grandes bolsillos; un chaleco de cuero, ya sea de antilope o de «daim», las completa a menudo y las hace más cómodas.

Arriba, abrigo de «burrasport» marrón provisto de un cuello grueso de «ragoudin». El forro es de «tweed» «beige», así como el vestido que va debajo del abrigo. Unas incrustaciones a un lado forman un bolsillo al bias.

Arriba, a la izquierda, conjunto de «sport» de «tweed» mezclado con «grège» (crudo), azul y blanco. La falda-pantalón está cortada en el centro; la casaca tiene cuatro bolsillos. La capa está provista de un gran cuello de «lynx».

Abajo, a la izquierda, abrigo de calle de «tweed» negro y blanco. El cuello bajo y los puños grandes, muy alargados por abajo, son de astracán gris difuminado del tono más claro al más oscuro. El bolsillo está guarnecido de incrustaciones.

de «demodés». El negro, por el contrario, merecerá siempre el favor y será siempre elegante.

Muchos «panneaux» alargados a un lado o por detrás en los vestidos de

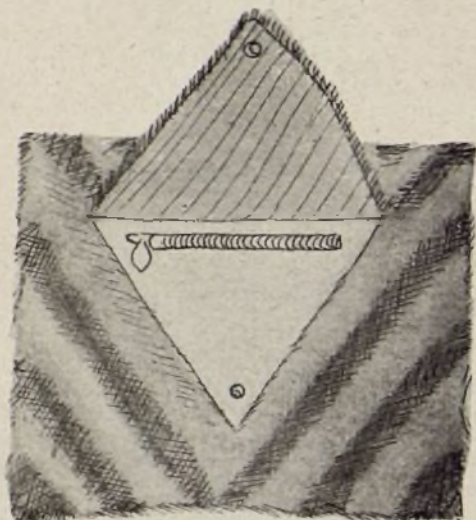


DRECOLL BEER



JENNY

MANGUITOS NUEVOS



MAGGY ROUFF

Arriba, los manguitos de Maggy Rouff, de rata chinchilla, están provistos de grandes bolsillos que forman saco y suprimen así el bolso de mano. Una inicial grande de plata los adorna, a veces, como puede verse aquí.

El manguito de Augusta Bernard es de astracán marrón. A un lado lleva un nudo de «gros-grain». A la derecha, los guantes hechos por Maggy-Rouff de antilope «beige» claro, guarnecido con antilope marrón.

Los tres manguitos de Patou son de gran originalidad, y de ellos, dos encierran igualmente un bolso de mano. El de arriba es de «breitschwast» negro, guarnecido con un cordón; los de abajo, de astracán: uno tiene adornos de armiño.



AUGUSTA BERNARD

tarde dan la impresión de que éstos son mucho más largos de lo que lo son, en general. Algunas modistas presentan asimismo una hábil interpretación del vestido «princesa»: el corpiño, sencillo y bastante ajustado; el talle, bien marcado, y la falda, alargada con «godets», llega al tobillo; un poco de encaje en el cuello da una nota clara.

CLAUDE FRANCE



MAGGY ROUFF



MAGGY ROUFF



JEAN PATOU



JEAN PATOU



JEAN PATOU



W O R T H

7, RUE DE LA PAIX
P A R Í S

Au Carlton
BIARRITZ

Sur la Croisette
C A N N E S.

3, Hanover Square
221, Regent Street
LONDON

Parece una jovencita...
Pero ya es una mujer



Verdad que encuentra usted en ella algo que le maravilla? Usted recuerda la distinguida figura que tantas veces encontró durante el pasado otoño en los centros de reunión del mundo elegante. Una persona encantadora, radiante de vista, que a su juvenil belleza une su bien madurada reflexión. Fresca y lozana como la flor recién abierta, y, sin embargo, confiada en sí misma y de modales desenvueltos.

Al igual que toda mujer que desee mantener su posición en el mundo elegante, ella debe destacar ventajosamente en todo momento y sentirse en su ambiente.

Es así como ella ha aprendido a encontrar la juventud en toda ciudad elegante que visite: en un salón Elizabeth Arden.

En Madrid se le ofrece un lujoso salón, similar a los otros salones Arden que ella ya conoce. Aquí, en una atmósfera deliciosamente femenina, los revivificantes tratamientos Elizabeth Arden crean constantemente encantos juveniles. Los rasgos del rostro se perfeccionan. Un delicioso color natural tinte las mejillas. Los años desaparecen. Y la juventud se conserva por este método, practicado con éxito en dos continentes.

Solicite por teléfono su hora de consulta. Teléfono núm. 56.509

ELIZABETH ARDEN

673, FIFTH AVENUE, NEW YORK

ELIZABETH ARDEN, S. A.

MADRID: CALLE DE ALCALÁ, 71

LONDRES

PARÍS

BERLÍN

ROMA

REPRODUCCIÓN RESERVADA

Consultorio de belleza

PRESUMIDA

Puede usarlo sin ningún cuidado, pues no suprime el sudor, sino simplemente lo desodora. Tiene usted frascos de Sudoral a una peseta, y puede hacer la prueba. Su empleo es sencillísimo: basta empapar un algodoncito y dárselo antes de ponerse el vestido, y se encontrará libre de esas molestias que ocasiona el sudor.

UNA BELLEZA

Esa irritación que le queda después de depilarse se debe a que no es bueno el depilatorio. Mezcle perhidrol, amoníaco y agua a partes iguales y déselo con un algodón. Inmediatamente después, cuando empiece a sentir un leve escozor, póngase una buena capa de cold-cream.

DOÑA MISTERIO

Tomar después de cada comida una taza de manzanilla muy caliente, es bueno para conservar bien el cutis. El Humo de Sándalo es para sombrearse los ojos, y el Pastimel es para las pestañas. La sombra de los ojos puede extenderla un poquito hacia las sienes, y la quedarán muy bonitos.

RUBIA Y FEA

Muchas veces estriba en el empleo de malos polvos esas espinillas y esos granitos que usted dice. Use polvos Freya antes de darse el Arrebol.

UNA LECTORA DE «COSMÓPOLIS»

Debe procurar al depilarse las cejas el igualárselas quitando las de abajo, puesto que cuánto más lejos le queden de los ojos, parecerán más grandes. No se las deje muy finas, porque no resultaría usted bien. Mezcle tintura de benjuí, agua de azahar y glicerina a partes iguales, déselo por las noches antes de acostarse y verá cómo se le pone mejor el cutis. Córtese las puntas de las pestañas un poquito e imprégneselas con aceite de ricino y ron mezclado, dándoselo con un cepillito o un cristal de los que usan los oculistas, cuidando no la entre dentro de los ojos, porque los irrita. Si es constante y procura viciárselas hacia arriba logrará tener las pestañas largas y rizadas.

ENTREMETIDA

Desde luego puede usted consultar todo lo que desee, y, por lo pronto, le diré que no debe seguir usando ese rimmel casero, pues, aunque pueden que resulten muy bonitas, no tiene más remedio que pudrir las pestañas y ser la causa de que se le pongan encarnados los párpados.

MARIBEL

Consejos útiles

PARA LA ADQUISICIÓN

de alhajas, medallas, escapularios, artísticas esculturas de marfil del Sagrado Corazón, Purísima, etc., y relojes tengan presente los señores compradores la Joyería de Pérez Molina, Carrera de San Jerónimo, 29, Madrid, de gran confianza. Teléfono 12.646.

CASA PASSAPERA FUERTES

VESTIDOS

• ABRIGOS

• MODAS

MADRID

Adela

GÉNOVA, 19
TELÉF. 25 331

INGLATERRA

BANSTEAD en Surrey - Inglaterra

«GARRATTS-HALL», pensionado de primer orden para señoritas
Jardines bonitos - Equitación - Arte - Música

Prospectos por mediación de la Dirección.



El doctor René Smol, una de las figuras científicas más relevantes y más discutidas de Francia

Crónica de París

**Un mago de la Ciencia; el doctor Smol
La nueva estación del Este :: La Prensa
latina en los castillos del Loira y en
La Baule — El nuevo viaje de "La Ar-
gentina" — El sol y los baños en París
La baronesa Irmgard von Reppert**



El doctor Smol, mago de la Ciencia? Ciertamente, puesto que cura y nadie sabe por qué procedimiento... Ese es, desde hace muchos años, «su secreto», que decidió no revelar cuando, radiante de gozo en uno de sus viajes por Egipto, por la Mesopotamia y por Persia, comenzó, a su regreso, a practicar las primeras curas y a recibir los primeros ataques. Ahora que tenemos en España el caso Asuero, nada más oportuno que hablar de este sabio original, raro, que gana millones, da dinero encima a los enfermos pobres y desprecia olímpicamente a sus enemigos...

René Smol ejerce la Medicina desde hace veinte años. Es joven aún, y sus ojos claros, ligeramente azulados, ejercen una indudable influencia sobre sus enfermos. Y, sin embargo, no pueden atribuirse a sugestión las curas de este hombre, que hoy vuelve a ser la actualidad científica francesa con motivo del éxito rotundo en dos casos de hemofilia... Sí, señores, de hemofilia. ¿No parece esto, en efecto, cosa de magia, de brujería, de milagro? Pues ahí están los vivos documentos de estos aristócratas franceses, hijos de padres primos hermanos, que parecían condenados a esa terrible enfermedad...

El doctor Smol, digámoslo de una vez, es el descubridor de un nuevo procedimiento para curar todas las enfermedades y afecciones de la piel, así como para que desaparezcan los vestigios o señales de las cicatrices, de la viruela, de las manchas, del herpetismo...

Yo, llevado por la curiosidad periodística y humana, he querido hablar con este hombre singular, sobre el que se escriben los mayores ditirambos y los ataques más violentos. Y me he dirigido a su clínica, que está en un hotel con amplio jardín, en el número 52 de la rue Monceau... Me ha recibido su señora, una gran dama inteligentísima y aun más bella que inteligente, que es una verdadera colaboradora y compañera del ilustre doctor.

—Mientras mi marido despacha los últimos clientes del día— me ha dicho esta hermosa mujer de grandes ojos negros—, yo podré decirle algo sobre él. Para nosotras las mujeres, sobre todo, su descubrimiento tiene una importancia capital. ¡Ahí es nada! ¡Quitar las señales de una cicatriz, hacer desaparecer unas manchas, curar un eczema o cualquier otra enfermedad o defecto de la piel. Las mujeres triunfamos, sobre todo, por la piel, ¿no es verdad? No es que diga que somos superficiales; ¿pero qué sería de nosotras sin una piel tersa, limpia, sana? Yo misma, donde usted me ve, si no fuera por mi marido, sería la más desgraciada de las mujeres. Figúrese que en un horrible accidente de automóvil me partí la frente... Fíjese bien, con atención, y apenas notará usted los vestigios...

Observo atentamente, y, en efecto, fijándose mucho se percibe la señal.

—Mi marido, durante las vacaciones, se iba a Egipto, a los países, en fin, donde las enfermedades de la piel están a la orden del día. Y de allí, a fuerza de estudiar, de practicar, de ver, trajo su tesoro...



Caricatura de Artemio Precioso, por Reppert.



Miss Europa, vista por Reppert

Crónica de París

¡Su tesoro! ¡Su secreto! Esto parece escandalizar a más de cuatro Tartufos con birrete...

—¡No hay derecho! El hombre de ciencia debe ser un mártir, un sacerdote iluminado por el amor a sus semejantes. ¡Imagínalos que un Pasteur, por ejemplo, se hubiese salido con egoísmos y hubiera guardado sus portentosos descubrimientos!...

Es lo de siempre. El caso Asuero, repito, entre nosotros, bien puede servirnos de ejemplo. Y en uno y en otro caso, el doctor francés y el doctor español seguramente no han hablado

por los primeros ataques, despiadados, crueles e injustos... Además, en el caso Smol, como en el caso Asuero, se trata, sin duda, de procedimientos muy personales, en que lo principal es la *personal* intervención del descubridor. ¿O es que va a ser posible que tras largos años de estudios, de búsquedas, de prácticas, pueda administrarse un procedimiento como si fuera un específico?

—Si usted, amigo mío—me ha dicho después el propio Smol—, compra una casa y se encuentra con que en su subsuelo existe un rico yacimiento de petróleo, ¿qué hace usted? ¡Explotarlo! Pues eso hago yo con mi método, que es «mío», completamente mío... Desde mi época de estudiante, cuando yo observaba las magníficas descripciones que el profesor nos hacía de las enfermedades de la piel, incurables casi todas, yo me dediqué a pensar y a estudiar estas cuestiones... Y cuando un día regresé victorioso de uno de mis viajes orientales, con mi *eureka* en la mano, y comencé a curar, dispuesto a expandir a los cuatro vientos mi descubrimiento, se me atacó sin piedad, se me negó, se me calumnió... Entonces decidí callar... He curado de terribles eccemas a cerca de doscientos médicos de mi país. A los enfermos pobres, no sólo no les cobro nada, sino que encima les doy dinero... A la gran duquesa de Rusia, hoy princesa Nicolasa de Grecia, afectada dolorosamente durante toda su vida, tras haber sido tratada por los médicos más eminentes de la tierra, la curé de una grave enfermedad cutánea. La tuberculosis ganglionar también la combatí con éxito seguro... A los ricos les hago pagar justamente la desaparición de sus dolencias y de sus lacras... A los pobres, repito, no les llevo nada. Distribuyo la justicia como mejor creo. Y si a algunos millonarios les he cobrado cuentas proporcionadas con su fortuna, ninguno ha dejado después de expresarme de mil modos su gratitud...

A mis preguntas para saber algo concreto sobre su descubrimiento, sólo consigo las siguientes palabras:

—Las enfermedades de la piel, en general, y contra lo que se ha venido y se viene creyendo, no provienen de la sangre, sino que nacen y se desarrollan en la misma piel, independientemente del resto del organismo. Mi descubrimiento es, pues, un tratamiento externo, y los enfermos pueden comer de todo, sin sujeción a régimen alimenticio alguno.

Y para terminar me dice:

—Todo esto es la lucha del viejo con el nuevo mundo. Y siempre ha sido así. Los innovadores hemos sido siempre combatidísimos. Si usted me ve instalado en este hotel de tres pisos, de mi propiedad, es porque de otra forma los clientes que me visitasen por primera vez formarían una opinión desfavorable. Es preciso que vean y sepan que gano muchos millones al año. La Humanidad es así. Cuando llegué a París, para comenzar a trabajar con mis descubrimientos, sólo poseía tres mil francos... Ahora me dedico a hacer estudios sobre la tuberculosis pulmonar, con el deseo ferviente de encontrar algo que la cure de veras. Si logro mi propósito, dedicaré toda mi fortuna—no tengo hijos y mi mujer es rica por ella misma—a esta obra, con un absoluto desinterés, demostrando que jamás el egoísmo ha movido mi mano ni ha impulsado las ondas mentales de mi cerebro...

* * *

Se ha inaugurado el nuevo edificio de la estación del Este. De dieciocho vías con que contaba la vieja, existen ahora treinta. Como dato curioso debemos decir que si hace unos años descendían y ascendían por esta parte de París unos tres millones de viajeros por día, ahora el tráfico se eleva a más de veintiséis millones... ¡Y esto sin contar el aumento fantástico de la circulación de automóviles!...

* * *

El día 16 de septiembre, a las ocho de la mañana, salieron de la estación D'Orsay cerca de un centenar de periodistas, extranjeros en su mayoría, con dirección a Tours, donde se ha celebrado este año el VIII Congreso de la Prensa latina. Toda la Prensa suramericana, la italiana, la portuguesa, la francesa, la belga,



Miss América

la española, estaban representadas. Los congresistas, después de la sesión de apertura en la gran ciudad de Balzac, han visitado todos los castillos del Loira, una de las riquezas artísticas más preciadas de Francia, que ninguna persona culta debe dejar de ver. Y se ha acabado la excursión de los periodistas con una gran recepción en el casino de La Baule, la célebre playa de moda, donde los pinos llegan a abrazarse con las olas. Los compañeros que han participado en este *Congreso circulatorio* guardarán de él un imborrable recuerdo. El Sr. De Waleffe, el ilustre escritor, alma y vida de estos viajes *latinos*, puede sentirse satisfecho. Los próximos Congresos de la Prensa latina se celebrarán, según parece, en Río de Janeiro y en Buenos Aires.

* * *

En los primeros días de este mes ha salido para los Estados Unidos, por segunda vez, nuestra célebre Antonia Mercé, *La Argentina*, que nos abandona por varios meses. Los yanquis se apoderan por ahora de la exclusividad de nuestra genial bailarina, a la que he preguntado si a su vuelta irá a España:

—No sé... Pero creo que no... Eso es... No...

Bien se ve que *La Argentina* tiene aún clavado en el pecho—y tal vez lo tenga siempre—el puñal de nues-

tra indiferencia primera. Aunque reconoce que en España contó desde el primer momento con la adhesión del elemento intelectual y lo más selecto de nuestra Prensa, Antonia no puede fácilmente olvidar la general indiferencia con que sus danzas fueron acogidas por el público español... Se ha necesitado que su triunfo sea de una mundial resonancia para que volvamos la vista hacia la gran danzarina, gloria de España... Sin embargo, yo soy de los que la vienen diciendo sin descanso:

—Hay que ir a España, hay que ir a España...

Porque, querida Antonia, por muchas que sean sus quejas justificadas, al fin y al cabo su arte es España, y usted triunfa y ha

Crónica de París

triunfado con el nombre y con el corazón de España, y por España...

* * *

Las gentes en París no renuncian, aun volviendo de las playas, a seguir tomando el sol—que ya comienza a escascar—y a bañarse. Durante todo el mes de septiembre, los bañistas de las «playas» de París han sido incontables. En Auteuil acaba de inaugurarse una piscina magnífica, en la que Henri Manuel ha obtenido la foto que hoy publicamos. La gimnasia—que no hay que confundir con la magnesia—se mezcla con el buen humor, y se obtiene con ello un *cock-tail* delicioso...

* * *

Hoy he recibido una grata visita: la de la baronesa Irmgard von Reppert, a la que tuve el honor de conocer en Deauville este verano. La baronesa von Reppert es una joven dibujante alemana de acusada personalidad, que colabora en los principales periódicos de su país. Me ha ofrecido tres dibujos inéditos para COSMÓPOLIS, uno de Miss América, otro de Miss Europa y otro de Miss... Precioso. Y ustedes perdonen el modo de señalar.

Yo, que asistí al *duelo* de bellezas y que vi de

cerca y hablé con ambas beldades, os digo que, sobre todo, el dibujo de miss América es algo definitivo como caricatura. No puede darse, sin apartarse del fondo insobornable de la verdad, nada más gracioso que esos trazos sobre la opulenta y bellísima señorita americana.

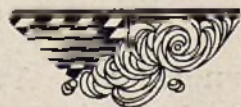
La notable artista teutona sale hoy mismo para Berlín. Digamos de pasada que Irmgard von Reppert tiene unos ojos preciosos y un tipo distinguido y elegante.

A. P.

París, 1 octubre 1929.



Grupo de bañistas en la nueva piscina de Auteuil



ERMETO

MOVADO



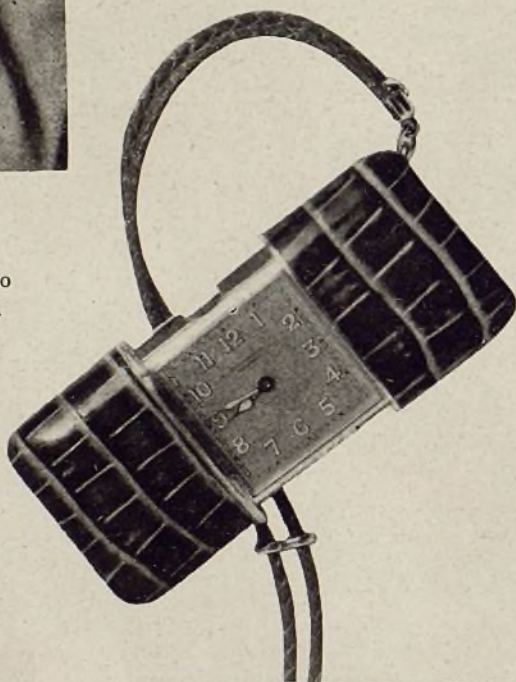
125



PRIMEROS PREMIOS

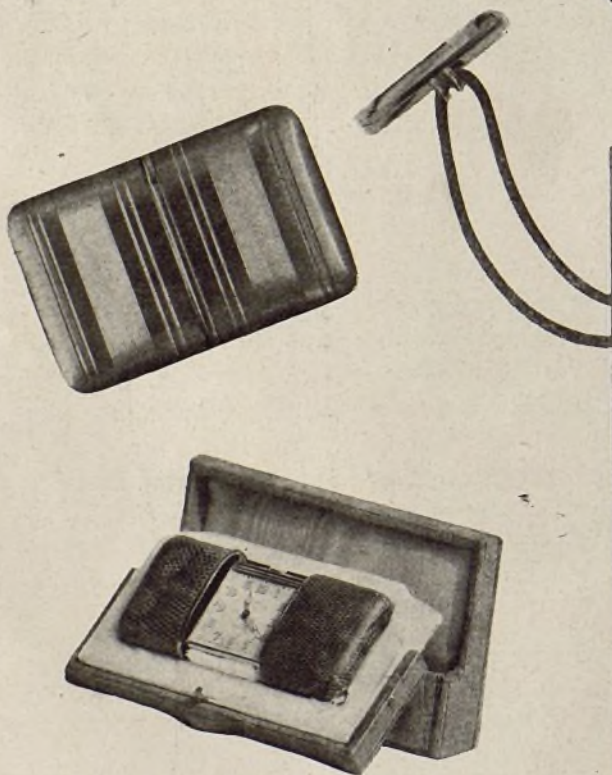


Tamaño natural



El reloj Ermeto se lleva sin más cuidado que el cortaplumas o el encendedor. Suspendido de su funda maciza en corredera, resiste los golpes más violentos. Cierra automáticamente y está al abrigo del polvo, la humedad y las repentinas variaciones de temperatura.

La llave automática del Ermeto modelo *Non Stop* evita la molestia de darle cuerda diariamente y los olvidos, puesto que se da cuerda cada vez que se mira la hora, siendo imposible forzar el resorte de la llave automática.



Estuche de viaje entregado con cada reloj



De venta en la joyería de López y Fernández - Avenida del Conde de Peñalver, 8 y 10
Teléfono 16925 - Madrid

ARTE: VIDA RETROSPECTIVA



I

Los años, las emociones más diversas, las anécdotas más triviales, los seres vivos de más insignificante apariencia que va dejando atrás el artista, nunca se desprenderán de él: una cadena de invisibles eslabones liga su vida de hoy con todas sus vidas anteriores. Cuando el hombre mira tras sí, apenas ve nada. Pero el hombre-artista proyecta sobre la oscura caravana un reflector potente —evocación o intuición— y comienza a hervir el cortejo, a crecer una silueta, a emerger un encantador perfil... Todo revive, como en un risueño valle de Josafat, donde el arte es juez y creador; todo revive, aunque ya despojado de muchas lacras, glorioso y puro, sujeto a misteriosas leyes de armonía.

Si el artista es vehemente, no vuelve la cabeza, prefiere avanzar. Pero siempre lleva delante un gran espejo donde se va pintando, viva, hirviendo, toda la caravana. Y a todas sus nuevas aventuras se mezcla un poco de ayer, remozado, juvenil. El espejo puede enfocar hacia fuera y hacia dentro del artista; hacia la vida total y hacia la vida singular. En el primer caso, ganará la historia general del hombre, y en el segundo, ganará la monografía de un espíritu.

Hoy, difícilmente puede ya producirse una obra de arte que no sea cierta contribución a esa monografía.

2

Un grupo considerable de artistas contemporáneos izó sus banderas bajo el signo de Cáncer, que es tanto como decir: bajo el signo del Cangrejo. Ya en algún idioma existe un solo término para representar el cáncer y el cangrejo: curiosa coincidencia, hallazgo expresivo. Porque el afán de contemplarse al desnudo, de emprender íntimas exploraciones, empuja asimismo al artista a corroer sus más recónditos tejidos espirituales y a seguir, hacia atrás, todo su itinerario vital: etapas de su «historia singular». Etapas de su «historia colectiva».

Porque hay en el subsuelo de cada conciencia —¡qué sugerentes páginas las de Yung, en su libro *Lo inconsciente!*— dos etapas bien definidas, dos pisos a recorrer e investigar: el campo de las reminiscencias personales y el campo de la «historia general humana». Además del terreno vacilante de cada día, de la desgarrada huebra de hoy, donde las sensaciones van sembrando al azar puñados de semillas.

Tres pisos. Lo consciente —turbio o luminoso— de hoy, lo inconsciente personal, lo inconsciente colectivo. Lo fugaz del momento, el campo de las pasadas sensaciones que se extiende hasta el alba infantil, y el campo de los recuerdos ancestrales que rozan el seno prehistórico donde se elaboró la especie. Dormitan en éste imágenes de fisonomía universal humana, mientras bullen en el sector de los recuerdos personales larvas de fisonomía individual y en la primera etapa se debate el sujeto entre fascinadores guiños de las cosas.

¿Será preciso apuntar en qué terreno ha de operar el arte? En el primer estrato, tan próximo, el mundo nos ciega con su cruda refulgencia. Las cosas que vemos, apenas pueden actuar estéticamente sobre nosotros. Su papel se limita al de despertadores. La realidad es una sierva, un ente sin personalidad definida, cuyo oficio es penetrar en nuestro harén para hacer poner en pie alguna bella imagen dormida.

Al paso que la caverna de lo «inconsciente colectivo» está demasiado lejos del acervo personal, y la envuelven las tinieblas. Descender a ella es abdicar en cierto grado de la individualidad, es ir a encontrarse con el tropel de antepasados, con la fisonomía borrosa de las ideas de todos nuestros semejantes.

Buscar ese idioma universal, para recrearlo, sólo puede ser obra de un genio. Manejado por un espíritu intermedio, sólo es capaz de provocar fáciles éxitos, como cualquier turbia exaltación del hombre llevada a cabo por el ente impersonal. Los instintos, en crudo, tienen siempre benévolo espectadores. (Si Dostoiewski llega hasta la zona turbia de los instintos, atravesando los estratos sucesivos de su poderosa personalidad, es para arrebatarse en ese campo anónimo donde crece la fauna indocumentada de las novelas pasionales, ímpetus y ademanes que luego son sometidos a una robusta intención de armonía). En ese campo universal, abierto a tanto paciente espigador, se refugia el pseudoartista, invocando sagrados derechos de humanidad, pronunciando las grandes palabras del rito retórico: Vida, Amor, Dolor, Misterio...

Para el pseudoartista, «lo inconsciente colectivo» se confunde con «lo inconsciente personal». Para él, ambos arrancan desde ahora, desde siempre, porque aun los recuerdos más personales se pierden para el arte en aquel que no posee instrumento adecuado, capaz de lograrles un estilo. De este sector humano nace el hombre que, al tratar de narrar su vida, produce esas «memorias» desjugadas, «desanimadas», que no alcanzan a tener sino un pobre valor anecdótico. Porque el más voluminoso cuaderno de memorias es nada si no logra una nueva estructura vital.

La monstruosa invasión de «lo inconsciente personal» en la gran obra proustiana es, en cambio, un ejemplo admirable de cómo van adquiriendo singular fisonomía reminiscencias en apariencia insignificantes, del más trivial origen.

La voluntad de estilo crea un mundo. Estilo es algo que el hombre consigue armonizando todas sus energías espirituales, algo que surge de ese triunfo logrado contra las fuerzas contrarias que luchan dentro del espíritu. Estilo es cierto equilibrio de fuerzas conseguido por un hombre, no el mismo hombre.

No es razón ni pasión, sino equilibrio entre ambas.

3

Apasionarse es ceder a otro ser un gajo de nuestra personalidad, es forjarse un dios.

Pero si apasionarse es tanto como perder energías a favor de un objeto, entregarse a la razón es, en cambio, hacer crecer en nosotros

un descomunal gigante, un órgano gigantesco que termina por aniquilar a los demás, con perjuicio de la total estructura humana. La razón llega a morderse la cola, a engullirse a sí misma.

«No podemos identificarnos con la razón —dice el mismo Yung—, pues el hombre no es simplemente racional, ni puede serlo, ni lo será nunca. Esto debieran advertirlo todos los dómines de la cultura. Lo irracional, ni puede ni debe ser extirpado. Los dioses no pueden ni deben morir.»

Y en otro lugar:

«Por bella y perfecta que el hombre pueda considerar su razón, ha de estar muy cierto también de que es solamente una de las posibles funciones espirituales, y corresponde solamente a una faceta de los fenómenos del mundo. En todas partes se encuentra lo irracional, lo discordante con la razón. Y este elemento irracional es también una función psicológica; es precisamente lo inconsciente colectivo, mientras que la función de la conciencia consiste esencialmente en la razón. La conciencia ha de tener la razón, para descubrir en el caos de los casos individuales desordenados del universo, un orden, y también para crearlo, por lo menos en la esfera humana. Poséenos la laudable y útil inclinación a exterminar el caos de lo irracional en nosotros y fuera de nosotros. Este proceso lo hemos llevado, sin duda, bastante lejos. Un loco me dijo en una ocasión: «Doctor, esta noche he desinfectado el cielo con sublimado, y no he descubierto ningún dios.»— Algo así nos ha sucedido a nosotros.»

Ninguna máquina tan necesitada de ese equilibrio como la sutil máquina del artista. Una válvula de escape no puede producir la obra bella, ni un obstinado bruñido de cada pieza. Sentir, cuando se trata de razonar, es malo. Razonar, cuando se trata de ver, es peor. No sintamos la emoción de la luna, mirando demasiado hacia arriba, ni calculando sus fases, sino buscándola en el fondo de un pozo donde la luna se refleja, donde —como toda verdad— estará siempre la verdad de la luna.

«El que quiera escribir sus sueños, debe estar muy despierto» —dice Paul Valéry—. Pero la excesiva vigilia fatiga y seca el espíritu.

4

No sería aventurado afirmar que el joven artista contemporáneo está muy lejos de todo apasionamiento. Al menos suele hacer ostentación de frialdad. ¿Es que invierte esta energía emocional en fortificar su razón? Creo que no. Tampoco sería aventurado afirmar que al joven artista contemporáneo le falta curiosidad, la alta curiosidad. Apenas atiende, y la atención —todos lo sabemos— es como el pórtico de cualquier laboratorio mental. El joven artista parece a veces tender a una nociva impersonalidad. Una gran cantidad de jóvenes pintores y escritores españoles realizan ya aquel sueño d'orsiano de repartirse el mismo estilo. A veces hasta los mismos temas. Curiosa compensación de aquel núcleo de escritores finiseculares que todo lo fiaban a crearse un tipo singular, a veces con pueriles elementos de barbería y guardarropa.

Algo que ellos solían llamar «carácter», y, efectivamente, acaso lo fuese, pero ajeno al arte verdadero, en el terreno histriónico de los gestos, de las pelucas, de las flotantes chalinas.

No posee a estos jóvenes la ambición de navegar en personales balandros, sino en un trasatlántico colectivo. Comprendo a un inquilino que, al entrar en una nueva casa, sienta la comezón de abrir puertas y ventanas, de derramarse por los sentidos para contemplar los nuevos paisajes que circundan su morada; pero no comprendo a

ARTE: VIDA RETROSPECTIVA

los que, faltos de curiosidad, salen en grupos de casa y se pierden en

el campo soñando con una fantástica e imposible instalación. La «escuela», el «ismo», en arte, es un callejón sin salida.

Hay que ver el mundo desde el balcón que nos quepa en suerte. Todo inquilino del arte debe comenzar por atender cuidadosamente a los panoramas espirituales más cercanos, por darse exacta cuenta de los peculiares medios de comunicación con que cuenta para ver el resto del mundo.

5

Cerrarse puertas y ventanas, explorar en su propio domicilio, bajar a los sótanos de lo inconsciente, dejar que las imágenes se engargen allí, a oscuras, atenerse —véase André Bretón— a un «automatismo psíquico puro», proponerse la expresión verbal, escrita o pintada del «funcionamiento real del pensamiento», con ausencia de todo control que pudiera ejercer la razón, con ausencia de «toda preocupación estética o moral»... He aquí el superrealismo. El superrealismo que cree en una «realidad superior de ciertas formas desdeñadas hasta él, en la omnipotencia del sueño, en el juego desinteresado del pensamiento». El superrealismo que aspira a «derrumbar definitivamente todos los demás mecanismos psíquicos y a sustituirlos en la solución de los principales problemas de la vida».

Enorme aspiración: dar a la vida toda su superior desnudez, todo su ultrarreal cinismo. En el superrealismo —donde todo artista no genial fracasa, se convierte en escritor común, de masa y para la masa, impersonal, sin estilo— han visto muchos un eficaz específico contra los estragos de la razón. ¿Podrá, efectivamente, curar esos raquitismos que tantas veces provoca el abuso de la razón? Es posible, pero no evitará mayores males. Reducirá acaso el contingente de hombres cartesianos, valerynianos —de evidente peligro para la república de las letras, por su embozada invitación a la esterilidad—; pero, en cambio, hará crecer el contingente de hombres sin estilo, de artistas impersonales, de esos hombres que bruñen y lucen su «escuela» como una coraza, detrás de la cual se esconde el vacío, o, un «mecanismo psíquico» universal, un juego imaginativo estandarizado.

Recuerde el lector los cuadros amparados en esa razón de la sinrazón. ¿Cuántos se salvan del arte «en serie», del arte impersonal? Las mismas larvas, los mismos bosquejos flotantes en el lago oscuro del «inconsciente colectivo». Porque es más fácil que todos los individuos de un grupo vean lo mismo al cerrar los ojos, que al abrirlos. Un grupo de artistas los está cerrando y obtiene, lamentablemente, el mismo panorama. Pero el artista es nada si no halla diferencias en el mundo. En el suyo o en el del otro; eso importaría poco. Con los ojos abiertos o cerrados. Eso importaría aún menos.

Acaso el superrealismo sólo pueda tener sentido entre hombres ya maduros. Acaso es escuela para el otoño de la vida. El demasiado joven buzo descendía al fondo, pero volvía de su excursión con un puñado de reflejos en el zurrón. Su botín eran... reminiscencias de los antepasados. O maravillas del dominio común.

¿Valdrá la pena romper las hostilidades con la razón para acabar por reproducir «el funcionamiento real del pensamiento», común al catedrático y al mozo de cuerda?

Ninguna máquina —repito— tan necesitada de equilibrio como la sutil máquina del artista. De equilibrio y de capacidad jerarquizante.

BENJAMÍN JARNÉS





SISTEMAS Y TEORÍAS DEL CINE PARLANTE



El triunfo del cine parlante es un hecho innegable en los países de habla inglesa, con Norteamérica a la vanguardia. Es decir, que los Estados Unidos, en cuyas producciones aprendimos el puro amor que debe al cinema nuestra época, ha sido la cuna de un invento destinado —por la fuerza sugestiva de la novedad— a eclipsar al cine mudo, el auténtico cinema, a despojarle de sus catedrales silenciosas y sombrías—verdaderos templos de las imágenes de dos dimensiones—y a desterrarle de las pantallas del mundo; blancas aras de un gustoso sacrificio comunista—colectivo—rendido por las mayorías; por todas las razas y todos los pueblos, unidos en un solo sentimiento artístico ante un solo lenguaje—el claro y monótono ritmo de la cámara de proyección—y una sola música: la perenne sinfonía de claroscuros y grises; idioma y sonido inteligibles para todos los seres humanos.

De Cinelandia, de los divinos dominios de Charlot, ha salido triunfante el cine de las sombras que hablan con voz gramofónica y un poco de ultratumba; contenidas en un invento prodigioso, en un maravilloso alarde de ingenio y de adelanto científico; mortal para el cine mudo. Calurosos partidarios de este último, dirigiríamos violentos ataques a la innovación yanqui; pero seríamos injustos. Norteamérica tiene una absoluta «patria potestad» sobre el cinema. Debe reconocérsele el derecho de hacer con él lo que le venga en gana. Recogió al nuevo arte, muy pequeñito aún, de los estudios franceses e italianos. Y lo recogió enfermito, muy delicado, a punto de morir por la defectuosa nutrición a que estuvo sometido con la nodriza Talía; con las envolturas oliendo a bambalinas y polvos de escenarios de teatro; muy ridículo y enteco a fuerza de gestos de la Bertini y Zacconi. Norteamérica recibió al pobre recién nacido, le inyectó poderosos reactivos de novelas policíacas y folletines de episodios—haciéndole entrar en calor a fuerza de acción—, le paseó a lomos de potros indómitos por las llanuras del Far-West—educándole romántica y generosamente entre bandidos audaces y valerosos y damitas millonarias y sentimentales—, subiéndole a la cima de los rascacielos neoyorquinos y bajándole a lo hondo del Cañón del Colorado; entre viejas leyendas californianas de estirpe andaluza y hazañas de ladrones de Chicago. Le sumergió en un ambiente extraordinario y propicio; entre sajones con alma de *piel-roja*, judíos y negros; le bañó en una nueva civilización de ranchos vaqueros, trenes aéreos y estadios deportivos; haciendo de él un joven fuerte, elástico y absorbente. Antiteatral, novísimo y bello. Para su educación, sin regatear el menor esfuerzo, le trajo los mejores profesores del mundo: alemanes, rusos. Un maestro norteamericano, Griffith, le enseñó a leer. Y, por último, le proporcionó un dios tutelar, un santo patrón: Charlot; ese judío pequeñito, nacido en el *ghetto* de Londres, cuyos labios finos y sensua-

Por la noble armonía de sus facciones, la llama inteligente que resplandece en sus ojos y su formidable temperamento artístico, «Florence Vidor» ha logrado conquistar un primerísimo puesto entre las figuras del cinema norteamericano. Y al ritmo fotogénico de la «girl» yanqui une la belleza cálida y el alma apasionada de italiana que en ella palpita ancestralmente.

Foto Paramount

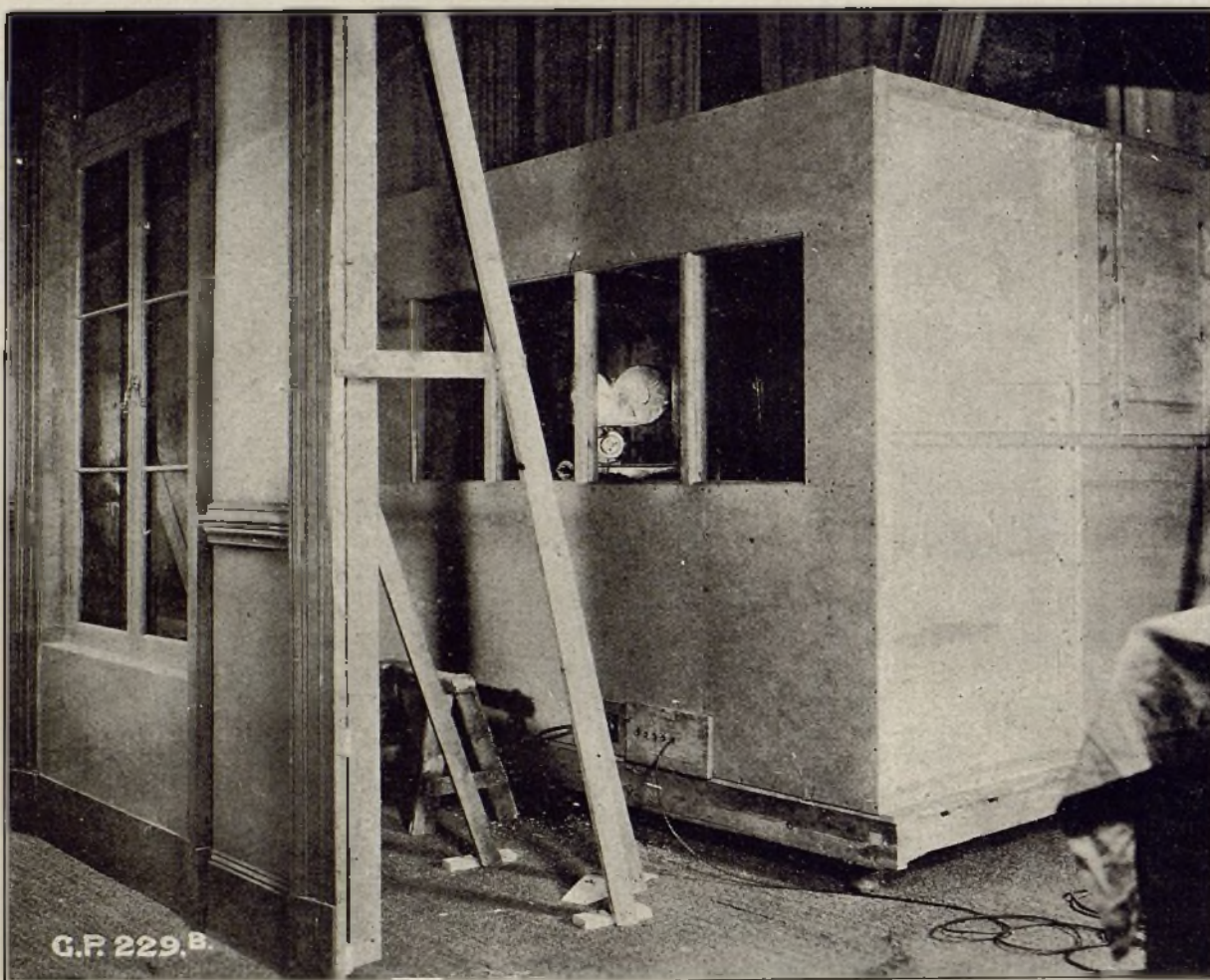
les no necesitan de la palabra para hacer vibrar los corazones humanos, y que bajo su ridículo sombrero encierra una formidable inteligencia acompañada al ritmo de su alma, atormentada y mística.

Norteamérica tiene derecho a olvidarse de «su» cine silencioso y sustituirlo por el parlante. No le ha inventado, pero es suyo. Además, es un pueblo surgido a la vida sin tradición teatral; tradición indispensable en todas las civilizaciones, y de ahí la razón del triunfo del cinema parlante: una especie de teatro fotográfico. Cuando O'Neil —el primer gran dramaturgo yanqui— ha surgido, hacia varios años del estreno de *Intolerancia*; *Charlot y el chico* es anterior a las primeras auténticas comedias teatrales norteamericanas. Antes que teatro, en Norteamérica se ha hecho cinema. Y como ya no es tiempo de hacer teatro *teatral*, se hace teatro cinematográfico: cine parlante.

En Europa, por el contrario, es inconcebible el triunfo del cine parlante, si no es como novedad, diversión científica y atención curiosa.

* * *

Tres son los sistemas principales expositores de *films* parlantes y sonoros: por medio de discos sincronizados a la proyección de la película; la película de densidad variable y la de anchura variable. En todos ellos se registra el sonido al mismo tiempo que se filma la banda de celuloide; pero mientras en el primer sistema—*Vitaphone*; arquetipo: *El cantor de jazz*—la parte sonora es independiente en absoluto de la película—que puede proyectarse silenciosa sin inconveniente alguno—, en los otros dos de película de densidad variable—tipo *Mevictone*—y de anchura variable—tipo *Photophone*—, la parte sonora va indisolublemente unida a la fotográfica. Cada uno de estos sistemas ofrece peculiares ventajas y limitaciones que pueden ofrecerse—con la atención supeditada a lo descriptivo—en otro próximo artículo. Puede adelantarse que el más lógico—dentro del campo



(Foto B. y P.)

La cabina acolchada e impenetrable que ahoga el ritmo—de hilo de agua— de la cámara toma vistas en el cine parlante...

científico—es el sistema de sonido registrado en la misma película, pero no en densidad variable, ya que tan expuesta se halla la delgada capa de alteraciones rápidas y trascendentales, sino con arreglo al método de anchura variable; menos expuesto a accidentes y más propicio a soldaduras y arreglos.

Subrayemos en esta ocasión el nacimiento y desarrollo de un poderoso enemigo que le surge al cine parlante; breve comentario y vaticinio que nos sugiere la fotografía que acompaña y en la que aparece un actor recitando y «dejándose ver» ante un aparato emisor de radiotelevisión de la estación W2XBS, de New York City. El aparato de la fotografía emite con toda perfección los sonidos y, al mismo tiempo, primeros planos de personas y objetos. Lucha, por el momento, la televisión con grandes dificultades; pero el éxito científico y artístico de los varios dramas óptico-sonoros radiados en esa y otras estaciones norteamericanas, recogidos perfectamente con aparatos de bajísimos precios, promete dar un golpe de muerte al cine sonoro y a toda clase de espectáculos. Es el cine, el teatro y el periódico gráfico en casa y al alcance de todas las fortunas.

FERNANDO J. MANTILLA

ESPAÑA

EL «FILMÓFONO» DE RICARDO URGOITI

Sobre la base de una sólida cul-

SISTEMAS Y TEORÍAS DEL CINE PARLANTE

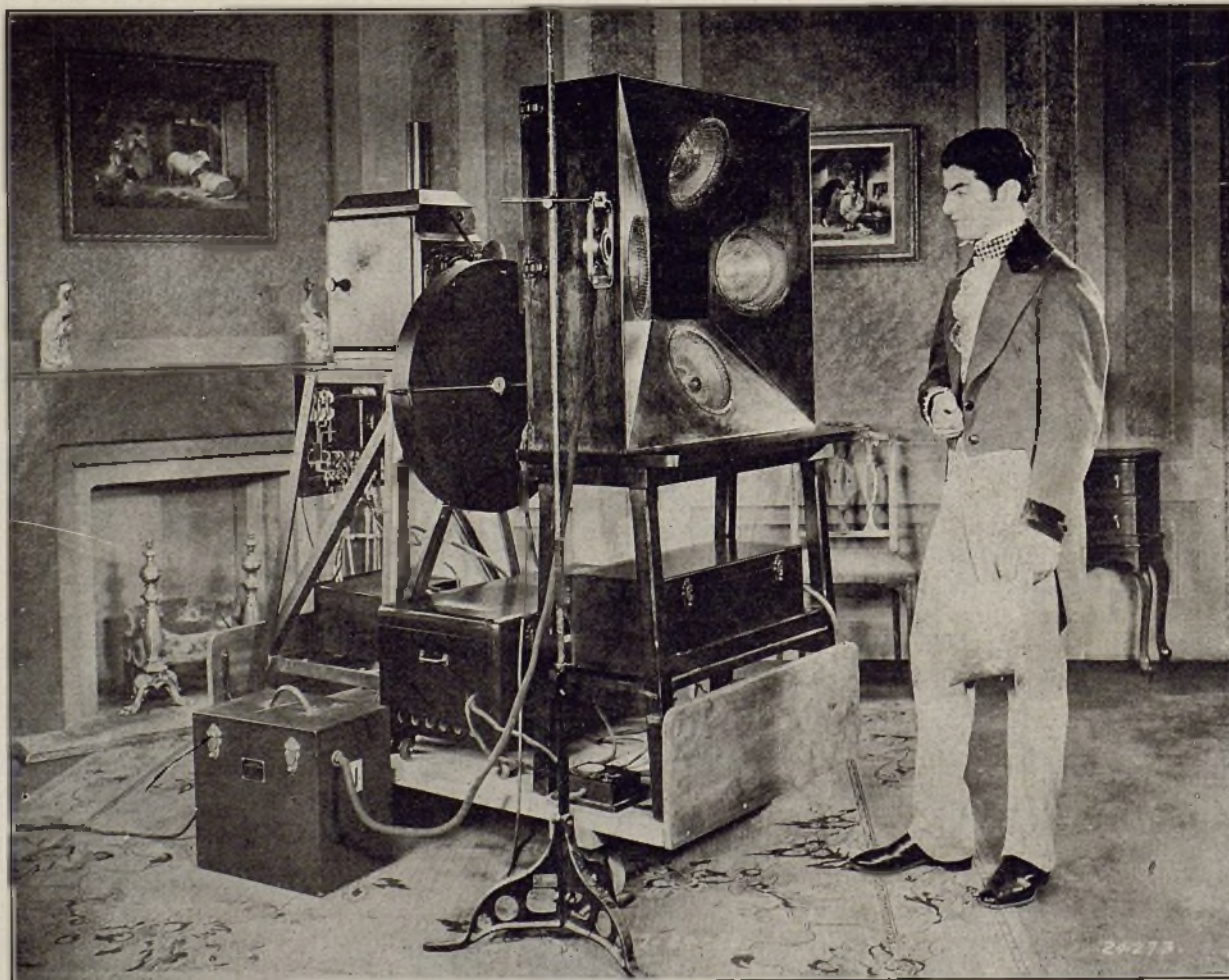
tura técnica, profundos estudios de las materias sonoras y gramofónicas y la riqueza de elementos disponibles, Ricardo Urgoiti, el joven director de Unión Radio, ha construido un aparato sincronizador y adaptador musical de películas, llamado «Filmófono», que funciona en un local madrileño. El sistema, hoy en sus comienzos, ofrece ya infinitas posibilidades parlantes y sonoras. Sean lícitas nuestras esperanzas en el aparato y en los recursos de su inventor, en estos momentos en que se anuncian como grandes éxitos—para que al día siguiente no volvamos a oír hablar de ellos—diversos sistemas parlantes de genios nacionales con mayor o menor suficiencia técnica.

La personalidad y el relieve científico de Ricardo Urgoiti, los conocimientos adquiridos y la capacidad demostrada en la dirección de las emisoras de Unión Radio y el entusiasmo juvenil y mo-

derno—de trabajo noble y disciplinado—del ingeniero Urgoiti, son la suprema garantía del triunfo de su invención y de la ciencia española al servicio del cinema.

PELÍCULAS EN FILMACIÓN

Florián Rey ha comenzado la filmación de su nueva banda Fútbol,



(Foto R. C. A.)

La televisión es el enemigo más poderoso del cine parlante. Nacidos casi al mismo tiempo, ambos inventos no tardarán en disputarse la supremacía. He aquí a un actor caracterizado en la transmisión de un drama óptico-sonoro, ante el aparato de televisión de la R. C. A., en el estudio de la estación emisora de Radiotelefonía de New York City.

*¡Algo que
le parecería
imposible!*



El funcionamiento de este aparato automático «La Voz de su Amo» es algo tan sorprendente que maravilla a cuantos lo oyen

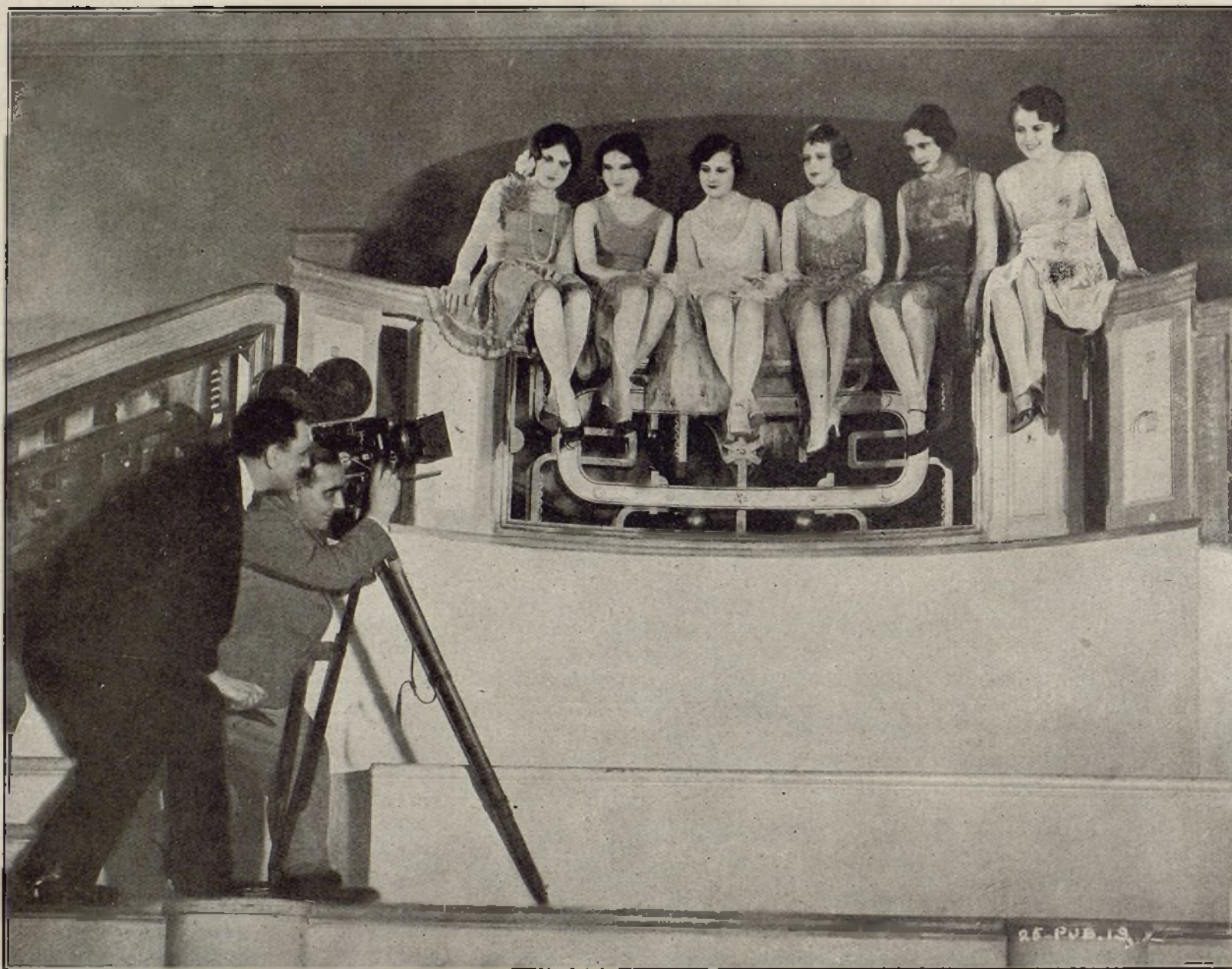
Escuchar
sus obras favoritas
sin la molestia
de cambiar los discos



CARUSO y Fleta, Cortot, Rubinstein, Heifetz, todos aquellos que han sido y son ídolos de los públicos más selectos de Europa, llenarán con sus voces prodigiosas o la maestría de su arte admirable, los ámbitos de su salón! Uno tras otro —como brillante cortejo insuperable— puede escucharlos interpretando las obras preferidas por usted. Los repertorios más bellos de las grandes orquestas sinfónicas, los últimos éxitos de Jack Hylton, le harán disfrutar —con sus invitados— de un amenísimo concierto o un baile

No tiene usted que molestarse para nada: elija el repertorio que desee, ponga en la gramola automática «La Voz de su Amo» 15 ó 20 discos, oprima el botón eléctrico del aparato y él sólo irá cambiándolos, parando automáticamente cuando todos hayan sido tocados. ¡Ya es verdad, algo que parecía imposible! Véalo y escuche este maravilloso modelo «La Voz de su Amo» en la agencia próxima. Compañía del Gramófono, S. A. E., Urgel, 234, Barcelona. (En Madrid, Pi y Margall, 1.)

“LA VOZ DE SU AMO”



La filmación de películas tiene, a veces, serios inconvenientes. ginaos las fatigas de este pobre operador, forzado a impresionar —sin impresionarse— un espectáculo tan sugestivo. Hasta la cámara, con su tripode abierto, parece tener un gesto de asombro.

amor y toros, con Ricardo Núñez de protagonista y una novicia en estas lides de *partenaire*. No faltará quien, al oír «toros», haga un gesto desagradable. Nosotros, no. Si vale nuestro criterio, pedimos desde esta tribuna a los directores españoles un *fi* toros, pero bien realizado. Está por hacer una película—excelente—documental taurina. En la bien o mal llamada «fiesta nacional» hay un verdadero tesoro de momentos fotogénicos, cinematografiables, que están esperando una cámara certeramente dirigida y un montaje experto. Sea bien venida la *españolada* si es buena película. Que tenga calidad, sea lo que sea.

* * *

Amelia Muñoz es la protagonista, con Ribera, de *El héroe de Cascorro*. En nuestra joven estrella hay posibilidades nonatas, y su revelación—que tarda—es deseable. Oremos por que surja su director.

CINEMA EUROPEO FRANCIA

Próximo a reunirse el Congreso de industriales del film, resurge la cuestión del famoso *contingente*—represalia comercial contra la absorción yan-

qui—. Pero el mercado francés, como todo el europeo, está en manos de los Estados Unidos. Después de violentísimas discusiones extraoficiales y parlamentarias se consiguió una compensación—de la que los norteamericanos se niegan a pasar—totalmente ridícula: Francia importa películas americanas por valor de 400 ó 500 millones de francos anuales. La compensación tan discutida produce a los franceses la suma digna de cinco millones de francos en el mismo plazo. Y si el Go-

bierno aprieta los tornillos y amenaza a los productores yanquis con una ley de compensación más extensa, los primeros en cerrar son los empresarios franceses, ante la negativa americana a exportar material. Sirva el caso de lección para nosotros, en estos días precedentes al sensacional decreto sobre protección a la industria cinematográfica española.

EL CONGRESO DE LA SARRAZ

En el viejo castillo de La Sarraz se ha celebrado el Congreso del cinema independiente. Han acudido comisiones de todos los Cineclubs mundiales—europeos—, y en repre-



Ana May Wong, la artista china de la British International Pictures, reproduce en esta escena de «Piccadilly» los obsesionantes, mortuorios dibujos de Aubrey Beardsley, el complicado y extraño ilustrador contemporáneo de Wilde.

Ayuntamiento de Madrid



CHRYSLER



S.E.I.D.A. (S. A.)
EXPOSICIÓN: PI Y MARGALL, 14
MADRID



Monty Banks, en un difícil trance de elección. En un caso semejante, la poligamia se impone.

sentación de España Jiménez-Caballero y Luis Buñuel, organizadores del Cineclub.

Las pantallas suizas han visto desfilar los principales films de vanguardia europeos. El que más gustó—según el director de *La Gaceta Literaria*—fue la banda de Buñuel *Un chien abdalous*. Triunfo, desde luego, merecido y justo.

* * *

Augusto Genina dirige las últimas escenas de *Prix de Beauté*, con Louise Brooks, la ex paramountista, y Georges Charlia como intérpretes.

* * *

En el club del Ecran se representó con gran éxito un film checoslovaco, *La nieve*, pleno de sentido moderno y de realismo al modo soviético. Apuntamos al Cineclub español la conveniencia de su presentación.

* * *

Han salido de París con dirección a Sanlúcar Benito Perojo y sus huestes, con objeto de rodar los exteriores del film *La bodega*, adaptación de la novela de Blasco Ibáñez. Valentín Parera se adelantó unos días, visitó a sus amigos de Madrid y les refirió con orgullo que había conocido a Adolphe Menjou, quien se asombró de su pasmosa semejanza con John Gilbert. Lo sentimos por Valentín Parera.

* * *

La preocupación de los productores franceses es lograr un film sonoro. Leonce Perret ha comenzado *Quand nous étions deux*, con Alice Robert y André Roanne. M. Kratach efectúa el montaje sonoro de *El collar de la reina*, el último film de Gastón Ravel. *La bodega*, según Perojo, también será sonora. Otros rumbos se anuncian como sonoros y hasta parlantes. Veremos en el momento del estreno en qué se queda tanto ruido.

ALEMANIA

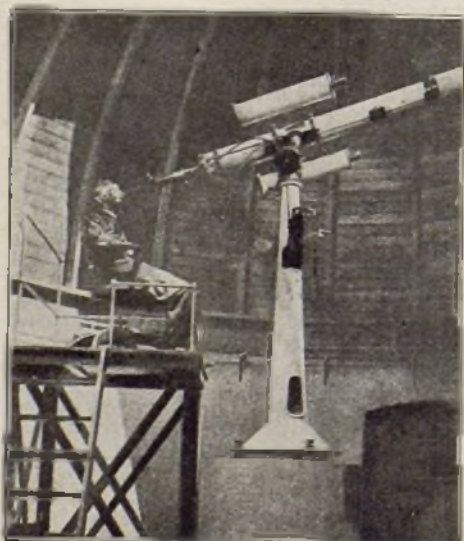
El primer film sonoro—auténtico—europeo se ha terminado en los estudios de la U. F. A. Se titula *La novia número 68* y está rodado por Conrad Veidt, el gran trágico, devuelto de Hollywood al viejo continente.

* * *

Se espera la llegada de Doug y María Pickford, ahora camino de Italia. Berlín tendrá, para el alegre héroe californiano, moderno caballero andante, una calurosa acogida.

INGLATERRA

Todo el considerable esfuerzo que realizó Inglaterra durante tres años para competir con los productores norteamericanos ha sido inutilizado por el predominio del cine parlante. De nada ha servido robar a Hollywood artistas pagados a peso de oro: Larn Hanson, María Corda, Dorothy Gish, Anna May Woug, Antonio Moreno, Mauthy



Gerda Maurus, intérprete del film.



Un decorado y varias escenas de *Una mujer en la luna*, el film de Fritz Lang, impresionado en los talleres de la U. F. A. en Neubabelsberg. (Foto U. F. A.)



SISTEMAS Y TEORÍAS DEL CINE PARLANTE



LON CHANEY, O LA TRUCULENCIA

Lon Chaney, «el hombre de las mil caras», en tres de sus pasmosas caracterizaciones. Apegado a la truculencia repulsiva del folletín del peor género y de la novela policiaca, el gran actor de carácter norteamericano parece haber diluido estérilmente un fuerte temperamento dramático. Pero no por eso deja de ser admirable su prodigiosa aptitud para el uso del maquillaje.



Banks; directores alemanes estimadísimos, como E. A. Dupont, George Jacoby, etc. Operadores americanos y europeos. Cuando se iba a comenzar la producción «en serio», surge el cine parlante y otra vez vuelta a comenzar.

La opinión británica, contraria al «contingente», es pesimista respecto al porvenir del cinema británico.

RUSIA

Eisenstein, autor de *La línea general*, *Octubre* y *Potemkin*, se marcha a Hollywood a aprender la técnica del film parlante en los estudios de «Artistas Asociados». La intención del gran realizador de *Potemkin* es filmar, a su vuelta, *El capital*, de Carlos Mark. Después de haber visto bailar a la Padova hasta *La Eneida* de Virgilio, nada nos extraña.



En Moscou ha sido declarado el cine parlante «arma nueva del proletariado» y se trabaja actualmente en la organización de un programa mixto de films sonoros destinados a conmemorar el próximo aniversario de la Revolución.

Una nueva sala de espectáculos se ha inaugurado en Minsk, con una particularidad ejemplar: al lado del salón destinado al público, habrá una pequeña sala donde los niños que acompañan los mayores presenciarán programas cómicos y culturales especialmente organizados para ellos. Un buen ejemplo que imitar en los países del régimen capitalista, en los que tanto se descuida la educación cinematográfica infantil.

F. J. M.



*Doquiera que se reúnen
los aristócratas
se comenta con entusiasmo*



EN los salones, en las Embajadas, en las fiestas benéficas y en todos aquellos lugares en que se reúnen los que por su abolengo y posición forman la aristocracia y la «nobleza» de una nación, se comenta no solamente el buen gusto que representa la adquisición de un tapiz o cuadro famoso, de una joya conocida, el lujo que implica la compra de un palacio, de un coto de caza, sino que también es objeto de comentarios el automóvil.

Y al comentar un automóvil, estas personas de gusto exquisito tienen en cuenta el lujo, la belleza, la perfección mecánica, el refinamiento de que está dotado. Por eso, los sibaritas, aquellos cuyos actos se comentan siempre con elogio y admiración, suelen ser propietarios de un Cadillac, siendo los nombres de estos propietarios la mejor garantía que la Casa Cadillac puede ofrecer a sus futuros clientes.

El famoso motor Cadillac ocho cilindros en V, de 90°, silencioso; sin vibraciones; los frenos, que inmovilizan el coche sin una sacudida, con suavidad increíble; el nuevo cambio de velocidades, que permite cambiar a cualquier velocidad sin que los ocupantes del coche lo noten en absoluto, satisface por completo a automovilistas tan exigentes.

*Algunos distinguidos propietarios
del Cadillac*

EXCMO. SR. DUQUE DE SOTOMAYOR
EXCMO. SR. MARQUÉS DE PONS
EXCMO. SR. MARQUÉS DE VALTERRA
SR. MARQUÉS DE VILLANUEVA DE VALDUEZA
SR. MARQUÉS DE LLANZOL
SR. CONDE DE IBARRA
EXCMO. SR. CONDE DE FINAT
SR. D. LUIS PLANDIURA

Cadillac y La Salle

FABRICADOS POR GENERAL MOTORS





La marquesa de Portago y su primogénito

GRAN

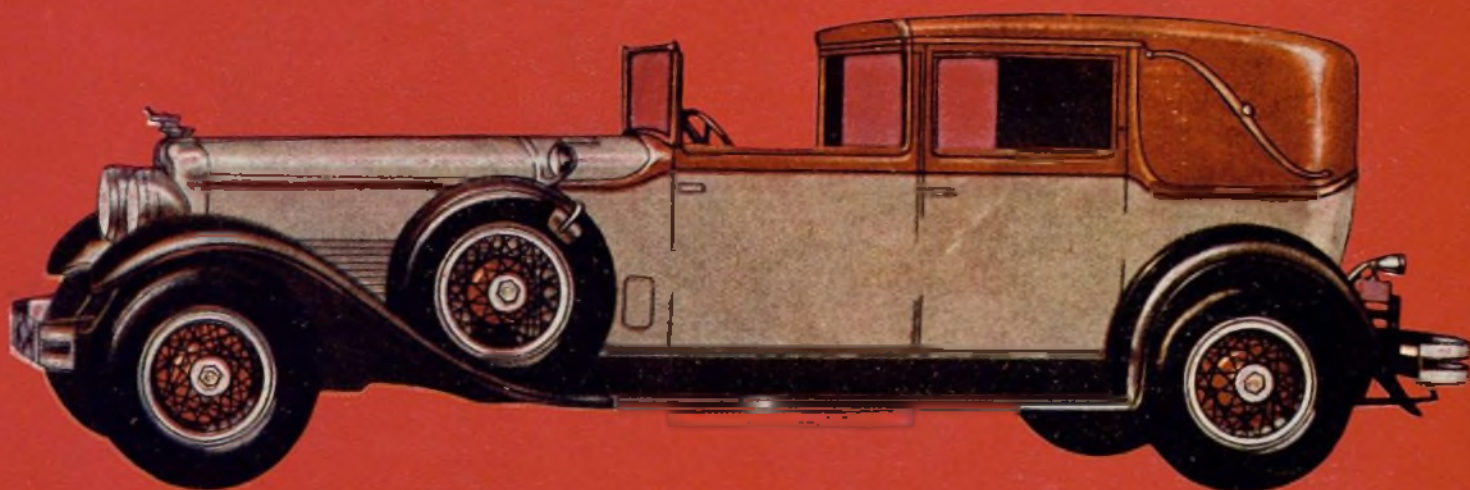
MUNDO



La señorita Pérez Caballero y el marqués de Encinares, cuya boda se celebró en la capilla de Lezo, de San Sebastián, el pasado mes



El presidente del Consejo (1) y el conde de Romanones, ex presidente del Consejo (2), con los demás testigos e invitados de la boda (Foto Carte)



S T U T Z

Castellana, 12.

M A D R I D

GRAN MUNDO



Señorita Mariana Tacón, hija de los duques de la Unión de Cuba.

(Fotocolor)



Cosmopolis



Gran Mundo



(Foto Quijano)

La condesa de Ibangrande



La baronesa de Terradas

(Fotocolor)



S. M. el rey y el infante D. Juan, al llegar al Club Marítimo de Santander, después de las regatas en que tomaron parte.

La vida del gran mundo

La estancia de los reyes y de sus augustos hijos en la capital de la Montaña ha convertido a Santander en la ciudad centro del gran mundo español durante el verano. Las más rancias familias hispanas, una nutrida y selecta representación de nuestra aristocracia vive hoy la delicia estival de la bella ciudad cántabra, entregada a cuantos esparcimientos le son permitido a esa *élite* que resume todos los atributos del poderío y la nobleza.

Sobre la amplia y clara bahía santanderina, las blancas velas de los yates surcan las aguas en la competición de unas regatas de las que la participación real parece ser el florón más alto para los deportistas.

La vida del mar libre, con todas las bellas promesas que a los espíritus limpios ofrecen los horizontes soberanamente azules, alterna con aquellas otras manifestaciones que en tierra firme son como el punto de grata coincidencia para la estirpe y el abolengo. Horas de seda, como decía Byron. Horas en que el hábito aristócrata encuentra su mejor sonrisa y su más selecto ademán.

La terraza del Real Tiro de Pichón santanderino parece poblada de esas figuras de gasa y humo con que la más alta elegancia convierte a la mujer en ala abierta sobre las exquisiteces más amables, sobre las gracias más divinamente magnificadas. Ved a Gabriela Maura, flor del más puro perfume en el jardín de nuestro gran mundo, arma al brazo, atenta a la caja del pichón. Como una Diana muy nueva, muy gentil, muy siglo XX.



La señorita Gabriela Maura, hija de los condes de la Mortera, en el Tiro de Pichón de Santander.

GRAN MUNDO



Recientemente se ha celebrado en Pau la boda de la distinguida señorita americana Bárbara Wright y D. Carlos García Ogaya, perteneciente a la alta aristocracia bilbaína.

Las maniobras navales



S. M. el rey D. Alfonso XIII.
(F. Marín).

**Desde
la
toldilla
del
"Jaime I"**



El ministro de Marina, Sr. García de los Reyes.
(F. Marín).



El presidente del Consejo.



QUIETUD

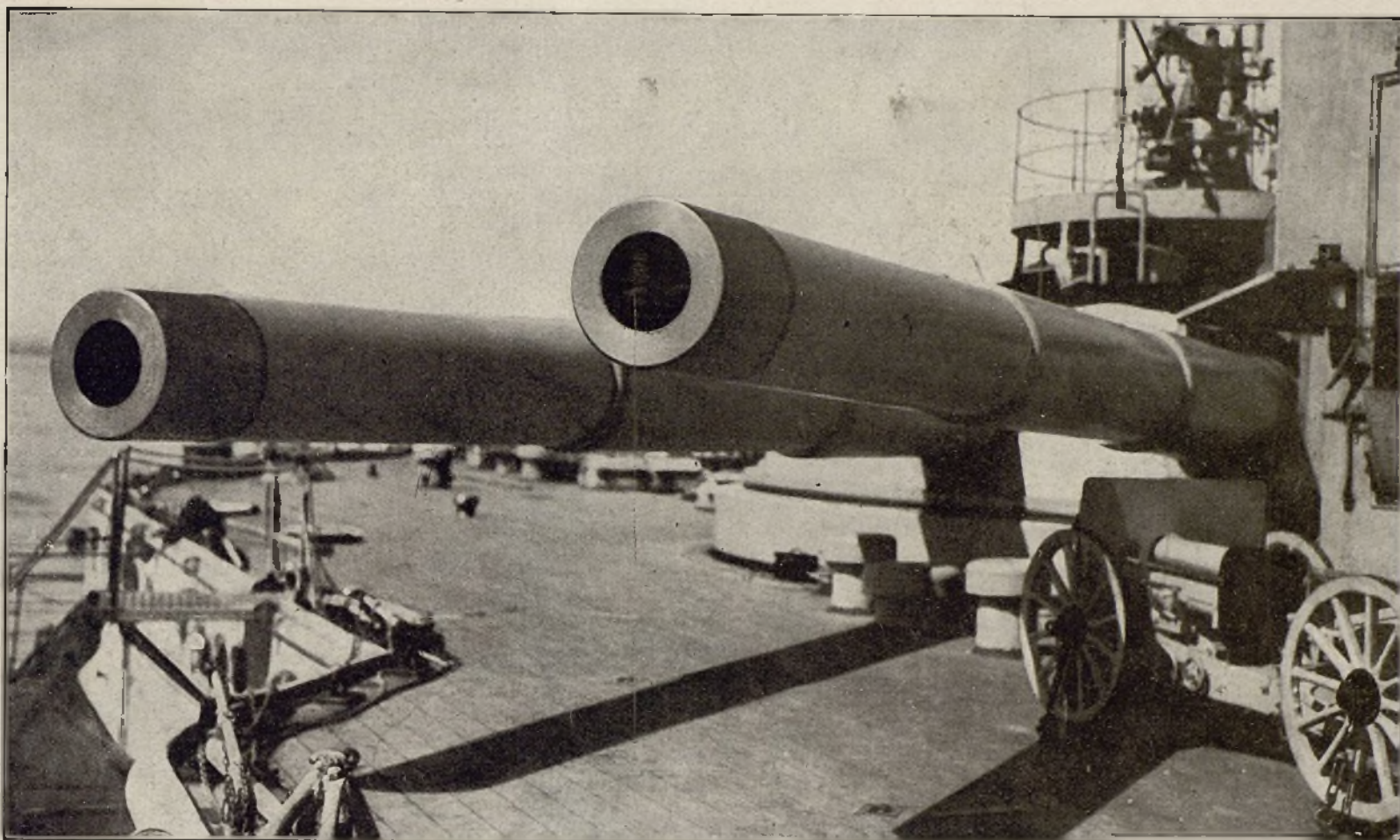
SON las ocho de la mañana. Las planchas de la cubierta aun conservan la humedad del reciente baldeo. Sentado sobre unos cables aprovecho uno de los saltillos de la popa para redactar estas líneas. Disfruto la hora clara y magnífica. El sol espejea en mil escamas doradas sobre las aguas.

Veó en el puente al vicealmirante Morales hablar con el jefe de la estación radiotelegráfica. Un marinero gatea por sobre una cimbra de la toldilla. Levanta la cabeza y abre

los brazos. Desde la cofa baja le arrojan un cabo. Lo coge, lo ata. Parece todo hecho como en una proyección cinematográfica. Ni un ruido, ni un rumor. La mar llana. Parece como si la existencia misma hubiese detenido su marcha.

De pronto, un pequeño murmullo de cascada. Es el del agua que cae al mar por un imbornal.

Tengo ante mis ojos el despacho de Enrique Meneses: «COSMÓPOLIS necesita información maniobras. Momentos antes zarpar envíenos urgente artículo correo.» Por eso madrugué, por eso me veo envuelto en la quietud de la hora sobre la cubierta



Los cañones del «Alfonso XIII» en posición de combate.

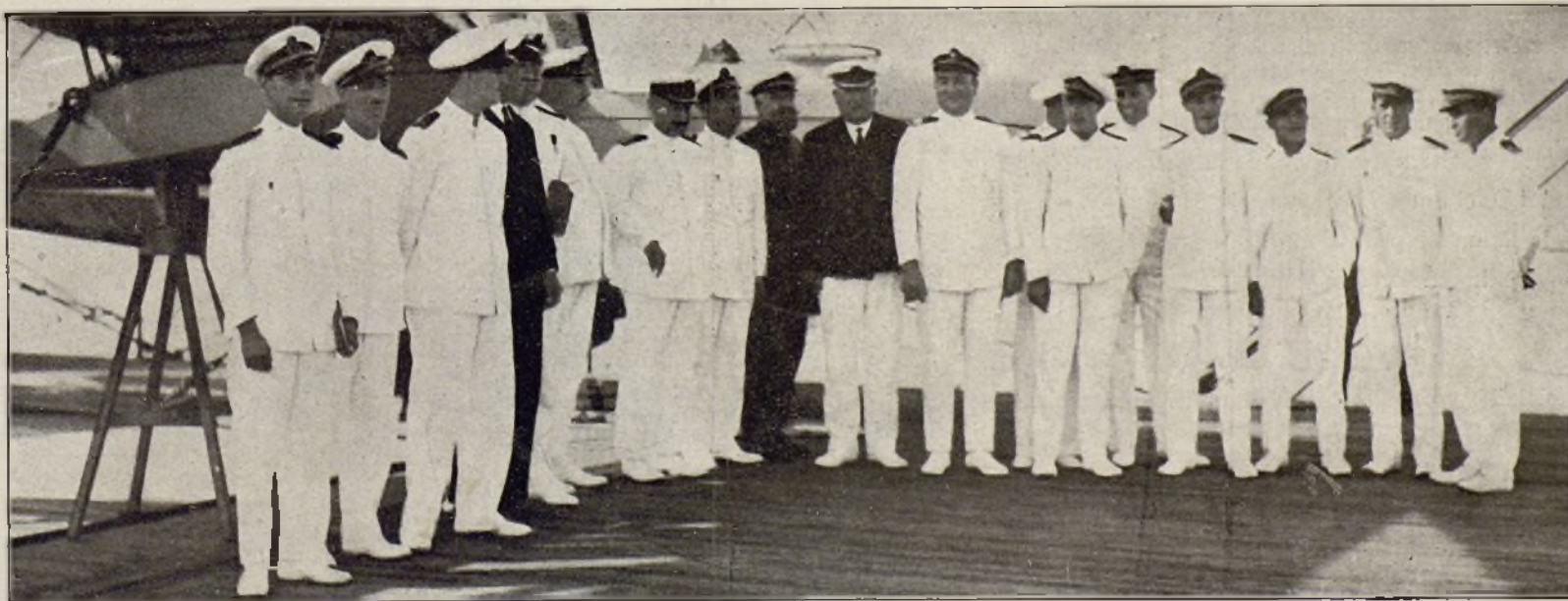
del «Jaime I», frente a Cartagena, que, es a distancia, como un pueblo blanco de juguete con sus aledaños gateando las faldas del castillo.

Va remontando el sol, que pone vivos reflejos sobre los oros de los pasamanos y de los cierres de los cañones rápidos. Nada se sabe en concreto acerca de nuestra salida. El vicealmirante Morales sólo me ha respondido:—«Pronto.» Este pronto puede ser hoy. Quiero aprovechar, pues, las últimas horas de fondeo y enviar a tierra, por una gasolinera, esta crónica escrita a vuela pluma, recuento de las maniobras ya comenzadas.

Veo a nuestra derecha al «Alfonso», que ya ha carboneado. Me informan que el «Jaime» lo hará a mediodía. Entonces, al ano-

checido... Nosotros, la escuadra «negra», posiblemente nos haremos al mar.

A la izquierda duermen tranquilos los torpederos agrupados en torno al «Cadarsó». Allá en un ángulo diviso al «Bonifaz», y más adentro, en la dársena, las bellotas de los palos del «Almirante Lobo». Los submarinos tipos C. y A. se hallan en su base; pero... ¿Y el buque transporte «España n.º 5»? Ayer estaba fondeado en la mitad de la bahía, hoy no se le ve por parte alguna. Es él quien va a llevar la flotilla de desembarco. Su ausencia... Veo aproximarse unos lanchones negros. Dentro de media hora estaremos carboneando. Y luego...



El comandante del «Dédalo», rodeado de los oficiales que forman la dotación del buque.



Los torpederos, produciendo una cortina de humo artifi

Envuelto en la quietud voy a trazar unas líneas. Apresto la pluma.

¡Zis-zas! ¡Zis-zas! ¡Zis-zas! Cuatro marineros conducidos por un cabo cruzan por delante de mí. Van a relevar una guardia. Sus pasos resuenan fuertes, graves, pausados.

HUMO Y SOL

El día 18 quedamos fondeados en Santa Pola en unión de los restantes buques que componen los dos bandos. Hacíamos un total de más de sesenta navíos. La bahía, con la isla de Tabarca a un lado, rielaba bajo el sol, envuelta en la humareda de los buques.

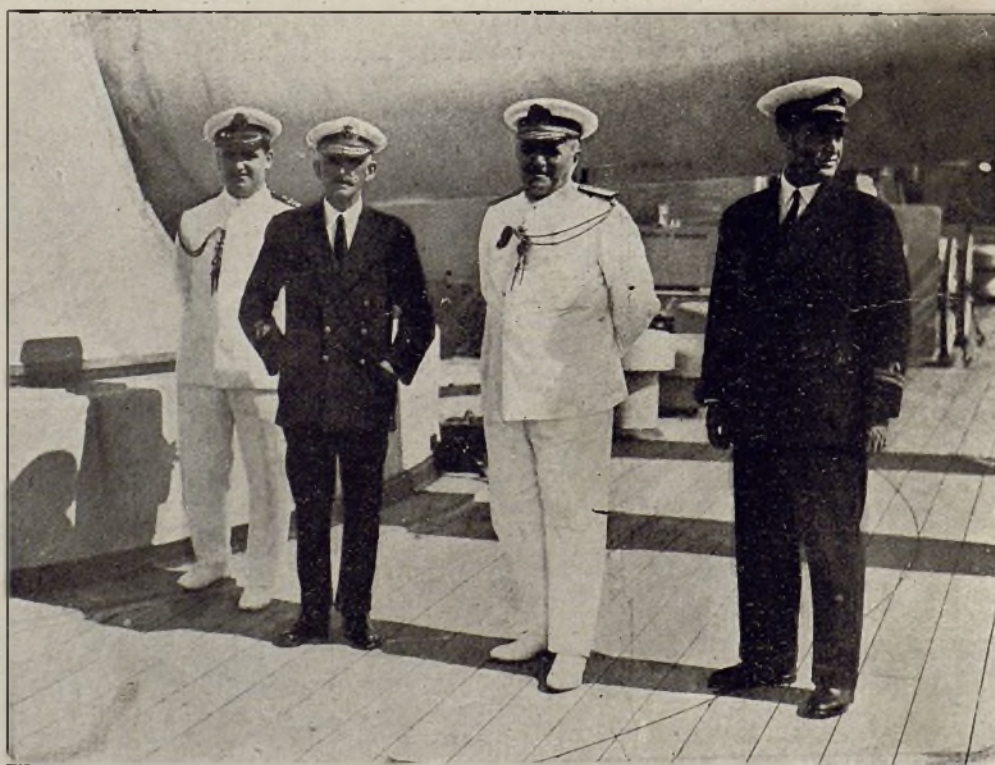
Mientras nos preparábamos para los ejercicios prácticos saltamos a tierra. Se comenta con elogio unánime el amor del rey por la Marina. Por algo se le llama el primer marino español. Estos elogios se hacen extensivos también al marqués de Estella, temple de moderno gobernante, y al ministro de Marina, verdadero cerebro de la Marina nacional y propulsor de las grandes maniobras que se preparan.

El general Morales (en el centro), almirante de la flota negra. A su derecha, el general Suances, jefe de la escuadra blanca, con los ayudantes de ambos.

El ministro va ya embarcado en el «Infanta Beatriz», buque arbitrio, desde el que dirigirá las maniobras. Para presenciar la última fase de éstas, el rey será huésped también de la moderna motonave.

* * *

Se nota gran agitación y movimiento en la bahía. Ha llegado la escuadrilla de sexquiplanos «Breguet» al mando del coman-





ciel para ocultar la escuadra de la vista del enemigo.

dante Barroso. Éstos, en unión de los «Macchi» del «Dédalo», que manda el teniente Ecano, evolucionan sobre la escuadra.

A las ocho y media de la mañana del 19 nos hacemos a la mar. En cabeza de los torpederos va el destructor «Cadarso» y detrás los cruceros y acorazados. Frente a la playa de Balal comenzamos los ejercicios. Seis destructores levantan una espesa cortina de humo negro y denso en una extensión de tres millas,

para ocultar el grueso de la escuadra de la vista del enemigo.

El 20, los submarinos realizan pruebas de inmersión al costado de los acorazados. Los hidros exploran el horizonte. Son todos ejercicios de entrenamiento para las grandes maniobras. En ellas el bando negro, al mando del almirante Morales, intentará burlar la vigilancia del bando blanco, que manda el almirante Suances, y realizará un desembarco en Baleares. Luego del desembarco, el bando

blanco bloqueará las islas para evitar el aprovisionamiento de las fuerzas desembarcadas. El último ejercicio es otro desembarco de la escuadra negra, con su correspondiente convoy, en la costa valenciana.

Todo un bello programa digno de una gran Marina.

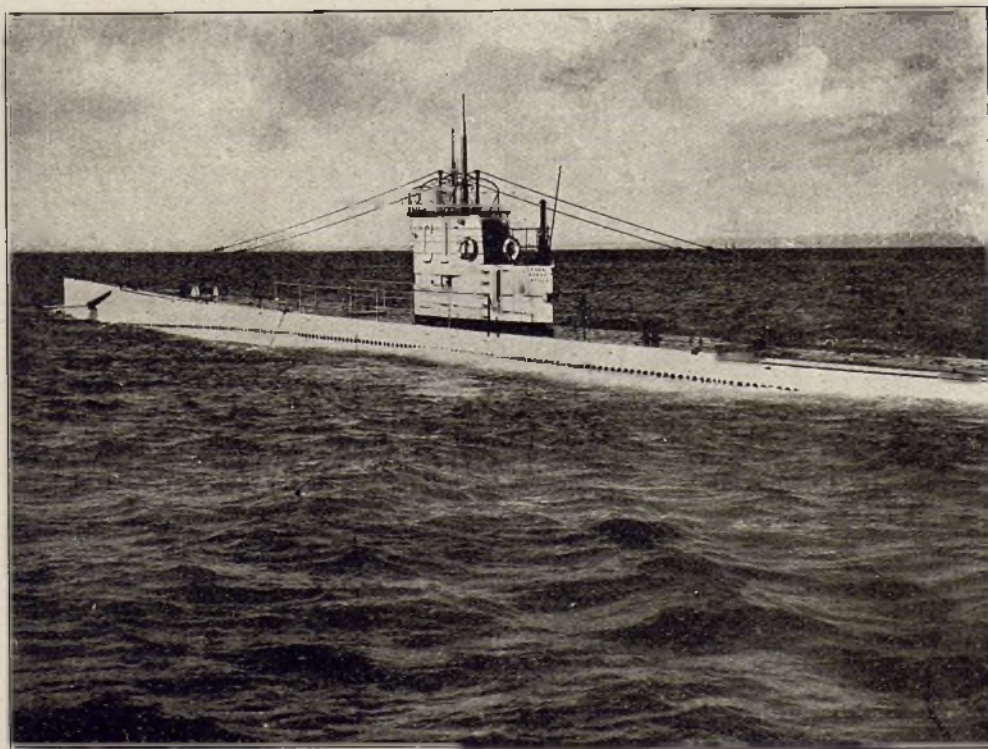
AL MAR

Ya hemos carboncado. Oigo las cadenas de las anclas cómo van levando, el ajuste de las escotillas. Suena un clarín vibrante en el puente, chirrían las poleas, se abren las casamatas.

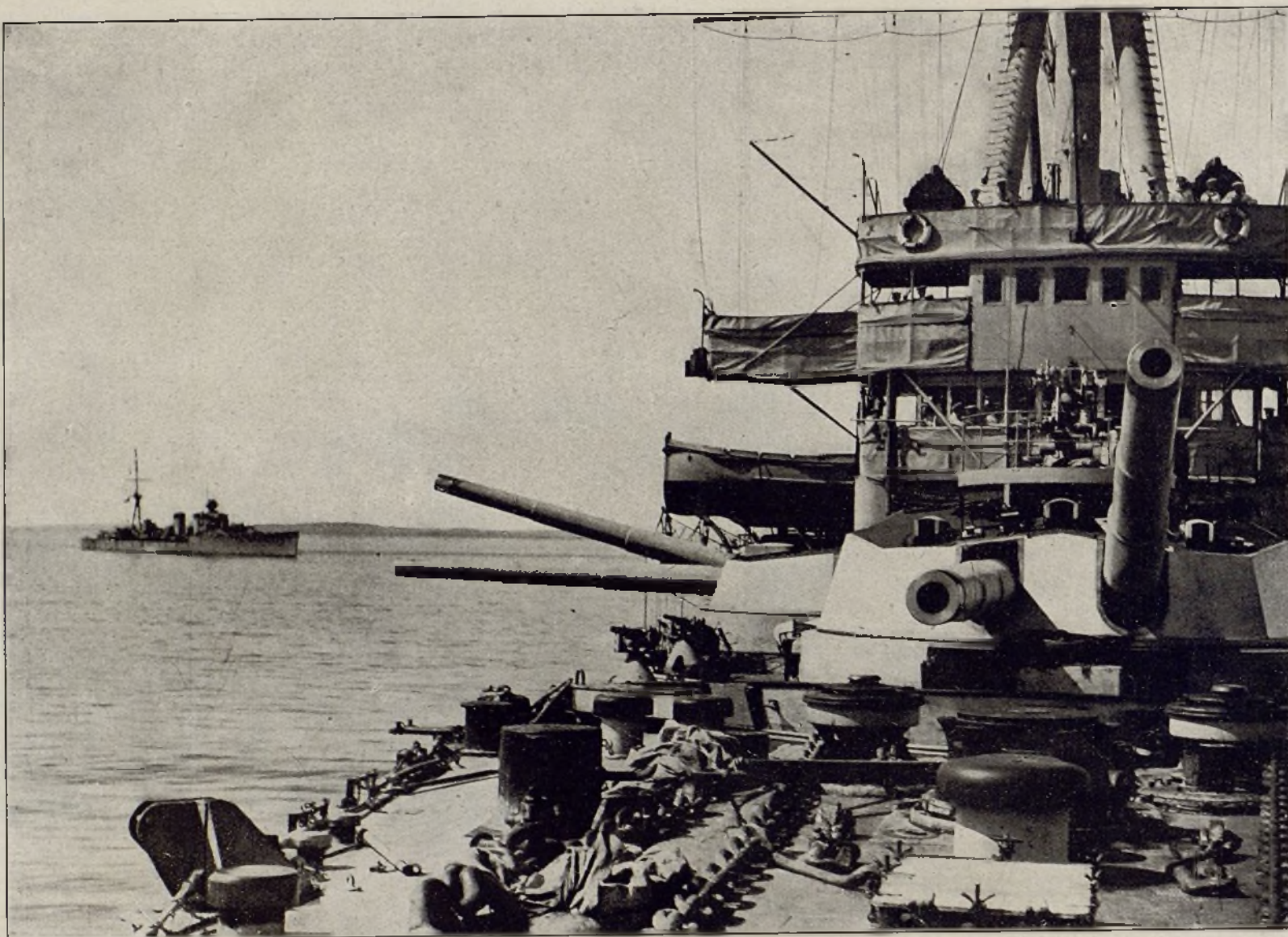
Todo en el «Jaime I» hace suponer que entre dos luces ya estaremos rumbo a Mallorca y en pleno zafarrancho de combate.

JUAN DEL MAR

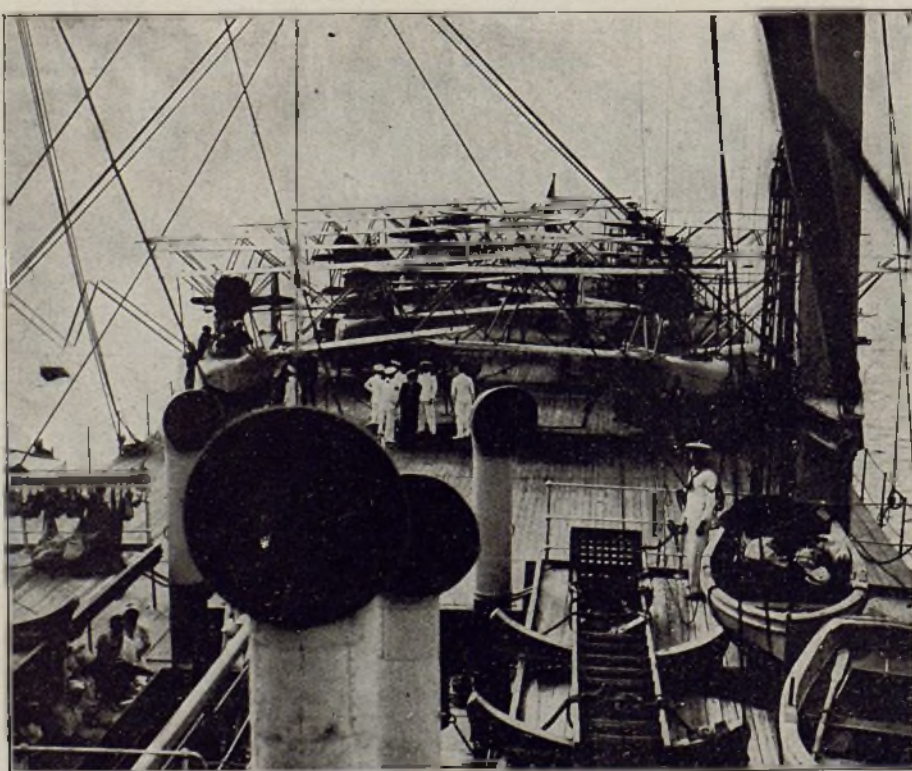
A bordo del «Jaime I».
En aguas de Cartagena.



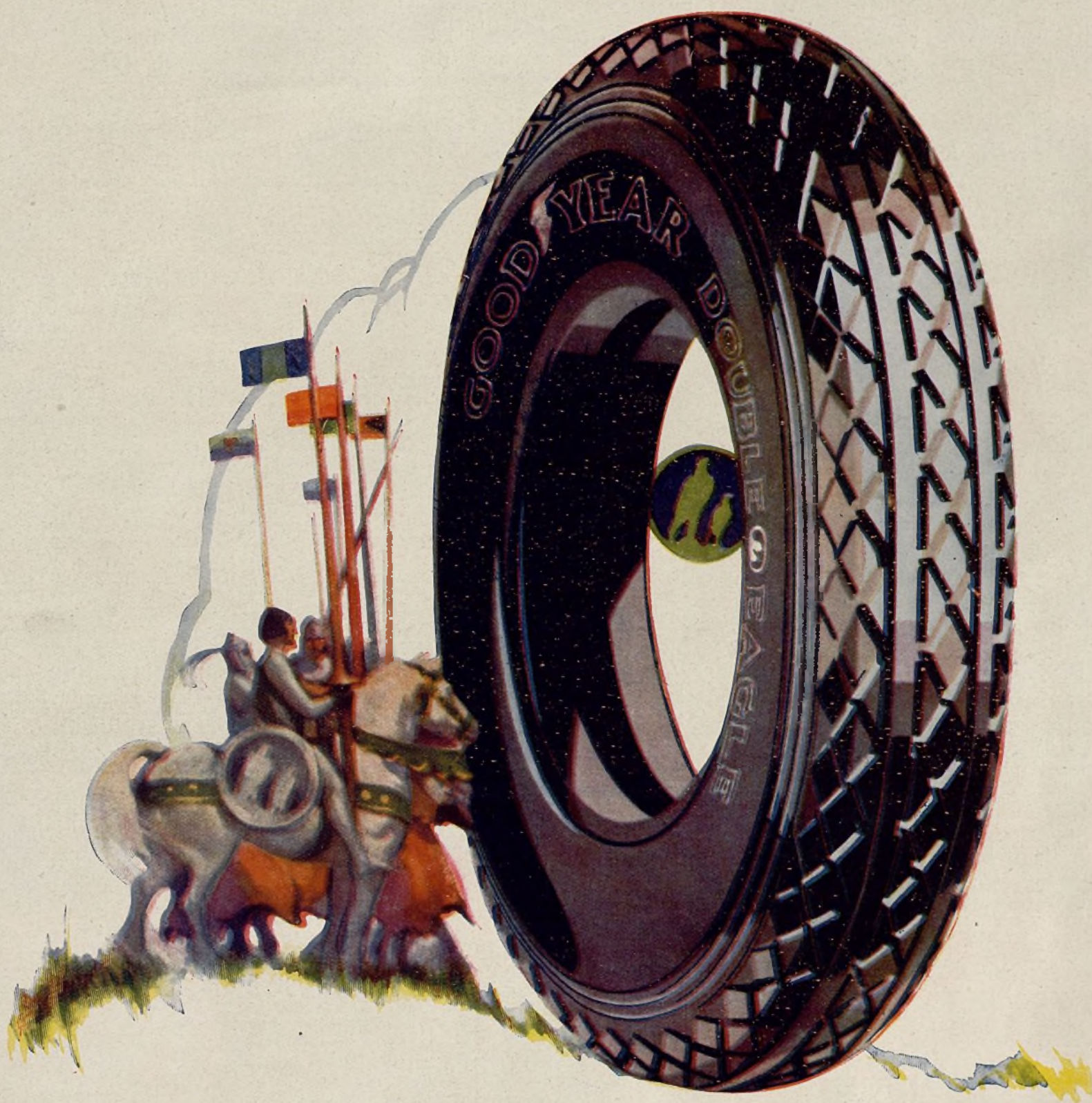
El C-2, saliendo a la superficie en alta mar durante las maniobras de los submarinos.



Los cañones de largo alcance de los acorazados, durante el zafarrancho de combate.



El buque portaaviones «Dédalo», con su dotación de hidros al fondo.



Tenemos que salir de la industria del neumático para encontrar una comparación exacta con la excelencia del neumático Double Eagle de Goodyear. Su verdadero parentesco — es con artículos tan raros y preciosos como el violín de Stradivarius, el cuero repujado de Córdoba y el acero toledano —, que consiste en que su calidad es mucho mejor de lo que es necesario. Fabricado sin reparar en el coste ni en el volumen de ventas, el Double Eagle señala una nueva era en la fabricación de neumáticos, siendo en todos los sentidos el mejor neumático que en el mundo se ha visto. Es más fuerte y más duradero de lo que generalmente se necesita, pues en condiciones normales le durará tanto tiempo probablemente como usted tenga en servicio su coche.

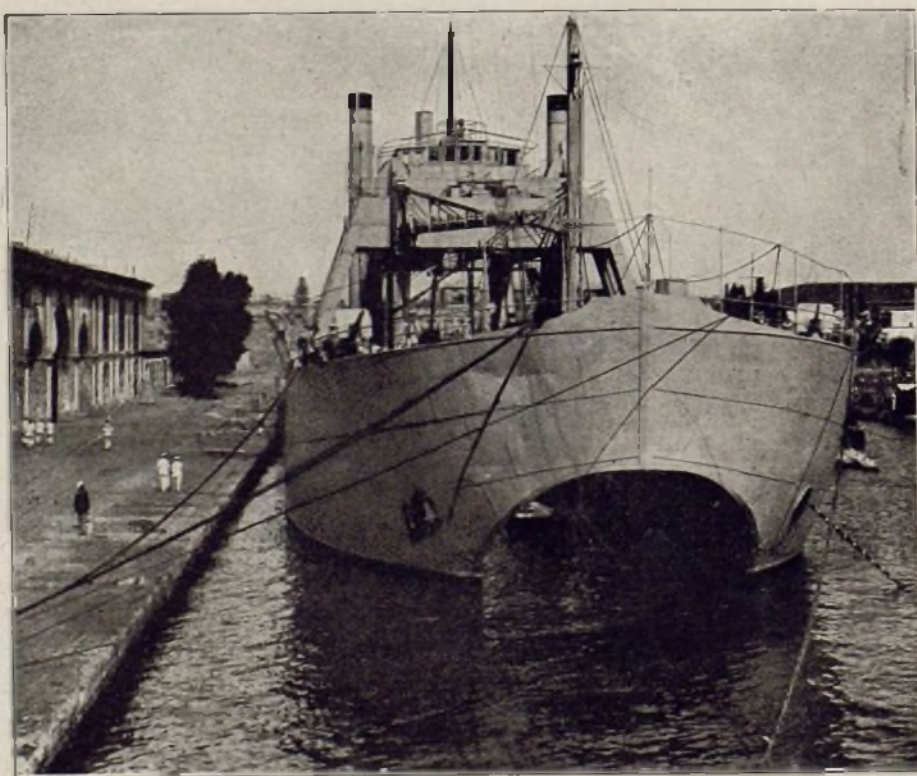


GOOD YEAR
Double Eagle

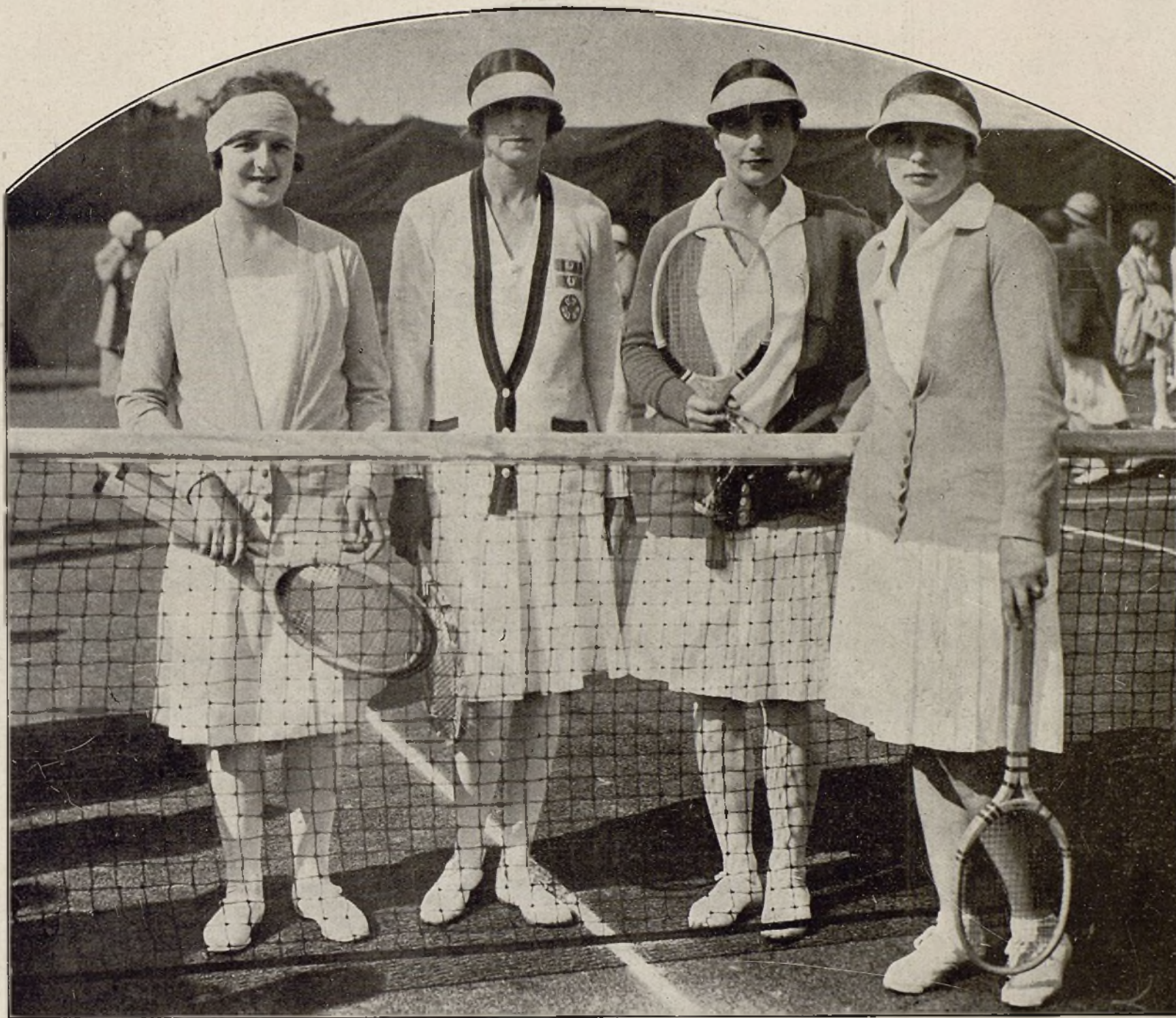
Ayuntamiento de Madrid



Escuadrilla de hidros maniobrando en combinación con los acorazados.



La proa del «Kanguro», buque nodriza de los submarinos



De
izquierda
a derecha.
Miss
Nuthall,
mistress
Watson,
miss Wills
y miss
Gross

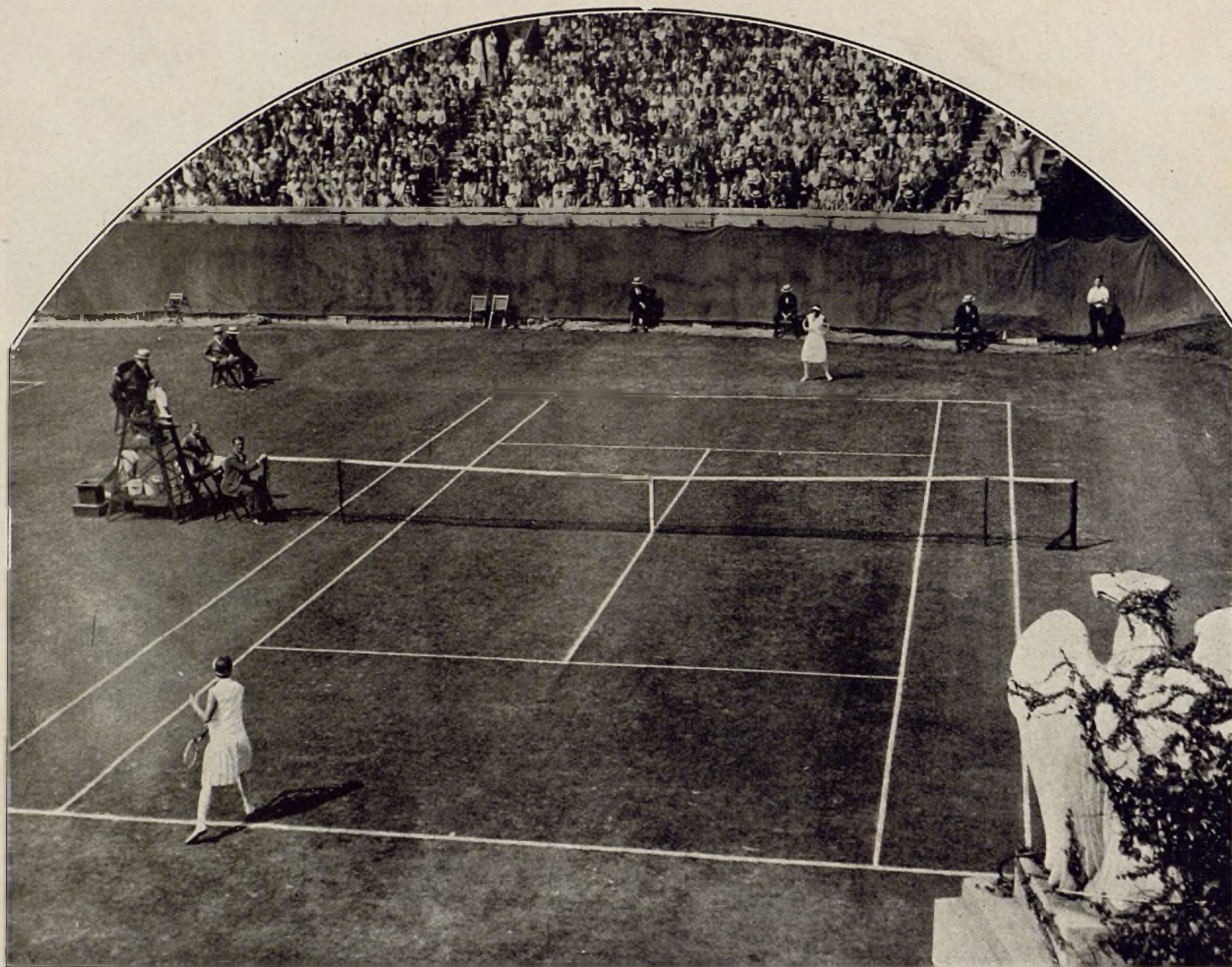
LAS COMPETENCIAS FEMENINAS DE "TENNIS" EN NORTEAMÉRICA

HACE unos cuantos años, un campeonato femenino de *tennis* servía solamente para que unas cuantas *pioneers* del movimiento deportivo se entretuvieran a sí mismas, o, cuando más, entretuvieran también a un núcleo, más o menos compacto, de compañeros de *club*, íntimos o admiradores—la última variedad, por supuesto, sólo asistía a las justas en que tomaban parte muchachas bonitas—que con espíritu festivo, más que deportivo, alentaban a las jugadoras, disculpando sus continuos yerros. Los tiempos, sin embargo, han cambiado, y a la final del campeonato nacional femenino, que acaba de celebrarse en las conocidas *courts* del West Side Tennis Club de Forest Hills, concurrieron más de 10.000 espectadores, ávidos de *thrills*, los cuales, en verdad, no fueron defraudados: Una Helen Wills, superior a la de años pasados, que había perdido sólo dos juegos durante todo el torneo y que derrotara el día

anterior a Mrs. Molla Mallory—vencedora a su vez de la bella inglesita Betty Nuthall—por la decisiva anotación de 6-0, 6-0, tuvo que apelar a todos sus recursos, a todas sus fuerzas de *super-girl* a quien los deportes han proporcionado desarrollo y energías masculinas, para ganarle a la jugadora inglesa Mrs. Watson por la sorprendente anotación de 6-4, 6-2.

La inesperada oposición de la deportista británica dió al traste con una íntima aspiración de Helen, que confiaba emular—si no mejorar—el *record* de la admirable Suzanne Lenglen, quien en el torneo

de Wimbledon, de 1925, estableció una marca muy difícil de batir al vencer las clásicas justas inglesas con la pérdida de sólo cinco juegos. Miss Wills, quien, como decimos antes, había perdido sólo dos juegos al llegar a la final—contra Mrs. Chapin y Mrs. Michell—, era considerada por todos como muy capaz de batir a la inglesa sin gran esfuerzo, poniendo en peligro, de paso, la marca de Mlle. Lenglen. El admirable juego e incontenible brío de Mrs. Watson echó por tie-



Jugando el partido final del campeonato

rra todas las predicciones y ganó para la jugadora británica una aureola que no había podido lograr ninguna de las adversarias que en los últimos tiempos había tenido la actual reina de la raqueta...

Distintos eran los motivos que habían logrado para el campeonato nacional femenino de 1929 interés y expectativas sin cuento. En primer lugar, se decía—y se sigue diciendo—que acaso haya sido éste el último campeonato nacional en que la bella muchacha californiana tome parte. Miss Wills, como es bien sabido, se halla comprometida a un rico financiero de San Francisco, el cual se asegura no está dispuesto a consentir que el público le reclame—aunque ello sea gentil y brevemente—la belleza un tanto fría de su esposa, una vez que miss Wills se decida a jurarle ante el juez obediencia más o menos larga—eso de la obediencia eterna no lo pueden comprender las *up-to-date* muchachas americanas—. Además, una nueva victoria suponía para miss Wills la adquisición definitiva de la segunda copa, que le es concedida después de haber vencido el campeonato nacional tres veces consecutivas. Otro motivo de interés era el sabor internacional que le daba al torneo la presencia de varias de las principales estrellas del *tennis* inglés, entre las que sobresalen por derecho propio miss Betty Nuthall y Mrs. Phoebe Watson, la última de las cuales había de proporcionar a Helen una oposición tan decidida...

* * *

El campeonato femenino de *tennis* de 1929 contó al principio con el aliciente de una repentina ausencia de forma de Helen Wills, que parecía iba a darle a las competencias un interés que hasta cierto punto le quitaba el hecho de que la cinco veces campeona fuera considerada invencible. Miss Wills se había visto poco antes en dificultades para vencer a la gentil jugadora inglesa miss Nuthall, y, dados los

relevantes méritos de ésta y de su compatriota Mrs. Watson, se creía al iniciarse el torneo que a una miss Wills falta de entrenamiento no le iba a resultar fácil tarea el salir airoso. La buena forma demostrada por la californiana al vencer sus primeros encuentros, y el hecho de que miss Nuthall fuera eliminada de las competencias por la antigua *title-holder* americana Mrs. Molla Mallory, cambiaron por completo las opiniones y profecías, esperándose entonces que miss Wills venciera fácilmente su segunda copa, y de paso estableciera un nuevo *record*. Pero tampoco acertaron esta vez los videntes, ya que Mrs. Watson sólo fué derrotada por Helen después de haberle dado a la campeona una de las batallas más encarnizadas por que ésta se viera obligada a pasar en su vida...

* * *

Norteamérica no podrá alardear, en adelante, de superioridad sobre Inglaterra, en lo que al *tennis* femenino se refiere. Es verdad que una americana es la campeona de Wimbledon, pero no lo es menos que dos inglesas lo son de *doubles* de los Estados Unidos. La brillante Mrs. Watson, en unión de Mrs. Michell—la misma combinación que triunfara en Wimbledon hace unos meses—, derrotó en la final a la pareja nacional formada por Mrs. Covell y Mrs. Shepherd-Barron. La victoria de Mrs. Watson fué doblemente meritoria, si se tiene en cuenta que la obtuvo inmediatamente después de haber sucumbido a miss Wills en la batalla extenuante y heroica que casi casi ganara para la distinguida dama inglesa la inmortalidad...

ARROYO RUIZ

Nueva York.

HACIA UNAS FINANZAS DEL RECLAMO



LOS «ASES» FINANCIEROS DEL RECLAMO

Henry Ford, rey del automóvil americano; André Citroën, rey del automóvil europeo, y J. W. Wrigley, rey del «chicle» o goma de mascar.



A BOMBO Y PLATILLO

¿Por qué no? «El reclamo es altavoz de los negocios», ha dicho recientemente el doctor Boess, burgomaestre de Berlín. ¿Por qué no hacer de la técnica de la propaganda y del anuncio una rama definida y concreta de la ciencia financiera? Al lado del crédito que facilita la producción y el comercio, y del ahorro que la multiplica, puede y debe figurar la propaganda que tiende a aumentar el consumo añadiendo nuevos eslabones a la cadena económica. Porque esa es, en definitiva, la finalidad del reclamo, del anuncio, de la propaganda: batir siempre marcha, estimular la actividad de la industria, del comercio, de la banca, presentándole todos los días nuevos convencidos de las excelencias del consumo de la riqueza, que permite, como en los canchales de la noria, crear riquezas nuevas, más amplias, más perfectas, más aptas para hacer la felicidad humana, en el límite bíblico que a la humana miseria le es otorgada la felicidad terrena.

Todo esto constituye una ciencia—¡quién lo duda!—, aunque la ciencia vaya aliada al arte. Pero es lo cierto que ni jerarquías de arte ni de ciencia se le concede al reclamo, que constantemente está creando posibilidades económicas. Cuando más, la publicidad es una cosa empírica, con sus puntas y ribetes de rutina. Cuando menos, es algo inferior, execrable por la masa activa y pasiva. «El buen paño, en el arca se vende», es el refrán que revela la contumacia en el desdén por el reclamo. Mas, a pesar de todo, el *reclamismo* crece de día en día y se extiende a todas las manifestaciones de la vida social y adquiere porte y traza de gran potencia económica, al mismo tiempo que se dignifica y expurga. Precisamente en ese aspecto económico es el en que nosotros descamos hablar de la ciencia de la *réclame*, y en esa dignificación es en la que pretendemos apoyarnos para incluirla en el estadio de las ciencias económicas. Lo abonan sus fines, ya enunciados al principio, de ensanchar las

posibilidades de consumo y sus medios, netamente económicos y financieros, de conseguirlo.

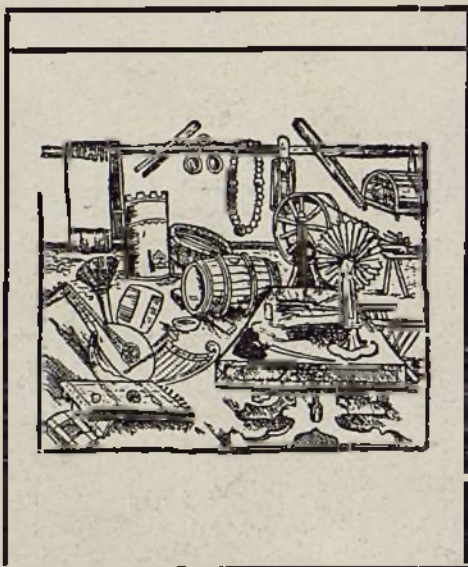
LAS FINANZAS DEL RECLAMO

¿Cuánto se gasta anualmente en un país por el concepto de anuncio y propaganda? He aquí una pregunta que acaso se formule por primera vez en España. Acaso exageramos y a alguien se le haya ocurrido alguna vez pensar en la enorme magnitud de los medios puestos al servicio de la propaganda y el reclamo. De lo que sí estamos ciertos, sin embargo, es de que jamás se ha podido hacer una evaluación próxima, ni remota, de los millones de pesetas invertidos en fijar la atención pública, amorfa y desvaída, sobre las cosas interesantes que la actividad humana produce. Hay un aforismo norteamericano rebosante de practicismo, no obstante su aparente antinomia, que dice que en cualquier producción se necesita «un dólar para producir y un millón para anunciar». Esto es una *boutade*, sin duda alguna; pero tiene fondo de realidad irrefutable y eleva la categoría de la publicidad al grado de ciencia económica por antonomasia.

¿Cuánto se gasta anualmente en España en anunciar? La pregunta quedará mucho tiempo insatisfecha; pero pueden desde luego contarse las cantidades por miles de millones. Un cálculo aproximativo lo revela: en una evaluación realizada hace algunos años por el Banco Urquijo se estimaba la renta nacional en 25.000 millones de pesetas por año. De ellos, cerca de 20.000 proceden de las fuentes genuinas de producción y de cambio—agricultura, industria, comercio y transporte—, que son los que rinden al reclamo un mayor porcentaje contributivo. Suponiendo que sólo el 10 por 100 de los beneficios brutos se dediquen a propagar las excelencias de la nueva producción, tenemos ya 2.000 millones de pesetas, distribuidos en la serie



La opulencia de un industrial célebre convirtió, en 1925, a la torre Eiffel en una gigantesca antorcha luminosa, visible desde un radio de muchos kilómetros. ¿Cuántos millones de personas contemplarían asombradas aquella réclame colosal?



HACIA UNAS FINANZAS DEL RECLAMO

La Feria de Francfort hacia ya en 1517 la propaganda de sus productos por medio del dibujo que antecede, que parecería hoy, mejor que la reclame de una Feria de universal renombre, la exacta reproducción de un establecimiento de las Américas... del Rastro.

¿Dónde puede hallarse fuerza de sugestión tan «arrolladora» y gracia tan ingenua como las de este afiche de una tienda de modas presentado al Congreso Internacional del Reclamo, de Berlín?



infinita de formas reclamistas: escrita, hablada, gráfica, plástica, etc. ¿Y qué decir de los demás países, sobre todo en aquellos que figuran en las avanzadas económicas? ¿Quién podría calcular las cifras de propaganda invertidas por los Skinnies, los Ford, los Citroëns, los Rockefellers? En París, en 1925, un solo industrial se gastó más de dos millones de francos en iluminar como una antorcha gigantesca la torre Eiffel con objeto de que los millones de visitantes de la Exposición de Artes Decorativas leyeran su marca, en letras luminosas de 30 metros de altura, durante dos meses. En Nueva York, otro magnate de la industria premió con medio millón de dólares la audacia de unos aviadores que varias noches escribieran en el cielo estrellado su firma con nubes fuliginosas y consistentes, atrayendo la atención de la gran urbe hacia el espectáculo maravilloso. Sin duda, estos gastos fabulosos fueran a la larga económicos: de otra manera no se concibe que hayan seguido gastando en reclamo y publicidad esos mismos industriales sumas ingentes. Sólo para satisfacción de la vanidad comercial—infinitamente menos avasalladora que la personal—no es creíble que se invirtieran de un golpe capitales como los apuntados. Luego el gasto del reclamo es reproductivo, entra de lleno en la categoría de factor indispensable de la producción económica, puesto que acelera el movimiento de ésta y acorta su ciclo, permitiendo más revoluciones de la rueda económica. Y he aquí cómo esas cosas que tenemos por triviales y de escasa entidad reclaman ya contra toda la seriedad de los temas fundamentales un puesto en el estudio de la ciencia financiera, puesto que se han apresurado a concederle ya los grandes países, maestros en el manejo de ese potente altavoz de que habla el doctor Boess.

YA NI EN LA PAZ DE LOS SEPULCROS

La extravagancia es a veces la mejor aliada del reclamo. Y a las veces también la audacia, la emoción y hasta la irrespetuosidad. Así, como suena. Un ejemplo de reclamo irrespetuoso se dió en Inglaterra, en uno de los lugares donde se erige con mayor severidad el respeto y el recogimiento. La viuda de Jeremías Hobbino, un negociante enriquecido con la explotación de unos almacenes, consideró que el mejor epitafio para el difunto había de consistir en proclamar las excelencias de los productos creados y vendidos por aquél. Y en la lápida mortuoria añadió a las tiernas jaculatorias por el descanso eterno del fallecido unas líneas, esculpidas con el mejor deseo de hacer imperecedera su memoria, y que venían a decir: «Su desconsolada viuda, con la esperanza de sostener y mejorar la obra de su esposo, continúa el negocio de los grandes almacenes X, en el mismo local donde fueron fundados.»

La Historia no consigna el resultado económico de este gran reclamo de ultratumba.

Tampoco es un modelo de corrección religiosa el anuncio de una marca de camas que circuló profusamente en Alemania hace bastantes años, y en el que unas viñetas—bastante malas, por cierto, desde el punto de vista artístico—reproducían en la parte superior la expulsión de nuestros primeros padres del Paraíso terrenal, y en la inferior el hallazgo, por parte de Adán y Eva, de una de las camas consabidas, como símil de un nuevo paraíso. El desenfado del anuncio proporcionó un excelente negocio al comerciante humorista del Antiguo Testamento.

HECHOS Y FIGURAS

Para este año se ha convocado en Berlín un Congreso Internacional del Reclamo. No añade esto, por sí sólo, un solo átomo de valor al tema, acostumbrados como estamos a ver pasar a nuestro lado congresistas de todo género y especie y a leer por doquier referencias de los más raros y extraordinarios Congresos que la imaginación concibe. Pero no es ya tan baladí que personalidades como Stresemann y Herriot hayan dedicado líneas y hasta artículos meditados y enjundiosos a la Asamblea de la publicidad y la propaganda. Y que en ella intervengan con atención e interés personas tan relevantes como el consejero C. J. Stimming, director general de la Norddeutschen Lloyd; doctor Schürff, ministro de Comercio y Trabajo de Austria; A. Hübbe, presidente de la Cámara de Comercio de Hamburgo; doctor Julius Klein, director del departamento de Comercio de los Estados Unidos; doctor Haob, director de Correos y Ferrocarriles de Suiza; Ladislao Novak, ministro de Industria y Comercio de Checoslovaquia; William Butterworth, presidente de las Cámaras de Comercio de los Estados Unidos; H. Staning, ministro presidente de Dinamarca; Erik Nylander, director de la Unión de Exportadores de Suecia; Friedrich Tilgner, de la Cámara de Industria y Comercio de Viena, y otros muchos.

El tema merece la atención y el interés que ha despertado la Asamblea, y de ella habrá de salir un concepto dignificado y valioso del reclamo como medio económico de primera fuerza que está pidiendo su patente de especulación científica en el campo de la economía política. Rango a que llega por sus propios méritos, justificando el sano concepto que de él tenía Benjamín Franklin al aconsejar prudentemente a su hijo, comerciante, en una de sus cartas: «En tus negocios con los hombres, hijo mío, anúnciate; que si ellos son inteligentes no habrás perdido nada.»

ANTONIO DE MIGUEL

¿Cabe mayor gracia y finura humorística en el reclamo? El novio lanza un «Yo te amo» estentóreo, y el eco contesta: «Haga usted sus asados con margarina X».



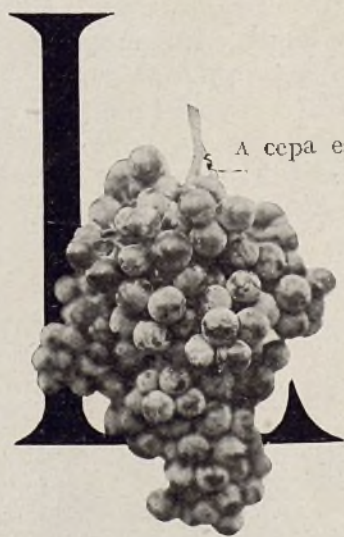


El dulce «trajino» del otoño

La vendimia y el vino

por

A. GARCÍA ROMERO



EL MILAGRO ANUAL DE LA CEPA

La cepa es durante el invierno, una viejecita arrugada de cuerpo breve, de brazos sarmentosos y enjutos, reducidos por la poda casi a muñones... Quien la mira, toda agrietada, toda seca, toda negra como madera muerta, piensa instintivamente: ¡qué bien ardería en la cocina! Pero llega y sopla la primavera, maga del campo, y empieza a realizarse el milagro. Primero, unos «lloros» que anuncian vida; luego, unas yemas abultadas cubiertas de una suave pelusa, y las hojas verdes y tiernas, y esos largos tirabuzones que son los pámpanos, y, por fin, las uvas, los racimos: globitos de diversos colores llenos de zumo dulce elaborado con el concurso, siempre pródigo, de la tierra.

La viejecita negra y seca, tan arrugada, tan encogida, tenía, como esas buenas abuelitas de los cuentos—dulzura los ojos, miel los labios—, mucha azúcar que dar.

LA VENDIMIA

Es un bello día de otoño. Día de sol, sin nubes, sin aire, sin rocío... «Hace bueno», dice una moza. «Se pone bien *pa* la vendimia», comenta, perezoso, un gañán.



¿Ustedes gustan?

Da gozo contemplar el majuelo. El amarillo, más o menos pajizo, de las variedades de fruto blanco, destaca entre la masa de verdes y los fuertes tonos: carmín y púrpura, de esas hojas arreboladas, con «el pavo» subido de los puestos de tinto... ¡Oro y sangre sobre un verde tapiz!...

El color pujante de los viñedos sanos, ese aspecto de fortaleza de las cepas bien atendidas, de las que saben de la labor y el abono, de las que sintieron sobre sus hojas el beso del azufre y la lluvia sutil, finísima, del caldo bordelés, contrasta con los tonos quebrados y con el raquitismo patente de aquellas otras olvidadas y hambrientas, torturadas por toda clase de miserias. ¡Hermosa lección de realidades de esa maestra más que «superior», superiorísima, que se llama Naturaleza.

—Ea, chicas, a vendimiar...

Han pasado cuarenta o cincuenta fechas desde que las uvas «pintaron». De entonces acá, día tras día, ganaron en azúcar, modificaron su acidez, acumularon en su masa tanino, materias colorantes; consiguieron sabor y aroma... Su cabillo o pedúnculo, del que



La cepa es, durante el invierno, una viejecita arrugada.

ahora se sueltan fácilmente, se hizo duro y leñoso; las semillas o pepitas oscurecieron; su piel es fina; su carne, muy dulce, muy jugosa. ¡Pellizcad, pellizcad!, se dicen los pájaros unos a otros. Y los golosos de los chicos se sienten pájaros. Y tras ellos los grandes. Y, entre unos y otros, metiéndoles miedo con su aguijón, las avispas...

—¡Ea, chicas, a vendimiar!...

...
¡A vendimiar! Pero antes de meterse en faena elijamos bien el momento. No basta el bando autoritario que «publica» a gritos el pregonero: «Di orden del *seor* alcalde»... para comenzar la vendimia. Recorriendo cuidadosamente el majuelo, obtengamos previamente y en fechas próximas diversas muestras medias de mosto. Sigamos de cerca, paso a paso, la maduración de las uvas. Calculemos por el azúcar de hoy el alcohol de mañana, y no olvidemos investigar la acidez. De la relación y armonía entre una y otra depende el valor enológico del mosto, esto es, la calidad del vino.

El empleo de mustímetros y acidímetros, que indican mejor que bandos y redobles cuándo ha de «echarse» la vendimia, es elemental y obligado para todo buen vinicultor.

Es entonces, y por de contado, cuando el lagar y el cocedero, y la bodega y todos los depósitos, envases, máquinas y utensilios, se hallan desinfectados y limpios, pero limpios como los *chorros del oro*, el momento de comenzar la faena. Entonces cuando los multicolores viñedos se llenarán de esas cuadrillas pintorescas: «cruces», las llaman en Castilla, de mujeres y chicos. Y cuando, templado el cuerpo por las suaves caricias de un sol de otoño y el espíritu por el concurso y dichos intencionados de los mozos, se dedicarán las vendimiadoras a esa faena humanitaria de librar a la cepa de la carga de sus apretados racimos.

...

El dulce «trajino» del otoño

★

Avanzan los carros por las lindes con las comportas o portaderas que han de contener el sabroso fruto; el mosto refresca las gargantas, vuelan las coplas como mañaneras alondras. Y mientras los racimos cortados—nunca arrancados a tirón—llenan los cuévanos, del trato de hombres y mujeres, diestros en

«vayas» y comentarios burlones para quien inocentemente se pone a tiro, surgen los «lagarejos». Las uvas se espachurran y prensan en la sofocada mejilla de la moza, que, entre risas y fingidos enfados, huye el pegajoso contacto. Los brazos forcejean, el corrillo de espectadores grita y azuza, y entre los «lineos» del majuelo salta, de cepa a cepa, la liebre fugaz de la alegría. Esa alegría que de la vendimia pasa al mosto y que luego, el vino, gran señor, gusta de ofrecer a los hombres.

ZAFARRANCHO DE COMBATE

¡Sálvese el que pueda!... Las uvas llegan al lagar, y los hombres, a pie desnudo o calzado con piso de esparto, o de madera claveteada—regiones del vino de Jerez—, y si no los hombres, unas máquinas (pisadoras; despalladoras-pisadoras) las hacen materialmente papilla y las separan del raspón o escobajo. Corre la sangre y fluye el mosto de la encarnizada refriega; ese líquido espeso: agua, azúcar, ácidos, sustancias mucilaginosas, gomas, materias pécticas y nitrogenadas, sustancias minerales, tanino, colorantes, diastasas, etc., que dicen que es indispensable para hacer vino y que el más torpe tabernero sabe imitar a la perfección con agua de pozo y anilinas.



El aspecto de fortaleza de los viñedos sanos...

El dulce «trajino» del otoño

✱

No acaba con el mosto el suplicio. El mosto va a las cubas, a las tinajas, a los conos, a los modernos depósitos de cemento, y allí se meten con él las levaduras. Unos seres pe-
queñísimos, microscópicos, tan poca cosa que habría que colocar cien en fila para lograr la longitud de un milímetro. Y esos ejércitos de seres llamados menos propiamente «fermentos», que existen en el hollejo o piel de las uvas maduras y que durante el cruel pisado pasan al mosto, arman, moviéndose dentro de éste, una revolución.

Se desprenden constantemente en la superficie de cada cuba miles de burbujas gaseosas: dijérase que el líquido hierve. Y, en sus entrañas, los principios químicos que le forman libran enconada batalla. Unos pierden y otros ganan en el combate. Hay muertos. Y desaparecidos. Cuando se firma el armisticio y la fermentación se aplaca y puede decirse que el mosto es vino, el azúcar ya no es azúcar: se ha convertido en gas carbónico, alcohol y glicerina; el bitartrato de potasa se hace insoluble; aparecen, presentados por la levadura y otros microbios, unos cuantos ácidos volátiles; crece el tanino y la materia colorante. ¡Una verdadera transformación!

El mosto, que fué oportunamente corregido—y *bazuqueado* si tenía el *sombrero* puesto—como cualquier niño travieso, es ya el dorado o rojizo néctar capaz de producir en el hombre esos estados de inconsciencia que se designan por la técnica con los nombres de *merluza*, *pátima*, *borrachera*, *tablón*, *cogorza*, etc. Y aun se le lleva a las bodegas de *crianza* para que adquiera buenas formas. Y se le sigue molestando: relleos, trasiegos, filtraciones, clarificaciones, etc., etc. La educación es siempre penosa. Después, cuando «ya está bueno» y tiene *bouquet* y todas esas cosas que inventan para subirle el precio, se le embotella, se le lleva a una cueva oscura y se espera a que se cubra el casco de telarañas. Esas telarañas que luego, por contagio, pasan a los ojos del que lo bebe.

DATOS VITIVINÍCOLAS

España dedica al viñedo una superficie aproximada de 1.400.000 hectáreas. La vid, como la gracia de Dios, llega a todas partes. Pro-



Lo mejor, para casa.

vincias hay, como Barcelona y Ciudad Real, que reservan, respectivamente, 116.000 y 160.000 hectáreas a este cultivo, que era antes, cuando nada se sabía de filoxera ni de vides americanas y el majuelo se podía labrar, según la frase, con azada de oro o de plata, tan sencillo como remunerador. Otras provincias: Guipúzcoa—chacolí que te tienes, pues—, Santander, Vizcaya, Coruña, Soria, Oviedo, sólo cuentan con extensiones de vid ridículas, comprendidas entre 50 y 2.000 hectáreas; pero en todas partes vive la cepa y de todas partes fluye el vino.

Son las provincias más vitícolas, aparte el par antes citado, Valencia, Albacete, Tarragona, Cuenca, Alicante, Toledo, Zamora, Madrid, Murcia, Orense, Logroño, Pontevedra, Valladolid, Burgos y Navarra. La cosecha media de uva por año se estima en 38 millones de quintales métricos. Y el mosto producido, en 22 millones de hectolitros. Málaga, Valencia, Alicante, Granada y Córdoba producen uva para pasa en cifra total aproximada de un millón de quintales métricos. Y Almería, la uva de embarque, de renombre mundial.

Los rendimientos de mosto por hectárea son muy varios, dependiendo, como es natural, del clima y suelo, marco de plantación, labores y cuidados que se prodigan al viñedo, condiciones del año agrícola, etc. En general, y en años normales varían desde los seis y ocho hectolitros por hectárea que se cogen en las provincias menos favorecidas, a los 18 y 20 de las de tipo medio y os 45 a 60 ó más, obtenidos en la región gallega. Siendo el consumo anual español próximo a los 18 millones de hectolitros, queda un apreciable sobrante, que en buena parte pasa a Francia, aunque figuren en el reparto otros varios países.

EL CRÍTICO MOMENTO ACTUAL

Es malo. No lo decimos nosotros. Nos lo dice D. Juan Marci-
lla, sólido prestigio de la viticul-
tura y enología nacional.



He aquí una cepa bien cargada.

El dulce «trajino» del «loño»

Es malo, por la gran cosecha de Francia, por la muy buena que se elabora en España, porque existe un stock muy próximo al 5 por 100 de la producción anterior y precios muy bajos: hasta de 21 pesetas hectolitro.

Pedimos medios de defensa, y el muy competente ingeniero agrónomo nos habla de Cooperativas de viticultores y de Asociaciones de exportadores que defiendan los precios; de la necesidad de atender mejor ciertos mercados como los de América y algunos otros del norte de Europa; de las ventajas de mejorar la elaboración; de emprender en todas las zonas de moscatel no acreditadas como paseras la elaboración de moscateles espumosos, tipo Astic, y de dedicar una mayor parte de nuestros caldos, tan a propósito por su muy alta graduación, a mostos concentrados y mostos estériles, tanto para consumo directo como para la exportación, fabricación de mermeladas, refrescos, etc.

Aun charlamos de varias cosas. De la repoblación con vides americanas realizadas en la actualidad, casi exclusivamente, con los patrones Rupestris Lot, Riparia-Rupestris 3.309 y Chasellas-Berlandieri 41. B y en la que apuntan como sólidas esperanzas patrones nuevos: los 99 y 110 de Richter, el 19.617 de Castel y el 161-49 de Couder; de las regiones donde mejor se cultiva la vid: Cataluña, Rioja, Levante, Almería, la Mancha, etc.; de una porción de temas interesantes, demasiados para relatarlos uno a uno y prueba palmaria de la excepcional competencia de nuestro amable y documentado mentor.

ESPAÑA, PAÍS DEL VINO Y DEL SOL

Yo soy español.
¡Yo soy de la tierra dichosa
del vino y del sol!...

dice el simpático «Espanita» en *La patria chica*, de los Quintero.

Quedando plenamente probado, con el testimonio indirecto de dos académicos de la Lengua, que si el sol alumbra en España, con vino se alumbran los españoles.

Tierra de vinos... De los famosos



El vino, luego de embotellado, sólo espera la acción del tiempo, ya

vinos de mesa de Rioja y Galicia; de los que podrían ser excelentes, si se decidieran a hacerlos bien, de Castilla la Vieja...

Tierra de vinos licorosos: el oro líquido de Jerez y Montilla, la manzanilla de Sanlúcar, la golosina del vino de Málaga, los ricos rancios del Ampurdán, las malvasías de Cataluña y ese amable vino de Rueda que, elaborado de otra forma, podría competir sin desdoro con los mejores españoles...

Tierra de tintos muy adecuados para mezclas: toda la zona de Levante; criadora de esos tipos blancos de la Mancha, tan neutros que admiten cualquier sabor. Y de los muy notables de pasto de la ribera de Navarra. Y de los Barros, en Badajoz. Y del rosado chacolí de las Vascongadas y de esos espumosos de Cataluña que imitan al ruidoso champaña.

¡Vinos de España! Vinos que salen de esas cepas bajitas que arrastran su frutos por el suelo o de los esbeltos parrales que tejen, con los tirsos de sus racimos, el máspreciado toldo.

Vinos que animan la romería; que son la salsa de la juerga andaluza y alegría en el cabaret. No hay fiesta ni hora feliz en nuestra tierra que no se festeje con unas copas: «eso hay que mojarlo», decimos. Ni pesar que no se ahogue en vino. Que aquí es letra muerta la «ley seca» y orgullo decir, botella en mano:

Yo soy español.
¡Yo soy de la tierra dichosa
del vino y del sol!...

COLOFÓN

No hay que buscar razones ni que desempolvar documentos. Si en la Mitología el vino tiene un dios, el orondo Baco, en la cristianidad simboliza el vino, en el altar, la sangre de Cristo. Imposible más alto destino y más solemne consagración.

Y, sin embargo... Es posible que algún descarriado galeno os diga muy serio: «no beba usted; el vino le hace mucho daño»...

¡Boberías! Ahí tenéis al ilustre doctor Decref, que podrá contaros lo que es el vino: lo más higiénico, lo más sano, lo mejor que cría

la tierra. Que, ayer como hoy, «bueno es el vino cuando el vino es bueno; pero si el agua es cristalina y pura... ¡el vino es cien veces mejor que el agua!

ANTONIO
GARCÍA ROMERO



que, ¡cosa rara en la vida!, cuanto más viejo, vale más.



«GUAYABITOS» DE HOY



Nueva York. Londres. París. Madrid. Primeras lluvias de otoño. Broadway. Picadilly. Boulevares parisinos. Carrera de San Jerónimo. Gran Vía. Muchachitas en flor que presumen como mujeres de veras. Gracia equívoca, muy último grito. Llovizna suave; frágiles impermeables multicolores; letreros luminosos, chorreantes de luces vivas sobre las aceras mojadas; autos charolados y taxis en acecho, como trampas preparadas para cazar clientes. Tráfago incesante del humano hervidero, correctos *policemen* con silbatos y sin porra. Hora delicada, sensitiva y femenil de la primera noche. Alma-

cenas de lujo; cafés y saloncitos perfumados tibiamente. Mujeres distinguidas como flores de triunfo y hombres inexpresivos como muñecos lacios...

Hora desdibujada, gris; de aperitivos brumosos y ansias incontenidas. Las muchachitas en flor triunfan en esta hora sin par, considerada como la verdadera hora diabólica de las ciudades modernas. Entre tanto trajín, sobre el abigarramiento sugeridor de la urbe, los «guayabitos» son el encanto más decorativo—líneas audaces y juveniles—del incesante tráfago urbano.

Dibujos de Domingo Mena.

TÓPICOS DE LA RAZA



Estatua de Colón en Salamanca, frente al palacio del marqués de Albaida

LA LEYENDA DE COLÓN



Es curioso e interesante observar el tino de la Prensa hispanoamericana, a propósito de la leyenda colombina, cuando se pone a glosar los consabidos tópicos de la raza. Donde no ha variado nada la leyenda del navegante genovés, que, por casualidad, se asomó al continente americano, es entre nosotros. Hasta pretendemos demostrar que Colón fué español—gallego, catalán o mallorquín—, como si España debiera su gloria a la del navegante, y éste no hubiera, por el contrario, robado todo su prestigio a oscuros marinos españoles, que fueron los verdaderos descubridores de las tierras ultramarinas. Los americanos ya saben a qué atenerse respecto a la tremenda simulación histórica del caso de Colón. La epopeya del descubrimiento es colectiva y popular, obra de un pueblo y de su fe en los destinos futuros. Hoy sabe cualquiera que España, sus frailes, sus reyes, sus soldados y sus calumniados doctores de Salamanca descubrieron las Américas a pesar del aventurero, que no tenía más preocupaciones que la sed del oro y la venta de los esclavos de color. Y sin los hermanos Alonso Pinzón, de Huelva, la gesta del descu-

brimiento hubiera sido exclusivamente obra de los viajeros y exploradores portugueses.

España ha fabricado una leyenda de siglos a través de los escritos de Bartolomé de las Casas, sin advertir que es mucho más bella la verdad que la leyenda. La verdad, que se debe en gran parte a los estudios de Carlos Pereira, y que aparece en el mismo texto del navegante, es que Colón aprovecha un privilegio de Fernando y de Isabel, abusando de la buena fe de los Pinzones, que arman de su cuenta las carabelas que salen de Palos, llevando la dirección y la responsabilidad técnicas del viaje. De Colón desconfían los marineros andaluces y vascos, porque desconoce hasta el más rudimentario mecanismo de los aparatos de navegación. El oscuro aventurero llega a llamarse pomposamente almirante de Castilla sin haber navegado una sola vez. Va a su negocio, el de tornar rico y poderoso, sin advertir que España convierte en empresa nacional lo que para él es un medio cómodo de hurtar su pasado de la vista de las gentes. A la altura de las islas Canarias, Pinzón tiene que rectificar a Colón, porque éste quiere estrellarse frente a Gomera. Todas las observaciones de su Diario—ya lo advierte Marius André al estudiar la leyenda colombina—son de una admirable imprecisión. Si se da vista a San Salvador el 12 de octubre de 1492

es gracias a Martín Alonso Pinzón, que precisa exactamente el sitio y la latitud.

Cuando se ve tierra entre los tiros de bombardas y los gritos jubilosos de la gente de mar, Colón, gran simulador, no puede ocultar su extrañeza, y se convierte en héroe por la fuerza de las cosas.

Pero su fracaso empieza allí donde impone su autoridad. Él se cree en el Japón, en tierras de Cipango, y no hay quien le apee de su error. Juan de la Cosa y los Pinzones determinan el mapa de la isla, mientras Colón comienza a engañar a los reyes para sugerirles la importancia de lo descubierto. Descubriendo las islas Lucayas, incurre en errores que todos los geógrafos han rectificado después. Como no da con el oro, exalta la riqueza del suelo y hasta la utilidad que puede derivarse de la explotación y venta de los indígenas. El falso soñador desaparece ante el auténtico negrero que hay en el hombre. Se ve dueño y señor de aquellas islas; pero jamás sospecha que lo que tiene delante de sus narices es un verdadero continente. Su preocupación única desde entonces es evitar que los Pinzones participen con él, más que de la gloria, de los beneficios de la empresa, y sembrar recelos sobre la conducta de los marineros españoles, que han perdido todo respeto al navegante, por su ignorancia total y absoluta de las cosas de mar.

Toda la política de Colón a partir de aquel momento es una diatriba contra España, que le ha sostenido, que le ha facilitado los medios de llevar adelante su sueño, y que ha rectificado totalmente sus conocimientos geográficos, evitándole el fracaso más colosal. A la vuelta, Colón, por impericia, está a punto de naufragar en *La Pinta*, salvándole Pinzón. Ante los reyes en Córdoba y en Sevilla, el almirante quiere curarse en salud de los ataques que presume de sus compañeros de viaje, tratándoles de malhechores y de bandidos. Pero vuelve con las manos vacías. En el fondo no sabe lo que ha descubierto, ni lo que ha visto, ni lo que puede descubrir y ver en el futuro. Sigue hablando del oro, de las ricas especias y de los salvajes pintorescos, para poder vivir del apoyo de la Corte. Cuba y Haití se descubren, sin que Colón se percate de ello. Es un iluminado, con la cabeza llena de fantasías, que, absorto en las lecturas de Marco Polo, sigue peniando en el Cipango y en las tierras del Gran Kan. Si el mismo Dasrio del navegante no nos hiciese sabrosísimas confidencias, bastaría leer con alguna atención cuantas páginas se han escrito—desde Humboldt hasta Pereira, pasando por los curiosos documentos recopilados por Fernández Navarrete y Cesare Lollis, hasta las últimas investigaciones de Fernández Duro y Marius André—para conocer la verdadera psicología de Colón.

Mientras nosotros hemos recordado todos los tópicos colombinos, desde la imaginaria discusión con los dominicos de Salamanca, que no se celebró nunca, hasta sus apuros económicos, también imaginarios, en Córdoba, donde fué huésped del duque de Medinaceli y gozó del amor de una bellísima dama, los americanos, más cautos y enterados que nosotros, abandonan este camino para explicar el descubrimiento como una empresa romántica de todo el pueblo español. El mito colombiano es, en el fondo, una tesis antiespañola. Colón, sin España,

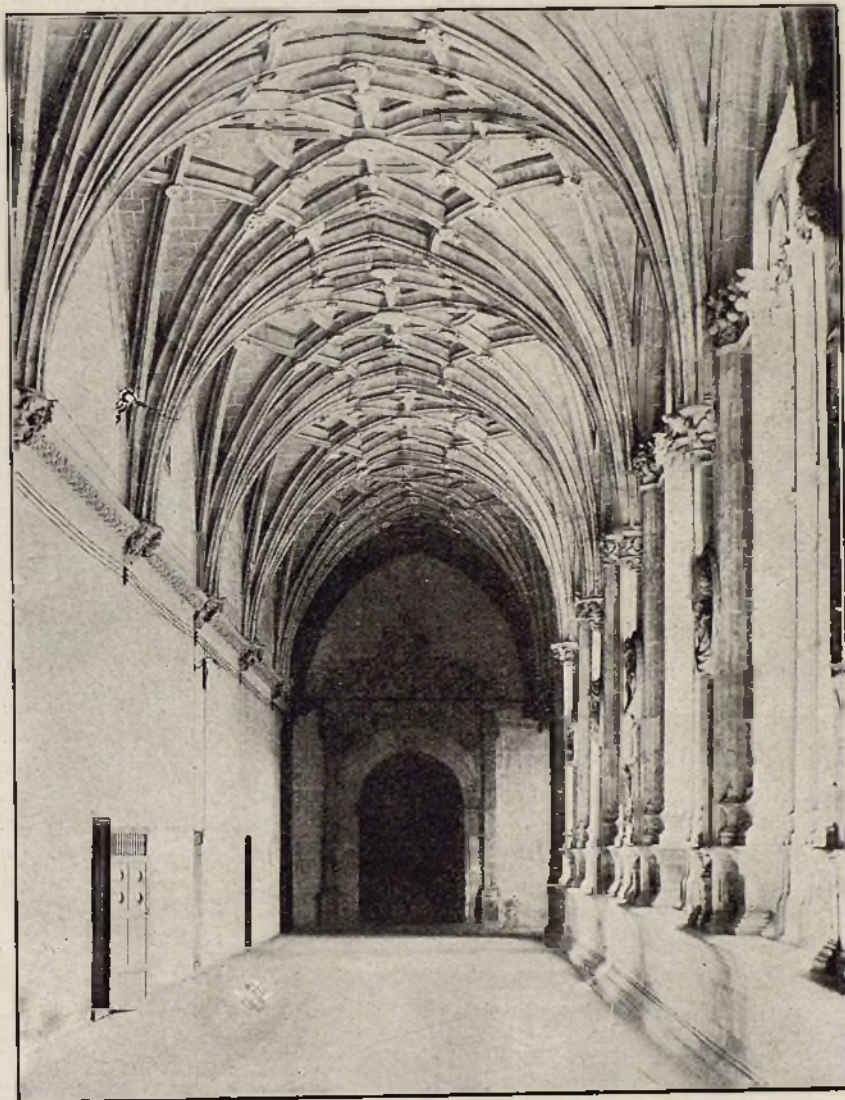
TÓPICOS DE LA RAZA

jamás hubiera descubierto, ni aun por casualidad, las tierras nuevas. España, sin Colón, hubiera tenido bastante con los Pinzones para dar cima a su gloriosa empresa. La verdad cruda es que Colón, lejos de facilitar el descubrimiento, lo retrasó, y que sin sus imaginaciones y sin el candor del benditísimo padre Marchena, el viaje de Pálos se hubiera realizado unos meses antes. Ni Doña Isabel tiene que empeñar sus joyas para un viaje que pagan Cosa y los Pinzones de su bolsillo, ni los profesores de Salamanca, que saben más de geografía que el aventurero, se escandalizan de las afirmaciones de éste sobre la redondez de la tierra. Lo que hacen aquellos buenos doctores—buen archivo de datos nos suministra D. Tomás Rodríguez Pinilla sobre la cuestión—es reírse en las propias barbas del navegante. Las cartas de Pedro Martín de Anglira sobre Colón demuestran que el mundo culto tuvo siempre del

almirante el más pobre concepto. En la Universidad de antaño—mucho más avisada en algunos aspectos que la de hoy—se sabía que el prestigio de Colón era meramente fortuito, y los marineros de Huelva, y los vascos que con ellos navegaron, no se hartaban de decir que Colón no sabía manejar un cuadrante. De Colón a los Pinzones, a Cosa, a Juan Sebastián de Elcano, a los gloriosos navegantes portugueses, media todo un abismo. Los contemporáneos del navegante justamente le olvidan, ciertos de sus embustes y, sobre todo, de sus negocios, nada limpios. El eclipse de Colón en vida coincide con el de la muerte de Doña Isabel, ocurrida en Medina del Campo, en 1504. Don Fernando, el monarca viudo, ya distraído con los encantos de Germana de Foix, está más que harto de las bellacasas acusaciones del almirante contra los españoles que descubren un mundo, descubrimiento que ha de usufructuar un aventurero, por una de esas mistificaciones históricas, tan frecuentes en nuestro país, fabricadas a pulso después de la muerte de Colón. Porque en los últimos años de la vida de éste, nadie se llama a engaño. Y cuando muere Colón en Valladolid, España conoce ya la superchería que le ha dado celebridad y dinero.

Así la muerte de Colón pasa inadvertida en Valladolid. Siete años después, en 1513, Vasco Núñez de Balboa descubre el Panamá, hinca en él el estandarte de Castilla, toma posesión del Pacífico. Es el pueblo español, todo el pueblo, el que entonces descubre verdaderamente América, de la que ya sabía Américo Vespucio que era un verdadero continente. América es hija de España. En estos días de la Exposición de Sevilla, en que se traslada el Diario del navegante—propiedad del caballeroso duque de Alba—al Archivo de Indias, no está demás difundir estas verdades, tan conocidas, por otra parte, en América. Admitamos, finalmente, que son los hijos de nuestra lengua y de nuestro espíritu los que, libres de prejuicios, valoran en su justo precio nuestra epopeya, cuando por acá hay quien se empeña todavía en sostener que fuimos unos ignorantes que necesitamos del apoyo de un extranjero para descubrir un mundo que sin él, y a pesar de él, hubiera sido, del mismo modo, el gran patrimonio espiritual de nuestra raza.

José SÁNCHEZ ROJAS



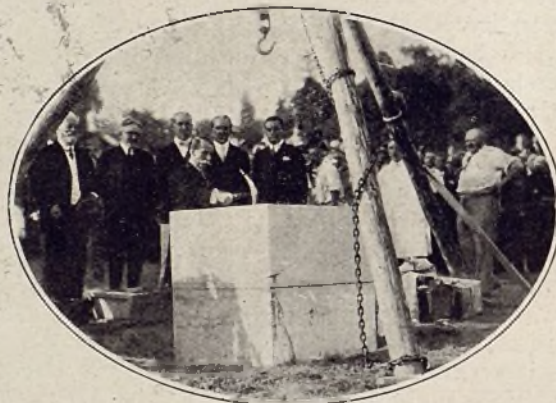
Claustro de San Esteban de Salamanca, al lado del enterramiento de fray Diego de Deza, protector de Colón.



La hija de Mussolini (Foto Marín)

DURANTE EL PASADO MES...

TRES NOTAS INTERESANTES



Momento solemne de la colocación de la primera piedra en el palacio de la Sociedad de las Naciones. El Sr. Guerra, ministro del Salvador, presidente de la Asamblea de la Sociedad de las Naciones, presidiendo el ceremonial.

Hay meses pródigos en acontecimientos. El fenecido de septiembre ha sido uno de ellos. Ved estas tres notas gráficas que ilustran esta página.

Grans, el pueblo natalicio de Costa, ha rendido a su patricio ilustre los mármoles perpetuos de un monumento a su memoria.

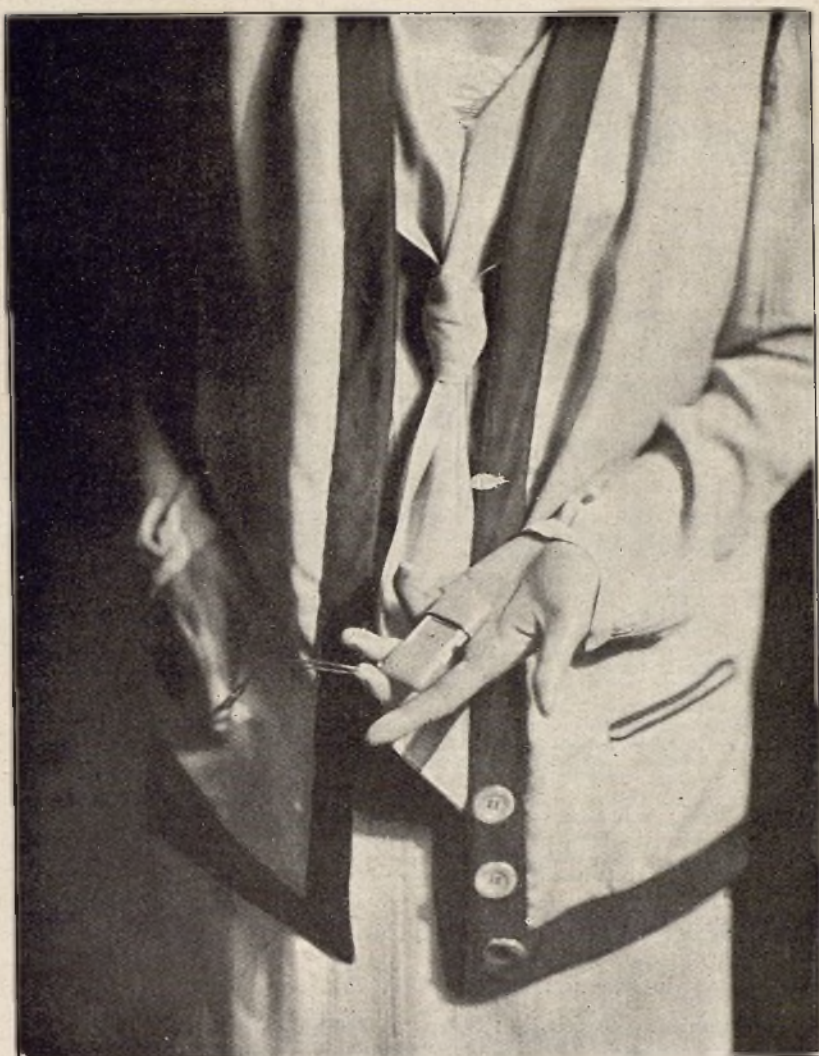
Edda Mussolini, la hija del Duce italiano, ha sido nuestra ilustre huésped. Edda Mussolini ha visitado España y la ha admirado.

La Sociedad de Naciones va a tener su palacio. El Palacio de la Paz podría llamársele por antonomasia. Contemplad la colocación de su primera piedra.



Monumento a Joaquín Costa en Grans (Foto Gallego)





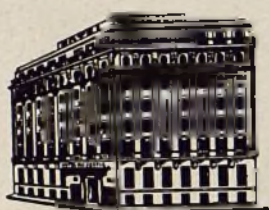
ERMETO

Este reloj ha sido especialmente creado para las señoras elegantes acostumbradas al uso de relojes de muñeca, cuyo valor práctico ha sido totalmente sacrificado a los dictados de la moda y a sus prácticos fines.

Elegantísimo abrigo, una de las últimas creaciones de HEIM, acreditadas peleterías de París.



LOS MEJORES HOTELES DE ESPAÑA



SEVILLA
HOTEL MAJESTIC



HOTEL FLORIDA



HOTEL SAVOY

MADRID

AGUAS Y BALNEARIO DE CESTONA

Sociedad anónima

CESTONA (Guipúzcoa)

AGUAS CLORURADO + SÓDICAS + SULFATADAS
TERMALES + VARIEDAD + LITÍNICAS

Declaradas de utilidad pública el año 1792
No existen análogas en España, y si sólo en el extranjero, aunque inferiores a éstas, las de
Carlsbad

Temporada oficial: del 15 de junio al 30 de septiembre

Indicaciones generales

MANANTIALES.—Los manantiales son dos: el de la Natividad de Nuestra Señora y el de San Ignacio. El primero, en forma de fuente, directamente salida del terreno calcáreo; el segundo, en el fondo de un pozo, a una profundidad de 8,50 metros.

La temperatura del agua mineral es constante, de 27,8° en la fuente de la Natividad y de 31,5° en el manantial de San Ignacio. La mineralización de ambos manantiales es parecida, aunque la del segundo sea más fuerte.

ENFERMEDADES QUE COMBATE.—Las aguas de Cestona están reconocidas como útiles en las afecciones del hígado, bazo, catarras y cólicos biliares, cólicos hepáticos, ictericias, enfermedades de los intestinos, estreñimientos, dilataciones del estómago, dispepsias, clorosis, neurastenias sintomáticas, mareos, etc.

HOTELES DEL BALNEARIO.—Cuatro pertenecientes a la Sociedad propietaria del Bañero, instalados con los últimos adelantos de confort e higiene. Espaciosas habitaciones para 500 huéspedes, con instalación de agua fría y caliente en todas ellas.—50 habitaciones para el baño independiente.—Espaciosos y magníficos hall.—Restaurantes.—Ascensores, capilla.—Salones.—Sala de lectura.—Correos.—Telégrafos y Teléfonos.—Mecanoterapia, etc.

ITINERARIOS.—Para viajeros procedentes de la estación del Norte: Estación Zumárraga.—Para la línea de los Vascongados de Bilbao a San Sebastián: Estación de Zumárraga.

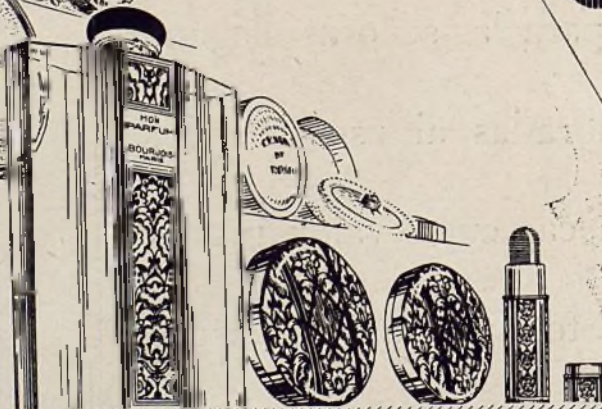
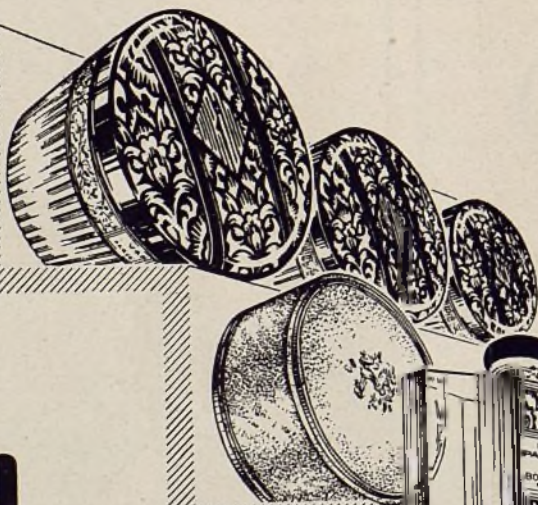
El ferrocarril eléctrico del Urola, de Zumárraga a Zumaya, une el del Norte en Zumárraga con el de los Vascongados en Zumaya, pasando por Cestona, con estación en el mismo Bañero, llamada CESTONA-BALNEARIO.

Director médico: Excmo. Sr. D. AMALIO GIMENO

Director-gerente: D. FRANCISCO LARRAÑAGA

Pidanse noticias directamente a las oficinas de la Sociedad, en Cestona (Guipúzcoa).

"mon
parfum.."



BOURJOIS
PARIS

H. LEVIS 255 bis Calle Napoléon BARCELONA



SANTIAGO RUSIÑOL

o la alegría que no pasa

Por Fernández Almagro



Es metáfora muy usada la de llamar «cumbres» a los grandes hombres. Pero las cumbres imponen más que atraen, y hay muchos hombres de talla extraordinaria que llaman a la predilección de nuestro espíritu por razones mucho más accesibles y humanas. Grandes hombres, pues, que nos acogen con la gozosa intimidad de los valles o de algún rincón donde la Naturaleza, lejos de mostrarse altiva, es familiar y risueña. Desde este punto de vista, Santiago Rusiñol da la impresión de un alegre y grato soto, junto a un río de claras ondas: lugares frecuentados por bullicioso tropel en que ninfas y silvanos vocean su fe en la Naturaleza. Las características barbas de Santiago Rusiñol proceden, sin duda, de alguna de esas deidades en que adoraba la antigüedad clásica a los instintos y a las fuerzas de la vida. De no pertenecer a Sileno, las barbas de Rusiñol son de un trovador de juventud inmarcesible o acaso de un capitán de aquellos que en edades legendarias eran deportistas de la aventura. O quizá del monje que profesase en una religión llena de milagros deliciosos y erigiese al Humor en dogma fundamental. O tal vez de un anarquista fantástico que soñase en la supresión de todas las normas y coacciones, para que campease a sus anchas, pura y simple, la alegría de la existencia espontánea...

Viejo ya—Rusiñol se acerca a los setenta años—, no sano precisamente, ajada la faz, de viejo estilo bohemio, nuestro hombre transmite una emoción saturada de optimismo. Por su inquebrantable y desinteresada fe en muchas cosas. Por su vena fresca de narrador de ocurrencias, propias y ajenas. Por su entusiasmo y suprema displicencia, a la vez. Por las muchachadas de gesto y piruetas de ex-

presión a que se abandona, en alarde despreocupado. Por su sonrisa, que no es sólo ironía o experiencia, sino ingenuidad, salud de carácter y jovialidad. Hombre de tertulias, Rusiñol, fatigado y todo, es un gran animador. Yo me he acercado a su corro, en Madrid alguna vez, como en Barcelona luego, sintiéndome poseído por impresiones muy parecidas a las que produce una función de brillantes, caprichosos y regocijados fuegos artificiales. No es Rusiñol el hombre de las grandes parrafadas. Nada hay en él de la elocuencia a su modo que busca todo aquel que se sabe *causeur* y se escucha a sí propio, en sobremesas o peñas de café. Rusiñol es el hombre de la réplica, de la evocación breve, del salto anecdótico, de la parodia humorística, del gesto jovial ante las cosas graves, de la canción intercalada...

Rusiñol pasa silencioso, rato a rato, ante su copa y su pipa, posando como en estampa típica del modernismo. Escucha y sueña o dormita. De pronto, al conjuro de cualquier nombre sobrevenido a la plática de los amigos, tararea, por ejemplo, un viejo estribillo, sin nostalgia del tiempo ido. La melodía de los años pasados vuelve a él sin arrastre alguno de tópicas tristezas. Por eso es eternamente alegre y joven Santiago Rusiñol.

* * *

No me suelen inspirar simpatía los escritores que se literatizan. ¡Antes que hombres de pluma, hombres a secas! Antes que el amaño literario, la autenticidad vital. A primera vista, pudiérase pensar de Rusiñol—como de Valle-Inclán—que es un literato *literatizado* de modo integral e inevitable. Literatura es su cabeza, literatura su conversación, literatura su vida entera... Literaria, incluso, es su

pintura. Pero es que en él la literatura no es precisamente actividad adquirida. Ni vocación voluntariamente desenvuelta. Es nada menos que fatalidad, que Naturaleza. De ahí que todo en él, genio y figura, prosas y cuadros, tenga un tono personalísimo y genuino: *estilo*, por decirlo en una palabra. Santiago Rusiñol, de los pies a la cabeza, es la obra mejor del Santiago Rusiñol que recogerá la Historia. Hombre y artista se confunden en el trazo común de una personalidad que parecería artificial a fuerza de Naturaleza extrema. Al modo que una flor de apurado encanto nos hace decir: —«Parece pintada...»

SANTIAGO RUSIÑOL

ciado al recuerdo de *Els quatre gats*, el *cabaret* aquel de la calle barce-

lonesa de Montesión, trasunto del parisien *Chat noir*, en que Rusiñol y sus amigos prodigaron ideas, paradojas y chuscadas. Grupo que convirtió a Sitges, el pueblo blanco y azul del Mediterráneo, en curioso laboratorio. Allí nació el moderno culto al *Greco*, honrado con la estatua alzada junto al *Cau Ferrat*. Allí—tomo estos detalles de una amena biografía de Rusiñol por Ambrosio Carrión—se representó por vez primera a Maeterlinck, en su memorable *Intrusa*. Allí se estrenó *La fada*, ópera de Enrique Morera. Allí se estableció una especie de hogar espiritual en que hallaron fulgor y temperatura muchos anhelos.

Pintores o escultores, en su mayoría, los hombres de esta brillante constelación catalana se diferenciaban en esto de sus coetáneos, los ensayistas y críticos del 98 madrileño. Precisamente el discurso lanzado por Rusiñol al inaugurarse en su finca el aludido monumento al *Greco* es de los documentos históricos que mejor ilustran el sentido general a que responden, aquí y allá, Maragall y Unamuno, Pompeyo Gener y Baroja... Nueva interpretación del arte español, de toda la tradición ibérica... Pero mientras los de Madrid, fanatizados, o poco menos, por la austeridad de Castilla, buscan con obstinación excesiva la planicie adusta y el viejo pueblo arruinado, los de Barcelona cantaban el mar, las formas paganas de la vida, los jardines más o menos tristes, pero jardines siempre, tocados por la gracia incomparable de las flores y las aguas... En busca de lo castizo y pintoresco, Unamuno, Baroja, *Azorín*, cruzaron España. Rusiñol también la cruzó, pero en pesquisa ilusionada de umbrías, vergeles, glorietas, surtidores, cipreses y rosales, naranjos y adelfas, estanques, nenúfares, mármoles, aire verde y húmedo de huerto conventual o jardín patricio.

En el álbum *Jardins d'Espanya* están recogidos los rasgos que mejor definen la España florida. En Mallorca, en Aranjuez o en Granada, Rusiñol cantó, paleta en mano, una tradición maravillosa, mitad romana, mitad morisca, que se deshacía en el abandono general.

La alegría que pasa es el título de la primer obra que dió al teatro Santiago Rusiñol: fina, tierna elegía de esas vidas vagabundas, forzadas a las más difíciles acrobacias de los músculos del alma, que acampan en las plazas de los pueblos, bajo la lona de los circos... Los matices tristes de la vida son apreciados con mucha justeza por Rusiñol, por lo mismo que él es espíritu alegre. El alegre siente la tristeza de los demás, como el fuerte la debilidad ajena: afirmándose. De aquí que la melancolía rusiñolesca, hecha de piedad y de humor, no trascienda jamás a fatiga o a tedio. En Rusiñol, la alegría queda como un numen estable, como una musa de constante servicio, que no teme al espectáculo del dolor: más bien, lo busca, para tender—alegremente siempre—la mano compasiva. ¡Desconfiemos del corazón de los tristes habituales...! En la caricatura literaria—*Los juegos florales de Camprosa*, por ejemplo—como en el poema dramático—*El patio azul*, verbigracia—, Rusiñol conmueve con patetismo fuerte de hombre que, por encima de todo, se siente dueño de la vida. Intención burlesca, si a mano viene. Pero la suprema comprensión del mundo, bajo signo de indulgencia y caridad, en todo caso.

El mistic, *Bona gent*, *L'auca del senyor Esteve*, *La mare*, son obras que marcan diferentes matices en el conjunto riquísimo de cuantas producciones se deben a Rusiñol, cultivador no sólo del teatro, sino de la novela, el libro de viajes, el poema, la sátira... y la conversación, siempre con el mismo noble y dionisiaco arrebató.

MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO

¡Qué gran ejemplo éste de Santiago Rusiñol para sacar de su error a quienes creen que el amor a la belleza, el gusto por el arte, no puede prosperar en el ambiente de los negocios...! Rusiñol, hijo de fabricantes, comenzó a vivir en un escritorio. Y advirtamos en este por menor biográfico otra razón para que se complete y consolide la representación, en cierto modo simbólica, de este gran catalán. Cataluña, realmente, ha sabido recoger la eximia tradición de aquellas Repúblicas italianas del Renacimiento, en igual grado aptas para el tráfico mercantil y para la especulación con las más finas ideas. Cataluña sabe producir y soñar, alternar las agujas góticas de su pasado monumental con las chimeneas y penachos de fábricas y talleres. Porque Rusiñol nació rico pudo reintegrar la creación estética a su rango primitivo de ocio entre divino y humano, de juego sano y fértil: a distancia de toda utilidad profesional. Rusiñol ha trabajado mucho. Pero sin prisas, sin compromisos, por gusto. Acaso conveniga, a modo de disciplina, alguna exigencia u obligación exterior. Pero lo que una obra no llegue a adquirir de perfección por este apremio de los deberes contraídos, lo gana con creces en espontaneidad y simpatía de jugos vitales. Como la bohemia misma. Un bohemio desprovisto de dinero pasa por duras pruebas, que le depauperan cuerpo y alma; se le agria el carácter, se siente sobre el mundo y la sociedad, en equilibrio inestable. Rusiñol tomó de la bohemia los elementos que puede utilizar sin desdoro un hombre de gusto. ¡Vida curiosa, divertida en grado sumo, deliciosamente turbulenta, la de Santiago Rusiñol en sus largos años de París...! Aquel París de fines del siglo XIX, que hacía arder los últimos cartuchos del romanticismo, adulterados o enriquecidos—según—por impresionistas, simbolistas y naturalistas: gentes de distinto pelo que trajeron hacia las generaciones inmediatas la semilla de una nueva sensibilidad.

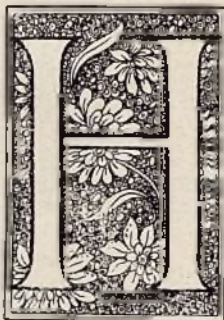
¿Cabe hablar de la sensibilidad modernista...? Pues nadie la representó en tierra española más ni mejor que Santiago Rusiñol, aprendiz de muchas formas nuevas en aquel París de la flamante torre Eiffel. Los payasos de Willette. El ajeno de Verlaine. Las fisonomías transeúntes que Vallotton dibujó y comentó Gourmout. Paso fantasmal de Wilde. Auge de Zola. Novedad de Maeterlinck. Ecos de la voz cesárea de D'Annunzio. Gesta heroica de Wagner. Nietzsche, obsesión de intelectuales... ¡Cuánta contradicción y cuánta efervescencia...! Rusiñol tomó las esencias que más convenían a la fuerza asimiladora de su espíritu y fijó, con sus primeros escritos y sus primeros lienzos, un decisivo punto de referencia en la marcha de los gustos peninsulares. Rusiñol, en efecto, es un momento, fugaz quizá, pero momento al que se ligan no pocas sugerencias.

Contemporáneo, poco más o menos, de nuestra generación del 98, Santiago Rusiñol capitanea un grupo en que forman artistas llamados a cumplir una función semejante a la servida desde Madrid por aquella. Grupo de Casas, Nonell, Utrillo, Clarassó, Mir. Grupo aso-



TEATRO EXTRANJERO

EL ESPÍRITU RENOVACIONARIO ALEMÁN



ACE más de veinte años, Gordon Craig escribió estas proféticas palabras: «La actividad alemana no es impulsiva solamente, es sistemática también, y esta íntima asociación llevará a su teatro al primer rango entre los de Europa, de aquí a unos veinte años.»

Nadie podrá decir que se ha equivocado el famoso *metteur en scène*. En la fecha anunciada, el teatro alemán recobra el primer puesto predicho certeramente y al él se vuelven hoy las miradas de los inteligentes en estas cuestiones, por como se encuentra ahora en plena actividad renovacionaria, en franco ensayismo amplio, en un brillante apogeo, como ningún otro teatro ofrece, y dictando al tiempo que Moscú las ideas más nuevas, más atrevidas, más originales, sobre lo esencial de la dinámica teatralista.

Berlín y Moscú son los cardinales básicos de las modernas tendencias. Son los únicos puntos de exacta referencia teatral en sus diversos sentidos, pero, sobre todo, en lo referente a escenografía. Pirandello, que estuvo hace unos pocos meses en Alemania, ha reconocido todo el amplio progreso del teatro germánico, de una perfección «verdaderamente milagrosa», según él dice. Piskator y Reinhardt son los principales autores de estos progresos, de estos sucesivos adelantos en lo referente al lucerío y recursos técnicos.

Sus teorías no se detienen en el comentario público o privado, sino que tienen su expresividad formal en la escena, que muchas veces posee un alto espíritu pedagógico. Espíritu comprendido íntegramente por Piskator, que en breve abrirá una escuela en su teatro para directores de escena, actores, dramaturgos, con clases especiales para *film*, para radio....

París, que antes ofrecía algunas sugerencias interesantes, apenas presenta ahora, de cuando en vez, una leve nota de originalidad. Londres, con su aferramiento al tradicionalismo, no muestra nada nuevo ni seriamente moderno. Nueva York, con su cerrado puritanismo, cohibe incluso algunas expansiones legítimas toleradas en otros países, y del resto de Europa—envejecida, anquilosada teatralmente—sólo Italia, con Bragaglia y Marinetti, muestra una capaz y generosa comprensión y una dirección no siempre admirable, bien encauzada, pero fecunda, inquieta, enterada.

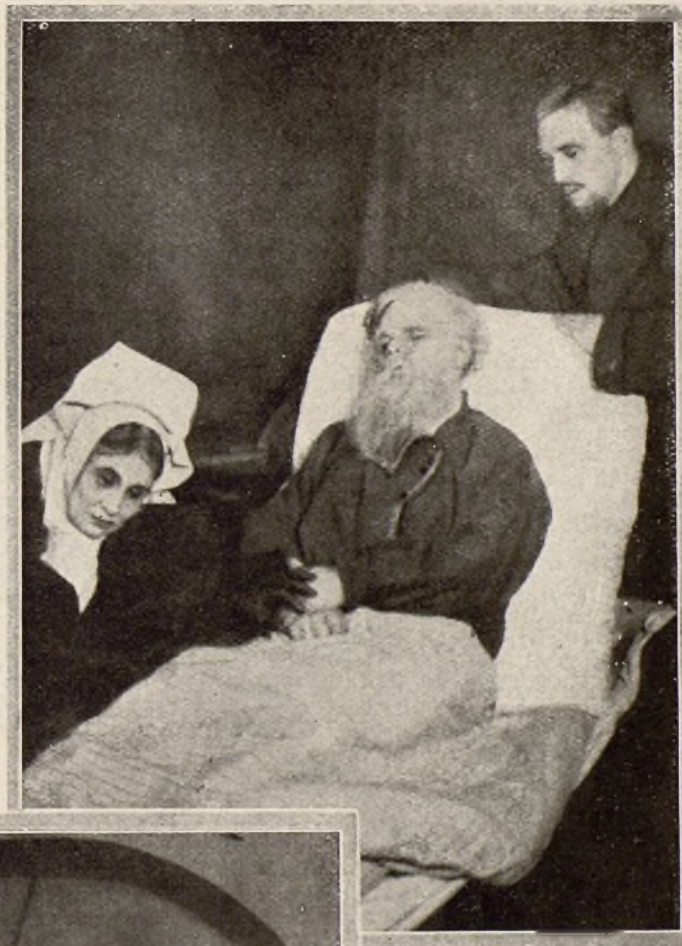
Alemania ha tenido una constante preocupación teatral, apenas entibiada alguna vez por la ópera italiana en la época de su expansivo predominio, preocupación que de las primeras compañías inglesas de actores que visitaron Alemania en el siglo XVI—Guillermo Kempe, Roberto Bown—, las que llevaron allí el arte escénico organizado medianamente, se ha señalado por un anhelo constante de perfeccionamiento y en el sentido de una devocionaria y admirativa pasión por el teatro, consecuente y transmitida hasta hoy sin cesar.

Esta larga y generacionaria preocupación por el teatro ha producido, ha logrado al cabo ese rango altísimo con el que hoy se distingue.

Ya se que se me podría objetar ahora que no todas las experimentaciones teatrales alemanas tienen interés y reúnen las cualidades indispensables para constituir una verdadera expresión estética; ya sé que incluso el propio público y la crítica alemanes han rechazado con insospechada violencia algunas producciones; pero esto, y el abandono,

acaso breve, de Max Reinhardt, que busca en Nueva York y Viena ancho campo para sus lucubraciones y sensaciones de arte escénico, nada desmienten; son una de tantas facetas que muestra la actividad teatral alemana, la más amplia y abierta de todas, y eso que Rusia muestra una inquietud escénica ejemplar.

No supone tampoco este indudable apogeo alemán un bienestar económico general. Los teatros alemanes, a las veces, muestran inquietudes económicas grandes, de lo que fué muestra y señal de alarma grave aquel Congreso del Magdeburgo; señal grave, pero no



Lenin contra Tolstói; escena del «Kreuzabnahme», drama de Ehm Welk estrenado en Berlín



Una escena de «An Bord», drama del príncipe Guillermo de Suecia

inminente, porque la vocación germánica por el teatro es única; y con aquel mismo espíritu del pueblo griego—eminentemente teatralófilo—de sus mejores tiempos.

La actual preocupación teatral alemana muestra dos caracteres distintos: uno es la persistencia en el gusto por el drama clásico, nacional y extranjero—Calderón es un autor constante, más conocido, más aplaudido, más representado allí que aquí—, y otro carácter es la preponderancia que está adquiriendo cada día el teatro societario y el romántico.

Y lo curioso es que este teatro «de ideas» es un teatro ya experimentado, ya viejo, aunque las ideas que hoy tienen expresión escénica tengan algunos atisbos inéditos...

Dentro del género, el éxito mejor de esta temporada en Berlín lo ha conseguido un autor novel: Peter Lampel. Su obra se titula *Revolte im Erziehungsheim*, esto es, *Molín en un penal*, que, como lo indica el título, se desarrolla en aquel mismo ambiente en que sitúa algunas escenas Dicenta a uno de los protagonistas de *El Lobo*, recientemente filmada en España.

¿Es la habilidad escénica o las bellezas literarias de la obra o el acierto de teatralizar un presidio, lo que ha logrado enternecer al público germano? Tal vez todo ha contribuido al éxito, que ha revelado a un nuevo autor de posible porvenir.

Y ya que aludimos al teatro societario, señalemos la insistencia con que las ideas comunistas han sido llevadas a la escena por varios autores. Federico Wolf es uno de ellos. Su obra estrenada en Hamburgo se titula *La columna Hund* y tiene ciertos contactos en su desarrollo con *Los tejedores*, de Hauptmann. Jost, ex teniente, empieza a trabajar con unos amigos en la explotación de un territorio abandonado, sin tener capital ni maquinaria alguno. Al pronto, sus idealismos triunfan; mas el final, pesimista—¿realista?—y desastroso—Jost muere al cabo, en la postrer jornada, víctima de las maquinaciones de su esposa y de un ingeniero—, deja un sabor de amargura y desaliento para los partidarios de esas ideas que en vano trata de desvanecer, con una vacua exaltación de la justicia social.

Ehm Welk estrenó también en 1927, pero en el teatro popular, es decir, en la *escena popular* (Volksbühne), otro drama de estas tendencias, con el título de *Tempestad sobre Gollandia*.

Welk parte de un hecho histórico. Histórico y remoto. Del siglo XV. Cuando existía la Liga de Hansa, que la constituían los marineros de los puertos de los mares del Norte y Báltico, que formaban la «Hermandad de las Vituallas» para el reparto equitativo de beneficios y alimentos, con un espíritu genuinamente comunista, pero del más puro comunismo.

Un noble totalmente empobrecido, sin olvidar sus ideales de raza y sangre, no bien disimulados, quiere convertir aquella fraterna agrupación comunista en un principado. Pero no lo consigue. Se origina una espantosa guerra civil, y en ella el noble es asesinado por la plebe.

La obra está concebida y desarrollada un poco cinematográficamente. Welk maneja diestramente las multitudes, y el éxito, más que a la ideología, se debió a la *mise en scène* del originalísimo Erwin Piscator—elogiado por Pirandello—, que ha ideado unas escenas realmente impresionantes y teatrales y que sabe mover grandes masas, muy bien ensayadas, sobre el tablado.

Pero no son éstas las solas obras francamente societarias o comunistas representadas únicamente en Alemania. La lista sería extensa; puede decirse que en el Volksbühne, por ejemplo, sólo se representan dramas revolucionarios. El autor preferido de este teatro de la revolución—que tiene su antecedente en Rusia y que parece se inspira en él—es aquel Ernesto Toller, ex jefe del ejército rojo de Baviera, cuando la triste revolución comunista del año 19.

Señálase, como he dicho anteriormente, la escena alemana por un retorno a lo clásico, griego, nacional y extranjero: Sófocles, Schiller, Shakespeare, Calderón, Molière; por una exaltación del teatro teatral y por el romanticismo revolucionario y amoroso.

No se puede ni se debe silenciar ahora el movimiento expresionista alemán—cuidadosamente estudiado por Julius Bab—, ya tan pujante, y en el que figuran tan conspicuos autores y actores como Jorge Kaiser, Walter Hasenclever, Leopoldo Jessner, etc.

Según los propios expresionistas alemanes, Enrique Kleist es el lejano precursor de este movimiento tan combatido. Kleist, que se suicidó, como nuestro *Figaro*, podrido de romanticismo, a los treinta y tres años, ha dejado unas cuantas obras henchidas de pasional tragedia y de desconsoladora amargura, que hoy son muy celebradas en Alemania.

«El putrefacto expresionismo»—según calificación del crítico del *Berliner Tageblatt*—, que cada vez da más y mejores muestras de vitalismo, no ha sido siempre bien acogido por la generalidad. A las veces, como aconteció ahora va a hacer dos años, la indignación pública en su protesta adquirió furias motinescas y ofreció al rechazar *La muchacha invisible*, de Hans Kafka, un espectáculo escandaloso, del que aun se habla con pasión.

TEATRO EXTRANJERO

El naturalismo—impresión—llegó a cansar, a envejecer; y entonces, así como a toda acción sucede inevitablemente una reacción, frente al impresionismo naturalista surgió la forma expresiva de un espíritu henchido de anhelos. Esto es: el *expresionismo*. La primera victoria del expresionismo la ganó Walter Hasenclever en 1916. Fué en el teatro Alberto, de Dresden, con su obra *El hijo*. Un año después, Goering tenía un éxito grande con su obra *La batalla naval*, estrenada en el «Junges Deutschland», teatro experimental, anejo al teatro Alemán de Berlín, en la que discutía la razón y sinrazón de disponer de la suerte de los soldados.

Desde entonces el teatro expresionista ha venido tratando de imponerse. Algunas veces, desde un aspecto de teatro íntimo como aquel breve intento del grupo «La Tribuna», que era un saloncito de Charlottenburgo, ni más ni menos que nuestro «Caracol» de aquí, en la sala Rex—una simple plataforma, sin bambalinas, sin candilejas, sin apenas elementos decorativos—realizó una corta pero activa labor, en la que se destacó Fritz Kortner, que luego con Jessner había de obtener tantos triunfos.

Jessner es un principal elemento del teatro expresionista. Cómico de abolengo y tradición, socialista y judío, ha puesto en el teatro toda su vocación; pero, además, sus pasiones políticas, sus convicciones personales, sus creencias... Renovó, aun mejor, revivió el Teatro Nacional Prusiano, en el que empezó, tan pronto le nombraron intendente, a poner en práctica sus teorías, inspiradas en las de Gordon Graig... y empezó entonces a discutirse.

No fué tarea fácil hacerle comprender al público las normas escénicas jessnersianas. Mas, poco a poco, fué logrando, aunque difíciles, algunas victorias, como en las representaciones de *Guillermo Tell*, de *Ricardo III* y mejor aun, con las obras de Wedekind.

El teatro alemán, ampliamente revolucionario, muestra en su diversa inquietud amplitudes insospechadas, muy variadas e interesantes. Claro es que la misma variedad hace algunas veces que presente el teatro un cierto aspecto de desorientación y desbarajuste que falsea y amengua la importancia de ciertas obras de ciertos autores, de ciertos teatros... Todo ensayo, todo experimento, toda renovación hoy es posible en Alemania. Toda inquietud tiene su eco inmediato. Y por ello, a las veces, aparece desvirtuada la condición escénica pura y la condición artística.

Alfredo Kerr, gran escritor y crítico, nos ha dicho ahora en Barcelona donde acudió, como nosotros, para tomar parte en el Tercer Congreso Internacional del Teatro, que la escena alemana moderna hállase convulsionada por la intromisión de ideas y elementos extraños al hecho lícito; desde el comunista a los de la extrema derecha, todos tienen su teatro, con la agravante de que no siempre la obra de los autores responde a una expresión sincera de las ideas. Así, por ejemplo, un buen sector de los autores modernos cultivan el teatro comunista, porque ser comunista, actualmente, en Alemania—decía—resulta una cosa *chic*. Hay el teatro-

pacifista, cuyos horrores artísticos han hecho palidecer los horrores de la guerra. Hay el teatro pedagógico, que ha adoptado una postura de seriedad taciturna, como si el teatro alegre y sano no fuera esencialmente pedagógico, educativo. Hay el teatro documental, simple trasunto puesto en escena, de acontecimientos de la vida real, en el que han aparecido las figuras de Rathenau o Rasputin, Troztki... Hay el expresionismo.

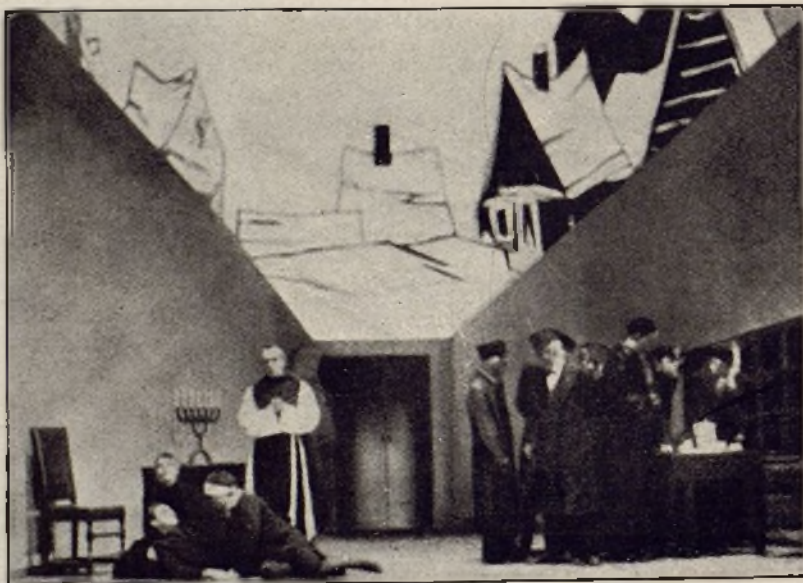
La nueva escena alemana puede considerarse hoy representada por este triunvirato: Jorge Kaiser, Arnold Bronnen y Toller. Estos han estrenado, han triunfado. Pero no están solos. Entre los jóvenes y los nuevos, empiezan a destacarse otros dramaturgos: Lernet Hohenia, Lanckver, Bertold, Brecht, Bruckner, De Goetz, Bramm, Paul Kornfeld, autor de aquel drama tan elogiado *Kilian oder Die gelben Rosse*, que, posiblemente, darán a la escena y literatura alemanas gloriosas jornadas.

Se comprenderá por lo dicho cómo el teatro alemán representa hoy la más eficaz innovación y significa el máximo interés. Por cuanto hace y cuanto supone, por lo que representa y enseña, por lo que sugiere y nos muestra.

Frente a los demás teatros, unos anquilosados, otros paupérrimos, el alemán, en plena actividad, en pleno ensayo, en plena experimentación, es el que más debía interesarnos.

Ya es mucho su pasado y su historial. Pero aun es más el momento actual y la actividad que muestra, indicadora acaso de las rutas del futuro...

E. ESTÉVEZ-ORTEGA



Una escena de la obra «Steinigung in Sakuya», estrenada en el teatro óptico de Reynand (1892).



Algunas veces siento que el peso
de la tristeza que me domina
se hace insufrible, que no me queda
ya más recurso que el de la huida.
Le pico espuelas a mi caballo
y, como locos, por la campiña
vamos volando, con la quimera
que allá, muy lejos, queda la vida.
Raudos pasamos y atrás se quedan,
borrosa imagen apenas vista,
leguas y leguas de parda tierra,
sayal austero de mi Castilla.
Acá un rebaño se desparrama
con vacilante marcha cansina;
allá una era, rubia de trigo;
unos almiarés, unas casitas...
Se mete el viento por mi cabello,
como una mano que me lo estira...
Mi extraño rumbo sigo empeñado,
manos crispadas, piernas ceñidas,

Dibujo de Climent.

por el sendero, por la cañada,
con una idea tenaz y fija:
no detenerme, seguir huyendo,
lejos, más lejos y más de prisa,
hacia la sierra, toda morada
por el cantueso que se avecina
con la hendidura de aquel barranco
que la desgarró como una herida...

.....
Todo se acaba. Nuestros más gratos
sueños amigos no se eternizan.
De mi caballo siento el extenso
tranco acortado por la fatiga.
Nos detenemos. Este bendito
vértigo mío ya se disipa.
Todo se acaba. Las galopadas,
como los sueños, pronto terminan...
Y regresamos. Va mi caballo
por esa ruta triste que inicia
cuello estirado, cabeza baja,

lento, tan lento, que se diría,
que ya no siente ni la querencia
de aquella cuadra que se aproxima.
En su recuerdo, como en el mío,
quizá perduren de esa chiquilla
los ojos tiernos de las promesas,
las manos suaves de las caricias,
todos los gestos y las miradas
y las palabras y las sonrisas,
cuanto de claro trajo su paso
por mi existencia sin alegría,
cuanto es ya sólo sombra impalpable,
tenue perfume que se adivina,
desgarradora voz que se aleja
del negro ambiente de mis desdichas...

.....
Lenta es la marcha de mi caballo,
lenta, muy lenta; mas juraría
que es el camino que va a las penas
mucho más corto que el de la huida.

CONDE RUIZ DE CASTILLA.



EL ENTENIMIENTO (Cuento)



ERA el día del santo Patrón en Vegueta, pueblo de una sola calle de la provincia oriental de Cuba, y esa calle única era un hervidero de colorines, polvo y fuertes olores de refrito. Había terminado la procesión con un orden y respeto desusados. Antiguamente, la procesión era un verdadero estallido de fe y entusiasmo, y los exaltados vecinos no se contentaban con llevar en andas la pequeña imagen de San Fermín, sino que la sacaban de su asiento, se la disputaban, la zarandeaban, la tiraban a lo alto para recogerla docientas manos al par, sin perjuicio de que frecuentemente cayera la imagen al suelo con toda su consecuencia de golpes, pisotones, etc., de los que ni fieles ni santo salían bien librados jamás, ya que más de una vez rompió el santo la cabeza al fiel que alcanzó con la suya coronada, y más de una vez el santo perdió corona y cabeza, pie o mano, hasta el punto de que aun hoy, que las efusiones religiosas no alcanzan tan alto grado de efervescencia popular, el santo ofrece su mano mutilada en recuerdo de los viejos entusiasmos.

El padre Benedicto dijo su sermón a la puerta del templo, ensalzando las virtudes y el poder milagroso del santo, y le oyeron los viejos libertos, negros de faz con brillo de pulimento en madera, con las bocas abiertas de grandes labios colgantes; y las viejas que fueron esclavas y ayas y nodrizas y casi madres del antiguo amito, oyeron con los grandes ojazos vacunos humedecidos y sonándose de cuando en vez, en muestra de gran emoción; y en cambio, las mocitas de redondeces incipientes, apretadas dentro de la lustrosa piel, oyeron sin oír, chispeantes los ojos hambrientos de vida y rasgadas las bocas por un tajo de blancura de coco herido en risas pícaras y joviales, provocadas por el tanteo furtivo del bronceado galán que sigue sus pasos, con las ventanillas de la chata nariz abiertas en jadeo de potro fatigado, y a hurto de las vigilancias maternas, aprovecha las apreturas del gentío devoto, mete la mano por entre la apiñada concurrencia, hasta dar con el duro macizo de la carne palpitante, y hace presa de garra con gran revoloteo de risas y gritos, y movimientos de violento regocijo mal disimulado.

Las familias acomodadas oyeron el sermón a prudente distancia, y, terminado el religioso festejo, toda aquella algarabía de color y fuertes olores, envuelta en un halo de polvo rojo del suelo ubérrimo, se desparramó por la carretera, la calle única, donde se ofrecían en puestecitos improvisados refrescos, helados, guisos de maíz y carne de puerco, a más del insustituible ron Bacardí, que circulaba de mano en mano, en medias botellas, donde los grupos bebían sin escrúpulos ni medida.

Hasta de Bayamo habían llegado forasteros a las fiestas, atraídas las gentes por la fama de las peleas de gallos, y de Manzanillo arribaban con frecuencia los automóviles cargados de gente bulliciosa y hasta de algunas familias curiosas.

Era ya el atardecer, ese maravilloso atardecer, siempre distinto y siempre fantástico, del sol de Cuba, eterno poeta del color. De la valla de gallos surgían clamores imponentes; gritos, blasfemias, apuestas, alaridos de triunfo. Por todas partes sonaba el bongó ronco y monótono como un eco de África, bordado de filigranas punteadas del «tres» y como respunteado por la vibrante madera del clave. Esta música afrocubana, pobre de expresión, escasa de matices, primitiva en su desarmonía y que, sin embargo, una vez gustada, todos sentimos, como si despertara en nosotros un lejano, remotísimo ser ancestral añorador de las selvas vírgenes, que esclavo entre los barrotes de la civilización aun recuerda la cuna milenaria de la Naturaleza plena y magnífica en su virginidad.

Un ronco mugido de toro, lejano y potente, hizo abrir calle entre los feriantes, y corrió de boca en boca el nombre de Pepe Fuertes, el simpático calavera, cuya bocina de automóvil conocía toda aquella región. Y, efectivamente, ins-

tantes después entró como una tromba infernal aquella máquina poderosa y rugiente, levantando una nube de polvo, y de saluciones clamorosas. Pepe sonreía, acompañado de su esposa, sus hijas y su hermosa cuñada.

—¿Dónde vas con ese elemento?—dijo uno desde la puerta del café, ante el cual se detuvo la máquina.

El vocablo *elemento* en este caso era sobradamente expresivo. Había tomado a las damas que acompañaban a Pepe por mujeres alegres.

Pepe rió de buena gana. Mundano y conocedor del ambiente y, sobre todo, sabedor de que él era culpable de que tomaran por *elemento* a toda mujer que anduviera en su compañía, no dió importancia al calificativo. Pero su cuñado no se paró a pensar en la razón del error, y, molesto porque se llamara *elemento* a su esposa, se tiró de la máquina, dispuesto a castigar la ofensa. Fué necesario detenerle, explicarle, calmarle, y sólo a regañadientes abandonó el ofendido esposo su bética actitud.

Seguía la fiesta, la familia de Pepe curioseó por bailes y friturías, Pepe y su cuñado hubieron de *tragarse* frecuentemente, con las mismas botellas que circulaban de boca en boca (pues negarse hubiera sido ofender a los obsequiosos feriantes), y ya entrada la noche dieron orden al chofer para el regreso.

—Esperen un momento—dijo el cuñado de Pepe.

Y se dirigió a un grupo de gentes de color que celebraba con grandes carcajadas y frecuentes libaciones el ingenio de un *velsado* que, al compás del tres, improvisaba letras en décimas alusivas a la concurrencia, a la política, etc.

—¡Antón!—llamó.

—Mi amo—dijo un negro corpulento, de edad avanzada, pero indescifrable para quien no sepa ver los años a través de la aparente juventud eterna de los africanos.—¡Albino!—llamó a su vez Antón.

Otro mocetón, algo más joven, se separó del grupo y acudió al llamamiento.

—Ah, niño Pedro—dijo Albino al ver al cuñado de Pepe.

Y Albino y Antón se le acercaron, descubriéndose ante él.

—¿Vió la prosesión?—preguntó Antón.

—No; llegamos después. Ya nos vamos. Está la familia en el coche.

—¿Están bien todos?

—Todos están bien, gracias. Oye, Antón: ¿Quién es aquél que está en la puerta del café (mira con disimulo), con una botella en la mano?

—¿El que echa un disculso?

—El mismo.

—El Rubio.

—Pero, ¿qué es?

—Nuestro enemigo en la política. Ése, con su gente, no nos dejó votal en las pasadas elecciones.

—Me alegro. Oigan bien. Ése me ha ofendido y necesito que le den una palisa esta noche.

Albino y Antón se miraron un instante, sonrieron, se guiñaron un ojo, y Antón dijo:

—Ta bien, niño. Eta noche duerme en el hospital.

—Toma—dijo Pedro alargándole un billete de diez pesos.

—¡Quite de ahí, niño!—protestó Antón, rechazando el dinero.

—Para que lleven unos tabacos a la vieja.

—Si es pa ella, cógelo—intervino Albino.

—Güeno, siéndolo así...

—Conque, ¿lo dicho?—dijo Pedro, extendiéndoles la mano.

—Póngale el cuño.

De nuevo oyóse el mugido de toro de la bocina, y el roncar del motor se perdió en dirección a la ciudad cercana, hacia donde volaba el automóvil, taladrando las sombras con las hojas de luz cortante de sus focos.

Pepe Fuertes rió durante el camino las ocurrencias de los campesinos, bromeó con el mal humor de su cuñado, que no acababa de tragar la píldora del *elemento*, repitió las décimas que el negro *velsado* le cantara con miras a la espléndida propina, una de las cuales comenzaba con esta pintoresca incongruencia:

«Don Pepito, en la ocasión
le digo con frenesí:
que, lo mismo que Martí,
yo le entrego el corasóooooooooon.»

Y llegaron a su casa a tiempo de sentarse a la mesa.

Serían ya bien dadas las once de la noche, cuando llamaron a casa de Pepe, por teléfono, preguntando por Pedro. Le llamaban de Emergencias. Dos heridos, traídos de Veguita, preguntaban por él.

EL "ELEMENTO"

—¿Dos? ¿Estás seguro que son dos los heridos?—preguntaba Pedro, sorprendido.

—Eso dijo el médico: dos heridos de Veguita.

Pedro cogió precipitadamente su sombrero y salió a la calle. Pepe le siguió, curioso.

Al entrar Pedro en el hospital de Emergencias, seguido de Pepe, vió sobre las dos mesas de operaciones a los dos hermanos, Albino y Antón, con las cabezas vendadas.

—Pero, ¿cómo ha sido eso?—preguntó Pedro.

—Ay, mi amo, gimió Antón. Éte, que e má bruto...

—Po yo etoy piol, a vel quién e má bruto—dijo Albino.

—¿Y el Rubio?—inquirió Pedro.

—Él nos trajo en la guagua. Es un *güen elemento*...

—Toma *elemento*—dijo Pepe, riendo.

—Pero, ¿quién les pegó a ustedes?

—Nadie.

—¿Cómo nadie?

—Nadie; nosotros mismos; nadie.

—¿No fué el Rubio?

—Si hubiera sido er Rubio tendría el solito lo que tenemos los do juntos.

—¡Mal rayo me parta! ¿Quieren explicarse claro?

—No se enfade, niño, que no tiene importancia: E que a los negro siempre nos pasa iguá. Arbino fué y me dijo...

—¡Tú me dijiste a mí!... Ay...

—Hable uno solo.

—Po mire, niño: Según apalabramo, yo le dije a Arbino: En cuanto que entren en el baile, nosotros vamos con una tranca ca uno y entramo.—¿Y si no

nos deja er portero?, preguntóme Arbino: Le atisamo a él, díjele yo. Y luego, buscamos ar Rubio, y onde le veamos tú apagas los faroles de tu parte y yo de la mía, a trancazos: Cogemos ar Rubio entre el *morlote* que se forme, y cuando venga a terminar el corre-corre, ya le tenemos más maduro que una guanábana pasá. Así lo hisimo, y cuando yo iba ya a atisar al último farol, vi que Arbino iba pa'l Rubio: To er mundo empesó a gritá y a correl. Yo atisé ar farol y salí pa onde er Rubio. Yo le agarré y Arbino también. Yo le dije a Arbino: ¡Duro y a la cabeza!—Duro, dijo Arbino. Y a trancaso va y trancaso viene. ¡Atisa, Antón, que me esloma!—desíame Arbino.—¡Dale, Arbino, que m'ha roto la cabeza!—¡Dale tú! ¡Ay, dale tú también! Y así estuvimos un *güen rato*, animándonos el uno al otro, para darle una *guena palisa* ar Rubio, cuando vimos que er Rubio y un brujo de gente entraba con faroles, y que Arbino y yo nos habíamos quedao solitos en er baile, y que yo le atisaba a ér y ér me atisaba a mí.

—Ay; yo ya me afiguré que era Antón er que me atisaba, por la forma de los palos y por la fuerza.

—Es que, como estaba to tan oscuro, y somos morenos, pues no vejamos dónde dábamos.

—¡Son ustedes un par de animales!—dijo Pedro, indignado.

—Ya te desía yo, Antón, que no se pué uno metel con este *elemento* blanco, porque siempre salimos perdiendo los de color.

—¡Imbéciles!—gruñó Pedro.

—Buenas noches—dijeron entrando dos jóvenes periodistas—. Conque fué en un baile, ¿no? Y seguramente por alguna mujer. Mire usted que *entrarse* a palos dos hermanos, y ya madurones, por una misma mujer. No, si éste es un *elemento* terrible. Se llaman Antón y Albino Fuertes, ¿no es así? Fuertes...; ¡hola, don José! Sin duda, estos Fuertes fueron esclavos de su familia. No lo habíamos saludado antes porque no le habíamos visto. ¿Qué le parece a usted esto?

—¿Que es un gran *elemento*? Y ustedes son también un *elemento* muy estimable.

—Gracias, gracias. Pues sí, mañana publicaremos con grandes titulares este suceso. Diremos, por ejemplo: «DOS ELEMENTOS HERMANOS DE LA RAZA DE COLOR SE APALEAN POR UNA MUJER EN UN BAILE.» ¿Qué le parece?

—Oh, admirable—dijo, riendo, D. Pepe. Y cogiendo a su cuñado del brazo se lo llevó hacia la calle, diciéndole: —Vamos, *elemento*. Ya has visto las consecuencias de molestarte por una cosa que lo somos todos. Porque, como habrás visto, aquí somos *elemento* nuestra familia, tus dos negros, los periodistas, nosotros, todo el mundo.

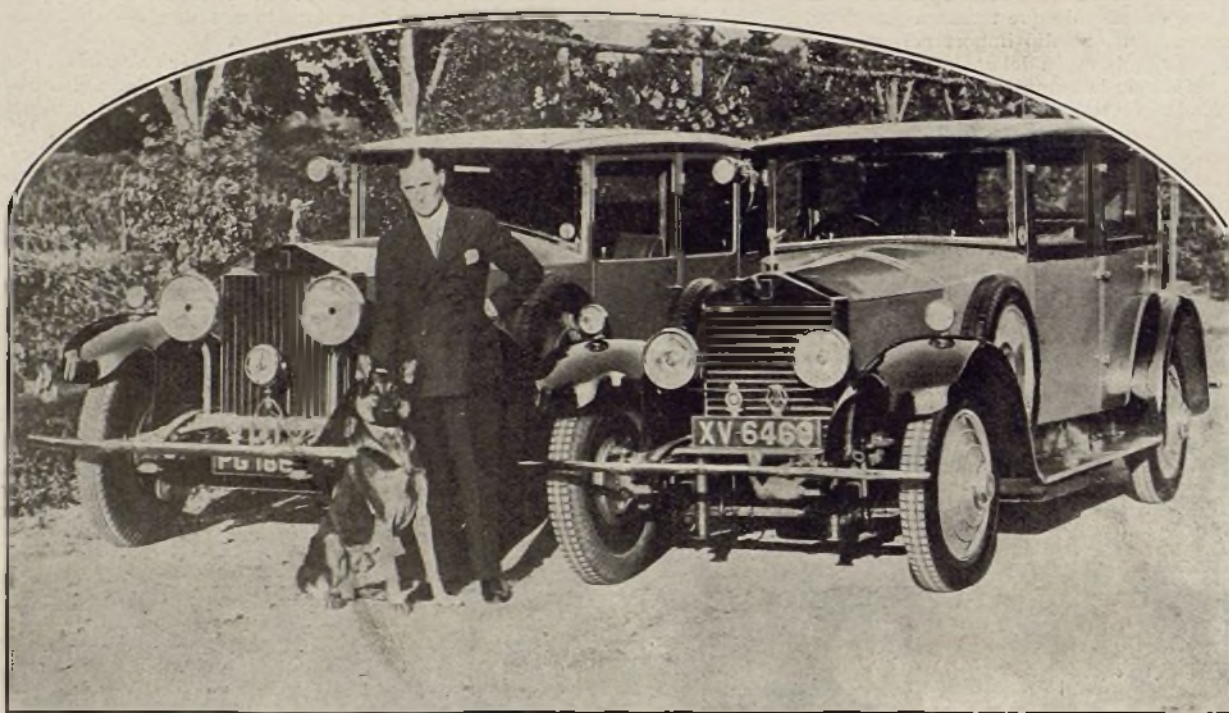
Y Pedro acabó por reír la paliza que se habían dado los dos hermanos y el alboroto que al siguiente día iba a levantar la prensa con el anuncio de la pelea entre los dos *elementos* por una mujer que jamás existió. Y cuando, al doblar una esquina, vieron un automóvil cargado de hombres y mujeres en gran alborozo, Pedro dijo, ya totalmente despejado de sus malos humores:

—¿A dónde irá ese *elemento*?

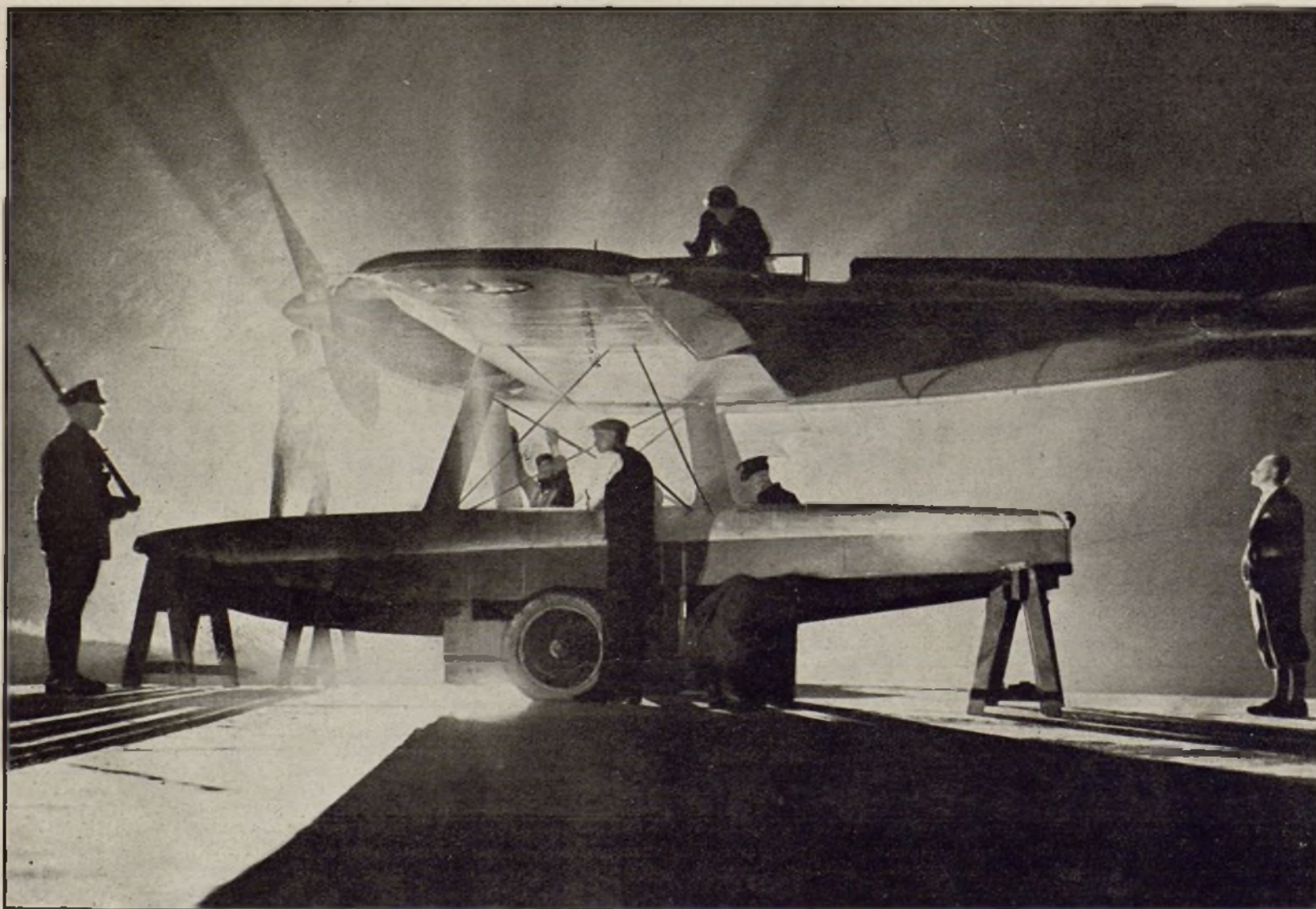
Luis ARISTIGUETA

Ilustraciones de Emilio.

NUEVOS TRIUNFOS DE ROLLS-ROYCE



El capitán Malcolm Campbell, famoso corredor, en unión de su perro favorito y sus dos coches Rolls-Royce.



El segundo hidropiano Rolls-Royce supermarino que intervino en la famosa prueba de la copa Schneider, a su llegada a Calshot.



El teatro óptico de Reynaud (1892)

LOS PRECEDENTES DEL CINEMA

Por RAFAEL MARQUINA



El teatro Seraphin inició en Versalles, en 1772, un espectáculo que pronto logró el favor popular y la boga de una asidua y numerosa frecuentación. Sobre uno de los muros de la sala proyectaba la sombra de cartones caprichosamente recortados y que simulaban curiosas e impresionantes figuras. De Versalles trasladó Seraphin este espectáculo a París, instalándolo en las galerías del Palais Royal. Mantúvose allí también con lozanía y provecho hasta que, en 1850, emigró al boulevard Montmartre, donde definitivamente terminó, en 15 de agosto de 1870.

El precedente de este espectáculo, que de tal modo deleitó casi durante un siglo a millares de ciudadanos franceses, hay que buscarlo en una a modo de diversión habilidosa y graciosa, cuyos orígenes son remotísimos. En las llamadas *sombras chinecas*, que durante mucho tiempo estuvieron en predominio y que aun hoy subsisten en particulares o circenses lugares de esparcimiento, reducidas, en sus postrimerías, al recurso simplista que las caracterizó en su inicio: unas ciertas combinaciones digitales que proyectadas en la pared, por medio de una luz, semejan figuras animadas: un conejo, un cisne, etcétera. Estas llamadas *sombras chinecas* son el más lejano antecedente del cinematógrafo y recibieron el apelativo con que se las distingue del hecho de que, en su ejercicio y gusto, que se remonta a lejanísima antigüedad, fueron los chinos quienes más sobresalieron, extendiéndose por todo el Oriente (Java, Arabia, Turquía) antes de que a mediados del siglo XVIII penetrasen en Europa.

La civilización occidental perfeccionó este rudimentario espectáculo, y la primera modificación a que lo sometió es la ya citada del teatro que en Versalles montó M. Seraphin.

Al cerrarse, en 1870, el teatro de sombras de Montmartre, cuyas representaciones de la *caza del pato* se hicieron famosas, cayeron en desuso las sombras chinecas, y aunque en 1874 se utilizaron en la representación de *Las píldoras del diablo*, en el Chatelet, no alcanzaron de nuevo celebridad y favor hasta que, en 1886, dos artistas de tan fina espiritualidad como Caran d'Ache y Rivière, modificándolas con evidente genialidad, las convirtieron en espectáculo de arte, con el nombre de *sombras francesas*.

Las innovaciones aportadas por Rivière y Caran d'Ache tenían,

realmente, positiva importancia. La sombra digital quedó sustituida por la de unas figuras recortadas en cinc y articuladas. El muro, por un verdadero escenario, de una altura de diez metros y de algún fondo. Doce tramoyistas o manipuladores manejaban las figuras. Tal era, a grandes rasgos, el nuevo espectáculo que hizo famoso el local del *Chat Noir*, donde obtuvieron señalado éxito, entre otras simulaciones, *La tentación de San Antonio* y *La epopeya*.

Toda esta tramoya y todo el secreto de la proyección de sombras y figuras adquiere una simplificación ingeniosa en la *linterna mágica*, otro de los precedentes claros y directos del cinematógrafo.

¿Quién inventó la linterna mágica?

Muchos son los que contestan que el jesuita alemán Atanasio Kircher. Se fundan para ello en que, en su obra *Ars magna lucis et umbræ in mundo* (Roma, 1645), hace de dicho aparato una completa y minuciosa descripción. Pero alegan otros que tiene antecedente y procedencia más antiguos, que alcanzan hasta los egipcios. M. Maigne afirma también, en su *Diccionario de inventos y descubrimientos*, que en las ruinas de Herculano fué hallada, bastante bien conservada, una linterna mágica. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es—como afirma Ernesto Constet en *Le Cinéma*—que desde el siglo XVII el aparato de proyecciones ofrecía las disposiciones esenciales que ha conservado hasta hoy. Nos parece ocioso describir ahora la linterna mágica. Pero conviene recordar algunas de las variaciones y vicisitudes que ha experimentado.

«Colocando la linterna sobre un soporte con ruedas, se creó el *fantascopio*, que procuraba la impresión de un desplazamiento de la figura, en el sentido del radio visual, haciendo aumentar o disminuir las dimensiones de la imagen. Cagliosti había usado de este artificio para simular sus prodigios, y Roberston lo perfeccionó, montando sus *fantasmagorías* en los Capuchinos, donde atrajo la atención de todo París y reconcentró la admiración de toda Europa. Estas representaciones, que ahora nos parecerían pueriles, impresionaban entonces al público, que ignoraba en absoluto los más elementales fenómenos de óptica, y las descripciones que hacen los diarios de la época nos convencer de que no era necesaria gran cosa para promover el entusiasmo de nuestros abuelos» (1).

(1) Ernesto Constet, *Le Cinéma*.

LOS PRECEDENTES DEL CINEMA

Con estas últimas palabras quiere aludir el autor, aunque no lo dé a entender, a la monotonía de un espectáculo que acabó por herirlo de muerte. Cansóse el público de la poca variedad que le ofrecían las sesiones de linterna mágica. Fué entonces llegada la hora de que, acuciados por su apetencia mercantil, los ópticos y vendedores de linternas mágicas se dieran a las más ingeniosas innovaciones. Frutos de ellas fueron gran número de invenciones y aparatos, entre los que bastará a nuestro objeto citar los siguientes:

El *cromatropeo*. Dos discos de vidrio de diversos colores (a franjas) que giraban uno delante de otro y producían la ilusión de algunos movimientos (las aspas de un molino, por ejemplo).

El *poliorama*. Asociación de dos o más linternas, cuyas proyecciones convergen en un mismo punto.

De estos dos inventos, que fueron bases de mayores y más numerosas combinaciones de vidrios y de colores, nacieron, junto a la intensificación de los movimientos, dentro de un radio de acción mucho más considerable, una serie de otros aparatos, inventos y descubrimientos.

Hasta aquí, sin embargo, no se vislumbra la posibilidad del cinematógrafo. Todo es sucesivo. Falta la condición de la simultaneidad, esencial para dar la impresión de una agilidad continua, y que es, por tanto, básica en el séptimo arte.

Es, pues, indispensable buscar los precedentes inmediatos e idóneos del cinematógrafo en otra parte. Radican en la aplicación práctica de una cualidad óptica; en el aprovechamiento de una peculiaridad psicológica del ojo humano.

Aunque sea someramente, conviene referirse a ella para que pueda comprenderse en todo su alcance y en toda su amplitud el inmenso resultado que se ha conseguido y que está patente en la larga jornada teórica, experimental y mecánica que va desde los primitivos zootropos hasta el cinematógrafo.

Aquella cualidad de la visión humana a que acabamos de referirnos es, en suma, la de conservación, durante un tiempo más o menos largo (según la intensidad de la luz), de la imagen proyectada en la retina, que es en el ojo humano lo que la placa en el aparato fotográfico. La imagen reflejada en la retina no se desvanece, en efecto, instantáneamente, al desaparecer del campo visual; persiste, permanece. Esta retentiva permite que una nueva imagen pueda confundirse —simultáneamente— con la anterior. He aquí el gran secreto del ojo humano, que ha podido hacer de la pantalla la gran retina viva de la humanidad.

A base de este fenómeno óptico se han ideado y construido multitud de aparatos y juguetes destinados a procurar la simulación del movimiento y la copia animada de la realidad. Desde el *fenatiscopio* de Plateau hasta el *bióscofo*, el más cercano antecedente de la cinematografía actual, el esfuerzo humano, el poder inventivo de los hombres ha ideado, cada vez con mayores complicaciones y perfeccionamientos, muy distintos medios mecánicos de creación visual del movimiento.

Interesa especialmente a nuestro objeto recoger la curiosa experiencia de Plateau, físico belga, a quien se deben las primeras comprobaciones exactas de la duración de las impresiones retinianas y su consiguiente utilización para representar el movimiento mediante imágenes sucesivas. Fué idea suya el aparato denominado *fenatiscopio*, que hoy apenas sirve de distracción a los niños, pero que fué el primero que dió visualmente la impresión del movimiento. Consistía en un disco de cartón con un cierto número de aberturas y diversas figuras representando las fases distintas de un movimiento. Situado frente a un espejo y haciéndole girar alrededor de un eje horizontal, al mirar por las aberturas se podía observar el movimiento reflejado

en el espejo. Éste fué sustituido por dos discos de cartón; uno con las aberturas y otro con los dibujos.

De esta última disposición nació la idea del *zootropo*, que nos creamos relevados de describir, por ser de sobra conocido.

M. Reynaud ideó una nueva forma de zootropo (el *praxinoscopio*), que había de conducirle más tarde a la creación de su teatro óptico, antecedente inmediato del cinematógrafo en su forma actual.

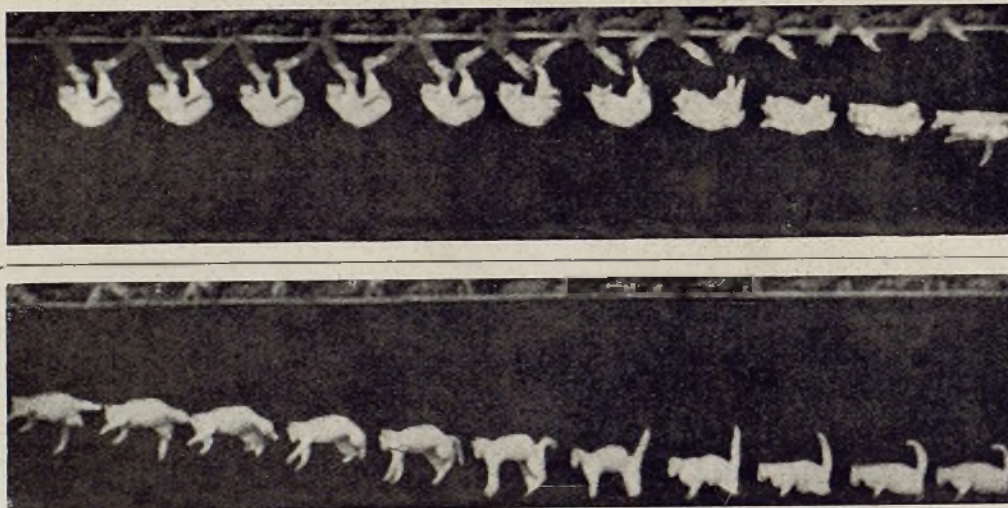
El praxinoscopio era un zootropo sin hendiduras, con un cilindro central, compuesto de espejos, donde se reproducían las figuras, y de la banda de papel y sus movimientos.

Hasta aquí, faltaba aún el elemento básico del cinematógrafo: la proyección, la pantalla. Se debe a M. Reynaud esta importantísima conquista, que realizó con su ya aludido *teatro óptico* (1892), que, mediante la superposición de un fondo fijo constituyendo un decorado, de las imágenes móviles del praxinoscopio, dibujadas en blanco sobre fondo negro, consiguió por primera vez la continuidad de visiones animadas.

Ernesto Constat describe así el *teatro óptico* de Reynaud: «Las imágenes de las fases sucesivas de la escena a representar estaban dibujadas sobre una banda transparente que se desovillaba delante de un prisma dispuesto frente a un espejo oscilante y un objetivo. Una lámpara eléctrica iluminaba estas imágenes y el objetivo las proyectaba, muy ampliadas, sobre la pantalla. Dos bobinas, a las que se enroscaban los dos extremos de la banda, estaban montadas sobre un eje terminado en una manivela reguladora.»

«La visión exacta de las imágenes sucesivas estaba asegurada por perforaciones regularmente espaciadas a lo largo de la banda y a las que se ajustaban los pasadores y clavijas de que estaban provistos los cilindros.»

Claramente se advierte la relación directa e inmediata que el *teatro óptico* de Reynaud mantiene con los *dibujos animados* que hoy se exhiben en los salones cinematográficos. Pero todavía presenta el espectáculo de Reynaud una analogía más sorpren-



El gato que salta.

dente y más meritoria con el cine actual, y que si no estamos equivocados se remonta a la *pieza*, por decirlo así, que con el título *Pobre Pierrot* figuraba en el repertorio.

Creemos que por primera vez se empleó en ella el procedimiento, todavía hoy practicado en el cine, de proyectar en dirección contraria una serie de fases sucesivas para dar la impresión opuesta a la anterior (subir y bajar, por ejemplo).

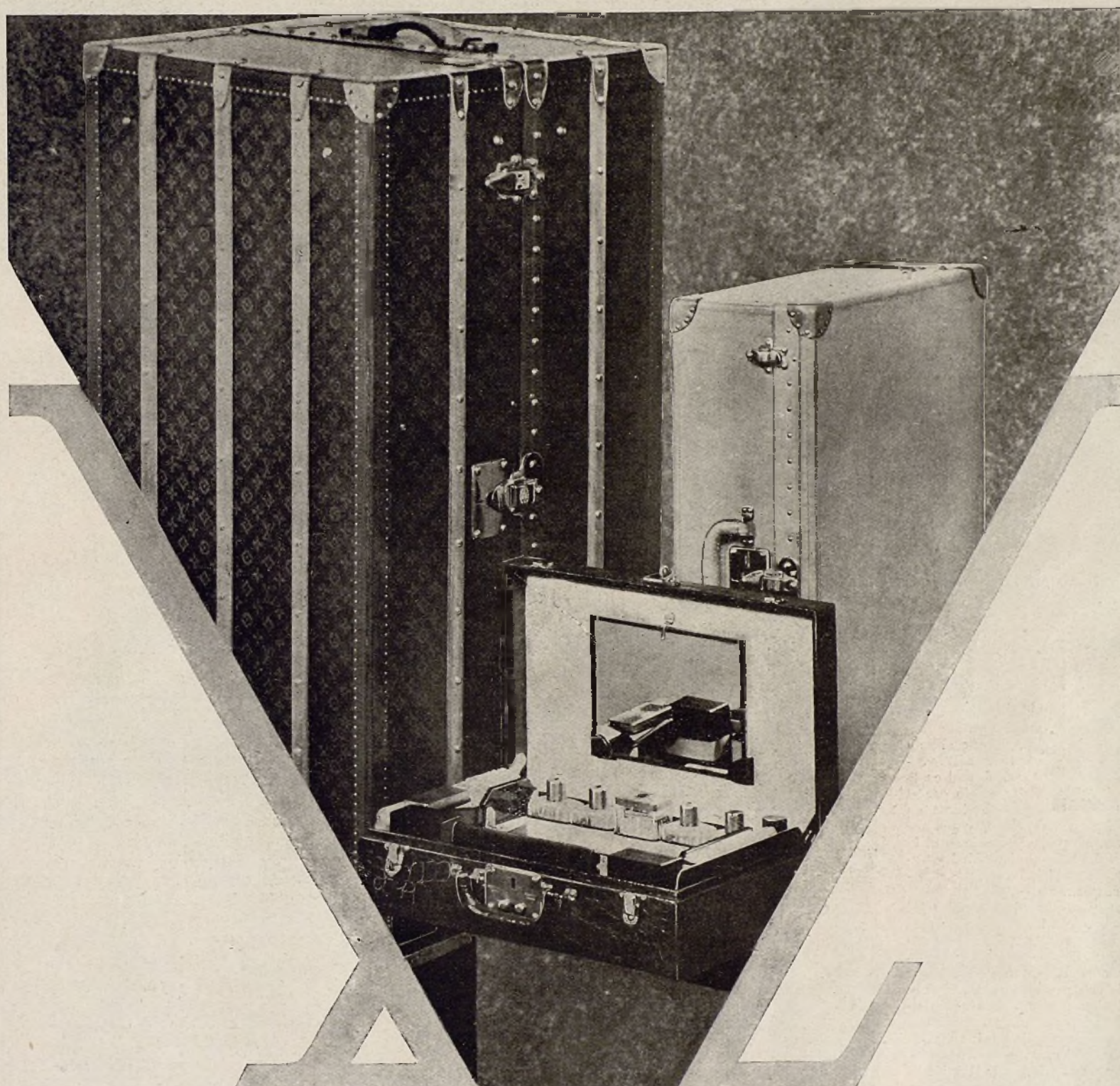
Se había dado un gran paso. Pero la realización era lenta, fatigosa, costosísima. Era preciso simplificarla. La curiosidad, la apetencia, el interés, la avidez que despertó el teatro de Reynaud contribuyeron poderosamente a estimular las tentativas de los arriesgados y de los estudiosos.

Tendieron éstos principalmente a que lo que sólo podía ser diversión fugaz y pasajera pudiese convertirse en espectáculo de larga duración. Para ello era indispensable que el dibujo lo sustituyese la fotografía (1).

Se poseían, pues, ya dos elementos importantísimos para llegar a una perfecta ilusión de realidad, a la continuidad de la visión animada: el teatro óptico y la cronofotografía.

RAFAEL MARQUINA

(1) «Bastará hacer representar las escenas que han de proyectarse por modelos bien dispuestos, situados en adecuados puntos de vista. Sus actitudes serán entonces tomadas cronofotográficamente a intervalos determinados previamente y calculados con todo rigor, según la velocidad que pretenda darse a la banda que lleve impresas las imágenes que hay que proyectar. En estas condiciones, con algunos retoques cuidadosamente hechos, es muy verosímil que se llegará a resultados perfectos, capaces de procurar la ilusión de la realidad.» (Frederic Dillage, *Nouveautés photographiques*.)



VUITTON, LE NOM AU
SE PERPÉTUE DEPUIS QUATRE GÉNÉ-
PÉRECTION DANS LE GENRE; PRÉOCCUPÉ
ENRICHIT SANS CESSER DE NOUVELLES CRÉA-
GARANTIES INCOMPARABLES TANT PAR LES
NISATION PARFAITE DE SES SERVICES DE PARIS
ET AGENCES DE FRANCE ET DE L'ÉTRANGER. REN-

PRESTIGE INCONTÊTÉ,
RATIONS COMME LE SYMBOLE DE LA
UNIQUEMENT DE SA SPÉCIALITÉ, QU'IL
TIONS, VUITTON OFFRE À SA CLIENTÈLE DES
QUALITÉS DE SA FABRICATION QUE PAR L'ORGA-
ET LEUR LIAISON ÉTROITE AVEC SES SUCCURSALES
SEIGNEMENTS ET CATALOGUE SUR SIMPLE DEMANDE

LOUIS VUITTON
PARIS 70 CHAMPS ELYSEES
NICE 12 AV. DE VERDUN. CANNES 10 R. DES BELGES
VICHY RUE DU PARC. LONDON 149 NEW BOND STREET

A 3 PUBLICITE

CUENTO FANTÁSTICO

Por
ANTONIO
GUARDIOLA

Ilustraciones de San Martín

PRÓLOGO

(Recitado por Mefistófeles)

S

alud! Quiero decir, salud para ser malos, porque el mal, ya lo sabéis vosotros, el mal es la vida, y sólo por el mal se triunfa en ella. Y para ser malos hay que ser fuertes, porque, ¿de qué le serviría a un león toda su ferocidad y toda su fuerza si estuviera, por ejemplo, ciego?...

La farsa que vais a ver es vuestra más que mía. Hombres y mujeres como vosotros son sus personajes, y ellos se mueven y obran en la comedia como os movéis y obráis vosotros en la vida. Y si la conclusión que de la farsa se deduce es triste, y cruel, y desilusionadora, no me culpéis a mí: culpa es sólo de la vida y de vosotros mismos, y de la tristeza y la miseria y la crueldad de vuestra condición.

Y ya veis que no he tenido necesidad de presentarme. Al verme todos habéis dicho, como cuando vemos a un viejo amigo: «¡Ah, sí! Mefistófeles!» Y todos habéis sonreído, recordando las numerosas ocasiones en que me necesitasteis en la vida. Y es que yo soy el verdadero, el único señor de la Tierra, el que domina sin posibles rivalidades sobre los pueblos, sobre los hombres y sobre las mujeres. Dios será superior a mí, no he de discutirlo; pero Dios está muy lejano... En la Tierra, sólo domino yo, y sólo por mí se llora o se ríe, y sólo por mí se vence o se fracasa; en una palabra: sólo por mí se vive.

Y es que yo soy el Mal. El Mal, esencia y origen de todo cuanto existe en la Tierra, esencia y origen de vosotros mismos. Si cada uno de vosotros pudiera considerar el dolor y las lágrimas que ha costado su vida, todos renunciaríais, espantados, a seguir viviendo; por fortuna para vosotros, nunca pensáis en ello: cada uno sólo piensa en sí mismo, sin importarle el dolor que causa. Eso es la vida: y yo, que soy el Mal, ¿qué he de decir? Ya comprenderéis que no he de reprocharos, sino, al contrario, he de aplaudiros. ¡Reid, reid todos aquellos de entre vosotros que tengáis la inmensa felicidad de la mentira, que os haga creeros dichosos! Reid y no penséis cada uno más que en eso: en vuestra risa. Y si para reír vosotros tiene que llorar o desaparecer una Humanidad, ¿qué importa? Vuestra risa y vuestra vida es antes que todo. Ríe la doncella, embriagada de amor y de dulzura en los brazos del hombre querido, y para que ella ría, para que ella pueda sentirse feliz y dichosa, ¡cuántas otras doncellas han de llorar con lágrimas de fuego, con lágrimas de sangre, y exclamar en aquel instante mismo, con un odio profundo en el corazón: «¡Ah, infame, traidor... cómo has matado mi alma!» Ríe el señor feudal, tranquilo y sereno, en la paz de su castillo almenado, junto a la esposa solícita, mirando con dicha que em-



briaga el corazón a la traviesa y amada prole que juega junto al fuego del salón fastuoso... y para que ellos rían, para que la familia poderosa pueda sentir la cálida ventura de la paz en un hogar confortable y lleno de abundancia, de amor, del respeto de los hombres... ¡cuántas, cuántas familias han de llorar en esas mismas horas y en esos mismos días, exhaustos de trabajo, abrasados bajo el sol de agosto o ateridos por el beso mortal y terrible del viento de enero!... ¡Cuántos padres maldecirán a los otros padres y desearán, con el odio brutal del sufrimiento, la muerte y el dolor para los felices!...

Ya lo veis: es la vida. La vida, loca, y absurda y cruel, como vosotros mismos, porque vosotros mismos la habéis hecho a vuestra imagen y semejanza. Por eso ya sé que no ha de scandalizaros ni extrañaros siquiera la farsa que vamos a representar ante vosotros. Ya os he dicho antes que es vuestra más que mía. Y si yo triunfo también en ella, como triunfo siempre en la vida, no me censuréis a mí, sino a vosotros mismos: es vuestra obra.

¡Salud para ser malos, damas y caballeros! (Se inclina y sale.)
(Mutación.—Un jardín sombrío.)

ESCENA I

(Armida, llorando, y Mefistófeles, que llega por una senda.)

MEFISTÓFELES.—¿Lloras?
ARMIDA.—¡Oh!

EL TRIUNFO DEL MAL

MEFISTÓFELES.—No ocultes tu llanto. El corazón que a tu edad no llora no es digno de vivir ni de ser amado. Pero no haces bien en ocultar tus lágrimas de quien las causa.

ARMINDA.—¿Sabes acaso...?

MEFISTÓFELES.—Conozco a tu Narciso, y sé que no te ama. Pero yo vengo a aconsejarte; si escuchas mis palabras tendrás su amor.

ARMINDA.—Dime.

MEFISTÓFELES.—Lo primero, que ese llanto que él causa lo vean sus ojos. Tu llanto es sincero. Pero aunque fuera fingido habrías de procurar que tu Narciso lo viera. ¡Llanto de mujer, capaz de conseguirlo todo!

ARMINDA.—¿El amor también?

MEFISTÓFELES.—Sí; si sabes hacer arma de tu llanto. Ve, engánalo, no perdones maldad ni astucia. El amor es igual que la guerra: los nobles, los confiados son derrotados siempre.

ARMINDA.—¿Que lo engañe dices? ¿Que yo haga arma de mi llanto, que rompa mi corazón, para ablandar el suyo? ¡No, nunca! Si él no se siente atraído hacia mí por la fuerza de su alma, yo moriré por él, pero sin que él lo sepa, en silencio, con toda bondad, con todo sacrificio.

MEFISTÓFELES.—¡Tú no tendrás su amor! (Sale Arminda.)

ESCENA II

(Mefistófeles y Celia)

CELIA.—Con licencia.

MEFISTÓFELES.—Dime.

CELIA.—¿Cómo se gana un alma?

MEFISTÓFELES.—Por el mal.

CELIA.—¿Para el amor también?

MEFISTÓFELES.—El amor necesita, además, el engaño. ¿A quién vas a engañar?

CELIA.—A Narciso. Odio a Arminda porque es mi mejor amiga y a ese galán que se dice insensible al amor. Quiero verlo abrazarse en esa llama, mientras yo permanezco serena. Me siento superior a ellos, porque yo soy capaz de todo el mal.

MEFISTÓFELES.—Entonces no me necesitas. Todas las puertas se abrirán ante tu audacia. Veo venir a Narciso.

CELIA.—Déjame con él. Escondidos, y procura que Arminda vea mi triunfo.

MEFISTÓFELES.—¿Qué me darás en pago?

CELIA.—Mi amor, si lo quieres. A ti te lo daré sin engañarte, por lo mismo que no has de ser nunca mi marido. (Sale Mefistófeles.)

ESCENA III

(Celia y Narciso)

(Celia finge llorar.)

NARCISO.—¿Celia! ¿Lloras?... ¿Qué te ocurre?

CELIA.—¡Déjame! ¡Demasiado lo sabes! Y bien veo a costa mía que eres más duro de corazón de lo que pareces!

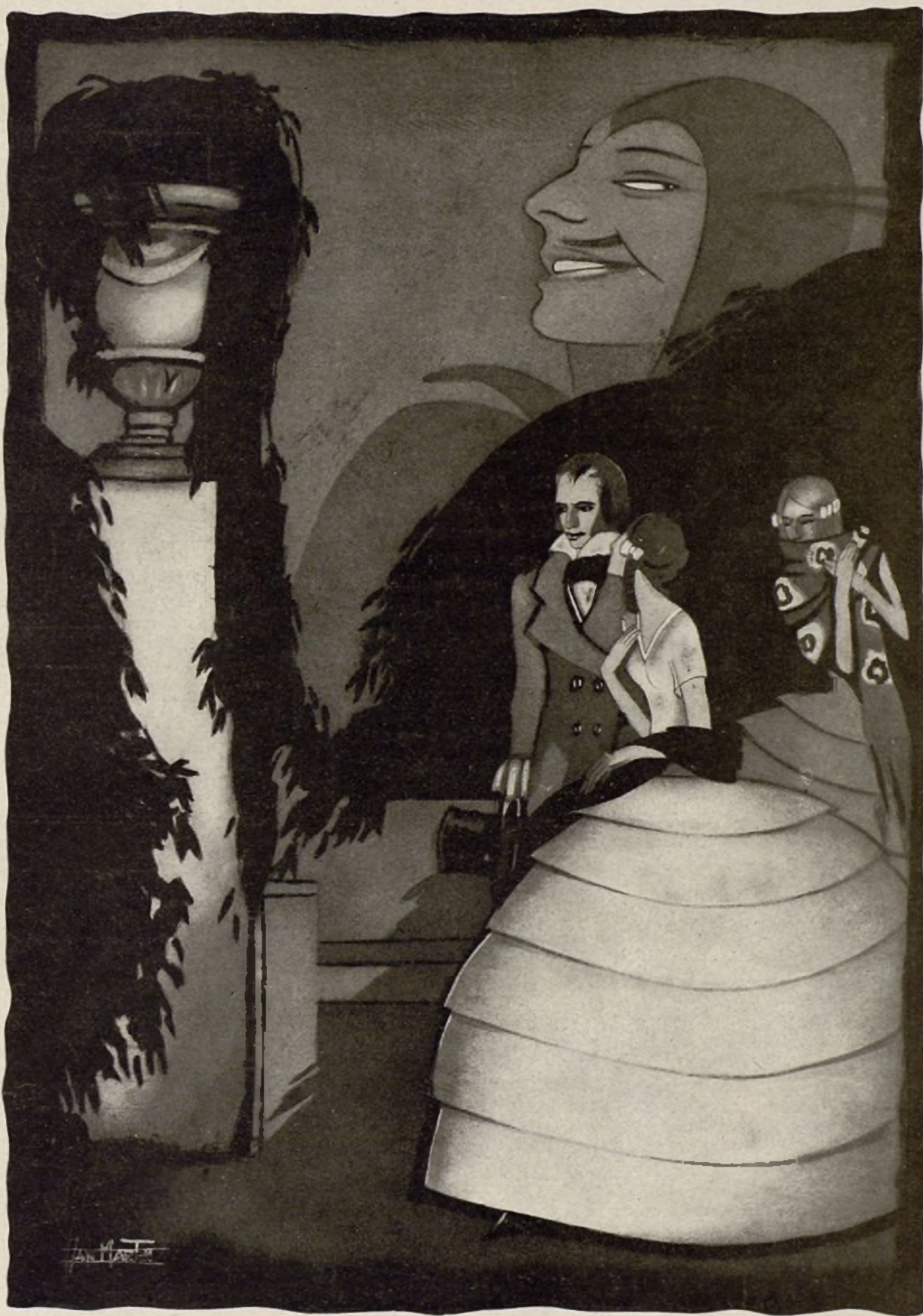
NARCISO.—¿Por quién lloras?

CELIA.—¿Por quién ha de ser sino por ti? Y tú lo sabes, y sólo te gozas en verme sufrir siempre, y sólo tienes ojos para otras... ¡Déjame!

NARCISO (emocionado).—¿Tanto me amas?

CELIA.—Tanto, que ni la vida aceptaré si no es a tu lado. (Le echa los brazos al cuello.)

NARCISO.—¡Mía!... (Arrebatándola hacia afuera. Salen.)



ESCENA ÚLTIMA

(Arminda y Mefistófeles)

ARMINDA.—¿Qué ven mis pobres ojos?

MEFISTÓFELES.—Ellos son. Juntos para siempre.

ARMINDA.—¿Mi Narciso? ¿Con esa mujer que le odia, que siempre ha hecho de él y de mí fábula y burla?... ¡Oh, qué cruel engaño!... Corre tú y díselo todo. Es una venganza.

MEFISTÓFELES.—Sería inútil.

ARMINDA.—No. Corre. Ella no le ama.

MEFISTÓFELES.—Es inútil, te digo. Ella no le ama, no, pero ha sabido hacerse amar de él con engaño... Y el alma de él es ya, por eso, de ella para siempre...

(Telón rápido)

ANTONIO GUARDIOLA

Revista de Historia y Genealogía española

Publicación bimestral que se ocupa de toda clase de estudios históricos, genealógicos y heráldicos de España y de la América Española.—En publicación la «Guía de la Nobleza española», que comprende el trabajo más completo y acabado de todos los Títulos del Reino actualmente en vigor.—Anexa a la citada Revista existe una «Sección de investigaciones genealógicas», que se ocupa de toda clase de asuntos referentes a tramitaciones de rehabilitaciones y sucesiones de Títulos del Reino, ingreso en corporaciones nobiliarias, etc., para lo cual cuenta con un archivo que abarca un número incalculable de familias, linajes y apellidos de todas las regiones y antiguos Reinos de la Corona de España.

Redacción y Administración:

San Bernardo, 17, principal derecha - Teléfono 19.022.



Sombreros Stetson

Símbolo de calidad y elegancia

REPRESENTANTE PARA ESPAÑA
LEOPOLDO ARIAS
Acera 2-VALLADOLID

Sitios Reales de España



Vista del Monasterio por el lado del estanque y el jardín

EL ESCORIAL

UN personalísimo designio de Felipe II hizo nacer junto a una pequeña villa de la sierra carpetana el Monasterio de San Lorenzo, o del Escorial, uno de los lugares que atraen con más fuerza de realidades artísticas y de sugerencias históricas en tierra española.

Quiso Felipe II edificar una casa de retiro y de oración que sirviese al mismo tiempo para sepulcro de sus padres y de sí mismo. La dedicación a San Lorenzo era motivada por coincidir la fiesta de este mártir con el día de la victoria de San Quintín, alcanzada por nuestras tropas en 1557. La casa había de ponerse en manos de la Orden de San Jerónimo, que tenía para el rey las preferencias de ser española y de haber sido también elegida por su padre el emperador para acompañarle en Yuste.

Llamó Felipe II a los más hábiles artífices para la construcción de su fundación predilecta; de Nápoles vino Juan Bautista de Toledo, primer director de las obras del Monasterio. Mas no era éste el destinado a terminarla, sino Juan de Herrera, que puso en el monumento su sello personal, una depuración severa de los elementos clásicos, que el Renacimiento italiano restauraba, adaptándolos a las necesidades de su tiempo.

Puesta la primera piedra del Monasterio en 1563, la construcción duró hasta 1584. Una vez terminada, el rey Felipe II, hombre riguroso, pero sincero, buen administrador de sus reinos y fino amante del arte, quiso hacer del Escorial un compendio del Renacimiento. Y no sólo de arte. Felipe II quiso hacer de su fundación un centro de estudios bíblicos y clásicos, mandando para ello acopiar libros y manuscritos en gran número.

Después de Felipe II, el monasterio, vivienda de la Corte en una parte del año, continuó enriqueciendo sus colecciones bajo los monarcas españoles.

El Monasterio es un formidable cuadrilátero (206 por 161), con fachadas uniformes y torres cuadradas en los ángulos, rematadas por capiteles. Dentro de su recinto, el edificio se ordena en torno a patios, algunos de ellos de la extraordinaria belleza arquitectónica del llamado de los *Evangelistas*, con su clásico templete, sus estanques simétricos y sus macizos de boj, todo ello dominado por las masas grandiosas del severo arte herreriano. La fachada principal es la del oeste. Un cuerpo de edificio más alto, en su centro, la destaca, así como la portada, en la que el jónico se superpone al toscano; se remata todo por el clásico frontón y las pirámides con bolas. Da acceso la puerta principal al *patio de los Reyes*; a éste da, a su vez, la fachada de la iglesia, con sus dos torres gemelas y las colosales estatuas de los Reyes de Judá, que dan nombre al patio. Detrás, la clásica curva del cimborrio corona y preside todo el edificio. El interior de la iglesia, severa y enorme, está trazado con la proporción que hace que todo resulte armónico y no abrumen las dimensiones colosales de la nave.

En la *Capilla mayor*, el retablo de Herrera y Jácome Trezzo, con estatuas de Leoni. A ambos lados del altar, los monumentos de Carlos I y Felipe II, representados con sus familias en estatuas orantes de dorado bronce, de un impresionante y soberbio efecto, obra de Leoni. Los lienzos de los retablos son de los manieristas italianos que acudieron al llamamiento de Felipe II, Tibaldi, Zúccaro, Cincinato, y algunos pintores españoles, como Navarrete el Mudo, Luis de Carvajal, Sánchez Coello. De los frescos de la iglesia, son contemporáneos del edificio los del coro y capilla mayor, obra de Lucas Cangiassi. Las demás bóvedas, tan poco en consonancia, por su barroquismo, con el estilo de la iglesia, fueron pintadas en tiempo de Carlos II por Lucas Jordán, el famoso *Fa presto*. El coro, situado sobre la entrada de la iglesia, tiene una sillería de severo estilo, dibujada por Herrera. En el trascoro, un famoso crucifijo de Benvenuto Cellini.

Junto a la iglesia está el *Convento*, ocupado hoy por agustinos, a los que se entregó el Escorial en el año 1885, después de que la supresión de la comunidad jerónima y la revolución de 1868 habían dejado casi desierto el Monasterio. Son de notar las pinturas de los claustros, de los mismos artistas españoles e italianos que pintaron los retablos de la iglesia. La escalera es obra de Juan Bautista Castello, el *Bergamasco*.

En la parte del Monasterio que habitaron los reyes hay que distinguir entre las que fueron habitaciones de Felipe II y el resto del Palacio. Aquéllas conservan la primitiva disposición y obras de arte y muebles de tiempo del gran rey. En tan modestas estancias, vive su recuerdo. Allí están: su dormitorio, dispuesto de manera que pudiera oír la misa desde el lecho; su contiguo cuarto de trabajo, sencillo como una celda; un salón de trono servía para los actos de corte, para recepciones y audiencias, para embajadores o funcionarios que venían al Escorial desde el corazón de la Europa, turbada por las luchas religiosas, o desde las lejanas y misteriosas Indias. Cercano está el cuarto de la hija del rey, la preferida Isabel Clara Eugenia, inteligente y enérgica infanta, la después regente de los Países Bajos. Entre las paredes de estas humildes habitaciones pasó Felipe buena parte de su vida, siempre atento al cuidado de los negocios. Aquí murió, después de haber sufrido el tormento de la gota, en 1598.

El *palacio* mismo es algo bien distinto, en su decoración y en sus evocaciones, de estas habitaciones del rey Felipe. Sus estancias dieciochescas nos hablan de una historia más próxima, de Carlos IV y su borrascoso reinado, de María Luisa, del proceso llamado de El Escorial, de Fernando VII y de Isabel II. Ofrece el palacio un conjunto típico de salones decorados con tapices de escenas populares, tejidos por cartones de Mengs, de Goya, de Bayeu. Sus techos pintados, sus muebles estilo Imperio, sus arañas, sus relojes, todo compone un ejemplo completo de fines del XVIII. No deja de haber muestras de deco-

Un aspecto
de las
salas
capitulares.



ración pompeyana, tan en boga en su época. Es de señalar, como una cosa aparte, la sala de Batallas, en la que pintores de segunda fila del siglo XVI han representado hechos de armas victoriosos para los españoles.

Fuera del Monasterio, en medio de un parque, está la llamada *Casita del Príncipe*, edificada a fines del XVIII y decorada con estilo y gusto semejantes al palacio. Guarda la casita pinturas que la convierten en un Museo, en el que no faltan obras maestras.

Pero el verdadero Museo del Escorial está en las *salas capitulares* del Monasterio y en la *sacristía* de su iglesia. El número y la calidad de sus pinturas bastarían para formar una colección de primer orden. Citemos, entre ellas, el *Descendimiento*, obra de Van der Weyden; varias obras del Bosco; el *Jacob y sus hijos*, de Velázquez; el *Martirio de San Mauricio* y *El sueño de Felipe II*, por el Greco; *Lavatorio*, de Tintoretto; *La Cena*, de Tiziano, con otras obras de Veronesi, de Ribera, de Bassano, de Navarrete el Mudo, de Alonso Cano, de Guercino, de Jordán... La sacristía contiene obras como el *San Eugenio*, del Greco, y el *San Antonio*, de Ribera, entre otras muchas; su mayor interés está, sin embargo, en la gran pintura de Claudio Coello representando a Carlos II con su corte adorando la Sagrada Forma en la propia sacristía del Escorial.

La *Biblioteca* ocupa un vasto salón, decorado con pinturas, de influencia miguelangelesca, obra de Pelegrino Tibaldi y Bartolomé Carducci. Numerosas adquisiciones enriquecieron sus fondos bajo Felipe II, y, a pesar de algunas pérdidas lamentables, cuenta hoy con unos 40.000 volúmenes, formidable riqueza si se tiene en cuenta que se trata de libros rarísimos en su mayoría y que una buena parte de ellos son de códices medievales y manuscritos griegos, latinos, hebreos y árabes.

En cuanto al *Panteón de Reyes*, no fué terminado hasta tiempos de Felipe IV. Está situado debajo de la capilla mayor y a él se desciende por una estrecha escalera que termina en la capilla sepulcral, de arte en consonancia con su época, lejano del estilo herreriano. En el altar, Crucifijo de Domenico Guidi. En los paños del muro que corresponden a cada lado del polígono que forma la planta de la capilla se hallan las urnas sepulcrales de los reyes de España, desde Carlos I y sus esposas (exceptuados Felipe V y Fernando VI y las suyas). El *Panteón de Infantes* es obra del siglo XIX.

Biblioteca.



Mas, para completar este rápido repaso de las riquezas del Escorial, es preciso advertir que el grandioso monumento debe ser admirado desde la montaña. Desde allí, su pretendida pesadez se resuelve en lógica y claridad. Es preciso también asomarse al *jardín de los frailes* y pasear entre los macizos de boj y las adelfas, mientras el sol dora la enorme fachada. Las columnas de la galería de convalecientes y el espejo del agua en la amplia alberca ponen una nota especial en este rincón escurialense. Es de aconsejar asimismo al visitante que guste de comprender íntegramente este paisaje único el paseo por los solitarios caminos de la Herrería y aun alejarse hasta la peña—la silla de Felipe II—, desde donde el rey veía poco a poco levantarse, acusándose, las líneas del Monasterio, frente a las cumbres vecinas.

LA «CASITA DEL PRÍNCIPE», EN EL ESCORIAL

Al sur del grandioso Monasterio se alza, en medio de un risueño jardín, un pabellón al que se da el nombre de *Casita del Príncipe* o *Casita de abajo*, por su situación topográfica. Es un elegante palacete de piedra, de estilo neoclásico, con su pórtico de ingreso y que, en su conjunto, se presenta como un palacio en miniatura.

Carlos III mandó construir este palacete para su hijo el Príncipe de Asturias, más tarde rey con el nombre de Carlos IV. Trazó sus planos y dirigió las obras el gran arquitecto don Juan de Villanueva. El salón central o de recepción es el único de proporciones grandes. Las demás habitaciones son pequeñas en los dos pisos de que consta. La decoración de los techos abovedados, con relieves de pastas, blancos y dorados, sobre fondos de colores claros, imitación de porcelanas y otros con pinturas de gusto pompeyano; las sedas labradas que revisten los muros y los bordados de los asientos, forman un conjunto elegante de época, al que contribuyen los bronce y porcelanas del Retiro. Una habitación está toda ella adornada con cuadritos de relieve, de porcelana, blancos sobre fondo azul, en el estilo de Wegwood. Entre los accesorios que adornan las mesas hay curiosos marfiles delicadamente tallados. Adornan la *Casita* algunos bellos cuadros, entre los que se ven *La hija de Herodías*, por el Caravaggio; *San Juan*, por Anibal Caracci; varios lienzos de Lucas Jordán; una colección de tablas de Altofer y cuadritos, que son verdaderas joyas, de Durero, Holbein y Goya.

Texto y fotografías facilitados por el Patronato Nacional del Turismo.

UNA AVENTURA EN LYÓN

NOVELA CORTA, escrita expresamente para COSMÓPOLIS por
ARTEMIO PRECIOSO

(Ilustraciones de Manchón)



LLEGANDO en París, de paso para Alemania, adonde iba a gestionar, por orden de mi amo y señor, el excelentísimo duque de los Picos, la venta de unas casas adquiridas cuando la catástrofe de los marcos, recibí un telegrama de Pérez, el mayordomo del duque, invitándome a que sin perder tiempo me trasladase a Lyon, donde dos días después recibiría yo, en la *Poste Restante*, instrucciones precisas. No me extrañó el momentáneo cambio de ruta, acostumbrado como estaba a estas variaciones súbitas, habida cuenta de que el Excmo. Sr. D. José de las Torres del Trópico, duque de los Picos, jefe mío, como queda dicho, tenía asuntos, intereses o negocios en todas las naciones de la tierra. Sin embargo, no sé por qué, el telegrama me dejó un regustillo ingrato en el ánimo. ¡Tonterías! ¡Previsiones ridículas que a veces nos asaltan, aprensiones sin el menor fundamento que suelen invadirme alicuando!...

Para colmo de males, Rosa —mi novia— seguía sin escribirme desde que, seis días antes, había yo llegado esta vez a la inmortal Lutecia.

Dos horas después de recibido el parte, tomaba el rápido de las cinco veinte, y a las dos de la mañana estaba en Lyon.

Visítala yo por primera vez la inmensa ciudad, que me cautivó desde que, a la mañana siguiente, comencé a recorrer sus calles.

Lyon... Casas de Banca... Sederías... Industria y agricultura. Dos ríos que abrazan la ciudad... Herriot... Y dominándolo todo, la Basílica de Notre Dame de Fourvière...

Lyon es una ciudad hermosa, y sus habitantes son más cordiales y acogedores que en el resto de Francia. ¿Será porque Lyon es, a la vez, una de las poblaciones donde mejor se come del mundo? Tal vez, porque no hay nada que invite tanto al optimismo y a la cordialidad como la digestión de un menú sabiamente condimentado.

Para los aficionados a documentarse diré que Lyon tiene quinientos veinticuatro mil habitantes, que se halla situada en el extremo de la llanura regada por el río Saona, que aquí se une al Ródano... Lyon es la más antigua ciudad de Francia. Todos los caminos del norte, todas las rutas del este y del mediodía se cruzan aquí. Hace mucho tiempo, Lyon era una ciudad triste, sombría, que a la humedad y la niebla unía la fealdad de sus edificios. Pero Lyon ha sido reconstruida casi por completo, y hoy es una ciudad bellísima, con parques inmensos. Sus grandes malecones, sus plantaciones de árboles, sus puentes soberbios, grandiosos, *colgantes*, que se balancean como suspendidos en el aire por fuerzas invisibles, y que son famosos en el mundo; sus avenidas amplias, modernas; sus plazas rodeadas de edificios imponentes y adornadas de fuentes y jardines —*squares*—; la verde colina de Fourvières, que domina un panorama espléndido, dan a esta capital del Ródano un aspecto de grandeza, de señorío, que cautivan de veras.

Centro de la industria, del comercio, de la ciencia. Las casas de Banca, las tiendas magníficas, las fábricas de mil especialidades, su Escuela de Artes y Oficios, las sederías; todo contribuye al esplendor

de esta ciudad, que rige como alcalde Eduardo Herriot desde hace cerca de treinta años. Miles y miles de obreros, de empleados trabajan para Lyon, aquí y en sus cercanías... Ninguna ciudad de Europa tiene mejores Centros de Beneficencia que Lyon. ¿Y sus Museos? ¿Y sus escuelas profesionales? ¿Y su Universidad, que es quizá la mejor instalada y de las más ilustres de Francia? ¿Y sus barrios, sus suburbios, sus bajos fondos, que, a juicio de los especialistas *morbosos*, son más complicados que los de París?

Paseando por las calles de Lyon, contemplando los escaparates de sus comercios, viendo salir de las tiendas, al mediodía y al atardecer, a las muñequitas lindas, a estas mujercitas pizpiretas, rubias y morenas, tan abiertas a la sonrisa y al diálogo, he pasado ratos que nunca olvidaré. Desde la terraza de la iglesia de Fourvière, contemplando la ciudad con sus torres y sus tejados, viendo el Ródano y su afluente, he admirado un cuadro único. El funicular, en tres minutos, os deja en la meseta. Y la neblina algodonosa, tierna y suave, pone como una pátina en el paisaje, que le presta un nuevo encanto, un no sé qué dulce y melancólico que os invita a pensar, a meditar en la inutilidad de las pasiones...

—¡Por Dios, caballero, ocúlteme! ¡Ocúlteme, acompáñeme, diga que voy con usted! ¡Defiéndame!...

Estas palabras me las dirigió una mujer joven, no muy alta, cuando, después de limpiarme el polvo del paseo, salía yo del hotel para ir a cenar al primer restaurante que el azar me deparase con aire grato. Y aun no me había yo dado cuenta de lo que acababa de decir la desconocida, cuando añadió:

—Mi novio acaba de dispararme dos tiros... ¡Ocúlteme!

Hoy, al recordarlo, sonrío... ¡Pero entonces! Como apenas había yo traspasado el umbral del hotel, instintivamente la cogí del brazo, y casi la arrastré hacia dentro, hasta que nos colocamos en la caja del ascensor. Sin pedir la llave —porque siempre la dejo puesta— apreté el botón y comenzamos a subir... La respiración de aquella mujer parecía la de una fierecilla herida de muerte... Mientras permanecimos solos en el artefacto ascendente, sólo pude murmurar, lleno de emoción:

—¡Cálmese, porque si no será peor, y lo notará todo el mundo!

Volví a cogerla del brazo y la guíé hasta mi cuarto. Y como ella seguía mirando con terror la puerta, eché las dos vueltas de la llave y corrí el pasador.

—¡Siéntese, serénese, descanse, y no me diga nada!

Aproveché el silencio para examinarla. Sin ser alta, bien plantada, morena, de ojos garzos y grandes, de pelo castaño, cortado y ondulado, añadía una nota más de seducción a la cara de óvalo perfecto, con la boca apetecible y los dientes blancos, entre los que uno lanzaba reflejos de oro; los hoyuelos de las mejillas, aun estando seria, completaban aquella cabeza de ensueño. Se había sentado en el butacón de terciopelo





miel que extendía sus brazos frente a la cama amplia, de metal dorado.

La palidez del semblante y el apenas perceptible castañeteo de sus dientes—pequeña mina de marfil y de oro—denotaban la gran turbación de su espíritu. Sin dejar que hablase, llevándose el índice a los labios, la pulsé. Su corazón marcaba noventa y siete latidos por minuto. Creer en una farsa habría sido pensamiento digno de un cazurro, de esos que, desconfiando de todo, se dejan dar el timo de los perdigones o entregan los chorizos y el jamón de las alforjas al primer desconocido que promete llevarlos al destinatario.

Vestía un traje negro de seda, cerrado el cuello de la blusa con una chalina blanca y fina, que se daba importancia de un lazo aparatoso y agresivo. Sus zapatos, nuevos, negros, y sus medias grises y brillantes, que envolvían unas piernas bien formadas, terminaban la indumentaria de aquella señorita, llegada a mí de tan sorprendente manera.

En cuanto se serenó un poco, adoptó una actitud que para mí no puede ser más desagradable: llorar... Me emociona casi siempre el llanto de un hombre; pero el de las mujeres me exaspera... me irrita los nervios, no sé por qué. Y cosa singular: siempre que he demostrado mi enojo ante el derramamiento de unas lágrimas femeninas, se ha cerrado el grifo, y ha cesado la lluvia, y el buen tiempo ha vuelto a reinar en el rostro más o menos adorable. La mujer, lo mismo que con facilidad abre las compuertas del mar Negro de sus penas, hace que triunfe el Océano Pacífico de sus sonrisas... ¿Falsía, facilidad para la simulación? No. Simplemente, pericia en dirigir la nave de su histeria. O más bien, exceso de fuerza volitiva. O quién sabe si inconsciencia, ya que la mujer, como objeto de belleza, tiene, por fatal herencia de siglos férreos, mucho de pájaro, y pasa de la risa al llanto, de la tragedia al sainete, del dolor al placer, con más facilidad que los israelitas pasaron el mar Rojo.

La linda descubierta—pues se había quitado el sombrerito violeta, casi tan pequeño como una ídem—sollozaba silenciosamente... No me gustaba aquello, no. ¡Y con lo que el llanto descompone una cara bonita! ¡Cuántos retoques, enjuagues y cuidados, después, para reparar el destrozo de la lluvia salada, verdadero azote de la parte más noble del cuerpo de Eva!

—No, eso no, llorar, no, por Dios, por favor, por lo que más quiera. Yo padezco «lacrímofobia» y me han dicho los médicos que viendo llorar corro el peligro de tirarme por un balcón o de volverme loco... Si a usted le es igual, lloraré yo, que tengo mucha predisposición para el dolor reumático o húmedo, y me enternezco con más facilidad que una cebolla egipcia... Pero no llore, salvo que la deje dueña única, por esta noche, de esta modesta habitación...

Habían cesado los sollozos en el decurso de mi breve y primera intervención. Pero la hermosa seguía con la cabeza inclinada y con el pañuelo encima de sus ojos. Para tratar de decidirla al régimen seco, continué:

—Veamos, veamos, señorita. Hemos de hablar. Primero me permito hacerla observar que se halla con un caballero, con un perfecto caballero amparador de damas, si no desvalidas, no muy bien validas

por lo menos, aunque valgan todo el oro del globo... Habrá usted notado, por otra parte, que no soy muy cobarde, porque en seguida la acogí, sin miedo a las consecuencias, y eso que parece que tiran, no sé si a dar, pero que tiran no cabe duda... Y si tiran, ahora yo estoy expuesto a recoger las dos balas, u otras hermanas, que iban dirigidas a usted... Si su novio supiese que yo estaba con usted a solas, encerrado en un cuarto del hotel... los cañonazos se iban a oír en París y en Roma...

—Si... *ése*, no quiero llamarle mi novio, porque ya no es sino mi frustrado asesino, si *ése* supiera que yo estaba con un hombre, desde luego me mataría, nos mataría, aunque después volviese el arma contra sí...

—De modo que estamos corriendo un gran peligro, y lo estamos corriendo juntos... ¡Encantado de la vida, señorita, aunque la muerte me ronde! ¡Para que luego digan que eso del Destino es mentira! ¿Quién me iba a decir que yo, que llegué hace tres días a Lyon, donde no conozco a nadie, iba a jugarle la vida, y quién sabe si a salvarla, por una mujer como usted, que si la veo por la calle con... con *ése*, antes de los truenos, es a mí contra quien seguro dispara?

—Déjese de bromas e ironías, señor, se lo ruego, se lo suplico... Es usted muy amable, muy simpático, muy valiente, muy... todo lo que quiera, pero no son estos momentos propicios al humorismo, créame... Primero, no sé si *él* (ya no lo llamaba *ése*) se habrá suicidado, pues eso es lo que juró tantas veces... Ni sé si está detenido, y si no lo está, puede dar conmigo... es decir, con nosotros, y...

—Cálmese, no se asuste... Si *ése*... o *él*, me es igual, vive o no a estas horas, le prometo informarla. Saldré y le traeré las noticias más frescas. En cuanto que suba hasta aquí, no es fácil. ¿Quién le va a decir el número del cuarto? En los hoteles no puede subir nadie solo, si no se hospeda en la casa, a las habitaciones. Pero, si no es indiscreción, y ya que el azar me hace jugar un papel en esta historia, que no sé si acabará en tragedia, pero que desde luego lo pudo, quisiera saber algo de los protagonistas, mis compañeros...

—Se lo iba yo a decir, señor... Pero no me ha dado usted tiempo. Yo no soy lionesa. Nací en Wence, un pueblecito de la Costa Azul. Mi padre es francés, y mi madre italiana. Vivimos en Lyon desde hace tres años, porque mi padre es perito mercantil y trabaja en un Banco de aquí. Tengo dos hermanos, uno que está en América y es agricultor, otro que es mecánico y trabaja en una fundición...

—Perdone, señorita. Un momento. Usted, naturalmente, no habrá cenado. Yo, tampoco. Si le parece, aquí mismo podríamos reparar en parte las emociones sufridas, agravadas por lo avanzado de la hora. Son las nueve, y aquí se cena a las siete y cuarto; de modo...

Porque la idea de oír la historia detallada del árbol genealógico y familiar de la linda latina, para luego saber por qué la había querido matar su novio, que era lo interesante, me aterraba, sobre todo sin cenar, y yo tenía un hambre de lobo en tiempos de nieve.

—Yo no podría tomar nada ahora, aunque me lo propusiera. Si acaso, bebería una infusión de tila. Pero usted puede pedir lo que quiera, o irse, que sería más cómodo... y menos escandaloso.

Hágase cargo. Comprenda mi situación. Yo no debo salir de aquí sin saber si... *ése* puede encontrarme otra vez. Y, por otro lado, no vivo pensando en la intranquilidad de mis padres y de mi hermano, si saben ya lo de los tiros, como es de suponer, y yo no parezco... ¡Es terrible, terrible! ¿Qué debo hacer? No lo sé...

—Sus padres la esperaban, claro...

—Si yo supiera que ignoraban lo de los tiros, no me preocuparía, porque algunas noches suelo ir a cenar a casa de alguna amiga y compañera... Pero, ¿y si lo saben y me buscan?

—Entonces no queda más camino que éste: que yo me entere, si puedo, del estado civil de ese hombre, es decir, si vive, si está detenido o campa por sus respetos, en cuyo caso hay que temblar, porque, por lo visto, no respeta a nadie...

—Sí; pero, ¿cómo va usted, después de acogerme, a ir y venir, molestándose hasta extremos indecibles? ¡Ay, Dios mío, voy a volverme loca!

¿Cómo? ¿Qué había yo oído? Cuando una mujer pronuncia esa frase, verdadero talismán indicador del tesoro, *inconfundible ábrete, sésamo*, indicio inmutable de que el *cuarto de hora*, si no ha sonado, está al caer, es seguro de que está a nuestra merced, de que, si no sabe lo que quiere, nosotros tenemos el deber de mostrárselo. ¡Las infelices necesitan que las iluminemos!

La contemplaba y cada instante la veía más hermosa. Además, salir en una gran ciudad desconocida a averiguar qué había sido del imbécil animal que había pretendido asesinar a aquella criatura palpitante, era absurdo. ¿Yo qué tenía que ver con todo aquello? ¿Había cumplido con mi deber dando albergue a la aterrada muchacha que huía de un salvaje? No cabía duda. Pues entonces al diablo escrúpulos de monja cándida, y, por lo menos, a contemplar a mis anchas a aquella verdadera beldad.

—Mire usted — la dije —: Lyon no es Alcaudete, pongo por pueblo pequeño de mi país, y es seguro que sus padres de usted, aun suponiendo que ese salvaje la hubiera asesinado, nada sabrían a estas horas... Yo, con su permiso voy a tomar un bocado, y como ya no es fácil que me sirvan bien ni en el comedor de aquí ni en otro sitio, voy a pedir un pollo frío, jamón, vino, unos postres, y café... Usted, si quiere me acompaña, y si no, se bebe su tila, me cuenta esa historia, y después haré lo que usted mande, la acompañaré hasta su casa, lo que quiera...

—Sí, sí, llame... Pero salga al pasillo a pedir, a menos que yo no me meta debajo de la cama.

—Yo saldré, no faltaba más...

* * *

—¿Qué hora es, Dios mío?

Miré el reloj. Las doce. ¡Media noche! Cuando lo supo Páquerette —que así se llama *mi defendida*— lanzó una exclamación angustiada.

—¡Me voy! ¡Me voy! —dijo, levantándose—. Ya sabe usted *mi historia*. Y ya tiene usted mis señas, y sabe el nombre y la calle del taller donde trabajo. Tendré mucho gusto en darle por la calle las gracias por su hospitalidad...

—¡Por la calle! —murmuré yo, con desaliento.

—O en un café. O en un salón de té... ¡Y hasta cenando juntos una noche, a base de recogerme temprano y diciendo luego en casa que estaré con Henriette! ¡Seremos amigos, hombre! Bueno, es decir... todo depende de *ése*, de qué habrá sido de *ése*...

—*Ése*, en el mejor caso, será encarcelado por disparo de arma de fuego y tentativa de asesinato...

—Bueno, pues adiós, señor. ¡Hasta la vista!

—No, no, así no... Tiene que decirme cuándo y dónde nos vemos. Pero... ¿no me permite a acompañarla a su casa?

—No, qué disparate. Soy conocidísima...

—Entonces...

—Mañana, no; pasado, tampoco. Al otro, eso es... El viernes espérame por la tarde a la salida del obrador.

—Conforme, Páquerette adorable y adorada.

—Hasta el viernes.

—Hasta el viernes.

Y en esto, dos golpes imperiosos sonaron en la puerta. Dos golpes agresivos, de esos que no dejan lugar a dudas de que quien llama no se cree en el caso de guardar consideraciones de ninguna clase.

La joven dejó escapar un grito agudísimo y se desplomó sobre la cama. ¿Casualidad? ¿Suerte? ¿Precaución? ¡Oh, terrible e injusto escepticismo en los desvanecimientos femeninos!

Los golpes en la puerta seguían sonando. Sonaban en la puerta, sonaban en la habitación, sonaban en mi cerebro, en mi alma angustiada... ¿Debía socorrer a Páquerette? ¿Debía abrir la puerta? Esto último fué lo que hice. Y ante mí apareció un hombre de grandes bigotes dorados y tez rubicunda, con ese color rojo que tienen algunos rostros humanos que parece que están ardiendo vivos entre llamas. «El hombre que llama se quema, ardiendo, y por eso llama», pensé haciendo el chiste idiota a mi pesar. Bueno, lo pensé porque vi a aquel hombre abrumado, confuso, con la cara que parecía iba a hacer explosión...

—¡Oh, perdone! Perdóname... Me equivoqué de piso. Mi amigo Reyzell tiene la misma habitación, pero en el piso de más arriba, e iba a darle una broma...

Y para evitar, sin duda, explicaciones inútiles o

quién sabe si temiendo mi ira, el hombre de fuego desapareció a pasos agigantados de mi vista.

Miré a mi «desconocida amiga» y quedé aterrado. Estaba palidísima y no daba señales de respiración. La pulsé y no hallé latido alguno. Si en aquel instante me hubiesen pulsado a mí, tampoco habrían encontrado el signo vital. Viví uno de esos momentos inmensos, interminables, trágicos, en que nos creemos perdidos para siempre, envueltos en una red absurda e inexplicable que nos impide todo movimiento moral. Yo sabía cómo se practica la respiración artificial, pero no osaba intentarla. Cuando recibo una fuerte impresión soy incapaz de obrar. Me convierto entonces en un ser pasivo e inútil. A mí me puede cualquiera, de improviso, atropellar, insultar. No me defenderé. Después, sí, no me cambiaría por nadie, y he demostrado varias veces ser todo un hombre, arrostrando impasible los peligros



más graves. Pero ante lo inesperado y violento padezco una completa parálisis cerebral. Recuerdo que de chico, valiéndose los condiscípulos de la escuela de lo que llamaban mi *bobería*, me solían desafiarse e injuriar. Todo siguió así hasta que un día comencé a agredir, uno por uno, a cuantos venían *metiéndose* conmigo. Salí victorioso, y a partir de aquella hora gocé de gran prestigio entre todos los mocosos del pueblo.

Todo esto dará idea de cómo me quedé al creer muerta a aquella desgraciada que venía a interponerse en mi camino de forma tan arbitraria y extraña, tan *porque sí*.

Cada vez que oía pasos o percibía voces en el pasillo, creía ver llegar a «la Justicia» para *levantar el cadáver* —¡qué absurda expresión! —y para culparme de un asesinato. Porque no cabía duda de que, relacionando la muerte de aquella hermosa joven con los tiros del novio, me complicarían en ambas desgracias.

Por fin, cogí el teléfono y rogué al conserje que subiese inmediatamente. Cuando estuvo frente a mí, murmuré:

—Esta señorita se ha desmayado. Quédese aquí, mientras yo voy a avisar a un médico y a recoger de la farmacia lo más preciso. Deme usted las señas de un doctor y de una botica.

El conserje, que era un hombre de unos cuarenta años, hablaba un español italianizado, pero yo lo entendía muy bien sin necesidad de apelar al francés. Ya sabéis que cuando un empleado de hotel habla más o menos el idioma del viajero, no consiente ya que habléis el del país donde estáis, porque si no, ¿para que le sirve ser poliglota?

—Puedo ir yo, *señore*.

—No, no, deme las señas...

Me las dió, y salí corriendo. Yo, instintivamente, lo que buscaba era alejarme de allí y dejar a alguien complicado, sin motivo igualmente, en *aquello*.

El médico que yo buscaba no estaba en su casa. Me dieron en ésta la dirección de otro, que no estaba tampoco. Desesperado fui a la farmacia, donde me dieron un frasco de sales y unos sinapismos. Regresé con la inquietud que supondréis. Pero me aguardaba otra sorpresa. El conserje no estaba, y la señorita tampoco.

—Se la han llevado al Depósito —pensé.

Pero no. El conserje vino a mi cuarto al poco rato.

—Mademoiselle se fué. La he acompañado a tomar un taxi. Volvió en sí en cuanto usted salió y no quiso aguardarle. Dice que ya se verán ustedes... Yo conozco a su padre...

Me quedé tan tranquilo, tan satisfecho, que no pude dormir en toda la noche. Porque me desvelan por igual las buenas como las malas impresiones recibidas. Y como aquella noche había habido de todo, el insomnio no podía faltar.

La historia de los amores de Páquerette, que me había referido al fin, no podía ser ni más triste ni más corriente. Un noviazgo que empieza por la ilusión y acaba por el desengaño de ella, ante los celos insufribles del galán. Amenazas, que al fin se cumplen. Suerte de salir ilesa de los disparos del loco. Nada más. Pero aquella hermosísima mujercita había producido en mi alma un efecto radical. Me gustaba cada vez más, al pensar en ella, y mi pobre Rosa, que me aguardaba en el pueblo de Castilla donde nació, se me aparecía vulgar, insignificante, feilla, con su cara pálida y sus labios delgados, con sus ojos grises y su pelo castaño.

Aquél bárbaro de los tiros estaba en la cárcel. A pretexto de que le falló el tiro no se había suicidado. Es la señal inequívoca de que no hay tal crimen pasional. Este sólo puede tener explicación, ya que no justificación, cuando va seguido de la supresión automática del asesino. ¿Cómo pueden decir que por amor mataron los que luego siguen viviendo? Sin que yo niegue que en esto, como en todo, hay excepciones, sobre todo cuando los padres logran, equivocadamente, torcer las inclinaciones amorosas de los hijos, cortando idilios que ya tenían raíces muy hondas, en general, todo crimen de esta clase debería ir seguido del fusilamiento inmediato del delincuente. Ya que no de buen grado, lo menos que puede hacerse con el que dice mató por pasión o celos, es obligarle a que acompañe en el otro mundo al adorado tormento e inocente víctima.

Yo había hablado varias veces con Páquerette, y cada vez me sentía más presto a sus encantos. Tenía aquella muchacha algo que me hacía preferirla a Rosa y a cuantas novias yo había tenido hasta entonces. Aquella era, sin duda, la *esperanza* de las novelas sentimentales y románticas. Ella correspondía a mi sentimiento de manera idéntica. Casi nos habíamos jurado amor eterno.

Le había prometido volver a Lyon, solicitando de mi jefe una licencia de un mes, a mi regreso de Berlín, y nos habíamos despedido tiernamente, despachados ya los asuntos del duque, cuando recibí en el hotel la visita de un matrimonio antipático. Ella era bigotuda, barbuda, barrigona, con los ojos demasiado tiernos y, a pesar de su fealdad, con un parecido físico indudable a mi nueva novia. El era un hombre recio, muy moreno, con los dientes negros, el pantalón con grandes rodilleras, y con el cuello de la camisa de una semana por lo menos. Ya habréis adivinado que eran los padres de Páquerette. Sin ambages ni rodeos, el empleado del Banco me planteó la cuestión:

—Mire usted. Sabemos que la noche de los disparos mi hija estuvo con usted en esta habitación. Sabemos que se levantó de la cama para volver a casa a la una de la madrugada. Estos hechos no podrá usted negarlos, y tengo testigos. Sabemos que ustedes tienen relaciones. Y queremos que nuestra hija se case antes de que ese animal salga de la cárcel. Las cosas, claras. Por las buenas, lo que usted quiera. Por las malas, yo por mi hija voy a presidio o al cementerio. Concretando: O se casa usted con nuestra hija antes de un mes, el tiempo imprescindible para pedir sus papeles, o usted firma, al negarse a ello, su sentencia de muerte. Ni más ni menos. Sé que es usted una persona digna, que es la persona de confianza de un señorón de esos que no se descubren ni ante el rey, y espero que usted no tendrá a esto nada que oponer. Aquí traigo el documento-compromiso, que ha redactado un jurisconsulto amigo mío, para que lo firme usted. Léalo. Verá que pone algunas cosas que no son verdad: por ejemplo, que usted ha recibido de ella cien mil francos para los muebles, y otras menudencias por el estilo; pero esto no es más que una pequeña garantía de buena fe que usted nos dará al firmar...

Como no sabía que contestar, dije:

—A un condenado a muerte se le dan unas horas de vida. Son las seis de la tarde. A las nueve pueden venir por la contestación, que será favorable, según creo.

—Sí, hombre, no es puñalada de picaro... Hasta luego.

—¿Pues de qué es la puñalada, si no es de picaro?

Esto le debí contestar, pero no dije nada. Me limité a acompañar a aquella pareja de carabineros hasta la puerta, con grandes reverencias e hipócritas sonrisas...

¿Qué hacer? Pasaban por mi imaginación ideas contradictorias en torbellino de huracán. ¿Era posible que aquella muchacha se presentase a tan villana acción, demostrando haber merecido los tiros del novio? ¿Era posible que aquella muchacha... llegase un día a convertirse en aquel horrible monstruo que era su madre, que el vello gracioso de hoy fuese el bigote recio de mañana, las barbas repugnantes del futuro? Pero, sobre todo, una cosa era indudable: Páquerette, para mí, había muerto. Y yo preferiría morir también, antes que casarme de aquella forma bárbara y canallesca.

Tras breves minutos tracé mi plan. Llamé al conserje. Le di quinientos francos de propina. Le conté la verdad del motivo de la visita de la joven a mi cuarto. Le pedí un *auto* a la puerta, le pedí que bajase el equipaje, le pedí... la cuenta, y al chofer le dije, y no es chiste:

—A Dijón.

Pero momentos antes de partir, ya en el auto, llegó una carta para mí, que leí en marcha. Era de ella. Y decía:

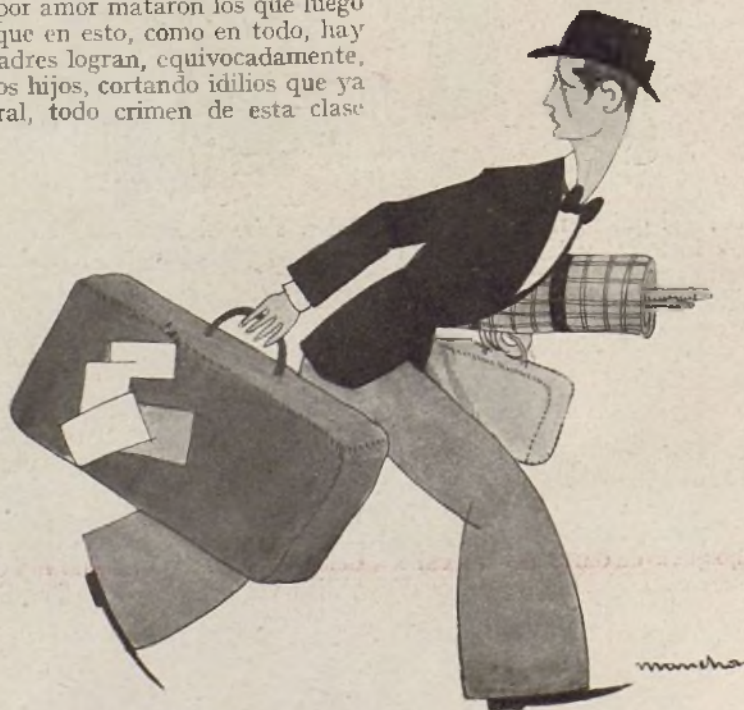
—«Sé que han estado a verte mis padres y lo que te han dicho. Estoy como loca. Nunca me casaré contigo, y seré lo que tú quieras para ti, menos tu mujer. No hagas caso a mis padres, por Dios. Haré que no vuelvan a visitarte, o me mataré en su presencia. Hasta luego.»

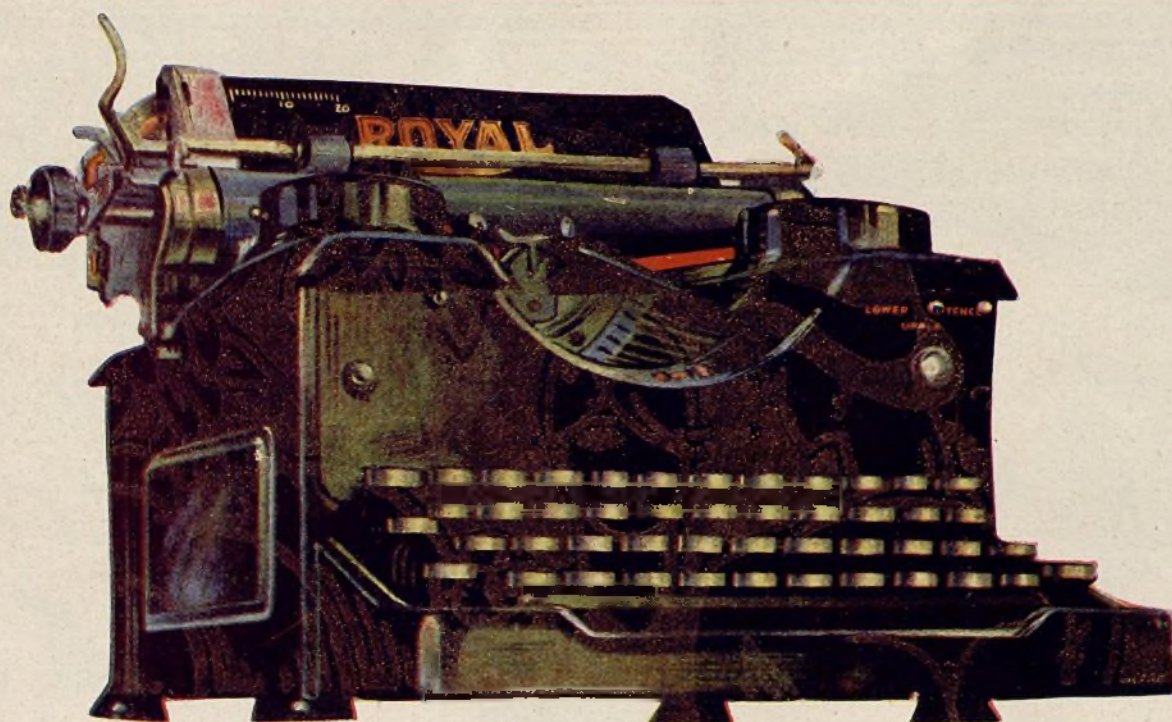
¡Pobre Páquerette! Estuve por hacer que el coche se detuviese, y volver, y verla, y abrazarla... Lloré, sí, lloré por ella. Pero no pude, no pude. La terrible visión de sus padres se interpondría entre nosotros siempre, siempre... Tal vez si no hubiese conocido a su madre habría vuelto a Lyon aquella misma tarde... Pero la facha de la mujerona, sus barbas, sus bigotes, me causaron verdadero terror...

¡Cuántas madres deberían ocultarse para que sus hijas fuesen amadas con verdadera ilusión! ¡Cuántas madres no se dan cuenta de que al mostrarse presentan al futuro yerno el retrato de la hija «treinta años después»!

ARTEMIO PRECIOSO

París, 1929.



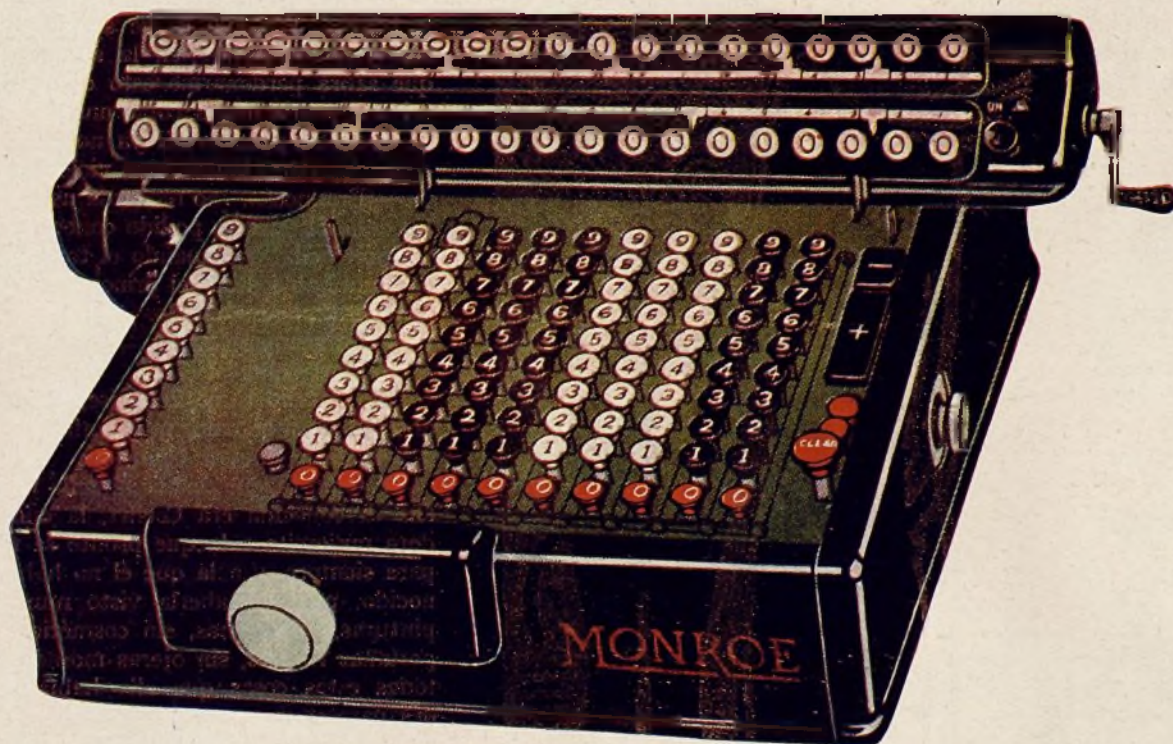


MODELO PARA OFICINA

1.400.000
en uso son la
mejor
referencia

MODELO PORTÁTIL

Una máquina para cada gusto y en
armonía con el mobiliario de su hogar,
de su casa de campo



La única
**CALCULA-
DORA**
completamente
automática

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS:

TRUST MECANOGRÁFICO, S. A.

CASA CENTRAL: AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER, 16, entlo., MADRID



UNA CARA

La venía siguiendo desde dos bocacalles antes, en que—al cruzarse—ella se le quedó mirando fijamente, con una mirada en la que el rubor se entremezclaba con la risa.

¿Dónde había visto él a aquella mujer?

Porque estaba seguro de que aquella cara, aquella manera de andar, aquellos ojos, e incluso aquel vestido, los había visto en ocasiones diferentes; pero, ¿en dónde, señor, en dónde?

Ya detrás de ella, mientras se preguntaba interiormente si debía abordarla como cualquier tenorio callejero o si era preferible seguirla hasta enterarse dónde vivía (por aquello de que por el hilo se saca el ovillo), repasó todos los lugares en donde hubieran podido conocerse. ¿Habría sido en los téis de algún hotel moderno?... ¿Acaso durante el veraneo?... ¿Sería alguna amiga de Cecilia, la encantadora mujercita con quien llevaba dos años de noviazgo y a la que ya pronto se uniría para siempre? ¿O sería una de esas mujeres que hemos entrevisto en la calle y cuya imagen, sin saber por qué, se nos ha quedado como cautiva en la retina?

Tuvo que acelerar el paso y dejar de hacer suposiciones. La mujer desconocida llegaba al andén del paseo lujoso y amplio por cuya calzada los autos silenciosos y cómodos lucían sus líneas elegantes que la caída de la tarde estilizaba en el asfalto. Se decidió a abordarla.

Y cuando ella se volvió y se encontraron frente a frente, él se cercioró aún más, mucho más, de que su cara le era conocida. ¡Si hasta recordaba la voz!

—Perdóneme—había hablado él—, pero es una duda tan enorme...

—¿Una duda? ¡Tiene gracia!

CONOCIDA

—¿Gracia?

—Ya lo creo; cuando nos cruzamos hace un instante, pensé: ¿dónde he visto yo a ese muchacho? No vaya usted a creer que le miré por otra cosa.

—Precisamente me ha sucedido a mí lo mismo. Por ello la he seguido y me atreví a acercarme, en la seguridad de que sabrá perdonarme esto que alguien, tal vez, pueda juzgar como una grosería...

Estaban parados; él ya no sabía qué decir. La situación se hizo violenta.

—Entonces... ¿no recuerda usted el sitio donde hayamos podido conocernos?—preguntó ella, acentuando el tono burlón con que habló desde el principio, y que a él le pasó desapercibido.

—Francamente...

—Pues... ¡adiós!

Se marchó muy de prisa, dejándole absorto y embozado, muy enfadada por que él no la hubiese conocido.

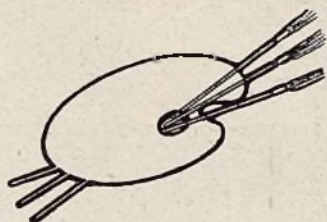
Y tenía razón, porque aquella muchacha desconocida era Cecilia, la encantadora mujercita a la que pronto se uniría para siempre, y a la que él no había conocido, por no haberla visto nunca sin pinturas, sin cremas, sin cosméticos, sin pestañas rizadas, sin ojeras moradas; sin todas estas cosas que ella había hecho desaparecer momentos antes con la enérgica ayuda de una toalla empapada en agua caliente, para ir a visitar a su tío, un hombre raro, «muy chapado a la antigua» y que no transigía con esos modernismos.

Y él se alejó, olvidado ya el incidente, sin comprender nada, dándole vueltas al junquillo que le servía de bastón.

MANUEL LÁZARO

Dibujo de Peralá.

LAS NUEVAS OBRAS DEL PINTOR ALCALÁ GALIANO



Alcalá Galiano



DEDICADO por entero al cultivo de su vocación artística, no se ha cuidado este pintor magnífico de labrarse un nombre popular, como hacen otros artistas, quizás con menos eficacia. Pero lo que no ha hecho él lo ha logrado el hechizo de su arte, siempre noble y evocador de glorias añejas. Técnica jugosa y encendida la suya, bañada de amplitudes modernas y de ecos lejanos; de hoy, sin olvidar el ayer adoctrinador...

Alcalá Galiano consiguió recoger la atención de la crítica docta, y si sus obras fueron siempre admira-

das con el respeto debido, acumulando en su persona los honores correspondientes, fué necesario que la prodigiosa labor desarrollada en estos últimos años adquiriera caracteres señaladísimos para valorizar el vigor exacto de sus pinceles. Alcalá Galiano fué siempre mejor comprendido y admirado con más amplitud en los círculos artísticos extranjeros, donde ciertos prejuicios no arraigan, siendo motivo, por el contrario, de nueva exaltación. Viajero enamorado de rutas diversas, devanador impenitente de áureas inquietudes, su paleta logró aprisionar el secreto recóndito del arte, dando lugar a una labor provechosa, sin estridencias de camarilla cafeteril o de cenáculo envenenado.

La decoración mural del hermoso Palacio de Justicia, recons-



Neptuno



La Historia (techo)



La luna



Las estrellas

truído con tan oportuno acierto, probó la eficiencia de su experta pincelada. Unánimemente reconocieron los críticos toda la luminosa gallardía que el pintor había derrochado para desarrollar su cometido, a cuyo depurado valor simbólico uníase la habilidad técnica de que pudo hacer maravilloso alarde. Y he aquí que nuevamente su actividad

artística es sometida a una prueba más esforzada. La decoración del nuevo y suntuoso edificio del ministerio de Marina, erigido en el madrileñísimo paseo del Prado. Alguien que no fuera un pintor de vocación decidida, hubiérase arredrado ante esta nueva empresa, ya que el recuerdo de los éxitos conseguidos con las pinturas del

Palacio de Justicia necesariamente habían de restar a esta segunda obra, por lo menos, la sorpresa y admiración de una primera dificultad, brillantemente vencida. Pero ved cómo el artista, dueño siempre de sus facultades creadoras, en posesión de nuevos secretos audaces, enamorado de líneas y colores, ha jugado su inspiración, proyectando sobre los muros la gracia rítmica de las ancestrales personificaciones acuáticas, o la evocación de las gloriosas gestas que a la vida del mar hacen relación pertinente.

La reproducción de las fotografías que ofrecemos aquí es el mejor testimonio de nuestras aseveraciones. Alcalá Galiano ha renovado los laureles de ayer; del impulso juvenil de sus pinceles ha brotado una obra digna hermana de todas las suyas, consolidando de manera definitiva el prestigio de su arte vigoroso, triunfador de insidias, que no han logrado rendir la fortaleza espiritual en que las elegancias del artista lo encastillaron. Ahí queda



Salón de actos del ministerio de Marina. Toma de Mallorca por Don Jaime.

Las nuevas obras del pintor Alcalá Galiano

*Eolo**Las corrientes*

su obra y ahí queda el cúmulo de sugerencias que inspiró a plumas de diversas latitudes y de variada envergadura. Naturales y extranjeros recogieron debidamente los ecos amplísimos de su fecunda labor, seguida muy de cerca por un selecto grupo de admiradores incondicionales que saben apreciar todo el dinamismo de que están impregnadas las obras de Alcalá Galiano. Y si todavía dudarán algunos de lo que su inspiración y sus talentos pueden conseguir en el cultivo de la pintura, las decoraciones murales del Palacio de Justicia y las flamantes del ministerio de Marina pregonarían brillantemente los méritos del artista con su ejemplaridad aleccionadora.

Todo un mundo de seres fantásticos y de héroes históricos despegaríanse de los suntuosos muros y de los fastuosos techos, clamando, con la voz solemne y ágil de sus líneas y de sus colores, la verdad incommovible de que Álvaro Alcalá Galiano es un pintor capaz de resucitar con su paleta las tradicionales verdades de la cultura española de todos los tiempos, para afirmar que en nuestra patria no se ha perdido la semilla vivificadora que hizo grandes a tantos hombres justamente venerados hoy.

Quede consignado el éxito del

pintor y lancemos en honor suyo un alalá juvenil, ofrenda de respeto y admiración por toda su obra.

SANDOVALES DE PEAL



Oquendo, mandando volar la santabárbara en el combate de Pernambuco (Ministerio de Marina)

ESTAMPAS ISLAMITAS



YASMINA, LA FLOR DEL ADUAR



A el sol proyecta, como una lanza inmensa, su último rayo sobre el arenal infinito.

Las sombras han invadido el palmeral, tiñendo de gris las aguas fresquísimas; pero, en los huertos cercanos, las norias no iniciaron su agrio cantar; con la noche, no despierta hoy de su sopor

este país de fuego.

¿Por qué no ha comenzado aún el bíblico desfile de las vírgenes? En vano aguarda la fuente la cuenca de sus cántaros y la armonía de sus risas; el silencio espera inútilmente que ellas vengán a señalar su fin... ¿Qué ocurre en el aduar? ¿Será ya eterna esta paz dolorosa? ¿Habrá muerto para siempre el sonido argentino de las voces de mujer?

Un grupo de dromedarios, cruzando el oasis, se dirige al poblado y se detiene ante la casa de Ben Daud. Todo parece muerto en la calleja. Un velo de tristeza envuelve la melancólica quietud de estos páramos. Diríase que ha de perpetuarse el dolor del mutismo y la niebla indefinida y tenue que esfuma el horizonte, que el cielo no ha de volver a teñirse de azul.

¡Llorad, oh palmeras!, inclinando hacia la tierra vuestras cabelleras verdes!

¡Llorad, frutos de oro!

¡Llorad, aguas transparentes!

¡Llora, firmamento! La adolescente que trenzaba las palmas, la que acariciaba con sus labios las mieles del desierto, la que se miraba en la fontana y leía su destino en las estrellas, abandona el aduar. Se aleja Yasmina de este suelo y se extingue la alegría de sus cantos, la luz rutilante de sus pupilas profundas, el perfume de su boca, más voluptuoso que el de la flor del cerezo y más suave que el de la flor del almendro.

¡Parte Yasmina para no volver nunca más!

Entre sus labios y el cielo se interpuso un velo de gasa, y Yasmina sólo podrá sonreír a su señor, porque Ben-Daud ha hecho con su hija un buen negocio.

En perpetuo estío, la tierra, torturada por la sed, se negó, vengativa, a dar frutos este año, y cuando la miseria asoma sus garras en cada hogar, Ben-Daud no vacila y enajena el tesoro que alegraba el suyo, y a cambio de Yasmina, cuya gracia y belleza habían extendido su fama hasta las colinas que baña el mar, recibió quince mil mo-



Una belleza islamita

nedas de plata, una fortuna para el humilde hortelano, que no conoció más bienes que los que le proporcionó su constante trabajo.

Esta tarde, Yasmina abandona el oasis, parte hacia Argel, donde ha de ser entregada a su dueño. Por eso, a pesar del frescor de la noche, permanece mudo, enlutado el aduar, aterradas las vírgenes ante la dureza de sus leyes; los mozos, entristecidos por la pérdida de aquella flor, demasiado bella para ser deshojada por ninguno de ellos, pero cuyo perfume aspiraban con deleite, considerándola como un bien común, y la triste resignación de la chiquilla ha levantado en el poblado una ola de hostilidad contra Ben-Daud.

Parsimoniosamente han preparado el *basur* los guías de la caravana, cubriendo con tapices de lana y seda la armazón de mimbre en la que la novia habrá de viajar.

Se ha entreabierto una puertecilla, han chirriado unos goznes y han aparecido dos sombras blancas que, apresuradamente, se acomodan sobre los cojines del *basur*. Se han corrido las cortinas, se ha incorporado el dromedario, y, mientras los hombres van montando, aquél comienza indiferente a caminar.

No se han escuchado los gritos de alegría de las mujeres, ningún fusil ha lanzado al aire su estridente estampido... Sólo ha rozado el velo de la noche magnífica un suspiro muy tenue, como un aleteo misterioso, como un sollozo del amor.

En la oscuridad de su prisión de seda, los labios de Yasmina permanecen herméticos; su sonrisa, brindada en todo instante a las flores, a las aguas, a las doradas dunas, queda hoy encerrada en el estuche de su boca, sellada por dos barras vivas de coral.

Durante toda la noche se deja mecer blandamente por el *navío del desierto*, que detiene su marcha al amanecer. Hace alto la caravana y se arman para el día las oscuras tiendas donde habrá de sufrir los rigores del sol con su madre, que en silencio la acompaña. Han depositado junto a ellas el arcón de cedro en que transportan los regalos del prometido, espléndidos en verdad, y Kadidya va desple-

ESTAMPAS ISLAMITAS

gando los velos, las camisas con amplias mangas de tul bordado, los cinturones de oro, los aderezos de coral y esmeralda, las pesadas pulseiras de tobillo, los collares de monedas, sin comprender, ella, que sólo se ornó con trocitos de vidrio, cómo tanta riqueza puede dejar indiferente a su Yasmína.

La chiquilla mira sin extrañeza, con el pensamiento lejano, como anestesiada por el aroma ardiente, voluptuoso e intenso que sube de la arena incandescente, diluyéndose en la cegadora atmósfera.

Los dromedarios, tras un largo sesteo, aman al calor del sol que abrasa sus lomos... Luego, con la noche, proseguirá su ruta la caravana.

Ignora Yasmína si le aguarda la desdicha o la felicidad; sólo sabe que gozará de una vida opulenta y muelle en un palacio de ensueño, de mármol y pórfido, perdido entre las frondas...; pero eso no basta para satisfacer las ansias de su alma vagabunda, y siente ya pesar sobre ella los muros de aquel jardín limitándole el horizonte, cuando allá podía correr en libertad por toda la llanura, con el rostro descubierto y al viento sus dos trenzas rojas. No tornará a contemplar las incomparables puestas de sol, ni a sentir en sus pies la caricia del agua manando rumorosa... ni a las estrellas les volverá a hablar, ya que sólo le será dado contemplar un rectángulo de cielo.

Un impulso de rebeldía la mueve a incorporarse. Ve a su madre dormida, y con el gesto felino, peculiar de las mujeres de su raza, se desliza hacia el tapiz que cubre la entrada de la tienda, levanta un pico y mira en derredor. Le ciega un resplandor de hoguera que la obliga a echar sobre sus pupilas el tul de sus pestañas, y formando una visera con su manita tostada, torna a observar. Nadie vigila. Presta oído... sólo escucha silencio, y animada por ese loco afán de libertad que de pronto ha sentido nacer en su pecho indómito, corre a la aventura, hacia adelante, hacia el oasis acogedor.



Queman las arenas sus pies descalzos y el sol clava sus dardos sobre su ropaje blanco, llegando hasta su piel. Laten sus sienes, su corazón salta anhelante, y corre sin descanso la chiquilla, como persiguiendo una fantástica quimera que huyera sin cesar.

Convulsa, de un tirón se ha arrancado el velo, descubriendo su boca, que, entreabierta, aspira el aire caliente, quemando su garganta, torturada por la sed.

Ya son vacilantes sus pasos. Algunas veces flaquean sus piernas; pero, irguiéndose, prosigue la ruta, sacando de su flaqueza misma un nuevo ardor.

Ya no camina en línea recta.

¿Dónde va ese fantasma de juventud y de esperanza? ¿Cuál fué su visión de engañoso espejismo?

¡No alcanzará la meta de su ensueño! ¡La Vida está velando! ¡No confíes, Yasmína. La vida es implacable, no se olvida de ningún corazón!

Ligera como un velo, cae sobre las arenas la fugitiva, dejando labrado en ellas el molde divino de su faz.

* * *

Torna al aduar la lúgubre comitiva. En el *basur* se oculta el cuerpo escultural de la novia, apenas púber. Junto al dromedario camina cabizbajo el padre de la muerta. Sólo tres palabras han salido de sus labios: «¡Dios sobre todo!» Tal fué la oración de Ben-Daud.

* * *

Se ha ocultado el sol. Comenzó el bíblico desfile de las vírgenes. La fuente vierte sus lágrimas en la cuenca de sus cántaros; suenan tristes los lamentos de las norias. Lloro el manantial... Un espinillo albo vierte la lluvia inmaculada de sus pétalos sobre un trozo de tierra donde se marchita una flor.

REMEÉ
DE HERNÁNDEZ

LOS FANTASMAS DEL ARTE

NUEVAS
SALAS
EN EL
MUSEO
DE
REPRODUCCIONES
ARTÍSTICAS



A prolongada interinidad del secretario del Museo, Gonzalo Díaz López, ha florecido magníficamente con las rosas triunfales del éxito que la apertura de las nuevas salas ha constituido. Lejos ahora de los brillantes reflejos de la actualidad, apagados los ímpetus de la curiosidad primera, queremos destacar en estas páginas la labor modesta por lo silenciosa, pero eficazísima, de Gonzalo Díaz López.

Poeta enamorado de los silencios hondos y de las contemplaciones profundas, encerró en la secretaría de este Museo las juveniles rebeldías de sus románticas ambiciones literarias. Y como buen poeta, bebedor de añejos caldos pariguales de los que solían degustar el placentero arcipreste Juan Ruiz o el clérigo peregrino Gonzalo de Berceo, encontró en su soledad motivo de nuevas inspiraciones. Sistemáticamente dióse a la labor de acrecentar el patrimonio artístico del Museo. Los yesos frágiles cobraban vigores nuevos a impulsos de un arte siempre joven. El poeta dilapidaba los hondos silen-

cios en las salas amplísimas, ordenando las nuevas colecciones y logrando dar la impresión más oportuna. Y a la variedad de la colección clásica se ha ido uniendo esta otra variedad no menos armoniosa de las colecciones medievales y renacentistas, españolas y extranjeras. La iniciativa feliz de Gonzalo Díaz López encontraba luego valedores eficaces. Se había educado en el culto por el arte de sabios maestros como Mélida y Poggio, y así no le ha sido difícil proyectar las audacias de su espíritu ecléctico a lo largo de su labor persistente.

Grata labor la suya, porque los ojos bañados de nostalgias de juventud no muy lejana todavía, cargados de sugerencias ancestrales, podían acariciar la mentira de un mármol delicado, de una madera auténtica, en los yesos humildes engrandecidos por el milagro fecundo del molde que les dió forma. Y en estas salas, los evocadores bizantinismos románticos, las agilidades flamígeras del gótico y la fragancia deslumbradora del Renacimiento cantan sus canciones más bellas. Aquí el doncel sigüentino continúa leyendo su leve horario devoto, y el inflamado príncipe D. Juan—verso truncado en la em-

LOS FANTASMAS DEL ARTE



Un aspecto de la sala medieval español



Un rincón de la misma sala medieval

presa de la reconstrucción nacional que iniciaran sus padres, los Católicos Reyes—puede seguir proyectando su inmarcitable gracia juvenil, traído desde un convento de Ávila, donde yace su sepulcro. Y Padilla, y el Tostado, y Tavera, tienen aquí sus efigies famosas. Joyas diversas de la España vieja, hallaron su apropiada representación en este recinto, que al cabo de los años, luego de haber sido la morada de un rey poeta y galanteador, ha venido a ser refugio de tanta copia de reliquias nobles.

Gonzalo Díaz López, animador de este retablo sugerente, pajecillo y rey al mismo tiempo de las obras que custodia su diligencia, sentiráse feliz en

presencia de su labor fructífera; y los enamorados leales del arte de honrada ley, creyendo en la verdad de muchas mentiras exaltadas por el mundo falaz y huido, nos refugiaremos bajo el ala tibia de la palabra fervorosa y amigable de Gonzalo Díaz López, y al recorrer, prendidos de líricas evocaciones, las nuevas salas de este Museo, podremos sentirnos orgullosos



Salón central de la estatuaría Renacimiento español



LOS FANTASMAS DEL ARTE

Estatuaria renaciente francesa y belga

sos de saber que hay hombres todavía capaces de arrancarse la mejor de sus joyas—inteligencia finalmente cultivada en el amor al arte—para prodigar en labores fecundas como ésta, de espaldas al ruido bullanguero de la batería multicolor, todo el entusiasmo de un espíritu selecto, alma de poeta y corazón de artista.



Escultura medieval belga

Renacimiento español

¡Museo de Reproducciones Artísticas en el casón de los antañones jardines del Buen Retiro, animado todavía por el recuerdo del rey Felipe IV! En sus salones vive hoy el arte de los mejores tiempos, que nos habla majestuosamente con el ritmo de sus líneas inmortales. Que los hombres de hoy, devoradores de inquietudes apresuradas, vengan a este rincón para saborear la quietud de muchos siglos jóvenes todavía. Y que Gonzalo Díaz López pueda animar su visita con las luces de su ingenio amable y de su cordialidad a prueba de ingratitudes y de olvidos.

RAFAEL LÁINEZ ALCALÁ

Fotos Moreno.

SEGUNDO DESCUBRIMIENTO DE ESPAÑA O NUESTRA MODA

POR

MARGARITA NELKEN



... o la mantilla goyesca «de verdad» de una Amalia Molina



ERANO. Y verano *nuestro*. O sea resurrección castiza—o casticista—de todos los años.

¿Influencia de las verbenas?

Pero las verbenas no se habían interrumpido. Y la moda verbenera, sí. No hace todavía mucho, el casticismo era feudo de las Castas, Susanas, los Julianes y los Don Hilariones. Así como, pasada la hora de las devociones mañaneras, *no se salía de velo*, pasado el tendido de la plaza, es decir, al llegar a la delantera de grada o al palco, *no se iba de mantón*.

(De noche, salida de teatro. O el chocolate, siempre a la francesa. ¿Recordáis la indignación, el grito en el cielo, de la condesa de Pardo Bazán el día en que, en un hotel madrileño, el *maitre* le contestó despectivamente que *allí* no tenían azucarillos?)

Como muchas otras cosas, este casticismo nos lo han descubier-

to desde fuera. Es el segundo descubrimiento de España. El primero correspondió a la época romántica. ¡Este segundo corresponde a la época que se cree práctica y utilitaria por excelencia. Y ambos convergen en el punto del «color local»! De un pintoresco que, por lo visto, no es tan superficial como se complacían en afirmar algunos al regresar de hacer como que estudiaban en Oxford.

Del primer descubrimiento no hicimos mucho caso. Mejor dicho: no lo aprovechamos: *Carmen* era una cigarrera que no podía imponer modas, y Teófilo Gautier hablaba de unas posadas en las que nunca hubiéramos puesto los pies. Tampoco ahora nos influiría en nada Carco, con los personajes por demás subrayados de su *Printemps d'Espagne*. Pero el segundo descubrimiento... ¡Ay! éste nos ha llegado al alma. (*Nos*, somos aquí las mujeres.) Éste nos ha hecho suyas. Y es que lo han perpetrado los modistos, y que nadie se atreverá a comparar la influencia que pueda tener la moda con la que

SEGUNDO DESCUBRIMIENDO
DE ESPAÑA
O
NUESTRA
MODA



Séllica Pérez Carpio.



Conchita Fernández

pueda tener la literatura, por mucha música de Bizet que la acompañe.

El día en que a un modisto parisino se le ocurrió que el mantón de Manila era decorativo, nuestro casticismo estaba salvado. Como en la época en que Baltasar Castiglione aconsejaba a los elegantes de Italia copiasen el traje negro de los españoles, el cetro de la elegancia tornaba a ser nuestro. Siquiera en verano.

Vino de fuera. Por allá pierde un poco de acento. Con frecuencia aparece tan a la francesa, o tan a la inglesa, que es difícil reconocer el acento verdadero en esos «châles espagnols» pintados o bordados a orillas del Sena. Mas, no hay que enfadarse; es la verdadera popularidad, la de los trajes de las nodrizas de Petrushka, tan sabrosamente rusos, y que ninguna nodriza rusa llevara, como no fuera en carnaval.

Estos mantones que usted me asegura parecen caídos desde un quinto piso sobre los hombros de las que los llevan, o estas mantillas «estilo revista», como la que nimba la parisina sonrisa de Fernande Diamant, son precisamente la prueba de nuestro triunfo. Mucho más que los pañolones reciamente castizos de una Séllica Pérez Carpio o una Conchita Fernández, o que la mantilla goyesca *de verdad* de una Amalia Molina.

Siga, pues, usted, señora, comprándose un mantón «regio» cada vez que pueda darle otro «sablazo» a su marido; y usted, señorita, siga despojando el piano familiar cada vez que logra que sus papás la saquen de noche. Es la moda. La moda nuestra. Por una vez, el cetro es nuestro.

MARGARITA NELKEN

Cuentos de la marisma

EL TORO HUÍDO



En el soviento de la era, montón de mullidas pajas entretejidas y aromadas por el viento salobre, dormían vestidos, cara al cielo, en quietud tonificadora, los gañanes del cortijo. El día anterior sopló con fuerza el solano, el viento terral que achicharra y ahoga, y hasta la tarde no fué vencido por la acariciadora marea, que puso en las manos de los labriegos los bieltos y las palas, a cuyos rítmicos movimientos—de rápida sumisión primero, de pausado triunfo después—fueron separados los granos en dorados surtidores. Cuando las cribas, como enormes panderetas, sonaron regocijantes en la definitiva faena de depurar la mies, ya asomaban en lo alto los luceros sus cabecitas luminosas.

De la llanura en sombra se elevaban en inquietante confusión los miles de ruidos que sólo las noches estivales armonizan, y en los que, a veces, predomina en un momentáneo silencio parcial, o bien el chirrido agudo de un grillo jocundo, o bien el rugido retumbante de algún toro de casta que al cerrado cercano le llevaron los vientos del sur el misterioso efluviio de las vacas en sazón.

—Joselillo, y tú, Manuel, arriba que ya es la hora—mandó la voz adormilada del manijero, mientras sacudía a dos mozos que sobre la paja dormían.

De un salto, sin desperezamientos, los muchachos se pusieron de pie, esperando las órdenes del mayoral.

La carreta abatida esperaba al borde de la era; los bueyes rumiaban en el establo, donde se concentraba un fuerte olor a heno humedecido.

¡Alféerez! ¡Lucceero!, sonaron acariciadoras las voces de los mozos, en tanto desataban de sus pesebres a los bueyes que atendían por estos nombres.

Lentos, mansos, con la sumisión de quien le ahogaban al nacer todos los impulsos de rebeldía, ponen el duro cuello al oprimente yugo, y la carreta, como una plataforma horizontal, o un rústico paso de procesión en el que se yerguen como fantásticos candelabros las retorcidas estacas, se balancea dulcemente.

Por la vereda amplia rueda despacio la carreta, abriéndole paso entre las sombras de la madrugada, tibia y oliente, los pesados bueyes, a los que, con la aguijada al hombro, guía Joselillo, mientras Manuel, tendido en el vehículo, con la cara hacia las estrellas, piensa en la chavalilla que en el pueblo espera el término de las faenas estivales que han de redimirla de su mocedad monótona. El cariño de Manuel, hondo, lento y seguro como el rodar de la carreta y el tránsito de los luceros que contempla, le hace poner en sus labios una copla que suena en el fondo de la noche como un repiqueteo de esperanza, a la que contestan con sus cortados trinos las madrugadoras alondras:

No hablarme de libertad,
que yo libertad no quiero;
que me encuentro muy a gusto
en su querer prisionero.

Joselillo también añora sus amores; pero fueron amores desgraciados que canta lleno de honda tristeza en una copla urdida en la gañanía durante las largas soledades de las noches de invierno:

Cuando se seque la fuente,
esa fuente tan amarga
donde te fuiste a beber,
mi cariño será el agua
que te apagará la sed.

La carreta continuaba su marcha lenta en dirección a los cerros lejanos, donde las gavillas de trigo en sazón esperaban amontonadas su conducción a la era de la llanura. Hacia el poniente se oía distinto el grave sonar de los cencerros de alguna parada de cabestros conduciendo, tal vez, a la ciudad una corrida de toros.

—¿Tendremos algún percance?—preguntó inquieto Joselillo, haciendo tan rápida parada que la yunta, perdido su equilibrio, retrocedió unos pasos.

—No hay cuidado; la corrida va de pasada—afirmó el compañero, mientras con agudo oído de campesino escuchaba el acompasado sonido de los esquilonos.

Y en tanto Manuel seguía tarareando sus coplas de amor fuerte y correspondido, Joselillo, al continuar la marcha, ahora titubeante, recordaba con escalofríos las historias sangrientas de rescas desmandadas; de novillos peleones que en el bochorno de su derrota saltaron el cerrado ciegos de furia; de toros monstruosos por su vigor y su gordura que, rompiendo las fuertes alambradas, arrollaron trágicamente todos los obstáculos para librarse de su forzada abstinencia sexual...

Un resoplido vibrante y arrebatado sonó a corta distancia del carretero, que vió en las tinieblas dos puntos de luz que se posaban en él con fijeza hipnotizadora, paralizando sus miembros. Adivinó la enorme silueta de la fiera presentida, nimbada por una blanca nube de polvo escarbado por sus recias pezuñas, y, paralizado por el miedo, cayó la aguijada sobre la cornamenta de la yunta, dejándola inmobilizada. Un bufido cortante precedió a la rápida acometida. Manuel, impotente y mudo por el terror, con los ojos desorbitados, vió cómo su compañero, con los brazos abiertos y las piernas contraídas, era elevado en las sombras, rebotando en las duras astas de la fiera enloquecida.

Las luces rojas de la mañana, que asomaba perezosamente por entre la cortina de árboles del río lejano, guiaron hacia el lugar de la tragedia a los garrochistas que buscaban al toro desmandado.

J. RODRÍGUEZ MATEO

Dibujo de Martínez de León.

UN HOMBRE RECUERDA SU PASADO

Novela por M. Constantin-Weyer
Obra que obtuvo el Premio Goncourt 1928

Traducida al español por A. P. - Copyright Agence Littéraire Internationale, 4 et 6, Place du Panthéon. Paris - Derechos adquiridos para España y la América latina por la «Editorial Preciosos».

Ilustraciones de Peral.



(Continuación)



A PENAS las dos patas delanteras abandonaban la tierra, el caballo, aligerado, acentuaba su esfuerzo. Sin equilibrio, el ruano volvía a caer torpemente sobre sus cuatro miembros y se dejaba arrastrar algunos pasos, titubeando.

La rapidez con que los dos ruanos, con el cuello magullado, comenzaron a obedecer a la acción del ramal, llenó de estupefacción a los granjeros.

—¡Entienden su oficio!—refunfuñó O'Molloy, acariciándose la barba.

—No se haría un libro muy gordo con lo que nosotros ignoramos—repuso alegremente Napoleón. Y, dirigiéndose a Hannah: —¿Quiere usted todavía montar uno de estos dos?

No; era imposible sonreír más agradablemente. (A lo menos, en aquel instante, yo lo imaginaba así.) Descubrió sus dientes y movió la cabeza. Después, con una mirada de intención mía:

—Puede ser que Archer, que lo sabe hacer todo, quiera probar fortuna.

Cogido en la trampa, el rojo (que estaba asombrosamente pálido) aceptó. Como quien no hace, Napoleón le preguntó en cuál de los dos quería cabalgar. Designó el mío; en seguida se lo ensillamos. No era un trabajo fácil. Yo lo mantenía de cerca, con el ramal en una mano, y comprimiendo sus narices con la otra. Soplabla y resoplaba, hinchando y deshinchando sus flancos, cubiertos de polvo y espuma. Hábilmente, Napoleón le pasó un cordel alrededor de una pata que levantó y mantuvo, amarrándole con una sobrecincha. Luego, rápidamente se dispuso a ensillar y encinchar al animal. Hinchando los flancos, éste resistía a la presión de la doble cincha. Pulgada a pulgada, el mestizo dominaba al

caballo... Por fin, pudimos invitar al irlandés a subirse a la silla. Rehusó el ofrecimiento que le hice de prestarle mis espuelas mejicanas de agudos dientes. Esto acababa de echar su suerte. Diez segundos después, le ayudábamos a levantarse, mientras el ruano, haciendo chocar fuertemente los estribos por encima de la silla, poniéndose de manos, coceando por la grupa, continuaba alegremente sus saltos de carnero, con el vano empeño de enviar la silla adonde el jinete. Archer no tenía más herida que un vasto desgarrón en su camisa de percal negro, y una llaga en su amor propio. Pudiera ser también en su amor, simplemente. Aunque su derrota me había hecho más difícil la tarea, dominé fácilmente la resistencia del ruano.

En seguida, Archer pretestó que tenía trabajo.

—¡Vaya usted si quiere!—gritó el coloso—. Yo me tengo bien ganado medio día de reposo... El diablo lleve sus caprichos—, dijo viendo a Archer dirigirse hacia la granja, silbando.

Vi cómo Magd, riendo, pellizcó en el brazo a Hannah. Ésta me miró, mordiéndose los labios de risa. Entonces me interesé más por ella. ¿Sería ella la puesta en una lucha entre el irlandés y yo? Ciertamente, y el deseo de la conquista redobló el deseo que ya tenía de enganchar mi ruano a un carromato al lado de un caballote viejo prestado por O'Molloy. Aturdido por las anteriores brutalidades, ya convencido de la potencia del hombre, el caballo no manifestó sino un torpe asombro. Imitó el andar de su congénere. Y bajo la influencia del látigo, consintió en hacer un esfuerzo para tirar del vehículo.

En seguida, O'Molloy me pidió precio por el tronco. Yo lo fijé en trescientos dólares, ofreciéndole rebajarlo a doscientos cincuenta si quería alquilarme, para el tiempo que



tardase yo en vender el resto de mis caballos, una pradera bien resguardada, que pertenecía a la granja y que yo había atisbado durante la mañana. No exigía sino, todo lo más, la mitad del precio a la entrega de los caballos. Para el resto me daría pagarés garantizados sobre fianza de los mismos.

Flaca, con su vestido de percal azul a lunares blancos, la señora O'Molloy intervino. Su nariz larga y delgada osciló de izquierda a derecha, mientras intentaba hacerme rebajar veinticinco dólares.

Como buena granjera, Hannah se unió solapadamente a ella. De buen grado le hubiese cedido, en reconocimiento de la hospitalidad recibida. El proceder de la hija me irritó. Me puse a desearla y aborrecerla a un mismo tiempo. Repuse con bastante sequedad que no había robado los caballos y que no quería perder dinero.

—Además—añadí—, no me dan pena. La señora O'Molloy me dirá lo que le debo por su hospitalidad, y me marcharé en busca de otros compradores, pues el tiempo vale dinero.

Mi argumento surtió efecto. La señora O'Molloy gritaba, señalando con su mano el noroeste:

—Vaya a proponerle a la señora Mac Pherson el pagarle dos o tres pobres comidas que usted puede tomar en su casa. ¡Puede ser que ella necesite dinero,

¡Dios la bendiga!, para comprarse un vestido decente para los domingos! ¡Mi viejo no es un borracho como ese escocés de Mac Pherson! ¡Tenemos aún en casa un saco de harina con que poder cocer el pan! ¡Ah! ¡Sí que le pagaría bien ese Mac Pherson! ¡A Dios gracias, aquí hemos hecho siempre nuestras deudas con el dinero constante y sonante! Quisiera que saliese el hombre a a quien los O'Molloy le hayan hecho perder un dólar!... ¿Qué digo un dólar? ¡Ni un céntimo!

Colorada (estaba así encantadora, y yo lo notaba), Hannah decía:

—Es verdad, padre: son hermosos sus caballos. Enganchados al coche de cuatro plazas, harán muy bien, para ir los domingos a misa, y así descansarán Joe y Cassy, pobres viejos, que ya se fatigan bastante durante toda la semana, trabajando en el campo.

—¡Ah! ¡Si Archer estuviese aquí!—decía suspirando el gigante barbudo, incapaz de tomar una resolución—; pero el condenado, con su perro carácter, se está pasando el malhumor sobre los surcos que labra, ¡y todo eso porque su orgullo le ha tentado para volverse *cow-boy* dos minutos de su vida, y de lo cual se resienten sus huesos!

—Al diablo con Archer—gritó Tim—. ¿No podemos arreglar nuestros asuntos nosotros mismos sin recurrir a ese gañán? «Archer, ¿puede hacerse esto? ¿puede hacerse aquello?» Acabaremos por no saber quién manda aquí, si el amo o el criado.

—¡Archer es tan instruido!—abogó melancólicamente el coloso, pasando la mano por su barba de plata y oro... Mas, si estáis todos de acuerdo, Archer no dirá nada, seguramente.

* * *

¡Y Archer no dijo nada! Aislar a Hannah de mí, tal fué aquella noche, con los cabellos en desorden, su única preocupación. Le ayudó la llegada de un muchacho moreno y débil que hablaba un inglés detestable y que, su *buggy* desenganchado, se refugió en Magd. Ella me lo trajo. Era francés y se llamaba Pablo Durand. Me elogió la tibieza de su Turena natal. En francés, para que Magd no comprendiese nada, me confió que un amor desesperado le había conducido a escoger entre el suicidio y la ausencia.—Comprendo que usted haya escogido el destierro—le dije—. Amaría seguramente, con menos espí-

Un hombre recuerda su pasado

ritu que usted. Pero me parece que yo no concebiría el amor más que hasta el suicidio exclusiva- mente. Al menos, tengo el placer de ver que el Canadá le proporciona a usted algún consuelo. Designé a Magd, que sonrió sin comprender. Él enrojeció.

—¡Si usted supiera cuán encantadora es—, dijo suspirando. No tiene quién la iguale.

Y, cogiéndole el brazo, la besó.

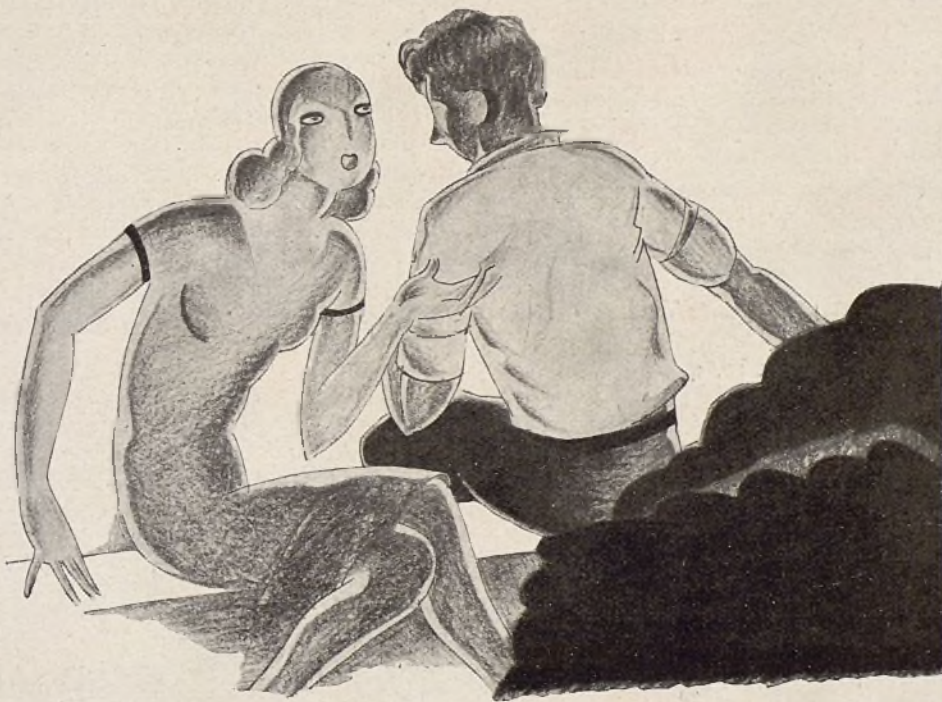
Conmover y un poco ridículo, llevó hacia el otro grupo su certidumbre del momento: que ninguna mujer podía compararse con Magd: ¿Le querría ella también hasta el suicidio o hasta el destierro? «No tiene quien la iguale»... Y, sin embargo, el oro de los cabellos de Hannah era más rico. Más blanca también la piel. ¡Y la cascada de aquella risa, que una reflexión de Archer hacía fluir! Ciertamente el rojo tenía buen gusto...

Le aborrecí más todavía. La instalación, en una parte de la cuadra, de las adquisiciones del coloso, vino, afortunadamente, a distraerme. Napoleón conducía los potros, danzando pesadamente a través de los campos. Llevaba en una mano la liza de una de las dos caballerías y había atado la de la otra a la cola de la primera. Ante el asombro de los irlandeses, la seguían con docilidad. La señora

O'Molloy supuso que había algún hechizo. Su espíritu celta no se desasía enteramente de un paganismo subconsciente. Me admiraba de que, desde San Patricio, no hubiesen muerto las reminiscencias de aquellas viejas fábulas drúidicas. Así, en Francia, el más católico de los bretones evoca aún, durante las veladas, muchas supersticiones de la época de Judicael... Me gustó dejar a la granjera en la duda. Además, a la vista de la cuadra, los dos caballos comenzaron a inquietarse, y yo tuve que ir a ayudar a Napoleón.

El mestizo se encargó de la más salvaje de las dos bestias. ¡Aquella cuadra, que parecía un monstruoso cepo! Resopló, y a pesar de la sensibilidad de la nuca en el sitio quemado

por la cuerda, se enderezó bruscamente. Napoleón estuvo a punto de caer. Llevé la mano al bolsillo de detrás, dispuesto a sacar el revólver y matar al caballo. Había visto hacía algún tiempo reproducirse el mismo accidente. Pillado entre las patas de un caballo que pifaba salvajemente, yo mismo no debí la vida sino a la pronta decisión de un *cow-boy* que fulminó al animal de un balazo en el cerebelo. Mas, ágil, el mestizo había recobrado ya el equilibrio. Con la mano izquierda apretó las narices del caballo y lo dominó. Después, soplandole suavemente en la nariz, subió la mano hasta los ojos, y los acarició suavemente. Todavía más arriba, sus dedos cosquillearon agradablemente al animal detrás de la oreja. Resopló menos estrepitosamente. Diez segundos más tarde, estaba amarrado a un pesebre repleto de heno, contemplando con curiosidad y sin apetito éste algo desconocido: la avena. Y su compañero le seguía dócilmente. A Tim, que parecía tan cariñoso como fuerte, y que se le sentía incapaz de ponerse nervioso, Napoleón le cotorreó varios consejos acerca del modo de tratar a los dos animales para dulcificarlos... Al lado de los grandes caballos *clydes* del granjero, la nueva pareja aparentaba ser muy ligera; pero yo le hice notar al coloso la belleza oblicua de los lomos y la limpieza de los miembros sin reproche. Le aseguraba (y sabía que era verdad) que este tipo de caballos le daría más satisfacción que ningún tipo de gigantes de la especie ecuestre, y le costaría mucho más barato. Esto eran verdades elementales en el oeste, pero nuevas para un hombre que había aprendido la labranza en las fuertes y grasas tierras del Ontario. Con la cabeza baja, acariciándose meditativamente la barba, O'Molloy escuchaba la lección sin decir palabra.



... Salimos del establo. Semajantes a unos personajes de estampa, las dos parejas, un poco separada una de otra, Archer y Hannah, Paul Durand y Magd se hallaban sentados sobre una valla. Detrás de ellos, los últimos rayos del sol poniente daban oblicuamente sobre sus nuca, dorando las de las muchachas y acabando de incendiar al rojo.

Galante, con su camisa de percal raso negro y su mandil azul rayado de blanco, Archer debía desplegar toda su elocuencia para hacer olvidar mi presencia a Hannah. Así juzgaba yo, oyéndole reír muy fuerte; muy vulgarmente, pensaba yo con severidad. Pero esa vulgaridad era encantadora. Para reír más a gusto, echaba su cabeza hacia atrás, y yo veía temblar la resplandeciente blancura de su nuez de Adán y el misterio velado de indiana, de sus duros senos jóvenes... Me puse a imaginar no sé qué catástrofes, un incendio, por ejemplo, durante el cual yo me revelaría cual un héroe... Una especie de espejo interno me reflejó mi propia imagen, y me sentí ridículo.

Me decidí a mí mismo, apretando los dientes, a empezar desde el día siguiente a vender los caballos. Esta ocupación, haciéndome esclavo de algo muy distinto, me libraría de este amor y de este odio, que nacían gemelos y que ya me espantaban.

Los Mac Pherson, los Grant, los Campbell, opusieron a mis argumentos la prudencia comercial escocesa. Sus ojos, enrojecidos por el abuso del *whisky*, no impedían a Angus Mac Pherson el inclinar su largo cuerpo moreno y flaco y mirar de muy cerca.

Grant, sileno hilario, tenía siempre en los labios una broma que le impedía concluir.

Y Jimmy Campbell, levantando hacia la boca su negra barba y mascándola al mismo tiempo, repetía: «Sí. Sí. ¡Ya veremos!» Angus Mac Pherson me dijo que deseaba ver a algunos de mis caballos domados y enganchados a la yunta junto a los suyos propios. Yo evité la evidente astucia del avaro, que deseaba hacer labrar gratis algunas parcelas de su campo. Rehusé.

Dirigí entonces los tiros hacia el enorme Grant, que me parecía más manejable. Estaba atacado por la enfermedad de las citas bíblicas, y las discusiones se hacían interminables; de tal modo se apoyaba en la prudencia de los libros santos. Debía saber de memoria los *Proverbios* de Salomón. Pastor laico, con su camisa sucia y sus tirantes recompuestos con pedazos de cordel, interrumpía una broma para decir, hinchando su voz de bajo: «Así está escrito en los *Proverbios*: o: ¡Sencillos de espíritu!, escuchad la voz de la prudencia, y vosotros, ¡locos!, tened un corazón inteligente». O bien, plantando su horquilla en un montón de heno, se lanzaba a la exégesis de un versículo: «¿Puede usted decirme, hombre, cómo interpreta usted tal texto?» Entonces no tenía yo más remedio que confesarle mi crasa ignorancia en cuestiones teológicas. Satisfecho por haberme ganado en una cuestión espiritual, escuchaba más amablemente mis argumentos.

Además, el mismo O'Molloy me proporcionó un refuerzo. Apoyados a la puerta de la cuadra de Grant, vimos pasar por el camino real los dos ruanos enganchados a una buena carga de heno. Acostumbrado a reconocer desde lejos, por su pelaje y su corte, todos los caballos del distrito, Grant se sorprendió de no conocer aquellos dos. Yo le hice el historial del tronco adquirido entre los más salvajes. No obstante, la aplicación que hizo del verso: «Y mis labios se abrieron para decir cosas justas, pues mi boca hablará la verdad», que yo creí primero ser una duda, era que, por fin, admitía que estos caballos pequeños, según estaban las carreteras, podían hacer un trabajo útil, casi equivalente al que él obtenía de sus grandes *clydes*. No obstante, pesaban de ochocientas cincuenta a novecientas libras cada uno, mientras que los enormes animales traídos del Ontario

Un hombre recuerda su pasado

tenían, aproximadamente, mil trescientas. Esto significaba una sensible diferencia de alimenta-

ción. Cuatro galones de avena bastaban ampliamente para un caballo de este tipo; eran menester seis para los suyos.

Estos argumentos le chocaron. Se declaró vencido, citando el viejo proverbio escocés: *Un hombre voluntarioso debe tener libre el camino*. Este hombre voluntarioso era yo, a quien él invitó a una mesa sana, pero más frugal que la de los O'Molloy, para tratar la venta de los caballos. E, interiormente, me aplaudía el haber sido tan tenaz como el escocés. En mi mente había repartido a cada uno de los habitantes del distrito, uno, dos y hasta cuatro caballos, según la extensión de su cultivo. Bien era verdad que yo acababa de imponer mi voluntad a uno de los tres compadres del distrito, mal que le pesara a la enseñanza patente que ellos habían aprendido de este otro proverbio de su raza: *Escocés, espalda sobre espalda*. La Pradera podía muy bien haber muerto; pero una vez más el *cow-boy* vencía al granjero.

La agria fealdad de la señora Grant se desató en severas palabras contra los O'Molloy. «¿Qué idea había tenido yo de haber ido a pedir hospitalidad a aquellos irlandeses? ¿La de los escoceses no era proverbial? ¿Pensaba que hubieran podido imponerse a mi conciencia de católico, que yo tenía la desgracia de ser, para mi salvación eterna? ¡A Dios gracias! La retribución no pertenece sino a Dios. Y hasta podía ser (pues se veía que yo era un muchacho simpático y hubiera sido lástima que no llegara a ser un elegido) que por fin abriera los ojos a la verdad.»

Con la boca abierta en semicírculo hasta las orejas, la señora Grant criticaba a la señora O'Molloy el dejar «a esa muchacha» Hannah enamorarse de Archer Joyce. No se sabía de dónde había salido aquel individuo, sino que fué bastante truhán para combatir al Imperio durante la guerra surafricana. ¡Qué lástima que no le hubieran fusilado!... Tenía toda la sangre de aquellos holgazanes que en 1870 predicaron la rebelión contra Inglaterra e hicieron un *raid* aventurado e incendiario en las mismas fronteras de la muy leal



PERADO.

provincia del Ontario.» — En casa de Mac Pherson, el rojo no fué objeto de más tiernos comentarios.

Tendiéndome un vaso de *whisky*, el enjuto granjero me invitó a vaciarlo a la memoria de Guillermo de Orange, que «libertó a la Gran Bretaña de pretendientes, de papistas, de latosos y de patanes, según la fórmula consagrada desde hacía doscientos años. A mí también me tocaba, pues yo era *papista*. Sonriendo, se lo dije a Mac Pherson, quien se disculpó finalmente:

—Yo no quería hablar más que de ese irlandés condenado. Si algún día pasa algo en el distrito podrán empezar por prenderle sin necesidad de ir más lejos.

La reprobación universal que pesaba sobre Archer—excepto para los O'Molloy y Paul Durand—me llevó un tanto hacia él. Después de todo, yo sabía muy bien de lo que se trataba. Archer era uno de aquellos celtas indisciplinados, rebeldes, batalladores y charlatanes, como los hay desde hace tantas generaciones. Pertenece a la misma sangre que desesperó a todos los soberanos de Inglaterra, y que, no menos que la pérdida de Calais, emponzoñó los días de la Gran Isabel. Eran exactamente los hermanos de aquellos galos anarquistas y habladores, siempre en guerra entre ellos y con sus vecinos, y prestos a fomentar las más imprevistas intrigas.

Un hombre recuerda su pasado

Aquellas pelucas de fuego han incendiado siempre el Imperio británico. Fiel al genio de su raza,

Archer llevaba la catástrofe al Bien, a la casa de sus vecinos, a la de los O'Molloy, sin duda, y probablemente—mas ¡oh! ¡Cómo se sentía herido mi corazón!—a la vida de Hannah. ¡Basta! Después de todo, ¿qué importaba? ¿No era lo esencial que no fuese el autor de mi desgracia? Esto era fácil de evitar, ¿no es eso? Bastaba con no dar a esta muchacha irlandesa más importancia que la que ella merecía. Se la podía considerar como una simple figurante en este magnífico cuadro que tenía ante mis ojos. Pues bien mirada la cosa, era aún, aunque muy diferente de la vida en la Pradera, una magnífica miniatura, un sorprendente fresco de la energía humana: lo que tenía ante mis ojos. El bosque, el clima mismo, aquellos humildes labriegos, los O'Molloy, los Mac Pherson, los Grant, los Campbell, los Jones, los Atkins, los Lavallée, los Brosseault, irlandeses, escoceses, ingleses, canadio-franceses, todos los verdaderos obreros del Imperio trabajaban aquí para la prosperidad y desenvolvimiento de la gigantesca empresa, bajo el signo de la *Unión Jack*.

¡Bello espectáculo, digno de ocupar algunos años de mi vida!

He aquí por qué, cediendo a la invitación de Paul Durand, que me indicó como libre la concesión vecina de la suya, me personé en la oficina de Terrenos y llené las formalidades exigidas por la ley.

¡Así, la Pradera acababa de morir en mí!

Continuará en el próximo número



CONCURSO DE CUENTOS HUMORÍSTICOS

Solucionado el Concurso de Cuentos humorísticos de la manera de que ya dimos noticia, oportunamente le fué entregado por nuestro director a D. Luis Pieltain el premio de 500 pesetas que hubo de corresponderle, por votación entre los lectores de COSMÓPOLIS, a su original titulado «La culpa fué...», con arreglo a las Bases del referido concurso.

Felicitemos al notable literato por el éxito que logró su cuento y nos felicitamos de poder contribuir con estos premios a estimular el cultivo de nuestra literatura.

ESCAPARATE DE LIBROS



Ángel Dotor.



A. Ballesteros de Martos.



María Eugenia H. Iribarren.



José Sánchez Rojas.



Santiago de la Cruz.

EL AMOR EN ÁNGULO AGUDO.—Novela, por María Eugenia Hernández Iribarren. C. I. A. P.—De la mano de un buen amigo recibí esta novela, cuyo título y cuya portada cautivaron mi atención. Una mujer que escribe mejor que muchos hombres tenidos por escritores buenos. He aquí la prosa limpia, encendida y arrebatadamente moceril de una fémica «a la que no se consultó a tiempo para elección del sexo», según propias palabras, reveladoras de cierta inquietud no muy conforme con su destino. Pero si no se hubiera conformado con ser mujer, tampoco, a lo que parece, quisiera ser hombre. Y ha logrado ser ella sola. Su rebeldía la ha conducido por senderos muy bellos, donde las estrellas de una ilusión fecunda derramaron pródigas luces.

Su *Amor en ángulo agudo* es un lírico arrebatado pagano y sensual, en el que triunfan las claras excelencias de una mujer de hoy no desprendida todavía de ciertos tradicionalismos. Bello e inquietante libro el de María Eugenia H. Iribarren. Discurre por él la vida con fragancias de paganía deslumbradora como juguetes de ansias incontenidas, sobre las que la muerte traza su perfil siniestro, abatiendo la encendida rosa de un amor que se cierra en ángulo agudo ajeno a toda otra verdad. Grito de la carne lacerada y de las almas vencidas... La nobleza de la prosa que sabe discurrir con la necesaria discreción para dar el tono justo al momento descrito avalora las excelencias de esta novela, en la que un espíritu luchador y rebelde ha puesto sus íntimas complacencias de mujer enamorada que sabe triunfar airoosamente de los empeños más difíciles.

PAULA Y PAULITA.—Novela, por Benjamín Jarnés. Edición *Revista de Occidente*.—Rosa de los vientos abierta al mar de las clásicas novedades o de los ya desgastados vanguardismos. Y es que, como siempre, en literatura sólo existe lo bueno y lo malo. Benjamín Jarnés, destacado epígono de la nueva literatura, es un escritor de los buenos. Su musa se orea de aires de afuera, de los de acá; de ayer y de hoy. Además de saber escribir, tiene una cultura muy cimentada, de las que no se improvisan. Su léxico, renovador y renovado, se lanza a inverosímiles *raids* de elasticidades nobles. Ahí están sus últimos libros y sus trabajos literarios de diversa valoración. Obras originales, traducciones, cuentos, ensayos, novelas, piruetean desde los anaqueles de las librerías a las manos del público devorador de páginas sugerentes. Y la curiosidad del público, en fin de cuentas, devorando los libros de Benjamín Jarnés, dice más que pudiéramos decir nosotros en estas ligeras impresiones. *Paula y Paulita* no desmerece del prestigio que su autor ha logrado con anteriores trabajos. Un humor fresco, suavemente punzador, corre a lo largo de sus páginas, de grácil prosa. Sonrisa, sonrisa siempre. Sonrisa pulcra de hombre bueno que se empeñara en mostrarse enfadado. Pero *Paula y Paulita* son buenas damas, que hacen pasar al lector unas horas muy agradables. Puede uno arriesgarse a adquirir el libro. La compañía de estas inquietas mujeres perfumará nuestro espíritu y pondrá en él la flor de una sonrisa amable.

TRATADO DE LA PERFECTA NOVIA.—Por José Sánchez Rojas. Nueva edición. Editorial Rubén Darío.—Un libro diminuto como un devocionario de colegiala, es este librito encantador, que debían saber de memoria todas las muchachas solteras, y muchos de los muchachos en estado de merecer debían, también conocerlo. Libro adoctrinador, de sanas ideas y de prosa limpia, como el agua de un arroyo serrano. La hinchada vena castiza que nutre la pluma de Sánchez Rojas hace gala en este libro de sus elegancias imponderables. Libro que huele a nobleza de mujer seriamente española, con perfume de viejos arcones familiares donde se guardan las tradicionales reliquias del hogar ennoblecido por la honradez que se transmitió de unos en otros y por todos se conservó incólume. Casto verso de una estrofa forjada en la recia lengua de Castilla, que recuerda las andanzas espirituales de una Santa Teresa o de un Fray Luis. Sabor de clasicismo netamente nuestro. Precioso joyel desprendido de la pluma de Sánchez Rojas, como una maravillosa revelación de áureas verdades.

Tú, lectora amiga, si eres joven y quieres conocer los secretos propicios

para conquistar el corazón del amado, guarda entre tus joyas este libro pequeño; son sus páginas como el espejito claro en que el autor puso todas las noblezas que vosotras atesoráis. Acaso no necesites de su lectura para ser discreta; no obstante, habrás visto en sus páginas retratado el candor de tu espíritu y te habrá complacido reconocer que el espejo y el original siguen un ritmo idéntico.

El libro es digno de que lo acaricien con todo cuidado los lindos ojos de una mujercita hermosa y buena.

GALERÍAS DE MAESTROS ESPAÑOLES.—Ensayos de arte, por A. Ballesteros de Martos. Editorial Lux.—Crítico de recia fibra y de cultura sobresaliente, audaz degustador de actividades modernas y escritor de reconocida solvencia literaria, ofrece en este libro suyo unos estimabilísimos ensayos de arte que anteriormente fueron sembrados a voleo sobre la faz del mundo, desde el micrófono de una importante emisora de radiodifusión. Así, pues, antes que libro amigable, han sido sus palabras semilla al viento de todas las latitudes; palabras propagadoras de las viejas excelencias del arte español recogidas en este volumen ampliamente ilustrado con fotografías de las obras que abonan la ingente labor de cada maestro. Y desde el renacentista Bartolomé Ordóñez hasta el inadjetivable D. Francisco de Goya, van desfilar los creadores de una historia artística, orgullo nuestro, presentados certeramente por Ballesteros de Martos. Su obra será de muy útil eficacia divulgadora y nos complacemos aquí en recomendarla como un claro modelo de libro capaz de nutrir la satisfacción de los verdaderos enamorados del arte.

LA HAZAÑA DEL «DORNIER 16».—Reportaje, por César González Ruano y Santiago de la Cruz.—Dos periodistas, ágiles cultivadores de audacias muy modernas, han querido satisfacer el ansia de curiosidad que acomete a los públicos de hoy ante las rutas heroicas, y ved aquí este reportaje suyo, lanzado con ocasión de un destacado suceso de nuestra vida nacional, escrito sin otra pretensión que recoger entre sus páginas las noticias de la vida fugaz abandonadas en los periódicos. En la prosa de estos dos muchachos hay aliento de juventud triunfadora, derramada todos los días con prodigalidad envidiable. La hoja inquieta del periódico es como el airón de sus cimeras románticas; ellas van marcando el rumbo de sus plumas, cuyo sabroso caudal de formas parece que nunca se ha de acabar. *La hazaña del «Dornier 16»*, recogida en este libro, es una gallarda muestra de lo que puede conseguirse con esos reportajes llenos de audacias, de vigor y de alientos populares, cuando las plumas encargadas de trazarlos tienen todas las cualidades buenas que adornan a las de estos periodistas, escritores de notoria corrección y de reconocida elegancia.

DON QUIJOTE Y EL CID, crónicas, por Ángel Dotor.—Ahora que el turismo en España parece que cobra bríos rotundos, estas guías espirituales vienen a ser utilísimos compañeros de viaje para los enamorados de la inquietud de andar. Y nada más representativo para un español de raza cultivado en los finos gustos evocadores de glorias pretéritas que poder desenrollar la devandera de un paisaje cargado de recuerdos. Rutas inmortales de dos figuras únicas de la España de ayer: Don Quijote y el Cid. La idealidad viviente del glorioso caballero andante y la realidad histórica del esforzado campeón de viriles gestas. España de la materia, del espíritu, soñadora y guerrera, que abre sus caminos a los peregrinantes del ideal, incansable y dominador... Parecería pueril intentar el elogio de este libro. De sobra son atrayentes sus méritos para merecer la atención de todos. Ha puesto su autor en la prosa de las crónicas viajeros el hondo regusto de finas exquisiteces, sentidas a lo clásico. Su pluma va dirigiendo nuestros pasos espirituales por tierras de evocación, ayudándonos eficazmente a lo largo de los caminos exaltados por tantos y tantos recuerdos de fantasmas gloriosos. *Don Quijote y el Cid* es un libro que viene a satisfacer las ansias de curiosidad de los hombres de hoy con la gracia de su fina espiritualidad, amable y castiza.

(En esta sección daremos cuenta de todas las obras de que se nos remitan dos ejemplares)

LOS ESCRITORES NUEVOS



Dibujo de Cobos

EL ÚNICO ÉXITO

Mi amigo Alberto Illeránz era un literato fracasado; uno de esos individuos que pretenden conseguir su propósito a fuerza de machacar siempre en lo mismo, sin obtener un resultado positivo, por falta de condiciones para ello.

Aunque yo no conocía los méritos de mi amigo, en muchas ocasiones intenté apartarlo de aquella obsesión hacia las letras, de las cuales no sacaría partido alguno; pero él, al contrario de dar crédito a mis frases, seguía aún más entusiasmado con la idea de «publicar algo». En otras ocasiones, que el fracaso de un nuevo escrito le había excitado la ira, me decía casi llorando:

—¡Esto es una injusticia horrible! Me lo rechazan todo porque aun no me he creado un nombre... ¡Oh, el favoritismo! Soy una víctima de la sociedad...

—¡Hombre, tanto!...

—Sí, soy una víctima de la sociedad literaria... porque mis escritos no son tan malos como para despreciarlos siempre. Al contrario, se pueden publicar. No soy hombre que se apasione por lo suyo—continuaba—; pero creo que mis obras son publicables. Y si no ven a casa y te convencerás de que mis palabras no son falsas.

Tantas veces me había hecho la invitación, que un día decidí aceptarla, deseando conocer la verdad.

Llegamos a su casa—casa de hombre rico—y en seguida, sin presentarme siquiera a su señora, me condujo a su despacho. Pocos momentos después me hallaba, dándome postín de crítico literario, ante un bien nutrido montón de papeles inéditos. Leí unos artículos, observé unos cuentos, medité sus novelillas cortas y... ¡nada! Por mucho que esforcé mi criterio artístico en prodigar una alabanza a sus escritos, me fué imposible, en vista de la deficiencia de que todos adolecían.

Alberto observaba a regular distancia mi escrutinio, exasperándose, naturalmente, al ver que yo leía, leía todos sus trabajos sin darle una esperanza, sin mostrar entusiasmo por ninguno; al contrario, más bien calificándolos despectivamente; no por envidia, ¿qué envidia podía tener yo a un principiante? Mi único afán era alejar al amigo de aquel trabajo literario, para el cual me convencí que no tenía condiciones.

De pronto lancé una exclamación; ¡al fin había encontrado uno!

Era una novelita corta magistralmente escrita, en la que mi amigo se me revelaba como un genio. Su diálogo ameno, sus descripciones maravillosas y su admirable llaneza en el desarrollo del asunto, me subyugaron de tal forma que no pude menos de elogiarla.

—¡He aquí una revelación maravillosa de lo que puedes llegar a ser si cultivas este estilo! No ya como amigo, sino como crítico, te confieso mi admiración.

—¿Qué obra estás leyendo?—interrogó mi amigo, aproximándose, bastante emocionado, adonde yo estaba.

—¡Esta superobra!—le contesté yo, entusiasmado de poder alabarle alguna. ¡Nunca lo hubiera hecho! Tal era su actitud apenas la vió entre mis manos, que tuve que salir huyendo.

¿Sabe el lector por qué? Pues por la sencilla razón de que aquella gran obra, aquella superobra, como yo la calificué en mis alabanzas, era la única que no había escrito mi amigo.

La leyó en una revista francesa, y tanto le gustó que no pudo por menos de copiarla, colocándola luego distraídamente entre sus escritos.

SEBASTIÁN BAUTISTA DE LA TORRIE

Hemos recibido su trabajo, y...

J. M. (Barcelona).—Aunque correctamente escrito, nada nuevo. Maude algo más conseguido.

Gonzalo de la Gonzaleras.—Tenga entendido que ni sus escritos ni sus cartas nos molestan; la tardanza en contestar obedece a la aglomeración de correspondencia en esta sección. Ya ve usted que en cada número agotamos el espacio disponible. En cuanto a los tres sonetos que nos envía, hemos de aconsejarle con sinceridad que no gaste sus energías líricas en tales engendros. Usted puede hacer otra cosa mejor. Todos hemos rimado ojos con linojos, abrojos y antojos, y no digo nada de las rimas en mente y en ado, ida, etcétera.

V. V. L. (Barcelona).—Agradecemos muy de veras el reconocimiento que usted hace de nuestra sinceridad crítica. Su nuevo envío nos ha parecido algo mejor. «Decepción» tiene leves incorrecciones, pero es vulgar de asunto. «Convento» es mejor; pero fíjese en la medida de algunos versos notoriamente incorrectos y en la mezcolanza de rimas asonantadas y consonantadas en la misma estrofa. Los doce primeros versos nos han gustado mucho. Procure usted pulir los restantes.

E. de la F. (Las Palmas).—Usted no tiene oído, ni «Los Angeles», ni «Payaso» obedecen a un ritmo cierto. Renglones cortos los suyos que no son ni verso ni poesía. Nos parece que ha retrocedido usted en comparación con los envíos anteriores. Insista.

J. D. de F. (Sevilla).—No es suficiente lo que nos envía. Urge que los jóvenes se renueven, aireando su musa. ¿Pero es que se han acabado los poetas nuevos? Hay que ser verdaderamente nuevo de espíritu.

M. J. y C. P. (Priego de Córdoba).—Aunque la edad de ustedes no rebasa los dieciséis años, ello no sería obstáculo para que aceptáramos sus proposiciones si los versos que nos envían valieran la pena. Pero ya ven, al cesto, como tantos otros. Y lo sentimos, porque deseamos hallar un poeta de verdad, para orgullo y satisfacción de nuestra revista.

G. G. de N. (Valencia).—Nos agrada su prosa; pero el asunto de su cuento no lo acabamos de ver claro. Insista, ciñéndose a las condiciones exigidas para nuestra colaboración espontánea.

A. D. L. (Madrid).—Nada nuevo lo que nos envía.

«El Blas».—Muy bien de ritmo su «Paisaje de invierno»; pero junto a los aciertos hay evidentes vulgaridades impropias de su inspiración. Envíe otra cosa.

J. de A. (Vigo).—Lo que usted dice en su envío podrá ser verdad, pero no es poesía. ¡A otra cosa! **J. M. P.** (Vigo).—Corrija su «Partida», pero es inferior a otras cosas enviadas antes.

B. G. S. (Zaragoza).—«Una mentira» no nos ha conmovido, ni con el sello que enviaba para la respuesta particular. Se lo devolveremos si así lo desea, aunque ya hemos dicho que ni con sellos salimos nosotros de nuestra habitual costumbre.

G. V. S. (Zaragoza).—«La última carta tuya» no nos sirve; aceptamos complacidos «La pecadora».

E. de A.—Aceptadas sus «Rimas». Con un solo cupón no se pueden enviar cuatro composiciones. La que más nos gusta, aunque no está conseguida del todo, es la titulada «A mi alma». Insista y cultívese con ahínco. En usted vemos una poetisa de verdadera inspiración.

V. L. del P. (Castrofuerte).—No admitimos colaboración espontánea para la sección infantil. Su trabajo, por esta razón, no nos sirve.

P. L. (Tablada).—Nada nuevo su romance. No nos sirve.

López de León (Escorial).—Tampoco nos ha convencido esta vez su doble envío. Y lo sentimos de veras, porque aquí tenemos mucho gusto en complacer a los que nos favorecen con su «palpa».

L. M. D. (Almansa).—¿Gracias? No hay de qué darlas; es justicia. En cuanto a su nuevo envío, lo encontramos gran facilidad, pero carece de novedad. Usted puede llegar a ser más interesante, porque no nos gustan los poemas que llegan todos los días.

C. S. E. (Cáceres).—Sí, y usted, quien se fía—de la vida y de la muerte—nos hemos reído nosotros de su originalidad! Y como no nos ha gustado su sombra, hemos decidido de ahora en adelante a nuestro parecer, vulgarismo.

«Garcilón» (Monterrey-Méjico).—La tragedia de su «Nuncio de muerte» nos ha conmovido de veras, pero no tanto como para aceptarla. Y sentimos, distinguida señorita, que crea lo hacemos por ufarnos de darla calabazas, como usted dice. Y puesto que la vemos dispuesta a insistir, vengan pronto esos trabajos. Pero, por Dios, tragedias, no, graciosa mejicana.

L. O. A. (Barcelona).—En uno de nuestros últimos números habrá usted visto publicada otra composición suya. Sentimos no poder admitirle las prosas que ahora nos envía. No así su «Espejismo», que entra en turno de publicación.

E. J. S. (Arcila).—Nada nuevo. Hay que renovarse, señores poetas.

M. S. L. (Madrid).—Algo excesiva su «Pandereta»; pero el final es oportuno y eso hace que la admitamos en esta sección.

J. G. G. (Zaragoza).—Seguimos pensando que le sobran a usted adjetivos; pero reconocemos en su prosa una elegancia espiritual poco acostumbrada en la juventud de hoy. Admitimos su «Alicatado», con todo el *ronronismo* que rezuma, y aguardamos algo más conseguido personalmente.

A. S. Z. (Lorca).—«Sinfonía del corazón» nos gusta más que la otra composición que nos envía. Pero no es aún lo que deseamos. Hay que afinar esa *sinfonía*, y ella dará la nota apetecida, porque usted es un verdadero poeta.

V. V. L. (Barcelona).—A usted, que tan comprensivo nos ha parecido siempre, debemos decirle que no pierda el tiempo en dejarse influenciar de ningún poeta, por genial que sea. Urge renovar el ambiente literario. De los audaces verdaderamente jóvenes será el triunfo, aunque en el intento sean muchos los que caigan. Usted puede hacer cosas mejores. En cuanto a lo de las tapas para encuadernar COSMOPOLIS, dirijase a la Editorial Calleja, calle de Valencia, 28, en esta corte.

E. P. (Manacor).—No está claro el final del fracaso de ese doctor que usted nos pinta. Aclárelo y quedará admitido, porque la prosa discurre con notoria elegancia.

F. A. R. (Buenos Aires).—Con mucho gusto admitimos su soneto.

Toda la correspondencia de esta sección se contesta exclusivamente desde las columnas de la revista: rogamos a nuestros comunicantes que en los envíos de originales consignen en los sobres: Para la sección «Los escritores nuevos».

Aparte de los originales que se nos envían espontáneamente, acompañados del correspondiente cupón, publicaremos en esta misma sección algunos trabajos de escritores conocidos, prestigiando así a los literatos nuevos con su compañía.

Por estar esta sección dedicada a los escritores nuevos, a aquellos cuyas aficiones les hacen conocer las costumbres literarias, no hemos hecho algunas indicaciones respecto al envío de originales, por creerlas innecesarias. Sin embargo, la forma en que se nos remiten algunos trabajos nos obliga a hacer las siguientes advertencias:

1.ª Los trabajos en prosa deben enviarse en cuartillas escritas por un solo lado.

2.ª Es necesario que los trabajos de versos estén acompañados de un cupón que indique el número de versos y el tipo de versos.

3.ª Los originales deben enviarse en sobres que indiquen el nombre y dirección del autor.

4.ª Los trabajos deben enviarse en un solo envío, sin duplicados.

5.ª Los trabajos deben enviarse en un solo envío, sin duplicados.



Danza campesina

Campo en estío. El domingo
—de rojo en el almanaque—
tiene la gaita que alienta
vientos rítmicos bailables.

El baile ordena parejas.
La gaita, verde corambre,
emite sus pausas dulces,
rigiendo los brinco ágiles.

Bultos somáticos saltan
en danza bajo los árboles,
proyectando escorzos móviles
sobre el foro azul del aire.

El cielo de agosto criba
el verdor del follaje,
pungulados
forestales.

Elado
ile,

En los mapas de sus venas,
los trópicos de la sangre
intensifican sus climas
en un sur de madrigales...

¡Brazos en alto, sonoros
de córalos digitales,
levantan el haz festivo
de la danza por los aires!

¡Tallo fragante del brinco,
de raíces espaciales,
que yergue su gozo esbelto
y vertical en el baile!

Las ballestas de los músculos
disparan cuerpos alacres
hacia el espacio bogado
por las alas de los ángeles.

(La danza es sólo la pugna
entre los suelos y el aire,
entre la tierra y el cielo
y el terrícola y el ángel.)

... El Tiempo se para, tenso,
las esquinas del baile...
invisible Josué
el sol de la tarde!

ANTE D. ROMERO

Siempre más

Fué terco, astuto, hábil, hipócrita y falsario,
supo arrastrarse a tiempo con la mano extendida
y sufrió con paciencia de lento dromedario
la angustia del desierto de su rastrera vida.

Fué mendigo en los atrios y grajo en el osario
de los campos de guerra; dos veces homicida,
repló entre la justicia con rapidez de saurio
y marchó a la deriva por la ruta perdida.

Fué dragoman en Luxor; mercader en Batavia;
condottiero en Venecia, nigromante en Arabia
y pescador de perlas en Barheim y en Ceilán;

y entrando al abordaje en un buque pirata,
erigiéndose dueño de su carga de plata,
con arrestos de fiera, se nombró capitán.

Rico ya, sólo supo de un ansia irresistible
de gozar en la vida de su múltiple aspecto,
y se alzó, en su delirio, hasta lo inasequible,
y se hundió, con sus vicios, hasta lo más abyecto.

En amores fué siempre luchador invencible;
con su frac impecable fué el «gentleman» perfecto
del que se cuenta siempre la aventura terrible
que estremece las almas del mundo circunspecto.

Harto de su tesoro, sin nada en qué gastarlo,
lo perdió, entre sonrisas, un día en Montecarlo.
La vida nada nuevo le daba, y era viejo;

sólo de dos incógnitas iba su mente en pos:
quiso ver al diablo y se miró al espejo;
se suicidó una noche queriendo ver a Dios.

JOSÉ MÉNDEZ HERRERA

Dibujo de Caballero.



ESTAMPA

PARA LAS MEMORIAS DE UN SOÑADOR

POR JOAQUÍN ROMERO MARCHENT



ómo cambian los tiempos!

¡Qué salto tan grande desde el miriñaque a la falda por la rodilla!

¡De la estampa romántica, al dibujo decadentista, como un sueño...

Y en las almas, lo mismo: del teclado de la clave sonora, al jazz-band.

Ya no es ciertamente el caballo alado quien ha de traer al príncipe de los sueños.

Tiempos de «Rolls» y de «Renault»; ¿cómo pensar en caballos alados?...

Pero como antes, como siempre, nuestras muchachitas de la clase media tienen, para soñar, que elevar sus ojos de encanto y de luz hacia el azul infinito y esperar la promesa plácida de su caballero de ilusión.

¡Caballeros! ¡Ilusión! Ahí es nada...

Ya no es el trovador romántico y poeta quien ha de desgranar al pie de la ojiva la melancolía de su amor platónico. Ya no es el caballero Duval quien ha de ofrecer las camelias puras a la damita feble. Ya no es el olímpico fanfarrón y poeta quien en la noche oscura ha de raptar a la damisela soñadora. El tiempo ha puesto ropaje de desenfado en su caricia de progreso. La dulce penumbra, el místico secreto, la dueña discreta, la noche y la



luna, no son ya los padrinos del amor. El cine, los dancings, carabina sempiterna, la frivolidad y la despreocupación, los han desbancado.

La elegancia de la forma, lo que se lleva, ha restado importancia a la elegancia espiritual, pasada de moda.

La fragancia quieta de la oración de las miradas y de los suspiros desapareció ante la época de las manifestaciones y de la caraba. La elegancia ética y muda de las almas que se contemplan diciéndoselo todo en letanía de silencio, de corazón a corazón, ha perdido mérito y no se cotiza ya en el mercado de las bodas. El bien decir ha cedido el paso al mejor accionar. Las almas inmortales han sucumbido —valga la paradoja— a la presión insólita de los cuerpos ebrios de sensaciones nuevas. Antes, en las románticas Cortes de Versalles, un minué y una mirada eran promesa y felicidad; a las Duplessis picarescas las bastaba, en medio de la zaramba de sus brillantes y de sus trenes costosísimos, la ofrenda plácida y suave de unas camelias; ahora, sin embargo, nuestras virtuosas no tienen bastante con la ofrenda sacrosanta de unas flores pálidas, ni siquiera la cadencia suave de un decir de amores infinitos. Es precisa la acción, el charleston, la sensualidad del tango o, por lo menos, la formal promesa de un Citroën para el viaje el día de las

bodas, con la descontada visita a los joyeros famosos y la descontada permanencia en la meca parisina, por lo menos un mes seguido...

No existen hoy Marías Duplessis, capaces de la obsesión por el amor y por unas camelias; nuestras papillot prefieren un cigarrillo turco y una ampolla de cocaína.

Antes, a las virtuosas damitas que pasaban la noche de sus bodas apagada la luz se las decía de sueños y de santas maternidades, y a las cortesanas se las hablaba de virtudes y de penitencias redentoras.

Hoy, a las buenas las dicen los poetas, en elogio:

—Yo he soñado que tú eras una Margarita Gautier.

A la frase, un poco melancólica y retroactiva, del poeta, la figura tuberculosa idealizada por Dumas acaso tiemble en el infinito, en sensaciones de confusión y de resentimiento...

Sin embargo, la muchachita anónima, la muchachita que languidece en el medio ambiente, tras de los cristales, en espera de que el galán se detenga y la contemple, sueña todavía con el príncipe gentilísimo de la ilusión, y como ya su buen padre, obeso y burócrata, las dijo que no había que vivir de fantasías, se desmoronó en ellas la aparición del caballo alado sobre el que había de cabalgar el príncipe gentil. La realidad de sus balcones sin tiestos y sin pájaros, abiertos en la calleja oscura y tortuosa, con olor a viandas humildes y de tercera de barco, las ha despertado de su sueño de ventana ojival en castillo vetusto, entre frondas murmurantes y lagos quietos. Desfallecen ante sus pobres vidas de muchachas sin dote, languidecen ante el cerrazón del horizonte y palidecen ante la mañana gris de huérfanas pensionistas de la Hacienda pública...

Las muchachitas del medio ambiente no esperan ya al caballero gentil que, jinete de un caballo alado, había de serlas portador de sus sueños de amor y de ventura, porque su padre, obeso y burócrata, las dijo que no había que vivir de fantasías.

Han muerto ya los caballeros Duval, han enmudecido las liras románticas, sucumbieron ya los príncipes de ensueño...

Tiemblan, sin embargo, sus corazones añorantes, tiembla la luz en sus pupilas; el hecho insólito de un gesto de la raza se ha registrado. España una vez más lo ha brindado al mundo.

Ramita de oliva, paz y amor; caminos en el aire sobre el mar, y en el aire y en el mar, quedó marcada la ruta azul...

Las muchachitas pálidas han leído que el Jesús del Gran Poder fué flecha que la proeza y el amor lanzó desde España a los corazones de los hijos de aquellas hijas libres de la América que España dió al mundo y enseñó a leer en el Quijote...

Lancen al aire la saeta que en los pechos desborda.

Tiemblen los corazones en la emoción de la copla andaluza.

Sean en el pecho los corazones rojos claveles que la fecundidad desborda.

Y las muchachitas pálidas del medio ambiente atisban el horizonte azul, y aguzan el oído, y esperan el milagro de escuchar las frases cálidas de los caballeros del aire, que ponen a sus pies el timbre de sus glorias...

Pero el caballero piloto pasará en vuelo sobre la calle angosta y triste, con olor a viandas humildes y a tercera de barco...

¡Están tan hondas las callejas humildes, tan hundidas, tan en el fondo de la tierra, que los caballeros de la hazaña épica pasan sin ver...!

Y palidecen otra vez las muchachitas, ante la perspectiva de huérfanas pensionistas de la Hacienda pública. Y si en sus paseos —penitencia que agregar a los días que pasan— cruza en su camino el galán cuyo pecho se cruzó por las alas de la aviación, notan cómo su corazón llama con fuerza a las puertas de sus pechos, arcano de tesoros de bondad y fidelidades insospechadas; pero su pecho no se abre, porque sus figulinas insignificantes no han hecho detenerse a reparar al caballero épico, que cruza y luego... se va...

Pero ellas saben que tienen que seguir mirando al cielo, porque la tierra no ha de darles el fruto de sus quimeras; por la tierra caminan los hombres de la java y las

mujercitas de lujo; las perdidas del cigarrillo turco y la ampolla de morfina; los jovencitos de la trabilla y de las vanguardias, ornato exterior que da idea de la pobreza de los espíritus...

Y los espíritus bien templados, como las catedrales de puro estilo gótico, no dejan llegar hasta su fondo la luz del exterior, sumergidos en sus rememoraciones, como las catedrales en la penumbra solemne a que les condena la policromía de sus cristales, donde la luz se descompone rota en iris. El siglo los aplastaría, el siglo del contacto y de la acción, donde han tenido que venir los monos a dar la virilidad que les falta a los hombres...

Por eso las mujercitas languidecen tras los cristales, oteando el horizonte diáfano, contemplando las alturas infinitas, hasta que el padre, obeso y burócrata, las sorprende, las despierta y las repite aquello de que no hay que vivir de fantasías. Y ellas, ¡las pobres!, tiemblan ante el mañana de huérfanas pensionistas de la Hacienda pública...

Sólo hay una virtuosa que sonríe. Es aquella damita lánguida de los ojos negrísimos, que ha recibido la primera carta de amor.

El galán escribió:

—Yo he soñado que tú eras una Margarita Gautier...

Su pudor no tiembla. Su virtud no se siente dañada: por el contrario, cree que se ha salvado del gran comercio de las bodas y siente a su carne rescatada...

Y da gracias a Dios...

JOAQUÍN ROMERO
MARCHENT

Dibujos de Salmerón Pellón.



Sección Recreativa



NOTA CÓMICA, POR SERNY



¡Oh, mamá! Se te ha olvidado comprar los caramelos para cuando llora en el baño



caracol rosa y estrella

cuento infantil

Ilustraciones de SERNY

SOBRE la clara tarde encendida por la diáfana luz del cielo, las tres amigas, Ana, Rosario y Lucía, brillaban deslumbradoras, arañadas por la belleza de su inocente edad. Era la vieja plazoleta aldeana adecuado fondo

para estas tres figuras de graciosa traza infantil con un viejo destello de romance. Ana florecía en un cuerpo espigado y esbelto la majestad erguida de un porte aristocrático, y de sus rasgos todos dejaba escapar una fría manifestación de altivez. Rosario adornaba su hermosura con la impresión de un ceño interesante y avaloraba la agilidad nerviosa de su cuerpo con el inquieto vagar de su mirada. Lucía, más bella aún que las otras, tenía el atractivo inexplicable de su clara serenidad.

—¿Queréis que vayamos al molino?

Al escuchar la proposición de Lucía, las otras dos niñas saltaron gozosas y aprobaron, palmoteando:

—Sí, sí; vamos.

Las tres conocían sobradamente lo que representaba para ellas la pequeña excursión. Era el más grato recreo para su espíritu, el regalo mejor para su alegre ansia de correr por el campo. Empezaron al punto la partida.

El camino empezaba entre los paredones de ruinoso vejez que guardaban las moradas señoriales del

pueblo, se torcía después en varias vueltas, como un ladronzuelo que espiara la sazónada fruta de los huertos contiguos, y seguía por fin, entre setos de zarza, hasta el viejo molino, cuya presa era en la tarde polvorienta un canto risueño de frescura bajo la

inquieta sombra de los chopos. Comenzaron a andar, deteniéndose muchas veces por los más leves motivos, para correr después alocadamente y pararse de nuevo, reanudando la marcha con la simpática irreflexión de sus pocos años y el espejuelo de sus muchos gustos.

Bien conocida era para ellas aquella ruta que hubieron de recorrer tantas veces buscando el sonriente saludo de la presa entre hileras de chopos. Mas es siempre difícil que en los caminos de los cuentos, como en los de la vida, no altere nuestra paz la visión de la casita blanca y roja, albergue del gigante, cuya ventana iluminada inquieta la negrura de la noche, o el castillo crestado de sol, morada de los duendes, o los ojos hirientes del lobo de *Capercucita*. Ana, Rosario y Lucía descubrieron aquella tarde, al pasar junto a la añosa alameda, un sendero que desde allí partía, fugitivo entre la blanda hierba y festoneado de florecillas, hasta dar en las casas del barrio pobre. Este descubrimiento fué para las almas de Ana y Rosario la terrible sorpresa que



acecha en las sendas de muchos cuentos infantiles. Ambas niñas sintieron el deseo inconfesable de pasar ante la humilde vecindad de aquellas casucas misérrimas para lucir sus vestidos nuevos y humillar con su suerte la triste condición de ciertas amiguitas muy pobres, con las cuales solían jugar al corro en la vieja plazoleta aldeana.

Lucía se opuso, prudente, comprendiendo que la razón de ser más corta la distancia con que argumentaban sus dos compañeras encubría los propósitos de éstas, a las que dominaba su corazón orgulloso y atormentado por el afán de conseguir la admiración de sus camaradas pobres; pero su dócil voluntad cedió ante la terquedad caprichosa del orgullo ajeno, dejándose guiar por el laberinto de callejones donde el resoplido de las fraguas y el constante sonar de los yunques traían, alternativamente, una impresión de esfuerzo y una sonoridad alegre de canto triunfal.

Aun se oía, lejano, el ritmo resonante de los yunques ahogándose en el silencio augusto con que las rodeaba la suprema grandeza de los campos, cuando notaron, medrosas, que el lugar les era totalmente extraño y buscaron en vano, por la vasta extensión del horizonte, un punto conocido para orientarse en su incierto vagar. El dosel de un celaje brumoso iba anticipando, con su nota sombría, el crepúsculo, y una frialdad dura y gris presagiaba, inminente, la tormenta con la flecha encendida del relámpago. De pronto estalló el estrépito retumbante del trueno y cayó torrencial, del seno de la nube, un aguacero, aumentado en su fuerza por el duro granizo.

Ana y Rosario gritaban llorosas, chorreantes sus vestidos, enloquecido su mirar, trémulas como pajarillos. Por fin, Lucía, apenas turbada por las enojosas circunstancias, acertó a divisar en un claro del bosque una humilde cabaña.

Se encaminaron hacia allí, alentadas por repentina esperanza, y tras llamar apresuradamente, fueron recibidas por el solitario morador de aquella pobre mansión, que ofreció dulcemente a las pequeñas huéspedes, en un rostro de anciano, aureolado de blancas barbas, una sonrisa paternal.

Cuando aquel hombre venerable hubo escuchado el relato de la arriesgada aventura sufrida por las tres muchachitas, comprendió cuál había sido la verdadera causa de aquel percance, y para premiar, como creía justo, la condición moral de cada una de ellas, recurrió a sus habilidades en cuestiones de magia, pues el extraño viejo era un sapiente mago conocedor de las más recónditas artes de encantamiento y brujería. Después de [un largo silencio, que parecía de honda meditación, les dijo:

—Ninguna otra cosa puedo ofreceros, en mi absoluta pobreza, más que estos tres talismanes, verdaderos tesoros de poder extraordinario, obsequio de cierto geniecillo amigo a quien curé y atendí cierta noche en que, habiéndose herido, solicitó refugio en

«Caracol, rosa y estrella»

mi cabaña. Tomad y que sus virtudes mágicas os compensen con sus beneficios de la triste

suerte que habéis merecido esta tarde.

Inmediatamente sacó de un viejo cofre tres objetos, exponiendo ante las miradas curiosas de las tres oyentes un caracol, una rosa y una estrella de innúmeros reflejos.

—Este caracol—les dijo—guarda en su caja de nácar la grandiosa armonía con que el mar levanta su himno al cielo. Quien lo posea y escuche las sonoridades vibrantes de su interior, tendrá un poco del alma azul del mar y podrá repetir las notas inmortales de su genio. Vedlo bien. Aquella de vosotras que lo elija para sí será una artista consumada del canto y triunfará entre la admiración de cuantos oigan su voz. Esta rosa—dijo después, tomando la flor en sus manos—puede con su fragancia y el poder seductor de su hermosura acrecentar de tal modo la

belleza de quien la ostente, que nadie podrá igualarla. Y esta estrella—añadió—, que abre en la negra sombra de la noche sus pétalos de luz, contiene el don supremo de iluminar la vida con la serenidad del pensamiento y la bondad de las acciones nobles. Quien la prefiera no ha de hacerlo con la esperanza de alcanzar riqueza y admiración, pues su brillo sólo ha de iluminar el alma feliz de quien la adopte como guía de su espíritu.

Respondiendo a la naturaleza de sus almas, Ana escogió la rosa, Rosario el caracol y Lucía prendió la estrella sobre la dulzura de su corazón niño.

Luego de haber agradecido al viejecillo su generosidad, volvieron a sus casas por la plata azulosa del camino, bajo el claro delirio de una luna serena y grande. Por fin, la proximidad del pueblo encendió el rubí de una ventana vigilante, y las tres suspiraron de alegría, partiendo cada una al lado de sus padres, para contarles el dichoso final de aquella jornada.

* * *

Transcurrieron los años. Ana triunfó, como predijo el mago, con la insuperable hermosura que le comunicó la rosa, y Rosar-

io asombró con la admirable belleza de su voz; pero la eternidad no ampara estas cualidades, que tanto valen para triunfar en la vida, y un día, ya viejas y sin poder aprovechar las ventajas de sus talismanes, comenzaron a gustar las amarguras de un presente de tristeza y olvido.

Sólo Lucía conservaba en su vejez, con el brillo perenne de su estrella, la bondad inagotable de su corazón. Mientras vivió, que fueron muchos años, prodigó la belleza de su alma en acciones tan nobles que aun se habla de su generosidad, la estrella que siguió iluminando su ruta hasta el cielo.

José M.^a DÍAZ LÓPEZ



Certamen-Campeonato 1929

B A S E S

De conformidad con lo anunciado en nuestro número de julio último, comenzamos a publicar en el presente los trabajos que nuestros inteligentes solucionistas, siempre atentos a nuestros requerimientos, tuvieron la gentileza de enviarnos para su inclusión en dicho certamen.

LAS BASES SERÁN LAS SIGUIENTES

1.º—El certamen comprenderá los meses de octubre y noviembre y estará integrado por la totalidad de los trabajos recibidos, llevando cada uno como garantía la firma y residencia de su autor.

2.º—PREMIOS.—Serán OCHO, consistiendo los CUATRO primeros en los siguientes objetos de la acreditada casa PLATA MENESES, de esta corte, plaza de Canalejas, n.º 4.
1.º premio.—Magnífica copa con tapa y peana de 40 cms. de altura y grabada con la inscripción: «REVISTA COSMÓPOLIS, CAMPEONATO CRIPTOGRÁFICO, 1929, por PRIMER PREMIO DE SOLUCIONISTAS». Esta copa será adjudicada al concursante que aporte el mayor número de soluciones exactas. Importe, 143 pesetas.

2.º premio.—Otra artística copa, también con tapa y peana, de 25 cms. de altura, con la inscripción: «REVISTA COSMÓPOLIS, CAMPEONATO CRIPTOGRÁFICO, 1929, por FRAMARCÓN. PRIMER PREMIO DE PASATEDIOS», y será adjudicada al autor del trabajo que obtenga el menor número de soluciones. Importe, 99 pesetas.

3.º premio.—Estuche para ensalada, mango reforzado, importante, 32 pesetas.
4.º premio.—Práctico juego para trincar, en su elegante estuche; valor, 25 pesetas.

Serán adjudicados estos dos últimos premios a los firmantes de los dos pliegos que sigan en orden de méritos al agraciado con la copa de solucionistas.
Los 6.º, 7.º y 8.º premios, o de consolación, consistirán en tres suscripciones semestrales a nuestra revista, meses febrero a julio, ambos inclusive, que serán sorteadas entre todos nuestros concursantes, incluidos aquellos cuyos pliegos resultaren con faltas sin limitación de número; quedarán únicamente exceptuados de este sorteo los que fueren favorecidos con alguno de nuestros cinco primeros premios.

3.º—ENVÍO DE SOLUCIONES.—El plazo de admisión expirará el 30 de noviembre, a las doce de la noche; se relacionarán en medio pliego precisamente, escrito por una sola cara y en sentido no apaisado, dejando a la izquierda un pequeño margen que permita su fácil cosido y ordenado acoplamiento y archivo una vez conocido el resultado del concurso.

“POR Framarcón”

12.º Concurso Octubre - noviembre

En el sobre y en su parte superior se consignará PARA EL CONCURSO CAMPEONATO CRIPTOGRÁFICO.

Los dos indispensables cupones, hechas las salvedades que en ellos se indican, se acompañarán a dichos pliegos, uno completamente pegado y en lugar de firma, y suelto el otro para su utilización como papeleta en los sorteos.

Un solo pliego no podrá referirse a más de un concursante, con lo que se evitarán olvidos e involuciones desfavorables para todos.

Los suscriptores no acompañarán cupones, bastando hagan constar esta circunstancia a continuación de la firma.

4.º—ESCRUTINIO.—Al objeto de poder examinar los pliegos, cotejar las soluciones y controlar el número de éstas aportado por cada concursante, la apertura de los sobres contendiendo las soluciones a los trabajos enviados al campeonato tendrá lugar en nuestra redacción el día 2 de diciembre, a las siete y media de la tarde, quedando invitados nuestros solucionistas a presenciar dicha apertura.

IMPORTANTE.—A tenor de lo dispuesto en nuestro número de julio, quedarán eliminados del certamen los trabajos cuyas soluciones no se ajustasen a las exigencias de moralidad y buen gusto peculiares en nuestra revista y las que excediesen de seis palabras; si bien, y teniendo en cuenta lo laborioso que ha de resultar resolver estos problemas de combinaciones y trucos desconocidos, pero originales, creemos justo advertir que se reconocerá validez a aquellas soluciones que, no obstante rebasar el límite de palabras antes indicado, estén en completa armonía con la composición y enunciação de los problemas.

5.º—SORTEO.—De haber lugar a su celebración, se llevará a efecto en nuestra redacción el día 10 de diciembre, a las siete y media de la tarde; será también público, y, como en certámenes anteriores, durante el los pliegos, numerados correlativamente, estarán para su examen y consulta a disposición de los señores que acudan a presenciar dicho acto.

Comprendiendo la impaciencia y ansiedad que originan estos concursos, e interpretando los deseos de nuestros solucionistas criptográficos, tan luego sea conocido el resultado del sorteo de premios, se enviará por correo al domicilio de los agraciados el vale preciso para la extracción de los objetos.

6.º—RESULTADO DEL CAMPEONATO.—Será publicado en el número de enero juntamente con la lista de soluciones; también en dicho número insertaremos un resumen de soluciones obtenidas por cada trabajo y el de las aportadas por cada concursante.

FRAMARCÓN

N.º 375. NO ACREDITÉ EL VALOR
(Juana Gómez.—Madrid)

JAM
NO
T

Solución:

N.º 376. «BAILADOR»
(Luis Bittini.—Madrid)

ÉXITO
VARÓN
MADAME CURIE
IDIOMA

Solución:

N.º 377. (Sobre)
NOMBRE, DOS APELLIDOS, PUEBLO
(Carmen Herrera.—Madrid)

(BURGOS)
Srta.
MIMO MES
T200

Solución:

N.º 378.
EL INFELIZ MORIRÁ DE HAMBRE
(Javier MURUAGA.—Gijón)



Solución:

Solución:

N.º 380. ¿QUÉ TE GUSTA MÁS DE ESE
CUADRO? — (Cecilia Español.—Mahón)

LETRA LETRA LETRA
NOTA PITO
MECÁNICO-R
CAPITAL

Solución:

N.º 381. YA DIRÁS LO QUE RESUELVES
(Juan Gea Sacasa.—Mahón)

X 100 DEL CULTO
100 I 100
A
NOTA NOTA

Solución:

CRIPTOGRAFÍA ES EL ARTE DE INSTRUIR DELETTANDO

“COSMOPOLIS”
CONCURSO CRIPTOGRÁFICO
Los no suscriptores acompañarán a sus pliegos dos de estos CUPONES, pegados cuidadosamente por este lado y en lugar de firma.

N.º 382.
APENADO
(Ernesto Durán.—Cádiz)

NIEGA
R TIA E
VALIENTE
O

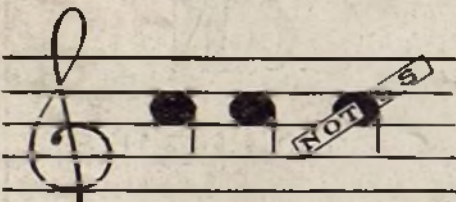
Solución:

N.º 383. ANUNCIO
(Feliciano Ojeda.—Las Palmas)

PISE
A A
TENGO-E
110

Solución:

N.º 384. ¿ARREGLASTE LA PUERTA?
(Mercedes Sánchez.—Mahón)


Y CASADO-NOTA
½ NOTICIA

Solución:

N.º 385. CHARADA
(H. Rodríguez.—Madrid)

2.º 3.º-4.º
por 1.º-2.º
1.º-2.º-3.º-4.º

Solución:

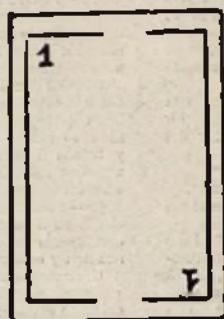
N.º 386. ¿QUÉ ESCRIBES?
(A. Más.—Cartagena)

I TOLU

Solución:

N.º 387.
SEGURAMENTE
(R. C. R.—Madrid)

8
MURDE-L



Solución:

N.º 388. MOLESTO Y CARO
(G. Mesquida.—Palma)

NOTA I NOTA 101

Solución:

N.º 389. PARA EL FERROCARRIL
(J. Serrano.—V. Minas)

VASI

Solución:

N.º 390. ¡AUN HAY ESPERANZA!
(Amalia Arroyo.—Madrid)

FEDE
LACTEA
CRUCIS

Solución:

N.º 391. EL CRISTAL
(Manuel Cano.—Madrid)

DE TEATRO-LA 1.ª LETRA

Solución:

N.º 392. AUNQUE PRESUMAS DE
HABERME CONQUISTADO
(J. Navarro.—Santa Margarita)

NOTA MUSICAL
N
FINAL ARROJA

Solución:

N.º 393. FIESTA EN LA ALDEA
(A. G. de la Sota.—Muriedas)

NOTA NOTAS
ANOTA
BENEFICIO 100 CAPITAL

Solución:

N.º 394. PROPAGANDA
(Cándido Carrasco.—Madrid)

EL TROPEZÓ
MATÍAS LOPEZ

Solución:

N.º 395. BRILLAN
(S. Dios.—Madrid)

MMARTES

Solución:

N.º 396. TEATRAL
(E. de la Fe.—Las Palmas)

50100-S

Solución:

NOMBRE D. _____
PUEBLO: _____
PROVINCIA: _____
CALLE: _____
N.º: _____
CONCURSANTE



Cartier

LAS PERLAS MÁS LINDAS.
LAS PIEDRAS MÁS PRECIOSAS.
LAS MONTURAS MÁS BONITAS.
LAS CARTERAS MÁS FINAS.
LOS RELOJES MÁS PERFECTOS.

*Gran Joyería CARTIER,
13, rue de la Paix, PARÍS.*



CONFECCIÓN Y GRABADOS DE A. DURÁ, DIRECTOR ARTÍSTICO DE ESTA REVISTA

ALDUS, S. A. DE ARTES GRÁFICAS, SANTANDER

Ayuntamiento de Madrid